
HECHO
DE
TRAGEDIA
MARCIA DM.

Hecho de tragedia

King security #2

Marcia DM

Copyright © 2025 by Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas a menos que se haya comprado una copia por separado. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso escrito, excepto en el caso de citas breves en artículos críticos y revisiones este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, son usados de manera ficticia y no debe ser interpretado como real. Cualquier parecido con hechos reales, lugares, organizaciones o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

Índice

1. Molly
2. Molly
3. Báron
4. Molly
5. Báron
6. Molly
7. Báron
8. Molly
9. Báron
10. Molly
11. Báron
12. Molly
13. Báron
14. Molly
15. Báron
16. Molly
17. Báron
18. Molly
19. Báron
20. Molly
21. Báron
22. Molly
23. Báron
24. Molly
25. Báron
26. Molly
27. Báron
28. Molly
29. Báron
30. Molly
31. Báron
32. Molly
33. Báron

34. Molly
35. Báron
36. Molly
37. Báron
38. Molly
39. Báron
40. Molly
41. Báron
42. Molly
43. Báron
44. Molly
45. Báron
46. Molly
Epílogo

Agradecimientos
Acerca de la Autora
Otras Obras de Marcia DM

Sinopsis

De marqués a mercenario.

Su reino cayó, pero su oscuridad aún gobierna.

Báron Belmont alguna vez fue un marqués, heredero de una familia que gobernaba con poder y secretos. Ahora vive en las sombras, y arrastra consigo un pasado manchado de sangre y culpa.

Molly es joven, brillante y demasiado inocente para el mundo que la rodea. Al acercarse a Báron, queda atrapada en un juego letal de poder, venganza y conspiraciones que podrían destruirlos a ambos.

Él jura mantenerla lejos de su oscuridad, pero el deseo y la verdad son enemigos imposibles de silenciar. Porque, en el reino de las mentiras, amar a Báron puede ser la sentencia más peligrosa de todas.

Un romance oscuro, cargado de secretos, traiciones y pasiones prohibidas.



Edicto de la Casa Belmont

Por disposición del Marqués Barón Belmont, se informa a los lectores que esta obra contiene:

- Claustrofobia
- Suicidio
- Tortura
- Muerte de una mujer embarazada
- Duelo
- Escenas sexuales

Quien considere que estos asuntos puedan afectarle, proceda con cautela.

Secretaría de la Casa Belmont





MOLLY

TODAVÍA NO SOY UNA VÍCTIMA, CREO.

Estoy viva, pero no me siento viva.

Sigo siendo Molly Brooks, pero al mismo tiempo, no.

No hay ventanas.

No hay reloj, no hay luz ni oxígeno puro, pero sí hay detalles que me permiten orientarme.

No sé cuántas horas llevo aquí, ni qué día es.

Estoy sentada contra la pared de piedra, no, no de piedra, de ladrillo. Las paredes no suenan huecas. Esto es subterráneo, un sótano, quizá. Pero no cualquiera: la humedad que me envuelve huele a tierra mojada, no a cloaca.

Estoy en un lugar caro, privado y viejo.

Me trajeron pan caliente en un plato de porcelana con estampado victoriano, así que hay una cocina lo suficientemente cerca como para que llegue a temperatura. Podría romperlo, generar un arma, pero el ruido podría alertar a alguien y dejaría de tener un elemento sorpresa. El agua venía en un vaso de metal grueso, antiguo. No son cosas que encuentres en un galpón. Ni siquiera en una casa de familia. Esto es… otra cosa.

¿Un castillo?

No, eso sería ridículo.

Respiro hondo y escucho, siempre escucho. Hay pasos, dos pares. Uno arrastra un poco el pie izquierdo. El otro camina como si llevara uniforme, a ritmo ligero, una mujer, quizá.

Uno de ellos tose tres veces, tos de fumador.

El pestillo suena dos veces. Metal forjado, antiguo; definitivamente, no es eléctrico. Lo oí en un documental sobre cárceles británicas del siglo XIX. No sé por qué lo recuerdo. Mi cerebro archiva estupideces cuando está en crisis, ergo, todo el tiempo.

Entonces me doy cuenta.

Estoy en Inglaterra, claro que estoy en Inglaterra.

Ahora que lo pienso, tras mi partida obligada donde dejé atrás a Billie, me subieron a un avión con los ojos vendados. Allí pasé varias horas, por los sonidos del avión y los recreos que los pilotos se tomaron, supuse que fueron aproximadamente nueve, diez horas; tiene sentido.

La pregunta es ¿por qué estoy aquí?, ¿qué opciones tengo para escaparme? ¿Cómo hago para no entrar en pánico?

No soy Billie.

No tengo su fuerza, ni su boca sucia, ni su capacidad de morder antes que llorar.

Pero tengo algo peor: una mente que no se apaga.

Cada ruido, cada vibración, cada rincón de este lugar está intentando darme un susto de muerte, pero también me está contando una historia. Y yo siempre fui buena leyendo historias. Incluso las horrendas.

No soy una víctima.

No todavía.



MOLLY

VIEJA Y DE COBRE.

Mi teoría es que hay una mujer en este lugar. Probablemente una ama de llaves que tararea canciones, pero es muy acotado el momento donde logro escucharla y no puedo distinguir la melodía.

El lugar debe ser grande, de techos altos y con poco mobiliario, porque pierdo el sonido de sus pies a lo lejos, aunque hay eco.

Veo una puerta donde termina la escalera de madera, la escasa luz se cuela por los bordes del marco, líneas que iluminan su contorno como si fuese la puerta al cielo.

Todavía no tomé coraje para levantarme del suelo y explorar; estoy demasiado petrificada, mi energía está concentrada en no llorar para no desperdiciar agua.

El suelo parece de tierra, apenas lo toqué con mis manos por miedo a encontrarme algo y no poder distinguirlo con el tacto.

Mi única restricción es mi mente.

Hay rincones que están tan oscuros que siento que alguien me observa desde allí. Una mirada que pesa tanto que me clava en el suelo.

Una energía que hace que baje la mirada.

La oscuridad resulta opresiva.

Hasta ahora, solo una comida al día. No sé cuánto me alimentarán aquí, pero si es como en el lugar donde me tuvieron retenida junto con Billie, Simone y Olympia, puede que sigan el mismo regimiento.

Mis manos comienzan a temblar de golpe, es el ataque de pánico que quiere salir de mí y no dejo de refrenar.

Inhalo profundamente dos veces y luego exhalo, el ejercicio que más efecto tiene sobre el sistema nervioso.

No puedo darme el lujo de perder la cabeza, no está Billie aquí para ayudarme, debo concentrarme en entender dónde estoy primero.

Ya sé que es Inglaterra.

Puede que sea una casa antigua, en el campo, quizá, por los sonidos de los pájaros. El petirrojo europeo tiene un cantar muy específico que siempre me cautivó, creo haberlo escuchado a lo lejos. No hay sonidos de tráfico, ni aviones, tampoco máquinas de cortar el césped, así que no solo estoy aislada, sino que en un lugar que está abandonado.

El hecho de que nadie haya venido a aterrorizarme no es positivo. Si estuviera aquí para trabajo esclavizado, ya me hubieran puesto a cumplir mi función, estaría en un lugar donde habría más gente, probablemente de varios lugares del mundo; entonces, las siguientes opciones son peores: estoy aquí por la trata de órganos o abuso sexual.

Y eso me petrifica aún más.

¿Qué dirá mi padre cuando se entere de que su hija fue abusada? ¿Pensará que me metí en problemas para llamar su atención o habrá encontrado las cámaras de la biblioteca donde fui golpeada por un extraño que me pedía la hora con falsa inocencia?

Qué cruel ironía: secuestrada en el lugar donde solía sentirme a salvo, la biblioteca a la que iba con mi madre.

Apoyo la cabeza contra la pared y suspiro pensando en ella. Solo puedo agradecer que ya no vive para atravesar el momento en el que se entera de que su hija fue raptada y probablemente no vuelva a casa jamás.



El sonido de la puerta me despierta de un sueño superficial y dispara adrenalina por mi cuerpo. Una luz artificial se enciende de pronto, provocándome un dolor punzante en la frente que me obliga a cerrar los ojos.

El pestillo chilla muy agudo y retrocedo cuando escucho pasos en la escalera. El sonido llega primero, son los pies que se arrastran, el de la cojera, que baja con dificultad por las escaleras de madera.

La pared no me permite alejarme aún más y me escondo en un rincón, sabiendo que es el lugar donde menos luz llega, aunque estoy segura de que podrá verme con facilidad.

La figura baja lentamente, un hombre.

Lo rodea pared de ladrillo, techo abovedado y suelo de tierra, como supuse.

Su postura es torcida, un hombro por encima del otro. Es flaco, alto.

Los zapatos suenan caros, la suela sin gastar.

Cuanto más se acerca, más rápido respiro.

Lleva un traje negro, entallado —a medida, seguramente—, un bastón elegante en la mano izquierda.

Me busca por el lugar y no me ve. ¿Cómo puede ser? La luz, aunque tenue, llega aquí.

Entonces me doy cuenta de que el ojo es de un color lechoso, probablemente ciego.

—Oh, pero qué maravilloso, empezamos jugando al escondite. —Su acento definitivamente inglés. Su voz no coincide con su cuerpo, un hombre de unos cuarenta, cincuenta años—. Si tan solo tuviera más tiempo, querida, podríamos jugar.

Su tono jocoso no me engaña, *me asusta*.

Mi respiración entrecortada le revela mi posición.

Su ojo se enfoca en mí.

—Increíble… —dice acercándose lentamente; me analiza como un espécimen en el museo—. De todas las que me mandaron, eres la más hermosa.

¿Todas?

Ya sé la respuesta, pero no quiero procesarla ahora.

Se acerca con su cojera hasta quedar frente a mí, se pone de cuclillas con dificultad, sosteniéndose con el bastón, y me observa como uno miraría a una especie nueva.

La mitad de su rostro está quemado, el mismo lado del ojo ciego.

Su piel chamuscada es horrenda, roja y rosa, partes negras, el otro lado del rostro es proporcionado, perfecto. Su pelo solo existe en algunas partes.

—¿Cómo te llamas?

El único sonido es mi respiración descontrolada.

La respuesta nunca sale de mi boca.

El hombre desfigurado observa mi cuerpo tembloroso, el vestido roto y sucio que llevo.

Suspira con decepción.

—Como dije, no tengo mucho tiempo, tengo asuntos que resolver, pero volveré. —Me sostiene la quijada de golpe, forzándome a mirarlo a su rostro deforme—. Cuando vuelva quiero escuchar tu nombre y encontrarte vestida con la ropa que dejé en los escalones. No te gustaría comenzar con el pie izquierdo, ¿no? Claro que no…

Me suelta bruscamente y se levanta, gimiendo en el proceso.

Cierra la puerta y apaga la luz, dejándome sola con mi mente.

Y eso es bueno.



No puedo dormir sabiendo que esa puerta se abrirá en cualquier momento.

Dijo que tenía cosas que hacer, pero ¿cuánto tiempo le tomarán?

Prácticamente puedo escuchar la voz de Billie en mi cabeza, diciendo que me levante, que haga algo.

Así que, en base a mi memoria, camino por el espacio a ciegas. Mis manos delante, temblando, con miedo a toparme con algo *o alguien*.

La oscuridad es tan profunda que se siente como un ente en la habitación.

Lo único que recuerdo del momento breve donde la luz estaba prendida es la escalera de madera al fondo, la habitación cuadrada, pequeña, quizá era una bodega, algo para… Oh, cierto, vi una segunda puerta a pocos metros de la escalera, una de madera maciza con una pequeña reja cuadrada en el centro.

Mis pies se arrastran sobre la tierra seca y rasposa hasta que las yemas de mis dedos tocan la pared contraria.

A mi izquierda distingo la escalera. Sobre uno de los escalones hay ropa doblada con una precisión inquietante: un vestido de verano, simple, acampanado, con lunares negros. Tiene más escote del que me gustaría, pero decido obedecer. No quiero poner a prueba su carácter.

Con manos temblorosas me lo pongo. Casi me queda a medida, aunque un poco suelto en el busto.

El frío me corre por la espalda, brazos y piernas; definitivamente, no estoy vestida para el clima actual.

Cuando termino, suelto un suspiro y levanto la vista. En el techo hay un tubo de luz fluorescente. Me quedo mirándolo unos segundos, con la mente en blanco por primera vez en días.

Bajo las escaleras despacio y me acerco a la segunda puerta. Me atrevo a mirar por la rejilla: la luz del otro lado es más nítida, suficiente para que mis ojos se adapten. A través del pequeño espacio vislumbro una ventana rectangular, minúscula, casi a la altura del techo.

Y ahí lo entiendo: estamos bajo tierra.

Es de noche.

Y…

Oh, no.

La tenue luz de la luna ilumina una camilla, pero no de esas de las cabinas de masajes o las de la consulta médica; una camilla quirúrgica, forrada de metal sucio.

En la pared cuelgan cadenas, instrumentos punzantes.

Las manos que me sostienen de la rejilla comienzan a temblar sin control.

Ya sé cuál es mi destino, ya sé dónde termina.

No, no puedo permitirlo, debo hacer algo.

Tiempo, eso es, debo generar tiempo, algo que aplace lo que sea que este perverso planea hacerme.

¿Quizá llegue un rescate? Billie lo prometió, ¿quizá haya logrado escapar y hay alguien en camino?

No.

No puedo depender de una idea, de una esperanza, debo resolverlo yo.

Por primera vez, debo escapar de mis problemas yo misma, sin la ayuda de nadie, sin el dinero de mi padre.

La sensación de estar completamente sola y depender de nadie más que tú puede ser aterradora o liberadora, depende de cómo lo mires.

Así que calmo mi mente y vuelvo a caminar, ahora con más confianza, al rincón donde estuve todo este tiempo.

Es mi nuevo lugar, el espacio para pensar.



Acomodando la espalda contra la pared, apoyo las manos en la tierra fría y siento algo metálico.

Con cuidado de no perderlo, busco el objeto a tientas. Es una moneda, creo, una pequeña.

No sé por qué me siento tan emocionada por encontrar una simple moneda, pero la llevo hasta la puerta, donde entra un poco de luz de luna, y la miro como si fuese el objeto más preciado que tengo.

Definitivamente, una moneda inglesa, vieja pero no tanto, de cobre.

La muevo entre mis dedos, pensando en cómo debo estar perdiendo la cabeza lentamente si una moneda me ilusiona tanto.

Pero luego entiendo por qué me genera tanta esperanza.

Observo el tubo de luz apagado y una pequeña sonrisa aparece en mi rostro después de mucho, muchísimo tiempo.

El cobre es un excelente conductor. Si coloco la moneda entre los terminales del tubo de luz, y teniendo en cuenta que los circuitos aquí deben ser viejos, podría generar una chispa o descarga eléctrica que queme o reviente el tubo que, estoy segura, no es LED.

Sin luz, no podrá ver, obtendría unos segundos para tumbarlo, correr hacia la puerta y escapar.

La emoción sube y baja de golpe cuando me acerco a las escaleras y me doy cuenta de que no llego. El tubo está muy alto y, con mi apenas metro sesenta y cinco, es imposible.

Observo a mi alrededor: mis ojos ya se adaptaron a la oscuridad y distingo cada sombra.

En una esquina, la más alejada y lóbrega, hay un viejo bote de pintura. Para mi sorpresa, no es eso lo que contiene actualmente.

Con mucho asco lo arrastro por las escaleras mirando para otro lado, tratando de escapar del hedor que desprende, y, como una niña haciendo un berrinche, lo vuelco en la base de la escalera. Todo cae por los escalones; definitivamente, esto es una herramienta que no había pensado antes.

Pero vuelvo a mi idea y volteo el cubo para subirme, asegurándome de pisar los bordes por si el fondo está oxidado, y, de puntillas, comienzo a introducir la moneda.

Rezo.

No sé por qué. Nadie en mi entorno familiar lo hace, pero en estos momentos le pido a quien sea que esté escuchando que la descarga no me dé a mí.

La moneda entra justa, me fijo que toque los conductos y, satisfecha, me voy con el cubo de vuelta a mi rincón.

A esperar.



BÁRON

ERES EL ANTÍDOTO.

De más está decir que detesto esta idea con cada fibra de mi ser.

No la de rescatar a una persona; eso lo he hecho mil veces, siempre por cifras desorbitadas de dinero que, para ser honesto, no conseguiría gastar ni en mil vidas. Lo que me envenena es mirar por la ventanilla del avión y ver campos ingleses.

El verde se extiende bajo mis pies en incontables tonalidades. Recuerdo cuando solía correr por esos campos infinitos con Conor. Éramos niños. No existía preocupación alguna. Ahora, aquel muchacho se ha convertido en una vasija vacía, inescrupulosa y horrenda.

Y Conor, bueno, debe ser abono.

Volver siempre es una mala idea.

Demasiados recuerdos.

Demasiados muertos que quedaron atrás.

Miro la carpeta sobre mis piernas; aún no he leído nada sobre la persona a la que debo devolver a Estados Unidos. Solo sé que se llama Molly, amiga de Billie —la nueva obsesión de mi jefe, Thomas King—. Pero no lo hago porque me sienta obligado a cumplir con mi jefe, lo hago por Billie. Porque sé lo que significa perder a alguien querido.

Billie es la nueva integrante de King Security, una mujer prácticamente callejera que Thomas encontró en una gasolinera. Se obsesionó con ella, bajo la excusa de que tenía potencial para trabajar en su empresa.

Es cierto que mi jefe tiene buen ojo para encontrar candidatos, ve a la legua la ausencia de ética y moral que te permitirá llevar a cabo las misiones que le encargan. Por eso la adoptó, la entrenó y la cuidó, hasta enamorarse de ella y hacerla suya.

El problema que todos vimos venir fue que Billie podría estar en peligro alguna vez. Dicho y hecho. En una misión, Billie fue

secuestrada por un grupo de moteros especializado en la trata de personas.

Estuvo desaparecida durante mucho tiempo.

Thomas y el resto del equipo la buscó hasta el cansancio. Hasta que la encontramos en Nebraska, en un burdel.

Cuando ella volvió solo pidió una cosa, que encontráramos a las otras mujeres con las que vivió todo ese calvario, una de ellas es Molly Brooks.

Al abrir la carpeta me encuentro con la ficha técnica que Atalar ha preparado con su habitual minuciosidad.

Nombre: Molly Brooks.
Edad: 23 años.
Ojos: verdes.
Cabello: pelirrojo.
Hija de: Pierce Brooks, abogado en Nueva York. Madre fallecida.
Personalidad: (según Billie) temerosa, silenciosa, precavida.

La imagen obtenida por Atalar muestra a una joven de aspecto delicado. El rojo intenso de su cabello contrasta con la palidez de su piel. Rizos sueltos descansan sobre sus hombros; el flequillo roza sus cejas. Es, probablemente, la fotografía de graduación.

Que la hayan elegido no es casualidad. Siempre se llevan a mujeres así: bonitas, frágiles.

El cristal siempre es más entretenido cuando se rompe.

Vuelvo a mirar por la ventana, furioso por ser testigo de lo que el hombre es capaz en este mundo… y por formar parte de ese sistema.

Eres el antídoto. Eres quien limpia este mundo de escoria. Repito esa frase como un rezo, pero, por muchas veces que la pronuncie, rara vez logro convencerme.

—Belmont —llama el piloto.

Levanto la mirada para encontrarme con otro de los amigos de Thomas King. Esos que colecciona por el camino, como hizo conmigo.

El piloto señala el reloj sobre su cabeza: estamos a punto de aterrizar.

Abrocho el cinturón solo para satisfacer su necesidad irracional de ponerme la cinta que hará que encuentren mi cuerpo más rápido en caso de que el avión se estrelle contra estos campos.

Sería una gran tragedia morir en el territorio que me ejecutó en el pasado.

El avión, que en otras ocasiones bulle de hombres irritados y ansiosos por destrozar a quien se interponga entre ellos y el dinero, hoy guarda un silencio extraño. Solo yo, en un rincón, leyendo el expediente.

La vibración del aterrizaje se siente en mi cuerpo, también la diferencia de presión en mis oídos, pero la ignoro mientras leo el informe donde se indica que Molly Brooks repitió exactamente el recorrido que hizo Billie cuando fue secuestrada, salvo que su vuelo terminó en Inglaterra. Las fuentes señalan que aquí existe un comprador habitual que busca mujeres débiles, dóciles, sin red de apoyo.

Molly encaja a la perfección en ese perfil, no hay mucha información más que la que ya leí, pero, si su padre vive en Nueva York y ella en Little Rock, ya me da un indicio de que está sola.

Al menos no hay información de parejas, amigos o trabajo, solo una carrera universitaria que Atalar no se molestó en investigar.

Un hombre con el perfil del comprador no quiere resistencia, no quiere un reto. Quiere docilidad.

¿Por qué? Puede ser por el subidón de poder sobre alguien vulnerable… o porque físicamente esté en desventaja: un cuerpo débil, alguna discapacidad, falta de fuerza para imponerse sobre mujeres como Billie.

Según el informe de Atalar, este individuo se encuentra en… Paso las páginas con rapidez, la vibración y el ruido de las turbinas se vuelven molestos, busco con el dedo la dirección… Larton.

¿Larton? ¿Qué tipo de chiste de mal gusto es este?

Mi pierna se mueve frenéticamente al ver el nombre de la ciudad donde nací.

Vuelvo la página buscando alguna señal, algún guiño de Atalar, que tiene por costumbre hacer bromas sin gracia.

Pero no hay nada.

Apoyo la nuca contra el asiento mientras el avión inicia el descenso.

Y, por dentro, rezo para mantener el control.

Solo Dios sabe que no estaba listo para volver aquí.



Algo me dice que no hay tiempo que perder.

No, no algo… *Alguien*. Billie, para ser exactos.

Cada hora me pregunta dónde estoy, si ya he llegado, si he encontrado información nueva.

Mi respuesta: «Déjame trabajar, Billie. ¿No tienes un trauma que reparar?».

Su respuesta: el emoji del dedo corazón.

Espero que Thomas no vea ese mensaje; de lo contrario, no sé si podré regresar. No es ningún secreto que mi jefe siente una obsesión poco sana por Billie, y después del secuestro, Thomas la llevó a su piso y la retuvo allí desde el día en que regresó. Eso no le impide a ella comunicarse conmigo por el móvil. Lo está viviendo con mucha intensidad, y este viaje ya me tiene retorcido como para soportar las emociones de otro.

Yo no debería estar aquí. No estaba listo para volver.

La red de Thomas (también conocido como Cobra King) se extiende por todo el mundo, sostenida por contactos que recoge a su paso: gente siniestra que vive bajo la filosofía del ojo por ojo… o de la información por dinero, drogas y mujeres.

Ahí estoy yo, hundido hasta el cuello.

Eres el antídoto.

Uno de sus contactos más importantes en Inglaterra es un tipo que se hace llamar A. J. Por supuesto, esas ni siquiera son sus iniciales verdaderas, pero aquí nadie quiere revelar su nombre real.

A mí me conocen como «el Lord», y muchos creen que es un mote inventado, sin saber que, técnicamente, es cierto…, aunque no exacto. No soy un lord: soy un duque, gracias a que mi padre yace bajo tierra; de no ser así, seguiría ostentando el título de marqués. Pero ¿a quién demonios le importa?

A mí, no.

Y no quiero saber nada de la maldita nobleza.

A. J. me espera en un pub, uno que solía frecuentar con Conor cuando la vida tenía otro sabor. Me sorprende lo familiar que se siente al entrar: el olor de la madera vieja, el alcohol, las carcajadas graves de los hombres, el humo de los puros, las paredes cubiertas de cuadros torcidos. Sobre la barra ahora tiene al menos cuatro televisores pasando diferentes canales deportivos. Hay un par de hombres sentados en los taburetes, mirando hipnotizados las pantallas.

Nada ha cambiado aquí… salvo yo.

Ya no soy el mismo hombre, ni tengo las mismas reglas. He perdido la ética, y las obligaciones que antes pesaban sobre mis hombros ya no existen.

Llevo un abrigo negro y una gorra del mismo color que oculta mi rostro pálido. Bajo la mirada mientras me acerco a la mesa donde sé que el contacto me espera.

¿Paranoico? Sí.

Asumir que nadie recuerda mi rostro sería irresponsable: estuvo en los medios de comunicación durante años. Aunque a medida que pasaron, fui desarrollando una barba que me cubre media cara, el pelo más largo llega con ondas hasta mis hombros.

Ya no luzco la imagen impecable que mantienen los periódicos, cualquiera podría confundirme con el hijo de nadie y no el hijo desaparecido de la familia Belmont.

«La familia real perteneciente a Larton aparece asesinada. Uno de los hijos, desaparecido. La reina, impactada.»

Solo que no desaparecí. Thomas se encargó de borrar mi rastro de la faz de la Tierra.

Nadie sabe dónde estoy. Nadie conoce lo que realmente pasó con el hijo menor de los Belmont.

Yo sí.

Y lo resumo en una palabra: venganza.

Cuando me siento, A. J. sostiene un libro de tapa dura y antigua: *La Odisea*. Lleva un traje a cuadros morados y verde oscuro.

A. J. tiene, al menos, setenta años. Barba y pelo blancos; las cejas gruesas, con algún vestigio de gris. Cierra el libro y lo deja a un lado de la mesa.

Cuando nuestros ojos se encuentran, los suyos se quedan fijos, intentando descifrar mi aspecto bajo la sombra de la gorra.

—Para mí esto es personal —comienza, con una voz extrañamente familiar, rasposa, gruesa, un acento muy marcado de la zona. Arqueo una ceja: nunca es bueno cuando alguien dice que es personal—. Ese hijo de puta es un usurpador y un psicópata. Lo quiero terminado.

Terminado. No muerto.

Terminado es el término que usan los hombres de su edad para evitar confesar que tienen pensamientos oscuros.

Apoyo los codos sobre la mesa y me inclino hacia delante.

Hay una palabra que ha llamado mi atención.

—¿Usurpador?

—Ocupa tierras que no le corresponden. Tierras de alguien a quien respetaba mucho. Este sátrapa vive allí con una mujer que es su cómplice.

—Y mi objetivo está con él.

No es una pregunta.

—Probablemente. Sus movimientos son los de siempre, pero lo he visto metiendo mujeres antes. Inconscientes, por supuesto. Al

poco tiempo, las entierra en el cementerio de la iglesia.

¿Quieres ocultar una flor? Ponla en un jardín. ¿Quieres ocultar un libro? Déjalo en una biblioteca. ¿Quieres ocultar un cuerpo…?

—¿Qué iglesia?

—El terreno pertenece a una familia aristócrata —responde, desviando la mirada hacia los televisores que transmiten un partido de fútbol—. Algo horrible ocurrió allí hace muchos años y, desde entonces, el lugar está abandonado. Había una iglesia donde los domingos se invitaba al pueblo.

Un frío punzante me recorre la espalda. Mi rostro permanece estoico, como una estatua griega que no revela nada, aunque mi mente arde, agitada en cada neurona.

Debería irme. Dejar que Atalar o Remi se encarguen. No puedo volver allí. Ya ha sido suficiente con regresar a esta ciudad. No quiero enfrentarme a esos fantasmas.

—¿No han reclamado las tierras?

Lo normal sería que ahora fueran un hotel, un spa o cualquier otra ridiculez, como ocurre con los castillos de familias nobles que no quieren mantenerlos.

—No. Uno de los herederos no apareció; no pueden darlo por muerto, así que las tierras esperan.

¿Quién demonios es este hombre que cree que puede robar mis tierras?

—¿Vigilancia?

—Nada. —Niega con la cabeza.

—¿Cuántas mujeres has visto allí?

—Al menos seis, pero hace tiempo que no veo a ninguna; ya no paso por allí tan a menudo.

Lo observo en silencio. Hay algo en él que me resulta inquietantemente familiar.

—¿Has visto al usurpador?

—Sí, aunque no suele aparecer de día. Tiene una cojera y el rostro casi siempre cubierto con un sombrero o una capucha.

Una cojera. Por eso pide mujeres pequeñas y dóciles.

Lo que todavía no entiendo es quién es este hombre… y por qué está en mi castillo.

—¿Qué haces tú allí?

Vuelve a negar, chistando por lo bajo. Sus ojos celestes, viejos y cansados, vuelven a los míos.

—Espero que vuelva.

—¿Quién?

—Báron Belmont, el heredero de la casa Belmont.

Mi nombre me golpea el estómago como una bala de cañón.

—¿Y qué es para ti ese tipo?

—Solía ser su maestro.



A. J.

Albert Johnstone.

Debajo de las arrugas que el tiempo le ha otorgado, del pelo blanco y de las sombras del pub, puedo verlo con claridad, como si un velo se hubiese corrido de mis ojos.

El maestro Johnstone fue quien se encargó de mi educación y la de mi hermano, Conor, desde que cumplimos diez años, hasta mis dieciocho, cuando partí a la universidad.

Por eso su voz me resultaba familiar.

Por eso tiene *La Odisea* sobre la mesa.

La Odisea: la historia de Ulises, quien abandona su reino y vuelve diez años después para reclamarlo.

Bajo la mirada a mis manos, aterrado.

Aterrado por ser reconocido.

Aterrado por que el maestro Johnstone me pregunte qué ocurrió con mi padre y con mi hermano.

Aterrado por tener que darle la respuesta.

Siento sus ojos sobre mí, analizándome.

Busco una distracción.

—¿Qué hace con esas mujeres? —susurro, peleando contra mi propia mente, sujetando con fuerza la necesidad de levantarme y

marcharme de aquí…, de llamar a Thomas para decirle que no puedo ser yo quien lleve a cabo esta misión.

Remi seguro que está disponible; Atalar sé que ha ido en busca de la otra mujer que Billie identificó, pero Remi…

—Las tortura. —Levanto la mirada, no sé por qué me estremece lo que acaba de decir—. Creo que tiene un fetiche con las técnicas medievales. Hay herramientas allí dentro que están prohibidas. Un calabozo, cadenas colgando del techo, cosas siniestras.

—¿Has entrado?

—No, pero hay una ventana pequeña en el lateral izquierdo del castillo, cubierta de matorrales porque nadie se ocupa del jardín desde hace años. Si miras con cuidado…, las verás allí, en una habitación subterránea.

Cierro los ojos cuando algo oscuro y destructivo quiere surgir bajo mi piel. Las imágenes que proyecta mi mente me asfixian; la ira vuelve a tomar el control.

Respiro profundo, tres veces.

Como me enseñó Thomas cuando me encontró perdido en la rabia y el odio.

—¿Por qué nunca has hecho nada al respecto? —pregunto con la mandíbula apretada—. Ir a la policía… Algo.

A. J. me observa con curiosidad.

—¿Crees que no lo intenté, muchacho? Tiene contactos, dinero… Y yo soy pobre y viejo. ¿Qué crees que puedo hacer? Solo esto: dejarlo en manos de jóvenes con experiencia. Como tú.

Asiento, mirando hacia otro lado, avergonzado de lo que soy, de lo que me convertí.

Dudo que se alegre si descubre que su alumno más aplicado lleva un Jagdkommando oculto en la espalda.

Me obligo a mantener la voz estable:

—Déjalo en mis manos, A. J.

Me levanto y extiendo la mano. Su agarre es firme.

—Gracias por la información.

Antes de que pueda alejarme, su voz me detiene.

—Lord… —me vuelvo ligeramente, acomodando el abrigo para enfrentar el frío y la lluvia—. Quizá puedas ayudarme a encontrarlo.

Está perdido en el pasado.

Está hablando de mí. De mi desaparición.

—Veré lo que puedo hacer —miento, antes de salir por la puerta y enfrentar lo que está a punto de aparecer en mi vida.

Una vez más.



MOLLY

LA PRENSA.

El tubo de luz estalla, tal como predije.

La adrenalina me inunda, dándome impulso para moverme sin pensar.

Avanzo a oscuras, a toda velocidad.

El del bastón maldice, chista, bufa. Escucho cómo enciende y apaga el interruptor una y otra vez, como si eso pudiera devolverle la vida a un tubo muerto.

Subo los escalones de dos en dos. El crujido de la madera lo alerta: me mira con el único ojo funcional que le queda…, pero es demasiado tarde.

Lo embisto con el hombro izquierdo; el golpe lo desequilibra y cae por las escaleras resbaladizas, cubiertas de excremento y orina.

—¡No! —grita—. ¡Katerina!

Salgo del calabozo y me detengo de golpe.

La luz que se cuela por los ventanales góticos me golpea con violencia. Después de tantos días en la oscuridad, es como si me lanzaran cuchillos blancos a los ojos.

Cubriéndome el rostro, avanzo a ciegas, forzando a mis pupilas a aceptar lo imposible.

El vestíbulo es enorme, abandonado y medieval. Un castillo…, tal como supuse.

Necesito una puerta.

Solo distingo destellos: las bóvedas altas, el brillo de los vitrales, la luz quemándome la visión.

Tanteo un pasillo y corro lo más rápido que las piernas me permiten. La escalera de piedra en espiral me obliga a subir de lado para no tropezar. Otro pasillo. Puertas de madera maciza, pesadas, que chillan por el óxido y el abandono cada vez que intento abrir una.

—¡Katerina! —Sus gritos se acercan, más furiosos—. ¡Perra estúpida! ¿Dónde estás? ¡Atrápala!

Las manos me tiemblan, las piernas son dos ramas blandas, pero sigo empujando.

Cuando una puerta finalmente cede, el alivio me dura apenas cinco segundos.

Dentro, una mesa larga sin sillas. Telarañas colgando del techo. Polvo flotando como niebla muerta.

Y al fondo…, ventanas.

La única salida.

Me lanzo hacia ellas. El mecanismo es viejo, duro; se resiste.

—Vamos… Vamos… Por favor.

Un golpe seco y se abre. El viento irrumpe, frío, real.

Miro hacia abajo: diez metros, tal vez más.

Tres pisos.

Pastizales altos.

Podría sobrevivir, *podría*. Hay historias de gente que cae desde más alto y vive para contarlo…, pero yo no quiero solo vivir. Necesito correr, y para eso mis piernas deben seguir enteras.

Los cálculos son crueles: tobillos rotos, rodillas destrozadas, columna hecha trizas. Si tengo suerte, solo una fractura. Si no…, un blanco inmóvil.

No. No puedo saltar sin un plan. Romperme no es libertad; es otra jaula, más dolorosa.

Respiro hondo, buscando otra opción. No la encuentro.

Y entonces…

Dolor blanco.

Cegador.

Una explosión en el cráneo que me dobla por la mitad.

El sonido es hueco, opresivo, como si el mundo entero estuviera dentro de una campana de hierro y alguien la golpeara desde fuera.

Cierro los ojos, todo a mi alrededor comienza a centrifugar.

Cuando los abro, no sé dónde empieza el techo y dónde acaba la pared.

Caigo al suelo. Veo piernas femeninas acercándose. Una mano sujeta una sartén de hierro.

Y después… nada.

Otra vez la oscuridad.



Lo primero en lo que pienso cuando despierto no es en la negrura que me rodea de nuevo.

No es en que fracasó el plan improvisado.

Lo primero en lo que pienso es en que este es el segundo golpe en la cabeza en un mes y que la probabilidad de una contusión es alta.

El primero fue el día que me llevaron, todavía tengo una marca. No se me había ido del todo el dolor y ahora esto. Una maldita sartén de hierro.

—No puede ser —murmuro, más para mí que para nadie.

No tendría que haber dormido, pero el golpe fue tal que no hubo manera de combatirlo.

Me incorporo lentamente, sintiendo palpitaciones en el cráneo, el sonido de la sangre en los oídos.

Empiezo a contar con los dedos, como si hacer algo físico me anclara: uno, dos, tres… Sé cómo me llamo, sé quién es el presidente en ese momento, sé dónde estoy…, más o menos.

Pero algo está distinto.

Me cuesta enfocar, me cuesta ordenar los pensamientos.

Solo tengo ganas de volver a cerrar los ojos, aunque una voz en mi subconsciente, invadido por el pánico, me grita que no lo haga.

¿Y si esta vez no despierto? ¿Y si algo dentro de mí ya se rompió y lo empeora todo?

Trago saliva, sabe a óxido.

Peleo con el sueño en reiteradas ocasiones, no puedo permitirme el lujo de caer, pero hay algo en mi cabeza que late como un tambor descompasado, y no sé cuánto más va a aguantar.

Mi visión va y viene. Debo luchar, debo recuperarme y pensar una nueva forma de escapar de aquí.



La puerta se abre muchas horas después, creo que son cuatro.

Se queda allí, no baja, pero escucho el sonido de escaleras de aluminio siendo arrastradas por el suelo, herramientas y suspiros masculinos frustrados.

Está arreglando el tubo de luz.

Al terminar, baja por las escaleras hasta donde estoy y me lanza la moneda que usé directa a la cara.

—¿Te crees astuta? —Levanta el bastón y me pega en la pierna, me cubro la cabeza por las dudas—. ¿Dónde encontraste esa moneda?

Vuelve a pegarme con ira, apunta a la cabeza, pero mi brazo absorbe el golpe.

Mis gritos hacen eco, y los odio.

—Respóndeme o te juro que…

—En el suelo —susurro—, aquí, en el suelo.

Su ojo me mira, deforme y enfadado.

—Levántate, es hora de que aprendas dónde estás.

La cabeza me palpita a medida que me levanto y me sostengo con fuerza, fantaseando con que eso contendrá el dolor.

No lo hace.

Del bolsillo saca un manojo de llaves negras de hierro y selecciona una de ellas para abrir la puerta vecina.

—No… —retrocedo.

Pero con rapidez me engancha el tobillo con su bastón y me arroja al suelo, me coge del pie y me arrastra.

—¡No, por favor, no!

Sonríe, con la mitad de su rostro quemado deformándose aún más, y avanza hasta levantarme de la cintura y arrojarme sobre la camilla sucia y manchada de sangre de otras personas.

Primero amarra un pie y luego una mano, impidiendo que salga corriendo.

Lo siguiente es el cuello y el resto de mis extremidades, una claustrofobia aguda y nueva intenta salir de mí.

Nunca fui claustrofóbica, pero debo controlarla.

Debo controlarla.

Su rostro deja en evidencia el disfrute que siente mientras amarra el resto de mi cuerpo.

Claro que sí, es un psicópata, mis gritos lo excitan, mi actitud es exactamente lo que él está esperando de mí.

Esto es psicología pura.

Respiro profundo y me focalizo en el techo, en contar los ladrillos que lo componen.

Me observa de reojo, sorprendido por el cambio de comportamiento.

—¿Conoces la presa?

¿La presa?

Niego con la cabeza.

—*Pressing,* es una técnica muy eficiente para personas que creen que tienen control.

Se agacha, gruñendo por lo bajo, pero cuando aparece de vuelta en mi campo visual, tiene una piedra en sus manos.

Una piedra que podría ser del tamaño de una sandía, y la apoya sobre mi pecho.

La presa es… *la prensa.*

Aplastamiento, restricción de la respiración con peso.

Oh, Dios.

Quiero pedirle que no lo haga, pero eso es lo que quiere escuchar, así que me muerdo la lengua para silenciar las llamadas de auxilio de mi inconsciente. Un sabor metálico se esparce por mi boca.

Al principio creo que puedo soportarlo.

Es solo una piedra, no moriré aplastada.

Es todo psicológico.

Mis costillas se acomodan con un quejido. Respiro más lento, controlo el pánico. Me repito que puedo resistir esto, pero luego viene otra y otra piedra. Cada una es más pequeña que la anterior,

pero no importa. El efecto es acumulativo, como si el aire se volviera más espeso con cada carga.

Intento moverme y no puedo.

El peso ya no es solo físico, es mental. Un recordatorio de que estoy atrapada, de que todo lo que puedo hacer es quedarme quieta y esperar a que satisfaga su necesidad de torturarme.

La respiración se vuelve un lujo, cada inhalación me cuesta. Me arde el pecho, como si una cuerda invisible se apretara a cada segundo.

Me tiemblan los labios, no sé si por miedo o por el esfuerzo de no gritar.

No hay sangre, no hay gritos. Solo silencio… y la certeza de que me está quebrando, centímetro a centímetro.

Una piedra más… y sé que algo dentro de mí va a ceder.

Son muy pesadas.

La siguiente piedra me roba el aire y eso tiene un propósito: él no tiene prisa, él no quiere romperme rápido. Quiere verme sufrir.

—Curioso —dice, su voz flota en la habitación como si estuviéramos en una charla de café—. El cuerpo humano aguanta más de lo que creemos. Lo que no aguanta… es la espera.

Lo escucho caminar despacio a mi alrededor. El eco de sus pasos irregulares rebota en las paredes de este frío sótano. No necesito verlo para saber que sonríe.

Otra piedra.

Esta vez sobre el abdomen. Mi cuerpo reacciona solo, como si quisiera doblarse, escapar, pero no hay dónde ir.

Claustrofobia.

Sube y sube, escala por mi cuello, mi mente, quiere que rompa la tensión superficial donde la mantengo.

—Te tiemblan las manos —murmura—. Eso no es debilidad, ¿sabías? Es el principio de la rendición.

No respondo. Me concentro en respirar, contar, sobrevivir.

Cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos…

El problema es que cada inhalación es una pelea más difícil que la anterior.

—Podrías decirlo ya —continúa él, como si me ofreciera ayuda—. Tu nombre, dilo y esto termina.

Hablar no parece una opción ahora, perdería mucho aire.

Pero mi silencio es lo único que todavía me pertenece y por eso lo guardo como si fuera oro.

Aprieto los dientes, no voy a rogar.

Aunque cada parte de mí grita que, si pone una piedra más, es probable que mis huesos no aguanten.

Él lo sabe.

Y por eso espera como si estuviera viendo el pan elevar en el horno, pacientemente.

La piedra cae sobre mi estómago con un golpe seco.

El aire sale de mis pulmones en un suspiro breve, contenido. Ni un gemido, ni un grito. Nada de lo que hago le sirve.

Él se agacha a mi lado, lo siento más que verlo. Huele a cuero y humedad, y a paciencia.

—¿Nada? —pregunta, como si estuviéramos jugando a las adivinanzas.

Siento cómo me observa. Busca el temblor en mi voz, en mis ojos, en mis músculos.

Pero no le doy nada.

Acaricia mi vestido, el dobladillo, y se queda mirando la tela.

—Podrías llorar —dice, con tono casi amable—. O insultarme, o pedir perdón por quemar la luz.

Le devuelvo la mirada, no con desafío ni odio, solo con… ausencia. Porque en el fondo, eso es lo que más lo irrita: no saber si me está ganando o si solo me estoy yendo por dentro.

—¿Sabes lo aburrido que es torturar a alguien que no coopera? —suelta, levantándose—. Se vuelve… impersonal.

Da un paso, luego otro. Lo escucho revolver entre los objetos metálicos de su mesa.

—La mayoría grita a estas alturas, algunas me ruegan, escupen. Tú, sin embargo…

No termina la frase. Tal vez porque no sabe cómo clasificarme.

Otra piedra, más pesada. El pecho cruje por dentro, el latido de mi corazón se escucha en los oídos, como tambores sordos.

Pero sigo en silencio.

La siguiente piedra no cae, la deja caer.

Hay una diferencia.

El golpe no es directo, pero el temblor que se propaga por mi caja torácica es suficiente para hacerme ver puntitos blancos en el techo, el mundo se achica.

Dejo que el cuello gire hacia un costado, la boca se entreabre. Respiro mal a propósito, corto, superficial.

—¿Y ahora? —murmura él, acercándose. El tono no es de burla esta vez.

Hago que el ojo izquierdo parpadee sin ritmo, apenas un tic. Me obligo a vomitar saliva. Me muerdo la lengua lo justo: un poco de sangre en la comisura le añade dramatismo.

—¿Te estás yendo? —añade, en un susurro más leve que el anterior.

Me concentro en algo muy simple: dejar de respirar durante tres segundos, solo tres. El cuerpo se encoge solo.

—¡Mierda!

Ahí está.

El sonido del metal, varias piedras removidas, siento cómo el peso cambia, cómo el aire regresa a mis pulmones.

No me muevo aún.

Y cuando su mano me roza el cuello, buscando el pulso…, ahí es cuando abro los ojos.

Y muerdo.



BÁRON

EL JUEGO TERMINA HOY.

A pesar de sentir dos anclas atadas a los pies, avanzo por los pastizales altos.

Llevo unos vaqueros negros, un suéter del mismo color; en mi bolsillo izquierdo, un pasamontañas en caso de tener que camuflarme con las sombras.

De mi aliento sale vapor.

Mis ojos grises reaccionan al frío, derramando lágrimas.

Son las cuatro de la mañana; apenas he dormido una hora desde que el avión aterrizó en Inglaterra. Algo me dice que no debo perder un segundo más.

Y esta vez no es por Billie, sino por una corazonada.

Siento que llego tarde, que su tumba anónima ya reposa en la iglesia.

Mis ojos buscan en la oscuridad aquel lugar al que mi madre me obligaba a acudir los domingos por la mañana. El resto de la semana, lo usaba como refugio contra el calor. Siempre hacía fresco entre aquellos muros de piedra, y el obispo me dejaba descansar en los bancos mientras leía un libro.

En otros tiempos, los oficios dominicales eran costumbre en la villa, pero con los años nadie volvió. Imagino que, el día en que mi padre apareció muerto, nadie quiso poner un pie en estas tierras vastas y malditas.

No puedo iluminar el camino; dependo únicamente de la memoria. No hay una sola luz, excepto la de la luna, que se alza detrás del castillo y lo baña con un fulgor tétrico.

Probablemente los espíritus de mi padre y mi hermano sigan deambulando allí dentro, arrastrando sus almas en pena por los pasillos, gritando por el hombre que les quitó la vida.

A. J. no exageraba cuando dijo que el lugar estaba completamente abandonado. La única zona donde el césped no me llega a las rodillas es el surco de un coche que entra y sale con

regularidad. El del usurpador, seguramente. Por la anchura de las huellas, debe de ser un todoterreno, capaz de atravesar este camino incluso en días de lluvia.

Al llegar al castillo, aminoro el paso. Lo observo como quien contempla una película vista mil veces.

La fachada, de piedra clara, está cubierta de musgo y enredaderas secas que trepan como dedos huesudos reclamando lo que queda. Varias torres están deterioradas: una ha perdido por completo el tejado, otra parece sostenerse por pura casualidad, y la hiedra la envuelve como si quisiera devorarla. Algunas ventanas están rotas o tapiadas con maderas, todas oscuras.

Lo que ocurrió aquí fue una tragedia, sí…, pero merecida. Y cualquier maldición que pese sobre esta familia morirá conmigo, el último heredero.

La ventana de la que hablaba A. J. debe de ser la de la bodega, donde mi padre guardaba vinos y carne de caza. Allí, él y la servidumbre faenaban ciervos con orgullo. Encontrarla en la oscuridad, con las paredes cubiertas de maleza, no es sencillo. Me deslizo entre ramas secas, procurando no partirlas y delatar mi presencia.

Hay ruidos de alimañas que se mueven con desesperación, insectos, ranas, ratas, todo se aleja de mí con pánico.

Como si supieran el alma negra que llevo conmigo.

Un ruido me alerta: una puerta se abre a lo lejos.

Me sumerjo en la sombra de unos árboles secos, agazapado como un felino.

Alguien baja las escaleras con dificultad: un pie rengo, la postura torcida y siniestra.

Una linterna apunta hacia donde estoy, la luz barre a mi alrededor. Saco el pasamontañas del bolsillo y me lo coloco para ocultar mi rostro, regulo la respiración y espero pacientemente.

El cazador sabe que es él quien tiene el poder, no la presa.

En su hombro descansa una escopeta, no puedo detectar el modelo en la oscuridad, pero sé que no es semiautomática. Los ruidos nocturnos no deben de serle extraños; aquí abundan los animales, así que algo lo hizo salir a investigar.

¿Yo, acaso?

La luz me roza, pero sigue de largo. El hombre reniega, molesto, y comienza a subir otra vez por la escalinata de entrada.

Allí donde los coches frenaban bajo la grama y las mujeres se sacaban fotos vestidas elegantemente con el castillo detrás.

Ahora hay pastizales crecidos en grietas llenas de desidia, el moho tomando control.

Mi espalda está pegada a la piedra fría y, al levantarme, mis dedos tropiezan con la ventana: enterrada entre barro y plantas. Con el puño del abrigo intento limpiarla. Dentro, la oscuridad es total… Con frustración me levanto, hasta que se enciende una luz dentro.

El usurpador apunta a la ventana, busca señales de vidrio roto o huellas de un forcejeo. Yo me pego a la pared, rezando por no ser visto.

Aun así, espío.

Y lo que veo confirma las palabras de A. J.: los elementos… y una cama mortuoria manchada de sangre fresca.

Algo me hunde el estómago: puede que haya llegado tarde.

Quiero patear la puerta, clavarle mi Jagdkommando y salir de allí con la muchacha. Pero espero.

Observo.

Todavía no sé dónde está ella o si está con vida.

La luz de la linterna se mueve rápido por la habitación, pero en un ángulo especifico puedo ver más allá de lo inmediato. A través de la puerta abierta distingo un rostro delicado en el suelo.

El alivio es inmediato, aunque engañoso: que respire no significa que viva de verdad. Son pocos los que sobreviven a la tortura de la mente, incluso después del rescate.

Ella protege sus ojos de la luz, sin dejar de vigilar al psicópata que le habla sin parar.

Su cara está golpeada; de la comisura de sus labios cae sangre seca.

Sin pensarlo dos veces, giro y camino hacia la entrada de la servidumbre.

El juego termina hoy.



MOLLY

OJOS SIN PIEDAD.

—¡¿Tú hiciste ese ruido?! —grita, apuntándome con la linterna a los ojos.

Sabe que eso me provoca dolor.

Todavía no logro recuperarme de la golpiza que me gané gracias a mi estúpida idea de morderlo.

No sé en lo que estaba pensando.

Los golpes cayeron como meteoritos sobre mis huesos, mientras algunas de las piedras seguían presionándome el pecho.

Nunca sentí tanta desesperación, tantas ganas de morir.

—¡¿Con qué?! —grito, mirando a mi alrededor.

No hay nada en la habitación, excepto mi existencia penosa y mis ganas de llorar.

—No te pases de lista —arremete, levantando el bastón para pegarme con él otra vez.

—¡Basta! —grito.

—¡Dime tu nombre!

—¡No! —Me cubro la cabeza.

—Ah, ¿no? —Retrocede y camina lejos, hacia la habitación de tortura.

Le toma tiempo.

Tiempo.

Tiempo.

Me levanto, sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo se encoje de dolor, los brazos apenas me sostienen, y entre mis dedos en la tierra siento de nuevo la moneda. Por alguna razón la pesco y corro, pero no hacia él, sino hacia la salida.

Otra vez.

Subo la escalera de dos en dos, preparándome para ir hacia el lado contrario de la última vez, pero un latigazo me sujeta del tobillo, arrojándome de cara al escalón.

El borde pega en mi pómulo.

—¡No! —grito, sintiendo que mis oportunidades se agotaron.

No lo veo venir.

Solo escucho el silbido, rápido y agudo, como si el aire exclamara antes que yo.

Y entonces ocurre.

El golpe me parte, no hay otra forma de expresarlo.

Es como si me arrancaran un trozo de espalda con fuego líquido. El mundo se reduce a esa línea ardiente que me atraviesa la piel, los músculos, los huesos. Me quedo sin aire, sin nombre, sin cuerpo. Solo soy eso: un aullido que no llega a salir.

Me quedo paralizada, temblando, con los ojos muy abiertos y el corazón tan desbocado que duele por dentro.

Me tiembla tanto la mandíbula que gritar no es una opción.

Cuando puedo pensar, estoy en el centro de la habitación, arrastrándome lejos como un gusano sin dignidad.

La moneda enterrada en mi puño.

Su brazo en alto, el látigo en su mano.

Cierro los ojos, esperando el segundo golpe agudo.

Lo que escucho es el ruido de una escopeta.

El pánico toma control; me miro el cuerpo frenéticamente, el estómago, buscando la herida. Sin embargo, los gritos que llenan la habitación no son los míos, son los de él.

Mi atacante sostiene su mano cerca de su cuerpo… No su mano, lo que quedó de ella.

El látigo está en el suelo; algunos de sus dedos, también.

La sangre sale a chorros, es nauseabundo y espeluznante.

Alguien le hizo esto.

¿La mujer? ¿La mujer que me golpeó? Quizá tomó conciencia de su complicidad nefasta.

Pero cuando mi agresor cae de rodillas, detrás no está la mujer.

Hay un hombre, de pie, con la escopeta sujeta entre las manos y, por un segundo, olvido cómo respirar.

Algo dice que lo que tengo delante es mucho peor de lo que tuve antes.

Su mirada se clava en la mía como si buscara algo. Sus ojos parcialmente ocultos tras su pelo no parpadean, no titubean. Están

hechos para analizar.

Para dominar.

Un verdadero depredador.

Cada línea de su rostro parece afilada con intención. No hay suavidad en él. No hay descanso. Solo una elegancia helada que me recuerda a los animales que cazan por placer.

Sabe que tengo miedo.

Lo huele, lo siente y, aun así, no aparta los ojos.

Baja la escopeta con control sin perderme de vista. Espero el movimiento rápido, espero tenerlo sobre mí en segundos, pero el hombre solo observa.

Su rostro simétrico, hermoso y letal, se siente como carnada, como una herramienta más bajo su manga para atraer a su presa.

Se yergue lentamente con el porte de un rey… No, no un rey: *un tirano.*

Mi instinto me suplica que baje la cabeza, que no lo provoque y, sin embargo, no puedo dejar de mirarlo, a la espera de adivinar sus intenciones.

No sé si estoy a salvo.

No sé si esto es un rescate o una nueva jaula.

Pero algo tengo claro: ese hombre no viene del mismo mundo que yo.

Su cabello negro cae desordenado sobre sus hombros, como si hubiera volado hasta aquí. Y cuando se mueve por la habitación, lo hace con la calma de un gato, de quien sabe que tiene el control de la situación.

Ignora los gritos de mi agresor, ignora la posibilidad de que venga la mujer y le haga daño.

Yo, por otro lado, estoy paralizada en el suelo de la habitación, con dos desconocidos y el dolor agonizante que emana de mi espalda.

No podré correr en este estado.

No podré sobrevivir.

Mi atacante sigue gritando sin control, su cuerpo más dañado que antes.

El hombre que le voló la mano lleva un abrigo negro, las solapas a lo alto, ocultando su cuello. De uno de los bolsillos se asoma algo, ¿un gorro negro? ¿Una bufanda?

Camina hacia mí y me alejo con la poca fuerza que me queda hasta que llego a la pared y, cuando mi espalda toca el ladrillo, grito en agonía.

Él se pone de cuclillas frente a mí y dice algo que parece un sueño:

—Billie me envió.

No sé por qué rompo en llanto; el alivio me consume al menos por unos segundos. Mi boca intenta decir algo, pero nada sale de allí.

El hombre frente a mí inclina hacia un lado la cabeza, como un animal que no comprende mi comportamiento.

Curioso, pero a la vez impredecible.

Asiento, solo para hacerle saber que entendí sus palabras, porque mi cuerpo tiembla tanto que no puedo controlarlo.

Lentamente, y con la paciencia de alguien con todo el tiempo del mundo, se quita el abrigo y, con delicadeza, lo apoya sobre mis hombros, fijándose en que no me raspe la espalda.

Su perfume me llena de golpe, un olor fresco a rocío y cedro.

Sus ojos grises recorren mi rostro magullado detenidamente; cuando está a punto de decir algo, la voz de mi atacante lo interrumpe.

—¿Quién demonios eres? —gruñe desde el suelo.

El hombre de ojos grises parece afilar sus sentidos sin voltear, sus ojos fijos en mí, pero no me están mirando. Algo parece llamarle la atención, como si se hubiese olvidado de que había alguien más en la habitación aparte de nosotros dos.

Finalmente, voltea y encuentra la linterna tirada en el suelo, la recoge y, cuando apunta a su rostro, algo en él parece detenerse: su respiración, su semblante animal y confiado desaparece.

—Soy el dueño de este castillo —responde; su voz profunda y antigua hace eco—. Quién demonios eres tú.

No pregunta: demanda.

Mi agresor levanta la mirada, el ojo bueno ahora color rojizo por las lágrimas que derramó después de que le volaran la mano.

Con una lentitud perturbadora, una sonrisa se despliega por su rostro deforme; escalofríos me recorren el cuerpo.

—Hola, hermano.



BÁRON

VER PARA CREER, SENTIR PARA ODIAR.

La luz de la linterna lo alcanza y mis ojos se niegan a entender lo que ven.

No… no puede ser.

Detrás de la piel quemada y derretida, de los mechones aislados en su cráneo, del ojo lechoso y sin vida… está Conor Belmont.

O, mejor dicho, el espectro de Conor Belmont.

—No… —susurro, sintiendo cómo la voz me tiembla y las rodillas amenazan con ceder.

—¿Sorprendido? —Su tono rezuma veneno—. Si siempre fuiste de dejarlo todo a medias, hermano.

El hermano mayor que creí muerto está frente a mí, vivo, desfigurado… y con un muñón donde antes estaba la mano que le volé de un disparo.

—¿Cómo…? —Es lo único que logro articular. No necesito más preguntas. Solo esa. ¿Cómo sobrevivió después de lo que le hice…, *de lo que le hicimos*, Thomas y yo?

—Ayúdame a levantarme —extiende su única mano hacia mí, como si estuviéramos en una reunión cordial—. Ahora también me has quitado una mano.

Su actitud es antinatural.

No hay rastro del pánico que debería sentir alguien que se desangra. Sí, tiembla y suda por el dolor, pero sus ojos… sus ojos parecen divertidos.

No me muevo.

No entiendo qué está pasando.

No porque no quiera ayudarlo, sino porque todavía estoy atrapado en el asombro. Lo que tengo delante es un pedazo de mi pasado, un monstruo que ya lo era antes de quedar así. Si no hubiera acatado las órdenes de mi padre con aquella frialdad, si no hubiera…

Destellos de memorias antiguas me atraviesan la mente: sangre, gritos, culpa… *Demasiada culpa.*

La conmoción se evapora y la ira la reemplaza con fuerza. Ajusto la escopeta entre las manos. Podría corregir el error y acabar con él ahora mismo.

Debo darle un final a su historia, a lo que hizo, *le hizo*.

Pero un sollozo me detiene.

Molly.

Por un instante, había olvidado que estaba allí.

Me giro y la encuentro con las manos tapándose los oídos, los ojos cerrados, encogida como una niña aterrorizada. Su piel pálida cubierta de sudor, su pelo rojo opaco y apelmazado.

Temblorosa. Silenciosa. Precavida.

No puedo hacer esto delante de ella.

Cuelgo la escopeta al hombro. Conor puede esperar.

La tomo en brazos, con cuidado de no rozar el latigazo que él le dejó en la espalda. Ella se sobresalta y rompe a llorar, quizá por el dolor, quizá por el miedo.

—Lo siento… —murmuro—. Esto terminará pronto.

—¡Báron! —brama Conor—. ¡Devuélvemela, es mía!

Paso junto a él, le dedico una mirada de asco y sigo hacia la salida.

—Me encargaré de ti después, Conor.

Cierro la puerta de una patada y trabo el pestillo con la escopeta.

—Hay una mujer… —susurra Molly, con los ojos muy abiertos, escudriñando la oscuridad.

—Ya me ocupé de ella —respondo. No hace falta entrar en detalles.

A. J. dijo que era cómplice, la encontré en la cocina tirada en el suelo, medio inconsciente, con una jeringa enterrada en el brazo.

Lo único que tuve que hacer fue dejar que el resto del líquido inundara su cuerpo y le generara una sobredosis.

En el trayecto hasta la bodega, encontré plantas trepando entre las piedras.

Fui yo mismo quien rompió lazos con este lugar, pero verlo arruinado me hiere más de lo que pensaba.

Mis pasos me conducen instintivamente por el castillo hacia mi antigua habitación. No sé por qué elijo ese lugar, quizá porque fue mi refugio durante mi infancia.

Molly es ligera, demasiado. Su cuerpo está frágil, desnutrido, deshidratado. Exactamente como mi hermano la quiere: indefensa, manejable. No quiero imaginar qué le ha hecho. Tal vez no debería saberlo.

Aprieto más el agarre sin querer y ella gime. Aflojo enseguida. No sé por qué me hierve la sangre. Tal vez sea por mi pasado, por mi debilidad ante mujeres vulnerables, por los recuerdos de Billie destrozada por otros hombres… o porque ha sido mi propio hermano quien ha hecho esto.

La puerta de mis aposentos sigue intacta, pese a que el castillo entero se ha rendido a la intemperie. El sonido de siglos de historia y óxido que coleccionan estas bisagras retumba por el pasillo, pero se abre y me encuentro con un desastre. Nada está como lo deje ese día, el escritorio reducido a astillas, el espejo hecho añicos… Una rabieta de Conor, sin duda.

La cama, en cambio, está intacta bajo una gruesa capa de polvo. Quito las sábanas y el acolchado, dejando que las motas vuelen violentamente. Siento a Molly sobre el colchón desnudo y me enfoco en abrir las ventanas. El aire frío entra, expulsando parte de la podredumbre acumulada.

Ella apenas emite un quejido y cierra los ojos, como si no hubiese querido llamar mi atención.

—Tengo que ver tu herida.

Asiente, mordiéndose el labio, y baja las tiras de su vestido.

El vestido…

Retrocedo de golpe, reconociéndolo.

El maldito vestido de lunares de Allana.

El estómago se me revuelve. Molly no sabe que lleva puesta la ropa de una de las personas que más estimé en mi vida, la madre de mi hijo que no llegó a nacer. Me esfuerzo por no arrancarlo de cuajo.

No es culpa suya.

Rodeo la cama para no invadir su frente y solo ver su espalda.

Tal como imaginaba, la marca del látigo recorre desde la base del cuello hasta media espalda, siguiendo la columna como un trazo artístico.

—Joder… —gruño—. Iré a por el botiquín.

Al pasar junto a ella, me agarra con una fuerza que no creía que le quedase.

—No… no me dejes sola. ¿Puedo ir contigo?

No la culpo. Este lugar es un infierno, y ella…, un cuerpo roto intentando mantenerse en pie.

Sus ojos verdes me buscan y algo en ellos me destroza.

—No está lejos, si es que todavía está ahí.

—Podría… encontrarme aquí.

—No saldrá de la bodega. Y cuando lo haga, no será con vida. Te lo juro, Molly Brooks.

Me sostiene la mirada unos segundos antes de soltarme.

—Volveré enseguida.



MOLLY

SOBREVIVIR COMO UNA RATA.

El silencio dentro de un castillo es más agonizante que en cualquier otro lado.

Una quietud que aterra.

Una sensación tétrica y oscura, como si los muros guardaran secretos que nadie debería escuchar.

Miro a mi alrededor, observando un dormitorio atrapado entre el lujo antiguo y el abandono absoluto. Las paredes de piedra, altas e imponentes encierran un espacio cargado de arcos que sostienen un techo demasiado elevado, demasiado lejano. Las ventanas altas con vitrales dejan entrar la luz débil de la mañana… Pero esa luz no calienta. Es una luz espectral, azulada, que parece filtrar el mundo real y mostrar solo lo que no debería estar ahí.

Quisiera caminar hasta allí, hasta esos escaparates que me prometen recuperar la libertad, respirar aire puro, pero el dolor me petrifica; siempre lo hizo, solo que esta vez es físico.

Una brisa llega hasta mi piel (demasiado fría para esta estación) como si me escuchara, como si respondiera a mis pensamientos. Y cuando intento respirar profundo, mi espalda me recuerda que ahora no es una posibilidad.

Un latigazo en la espalda…

A mí, a una rata de biblioteca.

A una mujer que no puede decir «permiso» en voz alta por miedo a incomodar. Una mujer que consiente que la insulten con tal de no enfrentar discusiones, que la traten como un objeto más en una repisa olvidada.

Un latigazo que no me deja recuperar el aliento, que me regaló el dolor más paralizante y, aun así, sigo aquí.

Sigo viva.

Sigo respirando.

Quizá una rata de biblioteca es mucho más resiliente de lo que creí.

A los lados de la cama, sobre la pared, hay candelabros antiguos. Algunas velas quedaron petrificadas en un instante del pasado, gotas de cera congeladas a mitad de su caída, como si el tiempo hubiera decidido detenerse justo antes del final.

Las alfombras gastadas cubren parcialmente las baldosas, y agradezco que Báron haya abierto las ventanas, aunque… ¿fue él, de verdad? El viento corre con calma, sí, pero algunos papeles en el suelo se mueven de forma errática, como si alguien invisible caminara sobre ellos.

Aquí pareciera que hubo un saqueo. O algo peor: un intento desesperado por borrar una historia que nunca debió contarse.

Una silla solitaria en una esquina, un jarrón chino sin flores…

Todo parece un cuadro de naturaleza muerta, pero, en vez de frutas, objetos marchitos.

No puedo dejar de pensar que él está encerrado en la bodega perdiendo sangre, ni en la mujer que andaba por el castillo.

¿Sigue viva? ¿Está retenida en alguna habitación? ¿Está su cuerpo olvidado en algún lugar recóndito de este castillo?

Pensar en cuerpos me eriza la piel.

Nunca creí en fantasmas ni espíritus… Pero no pasaría una noche en esta habitación ni aunque me pagaran.

Hay algo aquí, no sé qué, pero lo sé.

A veces creo que escucho un susurro.

Una palabra, casi. Como si alguien, algo, tratara de formar sílabas que no pertenecen a esta realidad.

Agudizo el oído; el sonido se repite… Dice…

La puerta se abre de golpe, el chillido de las bisagras me sobresalta.

Báron entra con una valija pequeña que solía ser de color rojo.

Sus ojos grises se depositan en mí de la misma manera que antes: con curiosidad, con recelo.

Sin decir mucho, abre la valija sobre la mesa de noche y, con dedos delicados, saca gasa, alcohol y…

—No —murmuro—. Agujas no.

Báron arquea una ceja, claramente en desacuerdo.

—Tengo que cerrar la herida, puede infectarse —indica, con una botella de alcohol en la mano.

El hombre vino a ayudarme y ya le estoy poniendo trabas, puedo leerlo en su rostro.

—Sé lo que le pasa a una herida abierta… —Mi tono, de golpe, comandante y alejado de mi habitual carácter.

Báron se yergue, sorprendido por mi giro de temperamento, y espera pacientemente a que me calme como un padre espera por un niño enrabietado.

Me siento estúpida y desubicada.

—Lo siento —susurro.

—Puedo esperar si estás más cómoda con un profesional —suspira, agotado.

Es clave resolver esto ahora; esperar no tiene sentido. Así que, sin vocalizar mi cambio de parecer, volteo lentamente, acostándome en la cama; mi espalda descubierta siente una caricia de aire frío.

Él no agrega nada más a la discusión, simplemente dice:

—¿Quieres algo para morder? —Si no tuviera un tono tan seco, no me sentiría tan inquieta.

Niego con la cabeza y él suspira, como si le molestara mi decisión.

Sin darme tiempo a prepararme, el chorro de alcohol cae sobre la herida y me quema la piel.

El grito que sale de mí me avergüenza por un momento; suena gutural, animal, patético y lamentable.

Báron espera e intenta darle aire. Aunque aprecio el gesto, no ayuda.

El dolor sube y sube y sube y no puedo respirar.

—Comenzaré a coser; no soy experto, así que no esperes que quede estético.

¿Estético? Lo único que quiero es no morir de una infección.

Cuando la aguja me penetra la piel, las lágrimas comienzan a caer, pero me obligo a silenciar los sollozos cubriéndome la boca con la mano.

Báron trabaja en silencio, cosiendo con templanza la herida, sus dedos tocan mi piel y los retira, como si quisiera evitar cualquier tipo

de contacto que no sea estrictamente necesario. Hasta que lo rompe con su voz profunda, pacífica por primera vez.

—Billie es muy protectora contigo —susurra—; en cuanto tuvimos contacto con ella, lo primero que dijo fue que debíamos rescataros.

—¿Y las demás?

—Simone está bien; no sé aún el paradero de Olympia.

Me siento mal por no haber pensado en ellas primero, ya que toda mi energía estaba concentrada en sobrevivir y alejarme del hombre encerrado en la bodega. Pero, al mismo tiempo, un peso mental parece levantarse de golpe, aliviándome. Simone y Billie están a salvo, yo también; solo resta Olympia. No puedo creer que hayamos sobrevivido a esto; bueno, no me sorprende que Billie lo haya hecho.

—Nunca conocí a alguien como ella —confieso, buscando desesperadamente distraerme del dolor e incomodidad en mi espalda.

—No puedo decir lo mismo; por los lugares donde me muevo, la gente tiende a ser abrasiva.

Después de tanto tiempo, una sonrisa débil aparece en mis labios, Báron parece notarlo.

—¿Te hizo gracia lo de «abrasiva»?

—Es la palabra adecuada; nunca lo había pensado así. Sin embargo, me hubiese gustado ser como ella en más de una ocasión y no lo logré.

—No estoy de acuerdo —refuta seriamente—; estás aquí, hablas, sonríes… Eres más superviviente que la mayoría de las personas que rescaté alguna vez.

No creo en las palabras que dice; lo que sí creo es que sobreviví solo porque mi cuerpo lo resistió.

Nada más.

Báron sigue hablando.

—Mi padre creía que el látigo era un maestro —confiesa inesperadamente—, una extensión de su maldad. Conozco el dolor que puede generar y, a tu edad, yo también los recibía; créeme que lloraba como un bebé. Tú lo estás llevando muy bien.

Miro sobre mi hombro.

—Gracias por intentar levantarme el ánimo.

Se ríe sin gracia.

—Terminado. ¿Hay alguna otra herida que debería atender de inmediato? —La gasa va cubriendo el latigazo, y la sella para que no se mueva. Sus dedos no se sienten fríos ya, pero sí extranjeros sobre mi piel.

—El tobillo… Oh, y la cabeza.

Báron se detiene.

—¿La cabeza?

—Sí, en este tiempo recibí dos golpes; el primero fue cuando me raptaron, el segundo me lo propinó él. Intenté no dormir en caso de contusión, pero…

Lentamente me ayuda a levantar, sosteniéndome el cuello y cubriéndome el pecho con la tela del vestido; aprecio su modestia. Luego me mueve el pelo en busca del golpe.

—Joder… ¿Fue Conor?

—¿Conor? ¿Tu hermano?

—Sí…

—Fue la mujer que estaba con él, con una sartén de hierro.

Sus dedos digitan mi cráneo en busca de algo. El tacto es delicado, sus movimientos parecen profesionales.

¿Quién es este hombre? ¿Y cómo lo conoce Billie?

De pronto, un sonido rompe el aire denso de la casa.

Un golpe seco, violento.

Repetido.

Como puñetazos desesperados sobre una puerta antigua. La madera cruje. Las paredes tiemblan. Y yo también.

Una voz masculina irrumpe entre los muros, desgarrada y gutural.

—¡Báronnnn!

El nombre no se desvanece; se multiplica. El eco lo distorsiona, lo alarga, lo retuerce.

Báron… on… on… n…

—¡Báron!

Suena como una amenaza, como si una persona estuviera intentando invocarlo.

Báron se detiene; su cuerpo se tensa.

Todos sus sentidos parecen orientados hacia esos gritos.

El miedo que me sube por la espalda es pegajoso, denso como alquitrán. Se instala en mi garganta y me hace encogerme, doblarme sobre mí misma como si pudiera volverme invisible.

Instinto puro. Instinto animal.

Un nuevo golpe, más fuerte. Más cercano.

Y luego, el silencio.

Un silencio tan abrupto que parece un vacío.

Báron me observa desde arriba; por un segundo veo terror en sus ojos, pero se recompone y entonces se mueve de forma rápida.

Demasiado rápida.

Se arrodilla frente a mí en un solo movimiento, como un animal entrenado para proteger… o atacar.

—Quiero irme… —susurro; la voz me tiembla, la barbilla también.

—Mi hermano intenta llamar la atención; no te preocupes. —Sus ojos parecen delineados, el gris sobresalta entre pestañas oscuras y gruesas. Pero lo que transmite ahora es culpa—. Sé que esto que voy a pedirte es titánico, y lamento mucho tener que hacerlo, pero…

El corazón me golpea el pecho, tengo miedo de lo que está a punto de decir.

—Necesito encargarme de mi hermano; ¿crees que puedes aguantar unas horas antes de partir?

La desesperación por irme de este castillo embrujado hace que me bloquee; lágrimas llenas de angustia se derraman por mi rostro.

No puedo estar aquí un segundo más.

Espera, espera… escúchalo, sus razones tendrá, Molly. Usa tu lado lógico.

—¿Qué pasará con él?

Báron se sorprende por la pregunta; se toma unos momentos para responder.

—Lo que tendría que haber ocurrido ya.

Algo pesado cae en el fondo de mi estómago.

—¿Llamarás a la policía?

Báron busca en mis ojos alguna pista que le diga cuál será mi veredicto. Decide ir por la verdad.

—¿Eso te dejará dormir por las noches?

No.

No podría sabiendo que la justicia pocas veces actúa rápido o a favor de las víctimas.

No podría sabiendo que tiene dinero y poder. No podría sabiendo que existe en el mismo mundo que yo.

—No quiero ser el jurado, es un peso que no necesito en mi vida.

—¿Dormirás mejor si sabes que él no existe más en el mundo?

La respuesta la escucho en mi mente, y me sorprende cuando la verbalizo.

—Sí —confieso.

Báron se pone de pie, soltando aire lentamente de sus pulmones.

—Quédate aquí, intenta descansar; volveré pronto.

Me cubre con su abrigo kilométrico y cierra la puerta.



BÁRON

CUANDO EL PODER VUELVE.

La escopeta obstruye la salida de Conor, que sigue golpeando con un llanto lamentable, casi fantasmal.

Me quedo de pie frente a la puerta, intentando repasar el día en que todo ocurrió, buscando el error que permitió que mi hermano siguiera con vida cuando lo vi morir con mis propios ojos.

Aquel día nefasto estaba tan lleno de odio, tan lleno de una ira roja que nubló mi criterio, que hoy apenas recuerdo unas pocas escenas.

Son más bien imágenes impregnadas de sensaciones, como un sueño que se recuerda más por lo que provoca que por lo que muestra.

Enfrentarme a mi padre para decirle que iba a casarme con Allana.

Escuchar su risa burlona, negarme la petición y retarme a que lo contradijera.

Sentir odio.

Odio.

Odio.

Explicarle que no me alejaría de ella, que llevaba un niño en el vientre, el futuro de la familia Belmont.

Ver la sonrisa de mi padre desvanecerse.

Notar cómo la idea se formaba en su mente, aunque yo no creyera que fuese capaz de llamar a mi hermano y pedirle que asesinara a la mujer que iba a pasar el resto de mis días conmigo.

Recuerdo el tráfico que no me dejaba llegar a ella.

El plan que había armado para escapar: tenía suficiente dinero para irnos del país si era necesario. Ella amaba Suiza, los Alpes.

Era posible crear una familia allí.

Finalmente llegar a su casa y encontrar un baño de sangre.

Tanta sangre.

Tan grotesco y nauseabundo.

Oscuridad absoluta devorándome como un ente pegajoso que se arrastraba por mi cuerpo.

Llamar a un hombre que no pertenecía a mis círculos, Thomas King.

Cierro los ojos al revivir la imagen de Allana con la mirada perdida, sus manos sobre el vientre y el cuello degollado.

Sacudo la cabeza, desesperado por bloquear la visión.

Es imposible.

Busco el móvil en mi bolsillo trasero y marco el número de mi jefe.

Thomas King responde inmediatamente y me alejo un par de pasos de la puerta, perdiéndome en las vistas del vestíbulo olvidado en el tiempo. Los techos altos adornados con telaraña y las paredes cubiertas de manchas oscuras.

—Báron… —Su voz afilada.

—Thomas, el objetivo ha sido recuperado —digo, siguiendo el protocolo.

Thomas suspira, pero conozco esa reacción, no está irritado, sabe que le dará buenas noticias a Billie, ergo, eso es bueno para los dos.

—Sé de alguien que estará aliviada.

—Dile que está bien, lastimada pero bien.

—¿Qué tan lastimada? —*Traducción, ¿cómo está su mente?*

—Dos latigazos, dos golpes en la cabeza, sigue en shock, pero receptiva.

Traducción, no será un ente sin vida por el resto de sus días, como ha ocurrido con mujeres que pasaron por lo mismo.

Nos quedamos en silencio los dos, y uno creería que la escasez de palabras oculta información, no con Thomas King, no sé cómo lo hace, pero…

—¿Qué ocurre?

—Tengo una situación aquí un poco compleja.

—Te escucho.

—Conor —suelto, sintiendo mi garganta contraerse al mencionar su nombre tras tanto años evitándolo—, Conor era el atacante.

—¿Conor? ¿Conor Belmont, tu hermano? —cuestiona. No muchas cosas sorprenden a mi jefe, parece que he logrado lo impensado—. No puede ser.

—Está encerrado en este momento en la bodega de mi castillo, vivo, desfigurado, pero vivo…

Me siento en el suelo duro y polvoriento, apoyo la espalda sobre la piedra y me cubro los ojos con la mano.

Thomas se queda callado por unos segundos, probablemente analizando cada paso que dimos ese día.

—¿Estás seguro de que es él y no alguien haciéndose pasar por él?

—Es mi hermano, Thomas —respondo con la intención de que a mí también me entre la idea. Saco el cuchillo de su estuche y comienzo a jugar con él.

—Recuerdo haber encendido el lugar y verlo en llamas.

—También yo —afirmo, mirando a mi alrededor, hay rastros de un incendio controlado—, pero aparentemente sobrevivió. No entiendo cómo…

—La pregunta, Báron, no es cómo…, sino por qué. ¿Por qué no habló esa noche? ¿Por qué no entregó tu nombre a la policía? ¿Por qué no usó el apellido para reducirte a polvo? —Hace una pausa apenas perceptible—. ¿O acaso ya lo hizo y aún no lo sabes?

—No lo había pensado, joder. —La punta del cuchillo da vueltas sobre el suelo de piedra.

—Por eso estoy aquí, no estoy tan involucrado sentimentalmente como tú. Hiciste bien en llamarme. ¿Cuál es tu siguiente paso?

—No lo sé, hablar con él, asumo, entender qué ocurrió.

—¿Y luego? —Silencio—. ¿Te has arrepentido de haberlos eliminado?

—No, por supuesto que no, se lo merecían, sin embargo —estas palabras no quieren salir de mí, pero no tengo otro confidente—, no puedo dejar de pensar si esto no es una segunda oportunidad, un mensaje enviado para que rectifique lo que hice.

Los dos merecían morir, estoy seguro de eso. Pero esto se siente como una oportunidad para redimir la culpa que cargué estos años

por haberlo hecho tan salvajemente. Pero ¿qué digo? ¿Dejarlo vivir? No.

—Justicia, eso es lo que hiciste.

—¿Y por qué siento esta culpa que me carcome? —Mi voz se corta, inconscientemente no dejo salir las palabras que tanto peso tienen.

Thomas suspira, puedo escucharlo caminar en su piso.

—Porque al final del día, eres humano, es normal plantearse este tipo de cuestiones, ellos asesinaron a tu novia, tú los asesinaste a ellos. ¿Qué viene primero, la culpa o la justicia?

—No me ayuda esto.

—Lo sé, propongo que recuerdes quién eres. Siempre has sido un hombre contemplativo, lógico, pero tu familia es el tema más sensible que cargas, el peso sobre tus hombros no ha desaparecido desde ese día. Ellos siempre tuvieron control sobre ti, inclusive *post mortem*.

Asiento sin decir una palabra, miro el techo una vez más.

—Todas las preguntas que me quitaron horas de sueño podrían ser contestadas ahora.

—Sí, es cierto. También es cierto que tu hermano sabe que necesitas cerrar la historia. Está esperando que vayas con preguntas para las que solo él tiene respuestas. Él tiene el poder, aunque sea él que está atrapado. —Hace una pausa breve, el sonido de un vaso al posarse sobre madera—. Si fuera yo, ya tendría una historia lista. Una que te obligue a cuestionarte todo.

—Ya me lo estoy cuestionando.

—Exacto. Y ese es el primer paso para que deje de ser tu prisionero y empiece a ser tu juez.

—No quiero eliminarlo sin saber.

—Entonces no le des tiempo. El tiempo es un arma, Báron, y él la lleva cargada. —Me quedo en silencio. Thomas siempre ha sabido dónde golpear—. Y si decide jugar contigo, recuerda que no sería la primera vez que un Belmont cava su propia tumba.

Cuelga sin despedirse.



Pateo la escopeta que traba la puerta.

Esto se termina con mis propias manos; nada de armas de fuego esta vez.

Abro la puerta esperando que mi hermano se arroje encima de mí, pero está sobre los escalones, medio dormido, medio ido, gimiendo palabras sin sentido.

Un charco de sangre chorrea hasta hacer contacto con el suelo.

No debe quedarle mucho tiempo de vida.

Lo empujo con una patada y lo veo rodar por las escaleras hasta llegar a la base. Eso lo despierta por completo.

—Joder…

Bajo las escaleras despacio. Mis suelas se tiñen de rojo y no me molesto en evitarlo, es necesario recordarme quién soy. Miro el Jagdkommando sujeto por mi mano ensangrentada. No es mi sangre: es la sangre de Molly.

Molly… Hasta su nombre suena pequeño y delicado. ¿Cómo alguien pudo sentir la necesidad de lastimar a un ser tan indefenso?

—Es hora de que hablemos tú y yo —digo poniéndome los guantes de cuero, no quiero que vea las manchas y se regocije con la noción de que ella sangra por algún rincón del castillo.

Conor me observa desde el suelo y se arrastra hasta la pared más cercana para descansar su cabeza.

Mismo lugar donde Molly estaba hace tan solo unos minutos.

—No tienes ningún derecho a quitármela —susurra mirándome directamente a los ojos.

¿Quitársela? Como si le perteneciera…

—¿Desde cuándo necesitas lastimar mujeres por ocio? —pregunto, devolviéndole un profundo sentimiento de asco con la mirada. Su cuerpo deforme es repugnante de ver y me pregunto si Molly tuvo que contemplarlo de cerca, sentirlo respirando precipitadamente sobre su oído.

Encoje sus hombros, despreocupado por la respuesta.

—¿Esto nació después de Allana o antes?

—Siempre sentí curiosidad, comenzó en esos días de caza, pájaros, ciervos, pero la necesidad nació con la bella y alegre Allana.

El día que se la presenté en el *pub* sentí algo extraño, la forma en la que la miraba, quizá, pero Allana siempre fue un imán con la gente, carismática, extrovertida… Ahora entiendo que lo que hizo fue despertar al monstruo.

Mis nudillos se entierran en su rostro asimétrico antes de darme cuenta.

—No vuelvas a mencionar su nombre —amenazo con la punta de mi cuchillo en mi arteria favorita, Conor mira hacia abajo, percatándose del arma que cargo—. ¿Sabes lo que me gusta de este cuchillo? —pregunto, girándolo entre los dedos, dejando que la luz se mueva por el filo—. No hace falta usarlo para que funcione.

Conor no responde, pero traga saliva.

¿Quiere jugar a los hermanos psicópatas? Que se acomode, que el espectáculo está a punto de comenzar.

—No es un cuchillo cualquiera, por si no lo sabías. Se llama Jagdkommando. Lo usan las fuerzas especiales para que lo último que vea el enemigo sea su propio pecho abriéndose desde dentro.

Paso el filo cerca de su cuello, no lo toco, sin embargo, sé que siente el frío del metal.

—Tiene tres filos y un canal interno. ¿Sabes lo que eso significa? Que si te lo clavo en la carótida…, no te desangras, te vacías.

Lo observo.

No parpadeo.

—La femoral sería parecida. Solo que más baja, más sucia, más lenta. Te arrastrarás por el suelo como una rata en agonía. Y no hay cirujano que cierre esa herida. Se abre con cada latido. Y luego está la subclavia —susurro, amenazante—. Debajo de la clavícula. Sangras por dentro. Te ahogas sin que nadie lo vea y, si yo me tomo mi tiempo…, podrías llegar a oír tu propio corazón detenerse.

Levanto el Jagdkommando, lo giro una vez más en el aire, despacio, como si lo estuviera afinando.

—Báron… —advierte.

—¿Quieres saber lo mejor de todo? —Sonrío sin humor—. Este cuchillo fue diseñado para no perdonar. Ni siquiera necesitas clavarlo hasta el fondo, con medio giro… ya no hay vuelta atrás.

No lo toco.

Tampoco hace falta. Porque, a veces, el miedo entra por la piel sin necesidad de romperla.

Y él… ya está roto.

El consejo de Thomas fue más que necesario, porque ahora el poder está sobre mí.

Conor se ríe.

Una risa forzada, como si necesitara probarse a sí mismo que todavía puede desafiarme.

—Siempre tan dramático —escupe, mirando hacia la salida—. Te das demasiada importancia. Qué, ¿ahora el cuchillo también tiene nombre? —Me quedo en silencio, dejo que crea que está ganando terreno—. ¿O te hace sentir más hombre tener un arma que viene con manual de uso?

Le levanto la mirada.

La fijo y el mundo se vuelve más pequeño. Nunca creí volver a ver sus ojos.

—No elegí este cuchillo por cómo mata —intervengo, observando el objeto girar entre mis manos, como si fuese parte de mí—. Lo elegí por lo que representa.

Él entrecierra los ojos, intenta no mirar el arma. Pero sé que lo hace, todos lo hacen, es una forma de procesar su inevitable destino.

Apunto con el Jagdkommando al centro de su pecho, apenas unos centímetros lo separan de la triple hoja.

La sonrisa se le borra.

Ahí está.

El temblor en la comisura del labio. La máscara cayendo.

—He lidiado con muchos asesinos en serie, Conor —digo despacio—, pero nunca los he matado dos veces. Creo que ese será el mayor placer que pueda obtener.

Se ríe con debilidad. Sus dientes, amarillos y torcidos, asoman como un insulto.

—¿Crees que hay alguna diferencia entre tú y yo? —pregunta—. Yo cazo por deporte. ¿Tú?

Me enderezo y tomo distancia.

Señalo hacia arriba, hacia donde está Molly.

—Solo los desequilibrados mentales buscan hacer daño a los inocentes.

—Pfff… Siempre te comiste el cuento del caballero —escupe—, cuando por dentro eres el villano. Igual que yo, igual que papá.

No estoy tan en desacuerdo con su teoría. Nuestro padre, tras el fallecimiento de mi madre, se empecinó en criarnos con violencia, con un puño de hierro, con el solo propósito de mostrarle a la nobleza lo exigente que era para lograr la perfección.

Tanto Conor como yo fuimos forjados para exteriorizar el poder de la corona.

Su ambición y sensación de superioridad solo por ser «descendiente de», lo llevó a tomar decisiones inhumanas, como, por ejemplo, eliminar a una mujer, por no aprobarla.

Por gestar a un niño bastardo, según él.

—¿Debes decirte eso para justificar tus acciones? —Levanto la mano, deteniendo su turno de respuesta—. ¿Sabes qué? No me interesa. Nada de lo que salga de tu boca podría cambiar lo que está a punto de suceder.

Esto es parte del plan, el consejo de Thomas, yo tengo el poder.

Sujeto el cuchillo con fuerza.

Me preparo para el golpe.

—¡Espera! —Alza la mano buena, y su voz tiene un matiz que no había escuchado hasta ahora—. ¿No quieres saber sus últimas palabras?

La frase me golpea como un puño.

Ese es el primer paso para que deje de ser tu prisionero y empiece a ser tu juez, diría Thomas.

Mi cuerpo se detiene. No quiero ceder…, pero solo Dios sabe cuántas veces me he hecho esa pregunta.

—Lo que sea que haya dicho no la va a resucitar.

Conor inclina la cabeza. Su sonrisa es mínima, calculada.

—No me pidió que la salvara, no me pidió que te dijera que te quería. —Me mira fijamente, disfrutando del momento.

El aire se compacta.

El cuchillo pesa más en mi mano.

—Dilo.

Él sonríe, pero no es burla, es veneno.

—No… Prefiero que te lo repitas cada noche, inventando diferentes versiones. —Baja la voz, casi un susurro—. Así nunca dejarás de querer matarte.

Siento el latido en mis oídos. Mi brazo quiere moverse, pero sé que, si lo hago ahora…, él gana.

No sería la primera ni la última vez que contemplara esa salida. La culpa por haberle arrebatado la vida a Allana solo por cometer el error de cortejarla hizo que muchas noches no pudiera respirar.

La punta del cuchillo estuvo en mi estómago incontables veces, listo para terminar con mi vida.

Pero mi razonamiento decía que, si me marchaba, no sufriría lo suficiente.

No como debe ser.

Y por eso, cargaría con la culpa por el resto de mis días, o al menos hasta que Dios decida que cumplí mi tortura.

—¿Cómo sobreviviste?

—Podría darte una gran historia, pero fueron los bomberos quienes encontraron mi cuerpo quemado; llegaron antes de que se comprometiera algún órgano.

—Imagino lo incómodo que debe de ser para ti recordar ese hecho, siempre has despreciado a las personas con vocación para servir al resto. ¿Por qué nunca has confesado lo que ocurrió esa noche?

Siento mi corazón acelerarse esperando la respuesta.

Pero mi hermano encoge los hombros, restándole importancia.

—Era mi oportunidad para salir de la mirada pública.

—¿Y tu venganza?

Extiende su brazo, señalando el espacio en el que estamos.

—Mi venganza es esta, lastimarla una y otra vez; era cuestión de tiempo hasta que te enteraras, y ahora sabes que cada vez que

mataba a una de ellas, lo hacía pensando en Allana y en sus gritos; siempre las enterré con su ropa puesta.

La única forma de mantener el poder en esta conversación es siendo auténtico. En la honestidad hay verdad, en la verdad hay libertad, y en la libertad, poder.

—Estás en lo cierto, pienso en ella durante la noche especialmente —confieso, dándole la espalda—. A veces saco la cuenta de cuántos años tendría mi hijo o hija, me imagino llevándolo al parque, viendo películas en familia. A veces es tan sofocante que no puedo describirlo, tan intenso que siento un agujero negro en medio del pecho.

Volteo para verlo disfrutar el momento.

—Quizá deba darte uno para que sientas lo que es tener un agujero.

—La perra pedía clemencia —confiesa. Una ebullición comienza en mi interior—. Gritaba y sostenía su estómago con un miedo paralizante, pero ella no entendía que yo deseaba ver cómo la luz se iba de sus ojos, más que el aire que respiraba.

Me inunda el dolor, lo dejo estacionarse en mí, como viejos amigos.

—¿Por qué ella?

—Porque era tuya.

Imágenes de Conor cuando éramos niños —interrumpiendo mi juego, mis conversaciones, arruinando muñecos, pinchando pelotas — caen sobre mí como balas, despertándome de un sueño profundo.

Por supuesto.

Todo finalmente tiene sentido.

—¿Por qué me odias?

Aleja la mirada, su piel es ya amarillenta, casi gris; no le queda mucho tiempo de vida.

Pelea con su mente, pensando si soltarme las palabras o no.

Finalmente entiende que, después de esta charla, no hay nada más para él.

Quizá para mí tampoco.

—Siempre fuiste demasiado perfecto, demasiado inteligente, apuesto, elocuente. Me irritabas.

—Tuvimos las mismas oportunidades —explico con un tono de decepción.

—Y, sin embargo, según padre, nunca estuve a la altura. —Me señala con su única mano para darle énfasis a lo que dice a continuación—. Excepto cuando necesitó eliminar esa piedra en el camino que amenazaba el futuro de los Belmont, ahí llamó a su hijo eficiente. Tú eras el modelo de revista aspirante a defender la corona y sus costumbres, sus reglas, yo era el hazmerreír de todos.

—¡Nadie se reía de ti! —grito, sintiendo que pierdo la cabeza.

—Tú no leías los mismos periódicos que yo, entonces —articula por lo bajo, alejando la mirada.

—Eso no justifica tu odio, lo único que consigue es darle la razón a nuestro padre —digo, dejando que la rabia tome control.

—¿Crees que tus palabras me hieren? Estoy al borde de la muerte, no me podría importar menos lo que pienses de mí.

¿Ah sí?

—Supongo que tienes razón, pero los medios… —Busco su mirada—. Cuando se enteren de que el hijo del duque Belmont era el asesino en serie escondido en el castillo, cuando sepan los nombres de las mujeres que enterraste en el cementerio o cuando Molly cuente su historia… Cuando escuchen que asesinaste a tu padre y tu hermano…

Conor pierde la cabeza, tal como supuse, mi opinión quizá no le pese, pero la de los extraños sí.

—Tú no sabes mentir, hermano.

—Tú no me conoces —respondo, girando el Jagdkommando en mi mano—. Este Báron no es el que crees. Le estoy reservando a este apellido un asiento en el infierno, donde pertenece.

El silencio se estira entre nosotros. Su respiración es un traqueteo; la mía, un compás exacto. El cuchillo pesa, me llama.

—Siempre fuiste ruido, Conor. Ruido en mis juegos, ruido en mi vida, ruido en mi culpa.

Levanto el Jagdkommando y lo coloco justo en su pecho. Lo miro a los ojos.

—Hoy, al fin, se acaba el ruido.

Lo hundo con fuerza.

Los tres filos atraviesan piel, carne y hueso como si fueran papel. Su boca se abre en un gruñido roto, pero yo lo acompaño con voz baja, cruel, casi susurrante:

—¿Lo sientes? Eso que se te escapa es tu aire. Cada vez más corto, cada vez más inútil.

Su sangre brota en pulsos gruesos, espesa, oscura, como si quisiera pelear por quedarse dentro.

—Tu corazón late fuerte… —digo, inclinándome junto a su oído—. Pero cada pulso solo te acerca más al vacío.

Conor tiembla, intenta agarrarme el brazo, pero su fuerza se disuelve como ceniza.

—Mírame, hermano. No cierres los ojos todavía, quiero que sepas que *yo* decido cuándo mueres.

Sus pupilas se dilatan.

El odio se disuelve en miedo.

La burla desaparece.

Solo queda la certeza.

—Eso es —susurro, sosteniéndolo mientras la vida se apaga—. Quédate conmigo en este instante sabiendo que, a partir de mañana, los periódicos sabrán quién eras en realidad, el hazmerreír de la familia Belmont. Vete sabiendo eso.

Su cuerpo cede.

Sus ojos se quedan fijos en los míos, desesperados y apagados.

Respiro hondo.

El Jagdkommando aún enterrado en su pecho, como una firma que sella una historia.

Lo saco despacio, el sonido metálico contra sus huesos es una canción.

Lo observo morir.

Y aunque mi herida no cierre nunca…, él ya no respira, y esta vez es para siempre.



MOLLY

LA CURIOSIDAD DE LOS SENTIMIENTOS.

Cuando abro los ojos, es noche cerrada, aunque una penumbra de luz ilumina lo necesario para no sentirme que estoy en un agujero negro.

La quietud de la habitación me angustia; la puerta permanece cerrada.

Estoy boca abajo, la única posición en la que logré conciliar el sueño. Intento moverme, pero el dolor se dispara por mi espalda y me arranca un gemido de animal moribundo.

—Despacio —escucho su voz. Hace eco en la habitación y mi piel se eriza.

Volteo hacia el ventanal. La luna, alta en el cielo, baña la silueta de Báron, que me observa con cautela desde los pies de la cama, inmóvil como una escultura renacentista.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Unas ocho horas, según mis cálculos.

—¿Y estuviste ahí sentado todo ese tiempo?

Mira su reloj de pulsera.

—Algo así.

—¿Por qué no me despertaste? —protesto, clavando las palmas en el colchón. Mis codos se vencen y caigo de cara, sin delicadeza.

Siento sus manos sujetándome los brazos, intentando ayudarme. La idea de haber estado prácticamente desmayada con un hombre en la misma habitación me perturba; debo repetirme que, si es amigo de Billie, es seguro.

—Despacio, tienes una herida.

¿Cree que no lo recuerdo?

Ah… No sé por qué estoy tan a la defensiva.

Báron me ayuda con delicadeza hasta que logro sentarme, su abrigo cae de mis hombros sobre mis muslos y un escalofrío me corta la piel.

Sus ojos me vigilan con la paciencia de quien espera que me desmaye otra vez.

—Estoy bien —afirmo, soltando su mano con cautela—. Tendrías que haberme despertado. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer que observarme dormir.

Báron mantiene el rostro estoico. Parecería detenido en el tiempo si no fuera porque lo veo pestañear.

—El avión está esperándonos. ¿Quieres que te cargue?

—No —respondo rápido—. Solo ayúdame a levantarme.

Pero Báron parece no entender qué significa «solo ayudarme», porque clava las manos bajo mis axilas y me levanta como si fuese una pluma a los pies de la cama.

Los primeros pasos son lentos. En algún momento perdí el calzado y ahora la piedra bajo mis pies se siente fría, sucia. Al mover la pierna izquierda, el dolor me atraviesa; los músculos de mi espalda se contraen y me detengo.

—Súbete a mi espalda —ordena—. Será lo mejor.

—No… Yo puedo.

—No tenemos tanto tiempo —insiste—. Por favor, Molly, envuelve los brazos en mi cuello.

Báron se inclina, ofreciéndose como hacen los padres con un niño.

No… no sé si puedo. *Demasiado contacto, demasiado cerca.*

—Lo único que haré es sostener tus piernas, nada más.

¿Cómo supo que era el contacto lo que me hacía dudar?

Al final, cedo. Envuelvo los brazos en su cuello ancho y me sorprende la dureza de sus músculos, la seguridad con la que me carga.

—Cuidado con el pie —advierte, empujando la puerta.

El castillo permanece en silencio, aunque en el aire flota un olor fuerte a gasolina.

—Báron…

—Fui yo. En cuanto pongas un pie fuera de aquí, haré que desaparezca de la faz de la Tierra.

—Me da pena. Hay mucha historia en este lugar.

—El pasado debe quedarse donde pertenece, Molly Brooks. Tenerlo entre nosotros no hace ninguna diferencia.

Al llegar al vestíbulo, mantengo la vista baja, temiendo encontrar sangre seca en las paredes.

Ya en el exterior, Báron se vuelve hacia la arquitectura imponente del castillo. Busca en su bolsillo un encendedor, lo acciona y contempla la llama.

—Deseo que el fuego borre las heridas que se forjaron aquí, que elimine los espíritus que atormentan mi alma y ponga fin a una historia que nunca debió ocurrir.

Lo recita como una plegaria, un rezo que debería quedarse dentro de una iglesia, pero lo dice en voz alta, dejándome formar parte de su deseo.

Mira sobre su hombro, tan cerca que su nariz casi roza la mía.

—Repítelo.

Y me sorprendo obedeciendo, con la misma solemnidad.

Báron arroja el encendedor. Como en las películas, el fuego toca la gasolina y se expande veloz por el vestíbulo.

Los dos observamos cómo el castillo se consume lentamente; el humo se escapa por ventanas y techos rotos.

Sin más, Báron se da la vuelta y empezamos a caminar, solos, por un campo a oscuras.



Debo recordarme, a pesar del sonido y la vibración del avión, que esta vez vuelvo a casa.

Que mis ojos no están vendados, ni mis manos atadas.

Y que un hombre muy serio me observa no con la condición de vigilante, sino de cuidador.

Báron insistió en que debía acostarme en uno de los sillones color arena, mientras él está sentado del lado contrario, con el puño

sosteniendo su barbilla, parece la escultura de *El pensador*, pero un poco más erguido.

—Deberías llamar a tu padre, dejarle saber que estás bien —dice, pero su sugerencia se siente como algo más, quizá un sondeo, una prueba para entender mi perfil. No sé qué ganaría entendiéndome si, en el momento que lleguemos a Estados Unidos, no volveremos a vernos.

De su bolsillo aparece un móvil, de los viejos con tapa que cabe en la palma de la mano.

Cuando me lo entrega estiro el brazo, pero él se retrae.

—No debes darle detalles, Molly, esa es mi única condición.

—No mencionaré tu nombre —le aseguro, con la mano esperando.

—No solo eso, no debes dar detalles de la ubicación, de las cosas que ocurrieron allí, de los apellidos que escuchaste. ¿Puedo confiar en ti?

La intensidad de su mirada y la autoridad en su voz me hacen sentir pequeña.

—¿Puedo contar lo que me ocurrió?

—Sí, escucharé la llamada solo para cerciorarme de que mi persona se mantiene en el anonimato. —Entrega el móvil y se sienta a mi lado.

Marco el número de mi padre, suena solo una vez y luego escucho su voz.

No creí sentir ese alivio, después de todo, la relación con mi padre ha sido casi nula desde que comencé la universidad.

—Habla Pierce.

—Papá…

Lo escucho levantarse de su silla, su tono cambia a uno urgente.

—¡¿Molly?! ¡¿Dónde estás?! ¡¿Estás bien?!

—Estoy bien, estoy a salvo, volviendo a casa —aclaro, mirando de soslayo a Báron, que asiente complacido con mis respuestas.

—¿Qué ocurrió? ¡Tengo un equipo buscándote!

Báron, ante esa información, une sus cejas.

—Me secuestraron en la puerta de la biblio…

—Lo sé, tengo el vídeo, ¿quién fue, Molly? Quiero nombres…

—No lo sé, una organización, creo; estuve en dife… —Báron me observa intensamente— en diferentes lugares, nunca pude saber dónde, siempre iba con los ojos vendados.

—Hijos de puta —gruñe Pierce Brooks, el abogado—. ¿Te hicieron daño?

Mis ojos vuelven a navegar hacia él y asiente.

—Estoy bien —es todo lo que digo, y mi padre entiende que no estoy bien.

—¿Pudiste escapar?

Báron asiente.

—Sí, sí, logré llegar al aeropuerto y subirme a un avión.

—Pero ¿cómo…? —insiste, su voz cargada de incredulidad.

Me cubro los ojos con la mano libre, la vergüenza y la presión me hacen sentir absolutamente estúpida. Claro… No tengo pasaporte, y sé que todas mis tarjetas están vigiladas por él.

—Un contacto de la universidad —respondo atropelladamente, tragando saliva—. Un profesor que conocía a alguien en seguridad privada… Ellos me ayudaron a salir, papá. No me preguntes cómo, apenas lo entiendo yo. Solo me dijeron que no hablara con nadie y me subieron a un avión.

Guardo silencio, mordiéndome el labio, como si temiera haber dicho demasiado. El argumento no es perfecto, pero lo cubre todo: alguien con recursos, alguien creíble que no puedo nombrar.

Al otro lado de la línea, mi padre respira con fuerza, como evaluando cada palabra, hasta que finalmente dice:

—Está bien. No importa quién haya sido. Lo único que importa es que vuelvas a casa.

Su voz se quiebra un segundo, y ese detalle me perfora más que cualquier reproche. No recuerdo la última vez que escuché a mi padre sonar así… tan vulnerable.

—Papá… —susurro, con un nudo en la garganta.

—Pensé que no volvería a escucharte nunca —admite. Respira fuerte, como si necesitara convencerse de que la llamada es real—. He movido cielo y tierra buscándote, Molly. No sabes lo que ha sido este tiempo sin ti.

Cierro los ojos.

Sé que está esperando una promesa, un «ya pasó», algo que lo tranquilice, pero no tengo fuerzas para inventar calma donde no existe.

—Estoy bien —miento, apenas con un hilo de voz.

Silencio. Largo.

Después, lo escucho contener un sollozo que no le pertenece al abogado implacable, sino a un padre que casi se queda sin hija.

—Vuelve a mí —dice al fin, casi una súplica—. Solo… vuelve.

La línea se corta.

Me quedo con el teléfono cerrado en las manos, sintiendo que esa última palabra se me clava en el pecho como una orden y un ruego al mismo tiempo.

Báron me quita el teléfono de la mano con suavidad y lo guarda en su bolsillo.

—Por el bien de Billie y del resto es importante que no se sepa nuestra identidad.

Por eso antes sentí que me analizaba, Báron intentaba entender si iba a ser torpe con la llamada, decir cosas que lo comprometieran. Lo cual me lleva a pensar…

—¿No es porque eres parte de la nobleza? —suelto con desafío.

Báron vuelve a su lugar inicial, se sienta con elegancia, cruzando las piernas a la altura de la rodilla, sus ojos me observan con suavidad, pero, al mismo tiempo, una media sonrisa me susurra: «No eres más lista que yo».

—No, eso no tiene nada que ver. —Aparta la mirada y zanja la conversación.

El avión se mueve, levantando una pequeña turbulencia, y el movimiento hace que frunza el rostro de dolor.

Me pregunto si pasaré el resto de mi vida recordando que el dolor en mi espalda fue causado por ese hombre. Cuando la herida sane y tenga una línea rosa en mi piel, ¿dejaré de pensar en él? Cuando sienta presión sobre el pecho, ¿aparecerá en mi mente?

—¿Terminaste con él? —No puedo decir la palabra *asesinar*.

No entiendo cómo alguien como yo puede haber llegado a esto. A tener un hombre delante de mí que fue capaz de asesinar a su supuesto hermano. Por más que entendí que hubo una historia

pesada, me resulta lejano e incomprensible el concepto de arrebatarle la vida a alguien.

La vida.

Después de que mi madre se marchara por esa maldita enfermedad, el concepto de la muerte dejó una profunda cicatriz en mi mente.

Nunca había comprendido, o, mejor dicho, nunca había sido consciente de lo que significaba la ausencia de alguien en el mundo.

No creo que la mente humana logre comprender nunca cómo alguien puede estar y, de un momento a otro, no.

Cómo sus cosas, aún con su impronta, con la etiqueta de ser posesión de alguien más, pasen a ser solo objetos.

Objetos cargados de recuerdos que dañan a los que seguimos vivos.

Por eso cuando miro a Báron y veo sus ojos suaves, su físico tan atractivo y sus palabras elocuentes, también me recuerdo que fue capaz de eliminar a su propio familiar.

No puedo olvidarme de eso.

—Dije que lo haría —responde con autoridad, dándome cero espacio para seguir haciendo preguntas.

Asiento y miro lejos, sus ojos grises me observan con intensidad.

Durante algún momento de las siguientes horas de vuelo, me duermo.

El ruido constante del avión y la superficie mullida del sillón me rinden. Siento calor y el peso de una manta gruesa que me cubre hasta las orejas.

Báron susurra algo, como si mantuviera una conversación privada por el móvil.

—No voy a despertarla, está durmiendo, Billie —suena irritado—. Ya hablarás con ella cuando esté consciente. No, podría ser peor.

Finjo dormir unos segundos más, pero es imposible no sonreír al saber que ella está al otro lado.

—Sí, se recuperará, estoy seguro. De nada.

El silencio se prolonga lo suficiente como para que abra los ojos. Su mirada está clavada en mí, y mi estómago reacciona como si me hubieran atrapado en plena mentira.

—¿Cómo te sientes?

—Tengo frío.

Él se inclina desde el asiento del otro lado y coloca la mano en mi frente. Fría y suave.

—Tienes fiebre.

Un escalofrío me recorre la espalda al mismo tiempo que lo dice.

—El doctor está esperando en el aeropuerto. Seguro que podrá bajarla rápido.

Asiento.

—Gracias.

—Yo no hice nada. Agradéceselo a Billie, que, por cierto, no para de llamar. —Me tiende el móvil—. Marca el último número.

Billie responde de inmediato.

—¡¿Molly?!

¿Cómo supo que era yo y no Báron?

—Hola, Billie —susurro.

Las lágrimas me atacan sin aviso. ¿Cómo puede emocionarme tanto escucharla a ella y no a mi padre?

—¡Joder, Molly, qué alegría! ¿Cómo te sientes? Báron dijo que estabas un poco lastimada.

Báron esta vez no me vigila; hojea una revista del Times con la Segunda Guerra Mundial en portada.

—Estoy bien gracias a ti y a Báron. No tengo palabras para agradecerte.

—Te lo prometí, ¿recuerdas?

No lo olvidaré nunca. Cuando me llevaron, la resolución en los ojos de Billie, su voz firme: «En cuanto salga de aquí te encontraré, lo juro, Molly. ¡Aguanta!».

—No creo que lo olvide jamás —susurro.

—Báron no te está asustando, ¿no? Sé que puede ser frío e intenso cuando quiere.

Levanto la mirada. Báron no me observa, pero tiene una media sonrisa dibujada.

—En absoluto, le debo mi vida. ¿Y tú cómo estás? ¿Sabes algo de las demás?

—Simone está en Inglaterra, según lo que escuché. Olympia en Estados Unidos, todavía estamos en su búsqueda.

¿Estamos?

—No me has dicho cómo estás tú… —insisto.

—Estoy bien. La pierna me quedó jodida, pero ya he comenzado con la rehabilitación. ¿Volverás a Little Rock?

La ciudad donde vivía.

—No lo sé. Le prometí a mi padre que lo visitaría, él vive en Nueva York.

—No recomiendo más vuelos —interrumpe Báron, sin apartar los ojos de la revista—. Ian, el médico, dirá lo mismo. Mejor que viaje él.

—¿Qué dijo? —pregunta Billie al otro lado.

—Nada… Solo quería escucharte. Que supieras que estoy bien.

—Quiero que nos veamos cuando llegues. Tengo mucho que contarte.

—Y yo muchas preguntas que hacerte. Le pediré a Báron tu número, ¿está bien?

—Más te vale. Y escúchame, Molly: no sabes lo feliz que estoy de oír tu voz.

—Lo mismo digo, amiga.

Cuando cuelgo, siento que esta llamada me destruyó y me reconstruyó en un mismo segundo.



BÁRON

NO HAY ESCAPE.

Ian chista por lo bajo y niega con la cabeza mientras inspecciona la herida de Molly en la espalda.

Los puntos que hice están torcidos, demasiado espaciados. Recuerdo cómo intenté distraerla del dolor… y distraerme a mí de la certeza de que debía matar a mi hermano, *otra vez*. Y de toda esa mierda moral, cristiana, que mis antepasados se empeñaron en imponerme.

—Intenté cerrarla, pero… —me excuso, con una punzada de culpa por el mal trabajo.

—Oh, no, Báron —responde Ian con naturalidad—. Hiciste lo mejor que podías con lo que tenías.

Molly guarda silencio; sospecho que su preocupación la mantiene atrapada en sí misma.

Ian, en cambio, es el único hombre normal dentro de esta organización. Sabe decir lo justo, en el momento preciso. Habla con Molly de forma ligera, sin ese peso fúnebre que arrastro en cada palabra.

Quiero preguntarle qué le hizo, si le duele, si la maltrataron, si la violaron. Él no. Él elige la superficie.

Y no sé si lo hace para protegerla o para protegerse.

—Hay una crema que mi esposa usa. Déjame que le mande un mensaje; dice que es muy efectiva para las cicatrices.

—Gracias —responde ella, cuando a mí me había dicho que no le importaba.

—No te perdiste gran cosa —continúa Ian, sonriente—. Una celebridad metida en un escándalo. Creo recordar que le puso los cuernos a su marido. Mientras mi mujer me lo contaba, yo estaba disociado.

—Suele pasarme —ríe ella, apoyando la barbilla en los brazos, con una liviandad como si charlaran en un café.

Levanto una ceja.

—¿Te quedarás en Little Rock? —interrumpo.

Ambos me miran, sorprendidos, como si hubieran olvidado que estaba aquí.

—Sí.

Asiento, conciso.

—Te llevaré.

Cuando Ian termina, yo ya estoy saliendo, pero lo escucho murmurar una pregunta, la pregunta que quise hacer desde que la vi.

Los dos susurran, inaudibles.

Ian la abraza con cuidado y Molly sale detrás de mí.



Mi Alfa Romeo permanece donde lo dejé, en el espacio techado de King Security en el aeropuerto privado.

Antes de darme cuenta, estoy abriendo la puerta del pasajero para que suba. Ella también se sorprende y, con movimientos torpes, se acomoda con cautela en el asiento.

Le ayudo a colocarse el cinturón, con cuidado de que no le oprima. Molly aparta la mirada, como un perro herido que rehúye los ojos ajenos. Solo lo hago por cumplir las normas; jamás tuve un accidente, y me enorgullezco de mi impecable habilidad al volante.

No comprendo por qué está tan tensa conmigo.

Sus puños descansan sobre la falda, los ojos fijos en la ventanilla, como si la ciudad que pasa fuera un espejismo.

—Una vez instalada, deberías pedirle a tu padre que venga. Esa herida limitará mucho tus movimientos.

—Lo intentaré —susurra.

—Tu padre dejará todo para venir —añado. No hace falta preguntarle por la madre; lo leí en el archivo: fallecida.

Asiente, pero esa apatía suya me resulta más inquietante que el silencio.

—Toma, dile que venga —insisto, alargando el móvil. No puedo dejarla sola después de lo que ha vivido, en cuanto pueda llamaré a Billie para que le haga compañía.

Segundos después, ella dice:

—Papá… —Su voz se quiebra apenas coloca el teléfono en la oreja—. Ya estoy en Estados Unidos, ¿crees que podrás venir?

—¿Estás lastimada?

—Un poco…

¿Un poco?

—Claro, llegaré mañana por la mañana. No te preocupes.

—Te veo entonces.

Cuando me devuelve el móvil, continúo por la avenida, el tráfico aquí es un infierno y detengo el coche en el semáforo en rojo.

—No te dije dónde vivo —murmura Molly, sus ojos verdes me miran de soslayo.

—No es necesario —respondo sin dar mayores explicaciones.

A la gente no le gusta saber que toda su información es de fácil acceso en Internet. Creen que nadie los buscará, que son solo un grano de arroz en un costal, y es cierto; el problema es cuando alguien se interesa y comienza a investigar.

Alguien como yo, como Atalar.

Aunque debo decir que, como esto era un rescate, su información estaba incompleta en muchas secciones y me gustaría completarlas.



Aunque el edificio donde reside está habitado por varios estudiantes universitarios de familias acomodadas, la seguridad es insuficiente. Solo un par de cámaras y un guardia en una pantalla que nos mira pasar como si nunca hubiera visto un ser humano en su vida.

El portal es moderno, con espejos por todos lados y un candelabro de cristal colgando en el centro antes de llegar a los

ascensores.

Una vez dentro, el número de planta va cambiando en la pantalla, donde están puestos sus ojos verdes y cansados, pero los míos están en el reflejo de las puertas, en su rostro.

Sospecho que su pelo es de un color más fogoso, ahora está apagado, sucio, con tierra, su rostro comienza a desenmascarar golpes que no había visto antes.

Cuando me atrapa analizándola, corto el contacto visual y carraspeo un par de veces mirando entretenidamente al suelo.

Gran trabajo, Báron.

El pasillo tiene una alfombra chillona, como las de los hoteles. Hay un teclado en la puerta donde marca cuatro dígitos.

El piso de Molly es… definitivamente especial. No encuentro palabras para describirlo más que resplandeciente, casi infantil en comparación con mi piso.

Al entrar, las luces se encienden solas. Los muebles claros, los cojines con personajes animados que no reconozco, la nevera cubierta de imanes, una lámpara con forma de hongo, tazas que parecen hechas de nubes, guirnaldas luminosas colgando del techo.

Todo transmite calidez y ternura.

Ella.

Molly observa cada detalle como si descubriera un recuerdo.

—Debe de ser difícil acostumbrarse a volver al hogar —murmuro, buscando algo que decir. Mi cuerpo tieso, detenido en la entrada.

—No pensé en nada de todo esto cuando estuve lejos —acaricia el sofá blanco con la yema de los dedos, lentamente, como si quisiera memorizar la textura bajo su piel. Su mirada se nubla, perdida en un lugar que no está aquí.

—¿Y en qué pensabas? —me sorprendo preguntando, con un tono más suave del que pretendía.

—En mi madre… Murió hace unos años —explica, ya que yo «no sé nada de su vida»—. Y por un instante pensé que era mejor así, porque no habría soportado verme de esta manera. —Se aparta del sofá y camina hacia la cocina, que se abre al salón con un concepto abierto. El sonido de sus pasos descalzos contra la tarima rompe el silencio, no había notado que se había quitado los zapatos.

Aún lleva el vestido de Allana.

—¿De qué manera? —indago siguiéndola, mis zapatos resonando más fuerte de lo que quisiera.

Ella encoge un hombro, sin girarse. Esta detenida frente a la nevera; entre los imanes, hay una foto de una mujer pelirroja, sosteniendo a un bebé, probablemente ella.

—No lo sé, marchita.

La palabra me atraviesa con violencia y detengo mi caminar en la esquina de la cocina.

—No lo estás, solo pasas por un periodo. Dejará cicatrices, sí, pero no determina quién eres.

Sus ojos finalmente me buscan. Son claros, abiertos, como si por primera vez me viera sin la niebla del miedo. Me siento expuesto bajo esa mirada, prisionero de mi propia piel.

—¿No crees que esto me arruinó para siempre?

—En absoluto.

—¿Y no crees que, cuando un hombre me vea la espalda, se horrorice?

Trago saliva, demasiado consciente de cada respiración. Llevo las manos a la espalda baja, en la pose que solía tener mi padre cuando se detenía frente a la chimenea. El recuerdo me hiere, pero lo sostengo.

—Creo que, si un hombre te juzga por algo que estuvo fuera de tu control, no es un hombre. Y deberías alejarte de él.

Ambos nos sorprendemos con mi respuesta. Ella abre ligeramente los labios, yo carraspeo y me enderezo, como si el aire de repente se hubiera vuelto más pesado.

—¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

—No —dice bajando la mirada, los dedos jugando con el borde de la encimera—. Gracias otra vez. Si puedo hacer algo por ti…

—No es necesario, Molly Brooks. Te deseo una buena vida.

Por alguna razón me inclino hacia adelante, un gesto reverencial que me recuerda demasiado a cuando hablaba con mis superiores. Me obligo a girar sobre los talones y salgo disparado hacia el ascensor.

Marco el número de Billie, pero es Thomas quien responde.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Está dormida, a la fuerza —aclara—. Tuve que darle un calmante, el rescate la ha dejado destrozada.

—Joder.

—¿Querías decirle algo?

Suspiro justo cuando las puertas del ascensor se abren.

—Su amiga pasará la noche sola. Quería pedirle que la acompañara.

—Imposible.

—Eso deduje.

—¿Puedes quedarte tú? Prometo darte unos días libres a cambio.

Exactamente lo que temía.

Las puertas vuelven a cerrarse, y con ellas mi decisión. Regreso sobre mis pasos, con la certeza de que no escaparé de esa habitación, ni de ella.



MOLLY

ES SOLO UN ROCE.

El timbre me sobresalta.

Camino con pies temblorosos hacia la puerta y miro por la pantalla el rostro al otro lado, esperando ver milagrosamente a mi padre.

Frunzo el ceño, confundida, al ver a Báron con los brazos cruzados, sus ojos grises fijos en la cámara como si supiera que lo observo.

Abro lentamente.

Sus ojos bajan hasta mí, pesados, penetrantes.

—¿Olvidaste algo? —Me asomo.

Parece irritado, incómodo en su propio cuerpo. Carraspea antes de hablar, ese gesto que ya noté que repite a menudo.

—No.

Espero que continúe, pero no lo hace. Solo me mira.

—¿Quieres… pasar? —Abro la puerta, invitándolo.

Asiente y camina solemnemente por el pequeño salón de mi piso. Es raro verlo rodeado de mis cosas; parece un monje conservador en medio de un arcoíris.

Mi padre dice que tengo gustos aniñados, y quizá sea así. Según la psicología, nunca exploré mi niñez como debía y ahora mis elecciones son estas.

Me pregunto cómo será el lugar donde vive Báron, si es tan misterioso como él mismo.

—Creí que Billie vendría, pero no está en condiciones. Mi jefe me ha pedido que pase la noche aquí hasta que llegue tu padre —informa sin mirarme, camina con pasos lentos hasta detenerse frente a la biblioteca. Su atención fija en ella.

—Oh, no es necesario, Báron. Este edificio tiene seguridad.

Se ríe por lo bajo.

—La seguridad aquí es una broma de mal gusto. Desde las cuatro cámaras rotas del perímetro, hasta el guardia virtual que

probablemente viva en Bangladesh y lo único que puede hacer es oprimir tres botones y avisar a la policía. Para ese momento, podría ser demasiado tarde. No, es mejor que esté aquí hasta que tu padre llegue, por evitar más sustos.

Siempre pensé lo mismo con respecto a la seguridad, ¿qué puede hacer alguien a distancia más que darle risa a un ladrón? Pero también… ¿quién querría hacerme daño a mí? O al menos eso creía antes.

—¿Por qué estaría en aprietos? —pregunto mientras él saca un libro y lo hojea.

—¿Por qué no? Esa debería ser la pregunta… Solo por el hecho de que mi hermano no exista más, *finalmente*, no significa que no haya gente que busque reclamarte. Matemáticas avanzadas, física cuántica y astronomía —repasa los lomos de los libros—. ¿Qué estudias?

—Astrofísica.

Báron levanta la mirada y, por primera vez, hace contacto visual conmigo.

—Impresionante —murmura.

Mi padre nunca usó esa palabra. Lo más parecido fue «inservible». Me dijo que apenas iba a darme dinero y que era afortunada por poder elegir una carrera así, que cualquiera con mi coeficiente hubiese optado por algo más rentable. En pocas palabras, cree que, como heredo su dinero, no me preocupo por un futuro económicamente estable.

Asiento, sin dar las gracias, aunque tengo ganas.

Báron elige un libro: *Ecos de un universo silencioso*.

—Es mi favorito —digo con entusiasmo contenido.

Se sienta en el sofá, apartando el cojín de Totoro que suelo abrazar cuando veo la televisión.

—Será mi lectura esta noche —dice, con los ojos fijos en las páginas subrayadas—. El agua está corriendo.

Entonces recuerdo que había preparado todo para darme un baño.

—Oh, cierto. Gracias.

—¿Cómo piensas bañarte si no puedes mojar la herida? —me interrumpe justo cuando abro la puerta y el vapor huye del baño.

—Pensaba ser cuidadosa… —respondo, aunque suena más a pregunta que a certeza.

Báron niega con la cabeza y se levanta.

—Tendrás que hacerlo por partes. Puedo ayudarte con el pelo; lo demás… debes…, ya sabes.

Quiero sonreír por su inesperada incomodidad, pero mis mejillas están demasiado calientes.

—No te preocupes, puedo esperar a mi padre para que…

—No es necesario. —Comienza a arremangarse la camisa, mientras yo entro en crisis.



La luz del baño es tenue, casi amarillenta, y me da la impresión de que todo está demasiado expuesto; no lo había notado nunca. Me siento en el banquito de plástico rosa, (el que uso cuando no llego a las partes más altas del piso) de espaldas al lavabo, con las manos apoyadas en mis rodillas como si fueran anclas que me impiden salir corriendo.

Báron se coloca a un lado. Se arremanga un poco más y abre el grifo, probando la temperatura del agua con los dedos.

—No muy caliente… —dice, su voz grave, práctica, como si recitara un manual de instrucciones.

—Está bien —susurro, sin atreverme a mirarlo ni a ponerme exigente con la temperatura.

El primer contacto es un estremecimiento que me recorre desde la nuca hasta la base de la espalda: sus dedos separan con torpeza mi cabello antes de dejar que el agua corra. No esperaba que fueran tan cuidadosos, ni tan fríos al principio. Cierro los ojos de inmediato, avergonzada por lo fácil que me es entregarle el control.

—Dime si duele —añade.

—No…, está bien —respondo, aunque mi voz suena más frágil de lo que quisiera.

—¿Qué dijo Ian sobre el golpe en la cabeza?

Es raro que me pregunte esto, ya que estuvo presente durante todo el tiempo que me atendió el doctor, observando.

—Dijo que vaya a un neurólogo, solo para chequear que esté todo bien.

—No dejes pasar el tiempo, una astrofísica no puede darse esos lujos.

Me sonrío.

—Supongo que no, aunque ya veo estrellas.

Báron suelta aire por la nariz, una risa restringida, cuidada, teniendo en cuenta que mi chiste no fue increíble, creo que es adecuada.

El agua resbala por mi cuello y me obliga a contener un suspiro. Pero Báron, atento a todo, acomoda la toalla para que no moje la herida de la espalda. El perfume del champú, la sensación de limpieza, son algo que necesitaba. Sus dedos masajean mi cuero cabelludo con delicadeza. No se parece al hombre que vi entrar por la puerta hace escasos minutos con esa rigidez marcial; aquí, en el gesto de lavarme el pelo, hay algo íntimo, algo que no debería pertenecerle a alguien que apenas conozco.

Intento distraerme hablando, pero mi lengua se siente pesada.

Abro un poco los ojos y lo veo concentrado, la mandíbula apretada, como si lavarme el cabello fuera una misión imposible. No me mira a los ojos, se mantiene en el terreno seguro de mi cabeza, de su tarea.

El silencio se vuelve tan denso que casi puedo oír mi latido en las sienes.

Cuando inclina la ducha para enjuagar, el agua me obliga a reprimir un estremecimiento que, estoy segura, él nota. Sus dedos me rozan la oreja por accidente y me quedo inmóvil, conteniendo el aire.

—Lo siento —comenta en voz baja, apartando la mano demasiado rápido.

—Está bien.

Báron termina en silencio, exprimiendo suavemente las puntas de mi cabello con las manos grandes, evitando cualquier roce innecesario con mi piel. Me pasa una toalla por los hombros y, por un segundo, sus dedos resbalan por mi clavícula.

Es suficiente para que mi corazón se dispare y mi respiración se vuelva torpe.

¿Qué me pasa? Es solo un roce.

—Ya está —murmura, retirándose un paso, como si hubiese cruzado una línea invisible.

Me aferro a la toalla, temblando más por dentro que por fuera. No me atrevo a girarme, porque sé que, si lo miro en este momento, no podré fingir indiferencia. Aun así, las palabras se me escapan, tímidas, casi inaudibles:

—Nadie me había lavado el pelo así desde que era una niña…

El silencio que sigue me pesa en el pecho.

Me maldigo por haberlo dicho en voz alta, por desnudar algo tan íntimo frente a él.

Báron no responde enseguida. Lo siento tensarse, como si no supiera qué hacer con la confesión. Cuando al fin habla, su voz es grave, casi un susurro:

—Entonces me alegra haberlo hecho bien.



BÁRON

EL SILENCIO TAMBIÉN ES INFORMACIÓN.

Es claramente su favorito.

El libro está resaltado con amarillo, con notas al margen y pósits rosas. Lo estudia como si fueran poemas disfrazados de fórmulas.

Habla de las ondas gravitacionales, de cómo viajan sin que podamos oírlas. Molly subraya un pasaje: «el silencio también es información». Tiene sentido; ella es una mujer que mide cada palabra, al menos conmigo.

Excepto, quizá, en los momentos íntimos.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba cuando mis manos rozaron su piel. No era mi intención tocarla, no en ese sentido; fueron gestos inevitables al lavarle el cabello. Aun así, no pude evitar preguntarme cuánto daño le hizo mi hermano, hasta dónde llegó. Tendré que sonsacar información a Ian, romper con esa absurda «confidencialidad» entre médico y paciente.

Escucho ruido en la habitación de Molly. Su cuerpo se revuelve entre las sábanas. Dejo el libro sobre el sofá, encima del edredón que ella me preparó. Dormir sigue siendo imposible para mí, pero no se lo confieso. Alguien que observa estrellas también sabe observar personas; no necesito que descubra que mi insomnio es crónico.

La puerta de su habitación se abre despacio.

Molly aparece con el cabello rojo alborotado. Tal como predije, en cuanto lo secó, pareció cobrar vida, ahora lleva un pijama con el mismo personaje estampado en la tela que vi en su sofá. Empiezo a preguntarme quién es y por qué le gusta tanto.

Lo importante es que el vestido de Allana ya no está sobre su piel. Verlo me revolvía las tripas.

Se dirige a la cocina, sigilosa, hasta que percibe la luz encendida sobre mí.

Debo verme como un fantasma en su salón.

—¡Ah! —exclama, llevándose una mano al pecho.

—¿Olvidaste que estaba aquí? —Despacio, me pongo de pie.

—No… Creí que dormías.

La miro fijamente, y baja la vista, incómoda por mi presencia.

Su intento de alcanzar una taza termina con un gesto de dolor. Me acerco demasiado rápido. Ella se tensa; lo noto, y me obligo a actuar como si no.

—¿Té?

—Sí, por favor… Están en el cajón izquierdo.

La cocina es diminuta.

Madera clara, lámparas metálicas como centinelas, superficies que parecen recién estrenadas. No hay huellas de vida, salvo una pila de libros en medio de la mesa cuadrada que divide el salón de la cocina.

Abro el cajón y me sorprendo: encuentro mis marcas favoritas de té, difíciles de conseguir aquí sin vaciar tu cuenta de banco, pero lo valen, son las mejores, aunque Billie sostenga que son iguales que las del supermercado. El aroma me arrastra a mi infancia, a los pocos recuerdos amables que me dejó mi familia.

—Hazte uno también, seguro que son de tu agrado.

—¿Dónde los consigues? —pregunto mientras busco una segunda taza.

El microondas marca las tres de la mañana en números verdes. Ella responde:

—Mi padre viaja con frecuencia, tiene clientes en Inglaterra y me los trae.

Asiento. Pongo agua en la tetera azul decorada con estrellas doradas. Las tazas son las que espié antes, unas que parecen hechas de nube. Pero, cuando rebusco en el armario, no encuentro los platillos que deberían acompañarlas. En mi casa, jamás reposaría la porcelana desnuda sobre la mesa: siempre había un platillo, un protocolo, una manía. Mi padre castigaba con latigazos en los dedos al menor error. Aún recuerdo su mesa redonda, marcada a propósito con círculos de taza.

Ella no tiene la culpa de mis traumas. Guardo la compostura y la sigo.

Nos sentamos uno frente al otro en la mesa. Aparto los libros con cuidado de no desarmar la disposición de los apuntes

entremezclados.

—Tíralos al suelo —me dice.

Alzo una ceja.

—¿No los necesitas?

—No.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Esos apuntes eran para un examen al que nunca llegué.

—Estoy seguro de que la universidad será benevolente…

—No creo que vuelva a estudiar.

Apoyo la taza con cuidado, inclinándome hacia ella. No debería involucrarme, pero no quiero que el mundo se pierda una mente como la suya.

—Hay dos momentos en la vida en los que no conviene tomar decisiones drásticas —le digo, y sus ojos me buscan—: cuando estás demasiado feliz y cuando estás demasiado triste.

Asiente pensativamente, mirando hacia la ventana. Fuera, la ciudad brilla como una máquina dormida.

—No encuentro la fuerza para volver a la rutina.

—Nadie espera que lo hagas ahora mismo.

Se ríe.

—Claramente, no conoces a mi padre.

Investigué a Pierce Brooks hace un rato: un abogado temido, casi un mafioso vestido de legalidad, capaz de doblegar a cualquiera en un estrado. Cuando lo escuché hablar con ella no me pareció un hombre irrazonable…, pero nadie puede conocerlo mejor que su hija. Eso es incuestionable.

—Tienes veintitrés años, ya es momento de tomar tus propias decisiones —respondo, con un tono que se asemeja más al de un padre resentido que al de un consejero. Tal vez es la clase de consejo que yo mismo hubiera querido escuchar.

—El gen de la autoexigencia corre fuerte en los Brooks.

Llevo mi taza a los labios y dejo que mis ojos se detengan en sus dedos rodeando la porcelana blanca. Por alguna razón comparo el tamaño de sus manos con las mías: las mías parecen desproporcionadas, grotescas, frente a la delicadeza de las suyas.

—El nuestro es un poco más complicado —murmuro, refiriéndome al gen Belmont.

¿Por qué le ofrezco información a esta mujer como si la mereciera?

Molly suelta una risa tímida, breve.

—¿Te ríes de tu propia desgracia? No has conocido a uno, sino dos de los peores humanos que te cruzarás en la vida.

—Sí. Y, basándome en mi experiencia, puedo confirmar que el gen es complicado, pero el tuyo, al menos, no me ha dejado traumatizada. —Hace una pausa y me mira con picardía—. ¿Hay algún hermano más del que deba estar atenta?

Ahora soy yo quien ríe por lo bajo.

—No. A menos que se me haya escapado alguno.

La sonrisa se le borra despacio, hasta quedar seria. La taza permanece a medio terminar. El reloj digital del microondas marca las 03:32.

—Estarás bien, Molly.

Ella asiente, pero no responde. Su silencio pesa más que cualquier palabra.

El silencio también es información.



MOLLY

NO TODO LO QUE DUELE TIENE QUE DESTRUIR.

Cuando despierto, lo hago con dolor.

Debo recordarme que no será para siempre y que, con cada día que pase, me sentiré un poco mejor.

La sensación de anoche aún no se ha retirado de mi cuerpo; después de la charla con Báron, era innegable que me sentía más liviana, acompañada.

Su mera presencia parecía descargar el peso que llevo en los hombros, así que, con entusiasmo, salgo a buscarlo.

No quiero nada más que conversar con alguien.

Sin embargo, no lo encuentro en el salón, tampoco en el baño.

El libro que leía anoche está acomodado con prolijidad en el mismo sitio.

Pareciera que nunca hubiera estado aquí.

—¿Báron? —llamo, solo para cerciorarme de que no está.

La respuesta es el silencio, excepto cuando escucho el teclado del otro lado de la puerta: alguien marca el código.

Oh, ahí está.

La puerta se abre y pretendo, por un segundo, no estar esperándole como un perrito adiestrado detrás de la puerta.

—Hija…

Oh.

Su barba tipo candado es mayoritariamente blanca, de su cabeza, en cambio, no asoma ningún pelo; se afeita desde que empezó a perderlo, hace años ya. Me observa con lágrimas en los ojos y camina hacia mí con la fuerza de una estampida.

Levanto las manos antes de que llegue, protegiéndome.

—Perdón, es que la espalda…

Mi padre une sus cejas gruesas e inspecciona mi cuerpo. Termina decidiéndose por sostenerme el rostro con ambas manos y depositar un beso en mi frente.

—Gracias a Dios —susurra, llevándome a su pecho con cuidado —. Pensé que te había perdido…

Su voz se quiebra. No sé qué responder. Nunca lo escuché hablar así y, de repente, me siento una niña otra vez, sin saber qué hacer con sus lágrimas.

—Estoy aquí —murmuro, aunque en realidad yo tampoco estoy segura de estarlo del todo.

Sus manos tiemblan sobre mis mejillas. Mi padre, el hombre que nunca dudó de nada, que siempre se mostró firme como una muralla, ahora parece desmoronarse frente a mí.

Me aparto un poco, lo justo para poder mirarlo.

—No tienes que llorar —le digo torpemente.

—¿Cómo no voy a llorar si casi te matan? —responde, y su ceño se frunce de un modo tan duro que me recuerda al abogado que aterra a sus enemigos. Solo que esta vez esa furia no está dirigida al mundo, sino a la idea de perderme.

Guardo silencio.

Navegar las preguntas que mi padre me hace durante la mañana no es fácil.

No cuando recuerdo el rostro de Báron desaprobando algunas cosas que se me escaparon.

Mi padre quiere venganza y no puedo decirle que la persona que me compró ya no existe en este mundo, que vi su castillo arder en medio de un campo inglés.

Pierce Brooks es muy inteligente y me observa con sospecha, quizá cuestionando si estoy siendo sincera o simplemente ando traumada.

En mi caso son las dos.

Entrada la tarde, vuelve a ofrecerme ir a un cirujano, mostrarle lo que tengo en la espalda para que me lo arregle, para que borre lo que ocurrió.

Pero sigo negándome.

Cuando creí que iba a morir en manos de un sádico, lo último en lo que pensé fue en mi belleza, en mi carrera o en las cuentas que tenía que pagar.

En lo que *sí* pensé fue en cuánto ignoré la vida como experiencia humana. Conocer gente, tener citas, salir a pasear sin destino, viajar.

Pensé en que nunca tuve una conexión verdaderamente amorosa. Nunca me enamoré, nunca sentí que pertenecía.

No quiero que, porque ahora todo salió bien, me olvide de todos esos cuestionamientos.

Es como pedir perdón solo cuando atrapan tu mentira.

Quiero recordar que estuve cerca de la muerte, y la mejor manera será mirándome la espalda.

Para la noche insiste con otro tema: que viaje a Nueva York, que viva con él hasta que pueda moverme con independencia.

Pero no hay lugar en el mundo donde más quiera estar que en mi sofá.

En mi cama.

Con mis libros.

Lamer mis heridas y, cuando esté lista, volver a empezar.



La primera noche mi padre duerme en el sofá, donde apenas cabe; él siempre fue un hombre ancho y alto. Para la segunda noche, no puede parar de quejarse del dolor de espalda.

—Deberías volver, ya me encuentro mejor.

—No —responde mirando su móvil.

—Estoy segura de que tienes cosas que hacer…

Sus ojos marrones se elevan y me encuentran sentada frente a él; en el medio, la mesa llena de recipientes de comida comprada.

Mi padre nunca aprendió a cocinar.

—Nada es más importante que tú, Molly. Solo estoy organizando todo para que Jonathan tome control de los casos. Estaré aquí.

Asiento, sintiéndome culpable.

No sé por qué, yo no hice nada.



Amanezco antes de que suene la alarma. No porque quiera, sino porque el dolor en la espalda me arrastra a la superficie del sueño.

No me muevo de inmediato. Me quedo mirando el techo, contando las pequeñas grietas en la pintura como si fueran constelaciones en un cielo privado.

El aire huele a café, lo que indica que mi padre ya está despierto. Sus pasos pesados van de la cocina al salón y, aunque intenta hacer poco ruido, el suelo siempre lo delata.

Me levanto despacio, apretando los dientes para que no se escape ningún quejido. Me niego a que él me escuche débil.

En el baño me miro de reojo en el espejo. Desde que volví ha sido así. Todavía no me atrevo a observar mi espalda. La cicatriz está ahí, recordándome que sigo viva. Que sobreviví. Y, a la vez…, que ya no soy la misma.

El resto de la mañana pasa entre sorbos de café y el sonido de mi padre hablando por teléfono. Yo finjo leer, aunque las palabras bailan en la página.

Me hace preguntas cada tanto: «¿Quieres ir al médico? ¿Prefieres que te cocine algo? ¿Por qué no vienes a Nueva York?».

Respondo con monosílabos o negando con la cabeza. No quiero discutir, pero tampoco quiero complacerle.

Después de comer, me estiro en el sofá, siempre boca abajo. Intento concentrarme en un libro, aunque en realidad me pierdo en una fórmula para calcular la luz de una estrella. Quizá hoy todo el mundo entienda que la luz de una estrella puede tardar millones de años en llegar a nosotros. La primera vez que escuché esa información fue de mi madre, mientras me leía un cuento antes de dormir.

Pienso en eso todo el tiempo: en cómo podemos mirar algo que ya está muerto y, aun así, recibir su luz.

Quizá yo también me siento así. Una antigua luz, viajando desde un lugar que ya no existe.

A veces me invade el impulso de llorar, pero se me queda atascado en la garganta. No quiero que papá me vea. Y cuando lo hace, cuando se acerca con esos ojos húmedos, siento que me convierto en una niña atrapada en un cuerpo marcado. No sé si quiero que me abrace o que me deje en paz.

Por la tarde salgo al balcón solo unos minutos. El sol me pega en la cara y cierro los ojos. Respiro hondo como si fuera la primera vez. Escucho los coches, algún perro ladrando, la vida de los demás que sigue adelante.

Me digo que algún día voy a volver a pertenecer a eso. No hoy. No mañana. Pero algún día.

A medida que el sol desciende y la luna reclama su lugar en el cielo, la ansiedad vuelve a apoderarse de mí. Me acuesto tarde, leyendo hasta que los ojos no dan más. Me cuesta dormir porque en la oscuridad los recuerdos me persiguen.

Y cuando, por fin, caigo rendida, lo último en lo que pienso es en todas las cosas que nunca viví.

Las pongo en una lista imaginaria: una cita, un viaje improvisado, una risa compartida.

Quizá sobrevivir signifique darme la oportunidad de tachar, poco a poco, cada una.



Día 3

Hoy me vestí con la camiseta más grande que encontré. Me cubre casi hasta las rodillas y eso me hace sentir protegida y me ayuda el hecho de que la tela no se pegue a mi espalda. Papá insiste en acompañarme hasta el médico. No entiende que no

quiero que me miren, ni que me toquen, ni que me hagan preguntas que no puedo responder. Prefiero el dolor a que me quiten lo único que me recuerda que sobreviví.

Por la tarde me senté en el sofá con un libro. No leí ni una página. Pasaba los dedos por el lomo, como si así absorbiera algo de conocimiento.

De pronto, sentí la misma incomodidad que cuando alguien te observa. Miré hacia el balcón, pero no había nada. Me dije que eran nervios. Aun así, cerré las cortinas y le inventé una excusa a mi padre, algo sobre la luz y un dolor de cabeza galopante.



Día 10

La cicatriz ya no sangra, pero pica como si tuviera fuego bajo la piel.

Abrí la ventana para que entrara aire fresco. El sol me dio en la cara y casi lloré.

Papá me habló otra vez de Nueva York. Le dije que no. En mi cabeza pensé: «Si me mudo allí, nunca voy a volver a ser yo».

Dijo que, si no quería ir, entonces debería comenzar a pensar en volver a la universidad. Al menos terminar la carrera.

Yo sabía que no iba a pasar mucho tiempo más sin que me diera un ultimátum.



Día 17

Hoy caminé hasta la esquina.

Fueron tres calles y me dolió cada paso, pero no me detuve.

Entre la multitud de la avenida me pareció ver una figura conocida: alta, hombros tensos, pasos medidos. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió entre la gente. Me repetí que no podía ser él, que mi mente me jugaba una mala pasada.

Papá se quejó otra vez de la espalda por dormir en el sofá. Le ofrecí mi cama. Me miró como si hubiera dicho una barbaridad.



Veinte días después de mi regreso, mi padre se atrevió a dejarme unas horas sin supervisión. Hoy tuvo que salir para reunirse con alguien del bufete.

El piso queda en silencio. Un silencio que no es descanso, sino una presencia.

Lo siento moverse por las paredes, entre los muebles, colándose bajo mi piel. Me cuesta respirar.

A veces pienso que, si me quedo quieta, me hunde.

Estoy en el sofá con una taza de café frío entre las manos, en la televisión, una docuserie que mi padre me recomendó, pero es demasiado aburrida.

Suena el timbre.

El sonido me sobresalta.

Por un instante, todo mi cuerpo se tensa, pero cuando abro la puerta, el aire cambia.

Es Billie.

Está allí, con el pelo recogido a medias, los ojos grandes y una expresión que me desarma.

No pienso. Corro hacia ella.

El abrazo llega antes que las palabras.

Y de repente, estoy llorando sin entender desde cuándo lo necesitaba tanto.

Su risa, su voz temblando contra mi cuello, el calor humano. Todo eso me resulta casi irreal.

Durante meses creí que no iba a volver a verla, que nos habíamos quedado atrapadas en realidades distintas.

—Estás aquí —murmuro, apenas audible.

—Estoy aquí —responde, con una sonrisa torcida que se rompe enseguida—. Siento mucho no haber venido antes.

—No seas tonta, Billie.

Nos quedamos así, abrazadas, llorando sin orden ni motivo.

Billie fue la única que compartió esa oscuridad conmigo. La única que sabe cómo se siente no ser dueña de una misma.

No necesito explicarle nada; ella ya lo sabe.

Nos sentamos en el suelo, junto al sofá, y empezamos a hablar.

No de *eso*, claro. De cualquier otra cosa.

De series, de recetas absurdas, de viajes que probablemente no haremos nunca. Su voz es un hilo de luz que me mantiene a flote.

Me sorprende lo fácil que es reírme con ella, incluso cuando todo dentro de mí sigue roto.

La miro y me doy cuenta de algo: Billie es lo más parecido a una amiga real que he tenido.

No una compañera de estudio, no una vecina amable.

Una amiga.

Y aunque suene simple, para mí eso es un descubrimiento cósmico.

Me hace pensar que, después de todo, la oscuridad no logró consumirme por completo.

—Seguro que tienes muchas preguntas —pronuncia ella raspando el vaquero con su uña—. Solo puedo responder algunas, así que comenzaré por decirte que, antes de que todo esto ocurriera, conocí a alguien que se llama Thomas King; él fue quien llevó a cabo mi rescate con ayuda de otros miembros de su equipo. Báron es uno de ellos.

Asiento.

El nombre de Báron me golpea el pecho.

—Es complicado, quizá, de explicar qué tipo de organización tienen, pero se podrían englobar en seguridad privada, muchos de los que trabajan allí son exmilitares y profesionales.

—¿Báron es exmilitar? —¿Quizá realizó su formación en Inglaterra?

Billie me observa en silencio.

—No, pero es uno de los mejores. Sabía que estabas en buenas manos, inclusive cuando yo estaba lidiando con…, bueno, ya sabes.

Asiento otra vez y desvío la mirada.

Lo nota.

Su mirada tiene esa mezcla de compasión y comprensión que me desarma.

—No todo lo que duele tiene que destruirte, Molly —susurra—. A veces solo te hace cambiar de forma.

La frase se me queda clavada.

Siento que algo dentro de mí se expande, como si mi pecho necesitara más espacio para entenderla.

—Hay otra noticia que quiero que sepas.

—¿Más sorpresas? —Me río por lo bajo, ella me acompaña.

—No, Thomas y yo…, bueno, tenemos una relación… sentimental. —Abro los ojos y sujeto sus manos.

—¡Billie! ¡Qué alegría me da!

—Y me pidió matrimonio.

—¡¿Qué?!

Por primera vez, asiente con una sonrisa enorme. Nos abrazamos con fuerza.

—Aún estoy asimilándolo, no sé qué se hace en una boda, nunca fui a una, voy a necesitar de tu ayuda.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Te tomo la palabra.

Cuando se va, la puerta se cierra con un clic suave.

La casa vuelve al silencio, pero ya no pesa igual.

El aire es distinto, más respirable.

Camino hasta la ventana y miro hacia fuera.

No hay estrellas visibles esta noche, pero sé que están ahí, detrás de las nubes, constantes, pacientes.

Pienso en lo que dijo Billie.

Quizá eso somos ahora: cuerpos transformados, orbitando en la oscuridad, pero todavía brillando, aunque nadie nos vea.

Y por primera vez desde que volví, el silencio no me da miedo.

Solo me escucha.

Día 25

Esta mañana me descubrí tarareando la canción de Muse, *Madness*. Ni siquiera escucho esa banda. Fue extraño.

Me animé a mirarme en el espejo. La cicatriz está ahí, grotesca, pero mía. Pensé: «No necesito borrarla para empezar de nuevo».

En la noche, antes de acostarme, escuché un ruido en el pasillo del edificio, mi padre se bañaba en ese momento. Unos pasos, lentos, como si alguien dudara frente a mi puerta. Me quedé quieta, conteniendo la respiración.

Cuando miré por la cámara, no había nadie.

El libro en la mesa, sin embargo, estaba torcido, como si alguien lo hubiera movido.

No sé si me tranquilizó o me aterrorizó.



BÁRON

TALÓN DE AQUILES.

El gimnasio está vacío.

Normalmente el aire está cargado con olor a sudor y gritos innecesariamente guturales; hombres golpeando bolsas de boxeo, corriendo en la cinta, respirando como animales. Todo ese ruido solía molestarme inmensamente y, joder, la música que Atalar ponía era como un disco rayado, ahora que no está, el silencio resulta extraño.

Intranquilizante.

Billie continúa en recuperación. Entiendo que viene a entrenar con Thomas muy tarde en la noche, rara vez coincidimos, y desde que volvió está más pegada a King de lo normal; por supuesto que no escuché ninguna queja de parte de él. Atalar sigue con la búsqueda de la otra mujer perdida; dijo que la investigación se complicó y, como siempre, no dio detalles. Billie intentó presionarlo, como lo hizo conmigo, pero nadie derrumba un portón blindado como Atalar.

Remi está en Seattle, tras la pista de la hermana de Billie; no está dando señales de querer volver.

Yo, al parecer, soy el único idiota que sigue trabajando en esta organización.

Thomas me dio trabajos esporádicos con la intención de distraerme, de que no piense en mi hermano, en el castillo ni en Allana. Hasta ahora las misiones no fueron para nada interesantes o retadoras.

Me dejo caer en el banco, recupero el aliento y saco el móvil del bolsillo.

El mensaje lleva semanas escrito, está ahí, abandonado, y siento que se burla de mí. Lo abro, lo releo:

Molly,
He depositado en el banco una suma importante a tu nombre. El origen es una donación de Yuri Volklov. No tienes que responder por ella, ni conmigo ni con nadie. Úsala en lo que necesites.

Un saludo cordial.

B. B.

Me doy cuenta de que suena como un maldito contrato y no sé cómo expresarlo de otra forma sin parecer de piedra, tampoco entiendo por qué no quiero sonar así.

Lo borro por decimocuarta vez y vuelvo a intentarlo:

Molly,

Seguramente te ha llegado una transferencia a tu nombre. Proviene de Yuri Volklov; insiste en llamarlo donación, y no pienso discutir con un hombre como él. Es tuyo.

Báron

El pulgar flota sobre el botón de envío.

No me convence.

Pero tengo que hacer esta transferencia, necesito hacerla, es dinero que le corresponde a ella.

Estoy a punto de borrarlo otra vez cuando la puerta del gimnasio se abre de golpe. El ruido me saca de la concentración absoluta.

El pulgar se mueve por reflejo.

El mensaje se envía.

—Me cago en todo, joder…

—Buenos días para ti también —dice Thomas con una ceja arqueada, camina por el único pasillo despejado del gimnasio.

—Lo siento. —No suele escucharme maldecir.

—¿Qué ocurrió?

Está vestido con su coraza de traje, me observa desde arriba con sus brazos cruzados, la cicatriz en su rostro parece más rosa de lo normal.

Me levanto, negándome a sentirme intimidado por el jefe.

—Nada. ¿Qué necesitas?

Thomas lo deja pasar, dándome privacidad.

Desde que volví me vigila con otros ojos, sabiendo lo que significó para mí eliminar a mi hermano por segunda vez. El tipo quizá parezca un psicópata, pero ahora que tiene a Billie en su vida, entiende sobre sentimientos y esas cosas.

No responde, solo me observa.

—¿Estás durmiendo? —Su rostro preocupado.

Antes de responder, camino hacia el espejo más cercano y observo mis facciones.

Mi pelo cae liso sobre los hombros, está mojado alrededor de las orejas. Mis ojos grises, los mismos de mi madre, cansados; mis ojeras extrañamente pronunciadas.

Parece que tengo diez años más.

—Ahora entiendo tu pregunta. —Volteo dándole la espalda al espejo, no necesito más.

Thomas asiente con suficiencia.

—¿Necesitas hablar?

Mientras recojo mis pertenencias lo observo de soslayo.

—¿Qué es esto? ¿Un áshram?

Thomas se ríe por lo bajo y se sienta en el banco del gimnasio, dándome a entender que aún no puedo escaparme de esta conversación.

—¿Todavía no puedes superar esa misión?

—¿Tú qué crees? —devuelvo, secándome la frente con una toalla negra.

Hace un año que tuvimos una misión en Bihar, específicamente en uno de esos templos hindúes donde la gente millonaria va a sentirse menos máquina, más humana. Nuestro objetivo, un narco reconocido en Centroamérica, pasaba todos los veranos allí, hasta que alguien pagó para que dejase de existir.

Por supuesto, tuve que pasar un mes allí, soportando cursos de autoayuda, meditando, transpirando sin parar y durmiendo en una cama hecha de hojas.

Le hice prometer a Thomas que no iba a mandarme a ese tipo de misiones nunca más.

—Creo que esos días que te di no fueron suficientes, necesitas un descanso, asimilar las cosas que aprendiste.

Niego con la cabeza, odiando el momento. No quiero que me vea así, no quiero que crea que estoy en algún tipo de crisis.

—Thomas…

Se levanta y mira su reloj rápidamente.

—El hecho de que esto haya despertado alguna neurona dormida no te hace menos. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles; el tuyo resultó revivir, ese es el problema.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunto, sabiendo su respuesta.

—La mujer con la que me voy a casar —suspira.

El instante en el que entendí que Thomas tenía una fijación con una mujer que vio en la calle, sinceramente, temí por el mundo. ¿Qué pasará cuando llegue alguien en busca de revancha y quiera joderle la vida? Ese día estaré allí para él, pero deseo que nunca llegue.

En nuestro trabajo, acumulamos enemigos como cartuchos de balas; no solo gente poderosa, sino las personas que quedan tras los grandes mafiosos, los grandes políticos, los hijos, las parejas, los amigos…

No quiero pensar en el día que vengan a por mí.

Pero esto es algo que Thomas me dijo cuando me propuso trabajar con él, el día que vio a un duque roto, un hombre que ya no servía para nada más que cumplir órdenes.

Ese día dijo: «Este trabajo arrastra ira, germina odio y un día vendrá a tocar nuestra puerta. Tienes que estar listo para abrirla».

Honestamente, me harían un favor.

—¿Hay fecha ya?

—Sí, en dos semanas, a pesar del berrinche que hizo Billie. —Pone sus manos en los bolsillos y camina hacia una ventana, como hace siempre, dándome la espalda.

—¿Por qué protestó?

—Dice que es muy apresurado —responde mirando la ciudad moverse, fuera se pueden ver los primeros rayos de luz de la mañana—, mientras yo dije que es demasiado tarde. En fin, adivina quién ganó la disputa.

Me río por lo bajo, él voltea y me acompaña en el gesto.

—Haces bien, no vaya a ser que se te escape.

La sonrisa de Thomas se borra de golpe.

Oh.

Mierda, la jodí.

—¿Eso es una amenaza, Lord?

Me burlo con audacia.

—Créeme, jamás metería la mano en la boca del lobo. Contad conmigo para lo que necesitéis.

Thomas se acerca, quizá demasiado, y coloca una mano sobre mi hombro.

—Sobre eso… quiero pedirte un favor.

Ahora yo arqueo una ceja, esperando ese favor con miedo.

—Quiero que me acompañes en la boda, seremos solo cuatro.

Mis cejas se unen.

—¿Cuatro?

—Sí, Billie, yo, tú y Molly Brooks. Billie quiere que esté presente. Por eso debemos tomar precauciones, viajaremos a Las Vegas un fin de semana. Rápido, privado, *secreto,* ante todo.

Thomas no puede dejarse ver como un hombre casado, pondría en peligro a Billie.

—¿Las Vegas? —digo con una expresión de desagrado—. ¿No había un lugar menos… vulgar?

Thomas niega con la cabeza.

—Es el lugar más rápido de Estados Unidos, ¿crees que no hice las investigaciones correspondientes? La mayoría de los estados tienen un mínimo de tres meses de espera.

—¿Será en medio de las máquinas tragaperras?

Thomas responde sin gracia.

—Waldorf Astoria. Necesito que te encargues de Molly; por lo que me dejó saber Billie, aún no está integrándose y puede que el

viaje le cueste un poco. Sin embargo, quiere que ella esté allí. No puedo culparla, no tiene a nadie más.

Ignoro la incomodidad en mi pecho y asiento, es mi jefe, después de todo. No tengo opción.

Los dos caminamos hacia los ascensores.

—Yo me encargo de ella.

—Oh, por cierto, ¿recuerdas a Demian Pines?

—No creo que pueda olvidarme nunca de él —confieso, recordando cuando Thomas lo puso a prueba justo antes de encontrar a Billie.

Hicimos una misión que, gracias a él, se arruinó por completo. Civiles salieron dañados, el objetivo se escapó y lo tuve que ir a buscar al fin del mundo para poder callarlo.

Thomas se ríe.

—Demasiado improvisado, ¿no?

Asiento.

—Atalar está cuerdo al lado de Demian. ¿Por qué me preguntas?

—Volvió a enviar una solicitud para ingresar a King Security, le dije que iba a pensarlo.

Arqueo una ceja y cruzo los brazos.

—No es una buena idea.

Thomas me escucha y mastica mi opinión.

La única vez que no me preguntó qué pensaba de alguien fue cuando trajo a Billie, todos sabemos por qué.

—Sí, tienes razón. Por un segundo pensé que podíamos usarlo para las misiones más comprometidas.

Oprime el botón del ascensor, el sonido de la máquina retumba por el gimnasio hasta que se abren las puertas.

—Tengo un recado pendiente —me suelta, ergo, «No te subas al ascensor conmigo».

Cuando llega mi turno, encuentro mi reflejo que me devuelve la mirada desde el metal pulido.

La expresión severa, fruto de la luz cenital, el cabello aún húmedo, los ojos grises cargados de un cansancio que no es físico.

«Encárgate de Molly», dijo Thomas.

Encargarme de ella. Como si se tratara de una misión más, pero Molly no es una misión. Molly es una herida abierta caminante.

Las Vegas, la boda, el Waldorf Astoria… Todo eso es ruido.

Lo real es la incomodidad que siento cuando estoy cerca de ella. No por lo que me recuerda, sino por lo que despierta. Algo que no tiene cabida en mi realidad, que amenaza con volverme humano.

Y ser humano, en mi oficio, es la forma más rápida de morir.



MOLLY

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA.

Es la primera vez que estoy sola en mi piso.

Hoy papá se fue de vuelta a Nueva York a ayudar a un cliente acusado de blanqueo de capitales. Dijo que solo serían tres días, que no me preocupara.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me quedé de pie en medio del salón, paralizada, como si no supiera qué hacer con tanto silencio.

Intenté ver la televisión, pero terminé con el móvil en la mano, deslizando sin pensar entre vídeos de personas que no conozco ni me caen bien.

Quise preparar un sándwich de queso gratinado, lo quemé; al final abrí una lata de atún y le eché mayonesa sin esfuerzo ni gracia.

Abrí un libro, conseguí retener la atención apenas unos segundos antes de perderme otra vez en mis pensamientos.

Me asusta que empiece a gustarme esta sensación: este espacio y tiempo donde no se espera nada de mí, donde no le debo nada a nadie.

Estadísticamente, es peligroso este limbo de desidia.

Por la mañana recibí un mensaje de Báron.

Mi estómago dio un vuelco cuando vi la notificación con su nombre. No entendí lo del dinero, ¿por qué Yuri me lo daría?

Billie me dijo que él fue quien rescató a Simone, que todavía no lo conoce bien, pero Thomas le aseguró que ella estaba en buenas manos y que, por alguna razón, no quería volver a Estados Unidos.

Aún no le respondí, varias de mis respuestas sonaban como un reproche:

¿Por qué me daría dinero?

¿Quiere comprar mi silencio?

¿El banco no me preguntará de dónde proviene ese dinero?

Nada de todo eso parecía lo que él quería leer, ni siquiera debe importarle.

Por curiosa entro al portal del banco. No lo hago desde que me llevaron. La aplicación se toma su tiempo en verificar que soy yo y, cuando por fin se abre, el número me golpea en la cara.

Dos millones de dólares.

Me atraganto.

Debo estar contando mal los ceros.

Dos millones.

—No, no puede ser…

Me levanto de un salto y me cubro el rostro con las dos manos.

—Seguro que se equivocó.

Con dedos temblorosos intento marcar su número, creo que, independientemente de la vergüenza que me dé hablar con él, debo avisarle de esto.

La llamada suena dos veces. Al mismo tiempo, escucho su voz, tan cercana que me hiela la sangre.

Como si estuviera al otro lado de la puerta.

—Molly —dice con esa autoridad que perfora.

Me quedo rígida.

—Báron… Hola, lamento molestarte, pero…

—No me molestas.

Miro hacia la puerta, desconfiada.

—Oh… bueno, eh, es que…

—Estoy al otro lado de la puerta.

El estómago se me cae a los pies y un frío blanco me recorre la herida.

—¿De mi puerta? —Camino con pasos torpes y enciendo la cámara.

Al otro lado está el.

El móvil en la oreja derecha, su pelo suelto le llueve sobre el abrigo gris, lleva las solapas altas. Sus ojos puestos en la cámara, penetrantes e hipnóticos.

Pasan segundos y no puedo salir de la parálisis, hasta que acciono el pestillo y abro.

Guarda el móvil con una lentitud estudiada.

—¿Estás aquí por el error?

Arquea una ceja.

—¿Error?

Levanto mi móvil como si fuera un arma.

—¡Me has enviado dos millones de dólares! ¿Qué hago? ¿Llamo al banco?

—Es la cifra correcta.

Bajo los brazos, sin fuerzas.

—¿Cómo?

—Es la cifra que envió Yuri. Lo digo en el mensaje. ¿No quedó claro?

No suena molesto, sino peligrosamente sereno. Preocupado…, aunque no por mí, sino por la precisión de sus propias palabras.

Avanza hacia el centro del salón. Una montaña dentro de mi pequeño espacio. Se quita el abrigo con cuidado, lo deja en el sofá y se sienta con elegancia calculada. Tobillo sobre rodilla, brazo en el respaldo.

Dueño total del espacio.

—Pero…

—No te preocupes, Molly, ese dinero no levantará alarmas por ningún lado.

—Pero… es excesivo.

—No lo es para alguien como Volklov. Ese dinero es su pago por rescates. Decidimos donarlo a las víctimas.

Víctimas.

El eco de esa palabra se me clava en los oídos.

Me hundo en el taburete que suelo usar como reposapiés, justo frente a él. Báron me observa con una chispa irónica, como si le divirtiera mi torpeza al sentarme.

—¿Quiénes forman parte de ese «decidimos»?

Desvía la mirada, solo un segundo, pero lo noto, la incomodidad, la búsqueda de la palabra correcta.

—El equipo de rescate.

Silencio.

La tensión en el aire pesa como cemento y su respuesta parece falsa, o mejor dicho, no del todo sincera.

—¿Hay noticias de Olympia? —pregunto en voz baja. La duda me atormenta la mente desde hace tiempo ya. Cuento los días que se

han multiplicado con relación al rescate de Billie y el mío.

Me preocupa el tiempo transcurrido.

—No.

Otra pausa.

Su mirada se mantiene sobre mí, insistente, hasta que tengo que apartar la mía.

—Mi padre… viajó a Nueva York. Solo por unos días.

—Lo sé.

Trago saliva, sin saber si debo sentirme protegida o vigilada.

—¿Te apetece tomar algo?

Él quita con calma una pelusa de su pantalón negro, como si no hubiese escuchado la pregunta.

—Estoy bien, gracias por el ofrecimiento. ¿Has visto a Billie?

Estoy segura de que sabe esa respuesta, después de todo, si conoce los movimientos de mi padre, ¿por qué no los de Billie?

—Sí —respondo rápido, aliviada por tener algo que contar—. Fue increíble volverla a ver.

—Me alegro. Imagino que te comentó las buenas noticias.

Levanto la mirada, dudosa.

¿De qué habla?

—La boda… —puntualiza.

—¡Oh! Ella dijo que estaba en los planes.

¿Cómo me pude olvidarme de la gran noticia?

—Planes inmediatos —corrige—. Exactamente en dos semanas.

El corazón me da un brinco.

—No…, eso no lo sabía.

Báron se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las piernas. Su cercanía me obliga a enderezarme de golpe; siento mi espacio reducido, invadido por completo.

—Thomas quiere casarse en Las Vegas porque su apuro supera el buen gusto, supongo. Y me pidió que lo ayude con ciertos arreglos. *Tú* eres parte de esos arreglos. Estoy aquí verificando si estás preparada para viajar. Son tres días.

—¿Yo?

—Sí, tú eres la otra invitada. Supongo que quieren testigos.

¿Testigos? Billie dijo que quería que estuviera allí, pero no dijo nada específico sobre ser testigo.

—¿Billie está al tanto de todo esto? —pregunto, con la incómoda sensación de estar hablando a espaldas de ella.

—Relativo —responde por lo bajo, casi con un dejo de lamento—. Sin opción, me temo. ¿Cómo está tu herida?

Me quedo rígida, el recuerdo del dolor todavía vivo en mi espalda.

—Mejor…, creo.

Él no parece conforme con la respuesta. Se incorpora al instante, su sombra cubriéndome.

—¿Crees? Eso no es suficiente.

—Báron, estoy bien —insisto, aunque mi voz tiembla más de lo que quisiera.

Se inclina un poco más, borrando la distancia. Su presencia se siente demasiado cerca, como si el aire se encogiera.

—Enséñamela —ordena, pero su tono es bajo, casi íntimo.

El calor me sube al rostro. Niego con la cabeza y llevo los brazos contra el pecho, protegiéndome.

—No es necesario.

Su mirada no se aparta de mí, paciente y terca a la vez.

—Si vas a viajar tres días, necesito estar seguro de que no te abrirás en dos.

La lógica de sus palabras se mezcla con algo distinto, algo que no puedo nombrar.

Cuando su mano se acerca pausadamente, tanteando el permiso, siento que todo mi cuerpo reacciona antes que mi razón.

Él no me toca todavía, pero la amenaza de ese contacto es suficiente para hacerme arder de incomodidad.

Y de algo más que no quiero aceptar.

Él no espera más. Su mano roza con delicadeza el borde de mi camiseta, apartándola lo justo. El contacto es mínimo, clínico en apariencia, pero para mí es un incendio. El roce de sus nudillos en mi piel me hace contener la respiración.

—Está cicatrizando bien —murmura, como si hablara para sí mismo.

Cierro los ojos, incapaz de sostener la tensión de tenerlo tan cerca, de sentir su atención clavada en un lugar tan vulnerable.

Cuando retira la mano, lo hace con lentitud, como si supiera exactamente el efecto que me deja.

—Bien —añade, erguido de nuevo—. Eso quería comprobar.

Me acomodo la camiseta con dedos torpes, intentando recomponerme, pero el silencio que sigue revela una verdad: él sabe que no me dejó indiferente.

Entonces su voz vuelve, más baja, casi un secreto.

—Me alegra que estés sanando…, Molly Brooks. —Vuelve a sentarse frente a mí—. ¿Has cenado ya?



BÁRON

TENTACIÓN PELIGROSA.

Los libros siguen abandonados, pero con el intento de ser leídos.

Al menos sé que sale a caminar tres veces por semana, a las seis de la tarde. Camina tres calles y luego vuelve corriendo, como un animal escurridizo.

Suspiro pesadamente al recordar que conozco esta información porque la he estado observando. *Quizá demasiado.*

Es una necesidad moral, me repito: corroborar que la amiga de Billie no se pierda en su propia mente. Una tarea más, después de la conversación con Thomas y su encargo de que me ocupe de ella.

Nada más.

Mi pregunta la descoloca. No entiendo por qué; solo pregunté por la cena.

—Aún no —responde con cautela, sus ojos analíticos tratan de descifrar qué hay detrás de esa simple frase.

¿Por qué la formulé? ¿Por qué el interés? ¿Acaso quiero comer con ella? ¿O me horroriza a mí mismo la idea de compartir más tiempo con alguien como yo?

Me levanto y tomo mi abrigo.

—Vamos.

—¿A dónde?

Arqueo una ceja.

—Eres inteligente, Molly, ¿qué clase de pregunta es esa?

Me observa desde abajo. Sus ojos verdes brillan con una desconfianza infantil, enmarcados por el rojo de su cabello que cae hacia un lado, despejando su rostro. Sus manos, entrelazadas como en plegaria, se esconden entre sus muslos bajo un cárdigan demasiado grande. El hombro izquierdo, desnudo, queda expuesto, frágil y luminoso, como si fuera lo único de ella que se atreve a mostrar.

El impulso de mi mano por inclinarme, por sostenerle la barbilla y recorrer con mis dedos esa piel de porcelana me golpea con una

violencia inesperada. Borro la imagen de inmediato, como quien aparta una tentación peligrosa.

—¿No podemos pedir a domicilio? —Su voz rompe el aire entre nosotros.

—No. —Camino hacia la puerta, apoyando una mano en la manija sin mirarla—. Vamos. Tenemos que hablar de nuestro rol en la boda.



El restaurante, a exactamente dos calles de su piso, huele a vino añejo y pan recién horneado. Las luces son tenues, cálidas, diseñadas para crear un ambiente íntimo. Es elegante, con un público mayoritariamente adulto. No es casualidad que haya elegido este local, la distancia es esencial para no presionar más de lo que viene trabajando, y la gente mayor es menos intimidante que los de su misma edad.

El pelo blanco y las manos arrugadas llenas de anillos abundan aquí.

El *maître* nos conduce a una mesa junto a la ventana. Molly camina detrás de mí, con las manos ocultas en el cárdigan. Su mirada recorre el lugar con inquietud, como si todos pudieran leer su fragilidad en la piel.

Sujeto el respaldo de su silla y espero por ella.

—Siéntate —le indico con suavidad.

Obedece, pero puedo ver que esta es la primera vez que alguien hace esto por ella. Sus dedos buscan la servilleta doblada y comienza a jugar con la tela. El camarero aparece con las cartas; Molly la toma, pero noto el temblor en sus manos.

—No sé qué pedir… —admite en un susurro, como si confesarlo la avergonzara.

Le quito la carta con calma y se la devuelvo al camarero.

—*Tagliatelle alla bolognese*, para los dos.

—Volveré en unos momentos —responde el camarero con su uniforme negro.

Cuando estamos solos, susurra:

—Gracias, cuando el menú es grande es difícil elegir —se excusa, es una gran manera de decir que sufre ansiedad—. Tu pronunciación fue excelente.

Cojo mi copa de agua.

—Gracias. —Bebo un sorbo sin perderla de vista—. Estudié dos años en Italia.

—Se nota —indica, enrollando una y otra vez la servilleta—. ¿Qué otros idiomas hablas?

—¿Cómo sabes que hablo otros?

Ella apoya sus brazos sobre la mesa y en un murmullo suelta:

—Supuse que recibiste una educación de excelencia.

Cierto, olvido que Molly sabe algo de mi pasado.

—Francés y japonés.

—De los más difíciles —responde, dándome una sonrisa tímida.

—Me gustan los retos.

Vuelve a esconder sus manos en el cárdigan y mira hacia ambos lados. La intranquilidad en sus ojos me preocupa.

La paranoia siempre persiste en la persona raptada, la sensación de que puede volverle a pasar.

Impulsivamente estiro la mano sobre la mesa y la coloco sobre sus manos inquietas.

Eso parece detener por completo su ansiedad.

—Dijiste que, si lo eliminaba, ibas a poder dormir. —Suena a reproche, pero no es como me siento, mi hermano debía desaparecer de este planeta, no por mí, por las mujeres que cayeron en sus manos, Molly incluida.

—Duermo bien.

—Mientes.

Y no pienso decirle cómo conozco esa información.

Ella aleja la mirada.

—No estás en condiciones de ir a la boda, Molly.

Su cuerpo parece despertar de golpe, listo para el combate.

—Quiero ir, Billie… es mi amiga, mi única amiga, quiero estar allí para ella.

—Apenas puedes estar aquí, imagínate en Las Vegas, con esas multitudes, las luces de colores, sonidos estridentes, imagínate ahí dentro.

Sacude la cabeza como queriendo espantar esas imágenes, su pelo se mueve suavemente, descontrolándose un poco más.

Le sujeto la mano con más fuerza.

—Si quieres ir, entonces tienes dos semanas para mejorar.

Asiente con energía.

—Sí, lo haré, lo prometo.

—No me lo prometas —digo retirando la mano con una calma controlada—, muéstramelo.

Su ceja colorada se arquea levemente.

—¿Cómo?

Los platos llegan y el camarero los coloca frente a nosotros.

La observo mientras revuelve la pasta con cuidado, como si cada tallarín fuese un obstáculo que vencer.

—Te ayudaré.

Ella levanta la mirada, sorprendida por la suavidad en mi voz.

—¿Por qué?

—Porque, si quieres volver a la sociedad, alguien tiene que acompañarte los primeros pasos. —Me encojo de hombros, como si fuese un hecho obvio—. Considera esto tu entrenamiento.

Molly deja escapar una risa breve, incrédula.

—¿Entrenamiento para sobrevivir a una boda?

—Entrenamiento para sobrevivir al mundo. —La miro fijamente y, por un instante, ella no aparta los ojos.

La sonrisa se apaga despacio, sustituida por una seriedad que pesa.

—No sé si podré volver al mundo como antes.

Clavo el tenedor en la pasta y pruebo un bocado.

—No se trata de saber, esto no es teoría. Se trata de trabajar y demostrártelo a ti misma.

—Cuando hablas de entrenamiento, ¿te refieres a hacer abdominales y sentadillas? Porque odio con todas mis fuerzas hacer

eso.

Una leve sonrisa sale de mí.

Milagrosamente.

—No te preocupes, nada de abdominales en tu entrenamiento.



Sé que es un sueño.

Siempre lo es cuando soy un observador y no parte de la historia. Es irónico: ni siquiera dentro de mi propia mente puedo escapar.

En mis sueños suelo contemplar el caos, escenas frenéticas de violencia y sangre en las que no puedo intervenir.

No tengo control.

Y siempre pierdo.

En este sueño, en cambio, la veo sentada en el umbral de una casa inglesa. Fachada de ladrillo, enredaderas trepando por los marcos de las ventanas, la puerta pintada de un verde profundo que ha resistido el paso del tiempo. Huele a lluvia reciente, a hojas húmedas. Es un paisaje que no he vuelto a ver desde que me mudé a Estados Unidos.

Ella observa la calle, oculta las manos en el regazo.

Avanzo despacio.

El crujido de la grava bajo mis pasos resuena demasiado alto. Cuando levanta la mirada, es Allana. El frío me atraviesa la espalda como una aguja helada.

Con los años he soñado menos con ella, su rostro se ha ido borrando, pero esta vez lo veo con una nitidez insoportable: el lunar en la comisura, la curva exacta de sus labios.

Sonríe.

—¿Esperas a alguien? —Es su voz, y a la vez no.

—No lo sé —respondo, y sus ojos se desvían detrás de mí. El aire se espesa. Mis instintos me obligan a girar, rápido, alerta.

No hay nada.

Cuando vuelvo a mirar, ya no es Allana. Es Molly.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? —Su gesto es insolente, algo que nunca vi en ella.

—¿El qué?

—Querer acercarte.

—No lo hago por ti, lo hago por Billie.

—Entonces deja de desearme.

—¡No lo hago! —Mi voz retumba contra la fachada como si las paredes mismas me juzgaran—. No es por eso.

Molly se incorpora.

Está desnuda.

El contraste con la sobriedad victoriana de la puerta tras ella me resulta insoportable. Giro el rostro con violencia, clavo los ojos en una farola apagada al borde de la acera.

—Cúbrete, Molly.

—Si no puedes mirarme sin sentir la tentación, entonces me deseas.

—No he dicho eso.

—Lo piensas. Tócame, Báron.

Su mano atrapa la mía con fuerza inhumana. Intento apartarla, pero me arrastra hacia ella. Al rozar su pecho, escucho un sonido extraño, roto: un móvil.

Otra vez. Y otra.

Me despierto en la oscuridad de mi piso. El contraste es brutal: paredes desnudas, un zumbido eléctrico constante, la soledad de un espacio demasiado nítido para ser hogar. La luz de la pantalla me ciega.

Atalar.

Atiendo sin dudar.

—¿Qué? —Mi voz sale con aspereza.

Al otro lado, un suspiro pesado.

—Ya encontré a la muchacha. Olympia.

—Buen trabajo —respondo, preguntándome por qué demonios no llamó a Thomas.

—No me sueltes un «buen trabajo» como si fuera un millenial necesitado de aprobación paterna. Te informo a ti porque Thomas

no responde y la situación es compleja.

Exactamente lo mismo que dije yo en la última misión.

—Habla.

—La muchacha… tiene amnesia, o algo así. No recuerda nada, ni a Billie, y se niega a seguirme.

—¿Seguirte? Súbela a un maldito avión y tráela. —Me incorporo, enciendo la lámpara en la mesa de noche; la luz dorada ilumina mi habitación.

Muebles oscuros, colores opacos, verdes, marrones.

Todo lo opuesto a la suavidad y ternura del piso de Molly.

—¿Crees que no lo intenté? Se me escapa una y otra vez. Cuando la encuentro, vuelve a huir —gruñe.

—¿Dónde estás?

—Kansas.

—¿Y dónde está ella ahora?

—No tengo ni idea. La tenía atada y consiguió liberarse.

Impresionante.

Los nudos de Atalar son leyenda.

—Encuéntrala. Intenta calmarla, si no, pediré a Ian que te envíe algo. Tráela por la fuerza y la entregaremos a los padres.

—No sabe quiénes son. No recuerda ni sus nombres ni dónde vive.

Ahora soy yo quien suspira. Me froto los ojos, los codos apoyados en las rodillas.

—¿No te haces llamar cazador?

—Lo soy.

—Entonces abre la cacería y tráela.

—Luego no critiquéis mis métodos, Lord.

—No lo haré —aseguro, consciente de lo cuestionable que puede llegar a ser.

La línea se corta.

El eco del sueño me persigue todavía, como si la lluvia inglesa siguiera goteando dentro de estas paredes vacías.



MOLLY

TODO ES DEMASIADO.

Después de un almuerzo ligero, me cambio a algo más presentable, para caminar un rato.

Un conjunto de chándal gris, una gorra color verde y unas All Star con florecitas que uso de vez en cuando.

Móvil en mano.

Nada más.

No *necesito* nada más, antes hubiese salido con mi mochila cargada de libros, el portátil, bolígrafos, resaltadores, la cartera y un millón de pequeños objetos «por si acaso».

Así les decía. Por si acaso necesito maquillarme, un corrector; por si acaso me duele algo, un ibuprofeno, por si acaso…

Nunca usaba nada.

Así que salir con las manos libres y el móvil olvidado en un bolsillo se siente liberador.

El otoño está aquí, con los árboles tornándose rojizos y amarillos, el olor a canela en cada esquina y el impulso femenino de tener algo caliente entre las manos.

La ciudad transcurre con calma a esta hora, la transición entre el fin del almuerzo y la salida del trabajo.

Camino con lentitud, notando el viento que intenta traspasar mi ropa (quizá debería empezar a salir más abrigada) y el cielo cubierto con nubes nimbostratus, con sus capas oscuras y uniformes.

Suelen ser pocos los días soleados en esta época.

Al llegar a la esquina estoy lista para dar media vuelta, pero me detengo en seco al verlo apoyado sobre la pared de ladrillo.

Báron está mirándome con cara de desaprobación.

Lleva puesto un pantalón negro, mucho más suelto que el de vestir que suele usar; arriba, un jersey del mismo color y una chaqueta marrón claro. Las gafas de sol negras son circulares, y recuerdo que tengo unas parecidas olvidadas en algún cajón.

—¿Esperas a alguien? —pregunto mientras me acerco.

Su media sonrisa se borra de golpe. Cruza los brazos con rapidez, como si mi pregunta hubiera desarmado algo.

—A ti. Vamos —suelta, y cruza la avenida sin mirar atrás.

Abro la boca para explicarle que mi caminata ya terminó, pero me silencio. Sé que es una mala idea contradecirlo.

Lo alcanzo y caminamos en mutismo absoluto durante un trecho. El sonido de nuestros pasos es lo único que llena el aire.

—Olympia está a salvo —dice de pronto, sin girar la cabeza—. Solo que hay un problema, parece que tiene amnesia, o al menos eso sospecha mi compañero. No recuerda mucho.

—Oh, no… —Me cubro la boca, conmovida por la noticia.

Báron me observa de soslayo, rápido, como quien mide una reacción.

—No te preocupes. Estará en manos de Ian.

—Espero que pueda ayudarla… —Acelero mis pasos, sintiéndome torpe a su lado.

Báron toma consciencia de mi dificultad para seguirle, coloca sus manos detrás de la espalda y reduce el ritmo de sus pasos. Su actitud cambia, se vuelve más comprensivo, aunque mantiene cierta distancia emocional. Entonces me pregunta con voz tranquila pero firme:

—¿Qué recuerdas de ella?

La pregunta me obliga a detenerme un instante.

Báron espera mi respuesta con paciencia, dándome espacio para ordenar mis pensamientos.

—Recuerdo que Olympia llegó acompañada de otras muchachas, aunque ella era la única que hablaba nuestro idioma. Su actitud era serena y centrada, lo que la diferenciaba del resto. Sin embargo, me llevaron antes y no pude saber qué sucedió con ella después.

La memoria se vuelve borrosa, mezclada con el temor y el desconcierto de aquellos momentos.

Llegamos a una esquina. El semáforo se pone en verde justo en ese momento y los coches avanzan a toda velocidad. Báron me detiene de golpe, sujetándome del brazo. Su mano es firme, demasiado firme.

Me suelta casi de inmediato, como si se arrepintiera de haberme tocado. Pero la sensación queda, caliente, marcada en mi piel.

—¿Cómo era el lugar donde os retuvieron?

Los coches pasan a gran velocidad, el viento me golpea el cuerpo, el sonido de los motores se multiplica por cien, todos al mismo tiempo.

—Era… era tropical y… —Una moto corta el tráfico por el costado y pasa demasiado cerca; me aparto un paso más—, una casa…, no, una mansión.

Siento los ojos grises de Báron clavados en mí. Su brazo se entrelaza con el mío de forma natural, como si no me dejara opción.

—Sigue.

No puedo concentrarme, todo es demasiado.

—No me acuerdo de nada más —miento, mirando al suelo.

—¿De qué color eran las paredes?

Un coche frena de golpe, las bocinas estallan al mismo tiempo.

—Molly… —Su voz autoritaria se acerca junto con su rostro—. Mírame, sigue relatando.

Levanto los ojos.

Apenas ahora noto toda la altura que me saca, la simetría de sus facciones, lo hermoso que es. El pelo, recogido en una coleta baja, le da un aire aún más severo. Por un instante, los sonidos de la calle parecen aplacarse.

—Creo que eran amarillentas, sin ventanas. ¿Siempre has tenido el pelo largo?

Sus ojos recorren mi rostro. La tranquilidad que cargaba se transforma en curiosidad.

—No, pero desde que vivo aquí lo dejé crecer.

—¿Es un acto de rebeldía contra el protocolo?

—No —sonríe como si le hiciera gracia mi suposición—, aunque actualmente la nobleza suele optar por cortes discretos y clásicos. Aun así, no hay ninguna regla estricta que lo impida.

En algún momento retomamos la caminata. Su brazo sigue entrelazado con el mío. No me molesta la cercanía, aunque lo que me inquieta es precisamente eso: que no me moleste.

—¿Qué se siente crecer con tanto protocolo?

Báron levanta la vista hacia el horizonte, solemne y con aires autoritarios, no sé si estoy proyectando todo este tema de la realeza o realmente tiene un comportamiento peculiar.

Una mujer pasa delante de nosotros con dos perros gigantes que olfatean cada rincón con devoción, ella lo mira de soslayo con curiosidad femenina.

—No es tan malo —responde él con calma—. Te da estructura y acción en momentos donde no sabes qué hacer. ¿Nunca te pasó no saber dónde poner las manos? —Sus ojos caen sobre mí, expectantes por la respuesta.

—¡Todo el tiempo!

—Bueno, el protocolo dice dónde debes ponerlas, o de qué lado debe estar una dama cuando camina junto a un hombre.

Rápidamente analizo mi posición.

—¿A la derecha?

—Exacto. —Señala hacia el lado contrario de la avenida, en dirección al parque, y con un movimiento suave nos cambia de camino—. Es el lado más seguro para una dama.

—Tiene sentido… —murmuro, observando la avenida que se abre frente a nosotros. Cinco carriles enteros, todos los coches detenidos como si el mundo hubiera decidido frenar al mismo tiempo.

Cruzamos la calle entre el rugido lejano de motores que esperan impacientes. Cuando llegamos al otro lado, el entorno se transforma: el parque abre sus puertas como un oasis de silencio.

El aire huele a ese perfume a hierba recién cortada mezclado con tierra húmeda. Los árboles naranjas, amarillos y rojos se levantan altos.

El ruido del tráfico queda atrás, amortiguado por las hojas. Solo se escuchan nuestras pisadas sobre la gravilla del sendero y, de tanto en tanto, la risa de un niño o el chillido lejano de una bicicleta.

Báron no suelta mi brazo. Su andar es seguro, casi imperial, como si incluso aquí hubiera un protocolo invisible que seguir. Yo, en cambio, siento que cada paso me libera un poco.

Levanto la mirada. Sus ojos grises recorren el lugar como si registraran cada salida, cada punto de acceso, cada sombra donde alguien podría esconderse.

Yo solo veo césped, niños jugando y un lago al fondo que refleja el cielo gris.

—Es hermoso —susurro, casi para mí misma.

Él baja un instante la vista hacia mí.

No dice nada, pero su leve asentimiento me deja con la incómoda sensación de que me estaba observando más que al paisaje.



BÁRON

ESTÁS DESTROZÁNDOME LENTAMENTE.

Alejo la vista de ella, incómodo en mis propios pensamientos oscuros. Me siento un monstruo por desearla cuando lo único que debería hacer es protegerla de mí.

Acercarme a alguien a quien claramente deseo nunca tuvo que haber pasado.

La observo mirar el parque con ojos curiosos, con un brillo de esperanza, las pecas que bañan su rostro demasiado inocente, el pelo rojo que cae ondulado sobre sus hombros. ¿Qué es lo que veo atractivo? Si lleva unos pantalones de chándal y una sudadera que oculta curvas ya conocidas, ¿es la edad? ¿Tan básico y cavernícola soy que me atrae una mujer con la que me llevo nueve años de diferencia?

No me gusta escuchar estos pensamientos, mi estómago se revuelve al recordar el sueño, el rostro de Allana y la culpa por querer mirar a Molly.

Soy un ser horrendo.

Justo cuando estoy a punto de escapar de la situación bajo alguna excusa, Molly señala hacia la izquierda.

—Mira, Báron, esa cometa tiene forma de pez koi. —Me suelta el brazo para dar pasos apurados hacia delante.

Mi mano se estira en busca de retomar el contacto, pero queda olvidada en el aire cuando siento su entusiasmo. Me desarma por un instante, y mis pies se plantan en la gramilla inconscientemente hasta que un grupo de muchachos pasa trotando, haciendo algún tipo de entrenamiento, y, antes de darme cuenta, me coloco detrás de ella para que ninguno se acerque o se le cruce el pensamiento de rozarla.

—¿Nunca habías venido a este parque? —pregunto sobresaltándola cuando advierte mi presencia por detrás.

Responde mirando sobre su hombro.

—No… Siempre dije que un día vendría, pero estaba tan ocupada que, cuando tenía tiempo, lo único que quería era quedarme en casa.

Yo tampoco me alejo mucho de mi zona de confort, Molly Brooks, por eso tú estás destrozándome lentamente.

El grupo de deportistas vuelve hacia nuestra dirección, con sutileza dirijo su cuerpo hacia el césped y rodeamos al niño que doma la cometa con su madre.

—¿Cómo era tu rutina antes de que te llevaran? —pregunto.

Su pequeña sonrisa tímida se desvanece, y me siento un idiota por haber provocado eso.

—Antes de… lo que me pasó —comienza, bajando la voz, como si aún le costara nombrarlo—, mi vida era muy simple. Nada emocionante ni peligroso ni extraordinario.

Se acomoda un mechón detrás de la oreja y después cruza los brazos.

—Me levantaba temprano, siempre con sueño, y pasaba la mañana en aulas demasiado grandes, escuchando a profesores llenar pizarras con fórmulas que parecían escritas en otro idioma.

Mis ojos no se apartan de ella.

—Las noches eran mis favoritas. Iba al observatorio, aunque no tuviera turno… Me gustaba quedarme sola, mirando la luz de estrellas que viajó durante millones de años solo para terminar en mis pupilas. A veces conversaba con Dewey, el guardia, es muy curioso con respecto al universo, siempre le hace preguntas a los profesores y alumnos, y me encantaba responder todas sus inquietudes.

Traga saliva y observo su cuello delicado moverse.

—El resto del tiempo lo pasaba frente al portátil: simulaciones, programas que se colgaban a las tres de la mañana y me hacían maldecir en silencio. No tenía grandes grupos de amigos, apenas un par de compañeros con los que podía hablar de agujeros negros sin que me llamaran rara.

—Me agoto solo de pensar en esas fórmulas —comento, mis ojos navegando por sus pecas.

—Era agotador, sí. Siempre había un examen imposible o un *paper* monstruoso. Pero también… siempre había un instante mágico. El momento en que entendías lo inalcanzable, o cuando atrapabas la luz de una estrella. Ese era mi mundo. Rutina, soledad y preguntas que nunca acababan.

Me mira de reojo, como tanteando si realmente la escucho.

—Y entonces todo cambió.

—Suena a que disfrutabas de esa vida —digo, llevándola hacia el lago.

Una brisa llega de golpe y aleja el pelo de su rostro.

—Disfrutaba mucho estudiar.

—¿Y por qué no quieres volver?

Toda su verborragia se extingue de golpe.

—No me siento lista —susurra mirando al suelo.

—¿Qué crees que puede pasarte si vuelves a las aulas? —pregunto.

Nos acercamos al final del parque, donde ya no hay tanta gente, aquí me siento más tranquilo.

—No lo sé… —Su voz se quiebra, y eso confirma que sí lo sabe, pero no quiere decirlo. No todavía.

Mi necesidad de saber qué le hizo Conor me asfixia, pero debo contenerme. El silencio, a veces, es la mejor herramienta para que alguien hable.

—Tendría que dar explicaciones… —empieza—. Mis compañeros y profesores me preguntarán por qué estuve ausente tanto tiempo.

—No le debes explicaciones a nadie —respondo, quizá con un tono demasiado autoritario—. Solo el rector necesita saber lo justo y necesario. Guardar silencio también es un derecho.

—¿Y cuando me pregunten?

Señalo un banco verde de hierro, cubierto por hojas secas. Limpio la superficie con la manga de mi chaqueta antes de que nos sentemos.

El lago frente a nosotros está calmo, contrario a como me siento por dentro.

—Miente —digo sin pudor—. No tiene nada de malo mentir para sobrevivir. Diles que tu padre estuvo enfermo, que tuviste que

dejarlo todo para cuidarle. No lo pienses demasiado.

—Se darán cuenta…

—¿Y qué? ¿Pasarás por un juicio inquisitivo para que sepan la verdad? Molly, a nadie le importa. A la única gente que le importa la vida de los demás es a la que no tiene una propia.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, el espacio entre los dos vibra y pretendo no sentirlo.

—No estoy pudiendo leer —confiesa—, es como si las palabras hubieran perdido su significado.

—¿Qué intentas leer?

Me mira, sugiriendo que la temática del libro poco tiene que ver con lo que le pasa.

Esbozo una sonrisa que reprimo enseguida.

—Quizá tu mente aún no esté lista para procesar ecuaciones infinitas ni conceptos del universo. Quizá debas bajar la intensidad. Apuntar a historias que te acompañen, que te entretengan.

—¿Quieres que lea por diversión?

—Lo dices como si fuese un pecado —respondo con cierta ironía —. Un libro puede arrancarte del presente como si fuese un truco mágico. No siempre debe enseñarte algo; a veces basta con que te permita sentir. Puede hacerte reír, emocionarte, incluso darte placer. Un libro, Molly, también puede devolverte un pedazo de vida.

Ella ladea la cabeza, incrédula.

—Suena como si lo supieras por experiencia.

Mis ojos recorren las hojas de los árboles cayendo elegantemente sobre la gramilla.

—¿Lees novelas? —pregunta con genuina curiosidad.

—Rara vez. Prefiero realidades crudas a fantasías. —Hago una pausa y dejo escapar un suspiro breve—. Pero si eso es lo que te ayuda a volver a respirar…, entonces empieza por lo más ligero. No necesitas cargar el universo sobre tus hombros todavía.

Molly me observa largo rato, como si intentara decidir si estoy bromeando o hablando en serio.

Finalmente baja la mirada y sonríe con un destello tímido que le hace algo a mis entrañas.

—Puede que tengas razón.



MOLLY

ME TRAGA.

Me despierto con un peso aplastante sobre el pecho.

La adrenalina me atraviesa y aparto aquello como si fuese un insecto recorriendo mi piel.

El libro cae al suelo con un golpe seco, demasiado fuerte para la quietud de la habitación.

Oh…, cierto.

Anoche intenté hacer lo que Báron me había dicho: leer. Elegí un ejemplar olvidado en mi biblioteca, uno que encontré en un aula desierta y nadie se molestó en recoger.

Me dio lástima y lo guardé en mi mochila, rodeándolo de otros libros para que no estuviera tan solo.

Desde la cama, observo la portada. El diseñador no se esmeró: solo un título y una rama seca.

Las mil vidas de Circe.

Alcancé a leer dos capítulos antes de que el sueño me venciera, dejando el libro abandonado sobre mi pecho.

Me masajeo la zona, como si aún pudiera sentir su peso, y me levanto para estirar mis extremidades.

En el móvil esperan dos mensajes. El primero, de mi padre: atrasó el vuelo un día más, sin explicación.

El segundo me revuelve el estómago.

Báron:
¿Qué fue ese ruido?

Mis dedos se congelan. ¿Cómo lo supo?

Molly:
¿Ruido?

Báron:
Sí. Un golpe.

Antes de procesarlo, la pantalla vuelve a vibrar.

Báron:
Estoy fuera.

¿Fuera? ¿De mi piso? ¿Del edificio?

Me pongo la bata a toda prisa y camino hasta la entrada. Enciendo la cámara.

Está allí, apoyado contra la pared, con el móvil en la mano. Su cabello cae suelto, salvaje, los ojos fijos en la pantalla… y, como si intuyera mi mirada, levanta la vista directamente hacia mí. Saluda con la mano, un gesto casual que me hiela la sangre porque siento que sabía que lo observaba.

Oh, no…

Abro la puerta y me cierro la bata sobre el pecho.

—Hola…

Sus ojos recorren el piso como un depredador olfateando el peligro hasta posarse en mí.

—¿Qué pasó? —Su voz es tensa, contenida.

—Fue solo un libro…, se me cayó. —La mentira se desliza torpe de mis labios—. ¿Qué haces aquí?

—Billie me envió. —Da un paso al frente. Yo retrocedo. Su rostro se inclina hasta quedar demasiado cerca del mío, lo suficiente para que mi corazón delate su pánico con cada golpe—. ¿Hoy no ibais de compras?

Rebusco entre mis recuerdos: Billie habló de un vestido… ¿o lo soñé?

Báron entrecierra los ojos.

—¿No lo recuerdas o nunca te lo dijo?

—Recuerdo algo… como un sueño lejano…

Se endereza. Una montaña emergiendo frente a mí.

—¿Te ocurre a menudo?

Repaso mentalmente. Sí. Estoy olvidando cosas, muchas. Y ahora recuerdo: mi padre sí explicó el motivo del retraso y Billie sí me pidió ayuda con el vestido.

—Puede ser… —susurro.

—¿Y qué dijo el doctor?

Mis dedos se enredan unos con otros mientras retrocedo hasta sentir el sofá rozándome las piernas. Báron avanza despacio, cada paso suyo imponiéndose sobre el suelo.

Quizá cometí el error de diagnosticarme a mí misma y de saber que el solo hecho de pensar en un tomógrafo hace que se me desboque el corazón.

No puedo ahora mismo entrar en una máquina tan… pequeña y limitada.

—No fuiste al médico, ¿verdad? —Su voz cae pesada, como una sentencia.

—Bueno…, sobre eso…

—Molly… —Inhala con fuerza, conteniéndose—. ¿No fuiste a que revisaran el golpe en la cabeza?

—Se me olvidó… —miento, sintiéndome acorralada.

No le puedo hablar de mi nuevo miedo a los lugares pequeños; si le digo eso, tendría que explicarle lo que me ocurrió en el castillo.

Él mira al techo, masculla palabras en un idioma que no alcanzo a entender, y vuelve a mí con una furia contenida en sus iris grises.

—No vuelvas a dejar pasar algo así —pronuncia, amenazador—. Vístete. Nos vamos ya.



El silencio vuelve, más denso todavía.

El motor del coche ruge, las ruedas muerden el asfalto, pero lo único que siento es la agitación que tengo por dentro al saber lo que estoy a punto de vivir.

El aire se me atasca.

—¿Estamos yendo al hospital? —No sé para qué le pregunto si conozco la respuesta, quizá sea la necesidad imperiosa de llenar el silencio.

—Así es.

—Pero Billie…

—Puede esperar. —Su mirada se ciñe sobre mí, afilada como una cuchilla—. Ya la avisé de que tardaríamos más. No le dije por qué.

Asiento con torpeza, como si eso bastara para calmarme, y respiro hondo, aunque el aire que entra en mis pulmones no me parece suficiente.

Muevo las manos bajo las piernas, crispadas, hasta que me pinchan las uñas contra la piel.

—No hacía falta mentirle… —susurro apenas, aunque sé que él me escucha.

Billie es mi amiga, no debería ocultarle cosas. Ella intentó que le hablara de lo que me pasó, pero hice lo posible para cambiar de tema.

Báron ladea la cabeza, sus ojos clavándose en la carretera con una concentración que me resulta imposible.

—No mentí. —Su tono es bajo, áspero—. Omití. Es tu asunto privado, yo no comparto nada que no me corresponda, menos aún sin tu permiso.

Sus ojos, fijos en la avenida, apenas se permiten desviarse un instante hacia mí, pero ese momento basta para helarme la sangre: la intensidad de su mirada es la de alguien que sostiene demasiado dentro, alguien que lucha contra sí mismo… o contra mí.

—Cuando se trata de ti creo que lo que más necesitas es privacidad. —Sus palabras vibran en el interior del coche.

Yo me encojo sobre el asiento, sintiendo que el aire pesa.

Le estoy mintiendo a todas las personas que intentan ayudarme.

Mi respiración empieza a alterarse.

El coche avanza con un ritmo implacable, como si cada semáforo, cada cruce, se abriera solo para dejarnos pasar. O tal vez soy yo la que lo percibe así.

Cuando nos detenemos frente al hospital, su brazo se estira por delante de mí antes de que pueda abrir la puerta. Agarra la manilla

del coche y frena el movimiento.

—Escúchame, Molly. —Sus ojos grises me buscan con la fuerza de un ancla, clavándome en el asiento—. Vas a entrar, vas a dejar que te revisen y no vas a decir nada de lo que te ocurrió, ¿entendido?

Asiento, sin aire.

Entonces retira la mano, baja y rodea el coche. Cuando abre mi puerta, lo hace con una calma peligrosa, como si estuviera en completo control de una tormenta que, en cualquier momento, podría arrasar conmigo también.

Me tiende el brazo.

No sé si es una orden o un gesto de cuidado. Quizá ambas cosas.



El pasillo del hospital huele a desinfectante y lejía, tan fuerte que me arde en la garganta.

Las luces blancas iluminan demasiado.

Camino junto a Báron, su paso es largo, firme, y yo apenas sigo el ritmo, con la ropa mal ajustada que alcancé a ponerme.

Siento que todos nos miran, no, no a mí, sino a él. Sus hombros anchos, su porte erguido, la manera en que parece apropiarse del espacio, aunque nadie se lo haya permitido.

La recepcionista levanta la vista y abre la boca para hablar, pero Báron se adelanta.

—Código 747. Tomografía. —Su voz retumba con una autoridad que no admite objeción.

Ella parpadea y asiente. Ni siquiera pregunta mi nombre, solo teclea con manos temblorosas y me indica con un gesto la zona de espera.

Obedezco, hundiéndome en una de las sillas de plástico. Mis piernas tiemblan, así que las enredo para ocultarlo.

Báron se mantiene de pie frente a mí, los brazos cruzados, como un guardián o un carcelero.

No importa cuánta gente pase, cuántas voces llenen la sala: yo solo siento sus ojos sobre mí.

Una vigilancia constante que me deja sin aire; es como si supiera que estoy librando una batalla dentro de mí para poder hacer algo tan simple como una tomografía.

Por un instante deseo que la enfermera venga pronto, que alguien me llame y me saque de la opresión de su sombra…, pero al mismo tiempo sé que, cuando me levante, él vendrá conmigo.

No hay salida.

—¿Qué es ese código que dijiste antes? —pregunto mirando hacia arriba.

Se toma unos segundos antes de responder y sacude la cabeza como si se hubiese perdido en su mente.

—El código que necesitan saber para no hacer preguntas, no te preocupes.

Aleja la mirada, pero yo la mantengo en él, interesada en su reacción, en su tensión, ayer no estaba así, y no creo que sea por lo de la cabeza.

Me acomodo en la silla, inquieta, hasta que noto que sus ojos ya no tienen ese filo cortante de hace un rato. Suspira, apenas audible. Sus hombros se aflojan un poco.

—No me mires así, Molly. —Apoya una mano en el respaldo de la silla de al lado, inclinándose lo suficiente para que solo yo pueda escucharlo, sorprendiéndome con un tono más bajo—. ¿Hay algo más que no me estás diciendo? —La gravedad de su voz es distinta, más íntima.

Este es el momento para decirle lo que me pasa, lo que tengo. Parpadeo un par de veces.

—Lo siento —susurro, incapaz de sostenerle la mirada—. No fui del todo honesta antes.

Eso lo tensa otra vez y se pone lentamente de cuclillas, apoyando sus manos al lado de cada una de mis piernas, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por no imponerse más de lo necesario.

—¿Qué es…?

Mi pierna derecha comienza a moverse ansiosamente y él la observa hasta que apoya su mano en mi rodilla, la cubre por completo y la agitación cesa.

—Creo que tengo claustrofobia.

Une sus cejas e inclina la cabeza con confusión.

—¿Crees o sabes?

—Sé que la tengo, pero todavía no hice nada para controlarla. —Mi pierna comienza otra vez y bajo la mirada cuando siento que las lágrimas están a punto de asaltar mis ojos.

Me sorprendo cuando me sostiene la barbilla suavemente y me obliga a mirarlo.

—¿Esto es de antes? —Niego con la cabeza y eso hace que sus ojos cambien y se endurezcan—. Después.

Asiento.

La enfermera aparece en el umbral y pronuncia mi nombre.

Báron se levanta, pero no me obliga a hacer lo mismo. Solo me tiende la mano, en un gesto que, por primera vez, parece más humano que autoritario.

—No te preocupes, te ayudaré a pasar por esto.



La sala de tomografía me recibe como un monstruo blanco y silencioso. El túnel ocupa el centro, enorme, amenazante. Mis pies se clavan en el suelo; el aire se siente escaso.

—Por aquí, por favor —dice la enfermera con una sonrisa practicada.

No avanzo. El cuerpo no me responde.

No puedo meterme ahí, es imposible que lo haga.

Báron me roza el hombro, apenas, y se adelanta.

—Voy a quedarme con ella.

La enfermera parpadea, incómoda.

—Señor, no es posible. Durante la exploración nadie puede…

—No entra si yo no estoy. —Su tono grave, concluyente.

Ella duda, me mira a mí, ve mis manos crispadas, la piel pálida, el temblor que me recorre. Suspira resignada.

—Está bien… Pero tendrá que ponerse esto. —Abre un armario y saca un chaleco de plomo gris, pesado, con correas gruesas.

Báron lo recibe sin chistar, se lo coloca con un movimiento seco y, aun con el peso sobre el torso, sigue pareciendo inamovible. La enfermera añade con dureza:

—Manténgase a un lado, lejos del haz directo.

Él no responde; solo me tiende la mano.

Cuando la enfermera intenta acercar el chaleco a mí, retrocedo inconscientemente.

—No puedo —susurro, sintiendo mi garganta restringirse.

—Sin esto no puedes hacerte la tomografía.

No entra oxígeno.

Báron está a mi lado, su mano aprieta la mía con fuerza.

—Sí puedes. Yo estoy aquí. Respira conmigo. —Le quita el chaleco a la enfermera y lentamente lo pone sobre mí—. Inhala, Molly, y exhala.

Lo hago a la velocidad que él me marca y, cuando quiero darme cuenta, lo tengo puesto. El peso está allí, pero no es el mismo, este se siente uniforme.

Me acerco a la camilla temblando, observo el túnel y siento que el aire se encoge.

El pánico me sube al pecho como una ola que amenaza con ahogarme.

—Acuéstate, nadie nos apura.

Él no sabe, y no es su culpa, que en esta posición casi me muero.

—Báron… —Mi voz es apenas un hilo.

Su pulgar me acaricia la piel, lento, sus ojos calmos me incentivan a acostarme.

—Necesitamos comenzar —informa la enfermera desde el otro lado del vidrio.

Los ojos de Báron vuelven a endurecerse y sobre su hombro gruñe:

—Comenzaremos cuando esté lista.

La enfermera se mantiene en silencio y ya estoy al borde de la vergüenza.

—Cuando comience, la máquina te meterá dentro —explica, yo cierro los ojos con fuerza—, hará ruidos raros y ella te dará indicaciones de cómo respirar y cuánto tiempo falta para terminar. ¿Entendido?

Asiento sin decirle nada, Báron mira sobre su hombro y le indica a la sanitaria que estoy lista.

El zumbido de la máquina empieza.

—Uno, dos… Aguanta… y suelta. —Su mirada no se aparta de la mía—. Hazlo conmigo.

Sigo el ritmo. Uno, dos… Suelto. El aire vuelve poco a poco.

La máquina avanza, el túnel me traga, pero el calor de su mano en la mía se convierte en la única ancla que me impide huir.

Los sonidos son aterradores, la enfermera dice algo, pero no llego a entender y sujeto la mano de Báron con fuerza cuando siento que me descontrolo.

Cuando todo termina, estoy llorando, pero no de miedo: de alivio. Báron me ayuda a incorporarme con suavidad, sosteniéndome por la cintura.

—Lo hiciste. —Su voz ronca vibra contra mi oído y me limpia las lágrimas con la delicadeza de alguien sensible y empático.

No es que piense que él no sea así, pero, definitivamente, es una faceta que nunca había visto.

Me sujeta de la mano para ayudarme a bajar.

Y no la vuelve a soltar.



BÁRON

LA CERCANÍA ME ENVENENA.

La sala es fría e impersonal, el médico tiene una calvicie pronunciada que se extiende hasta la coronilla y unos anteojos reposando en la punta de la nariz. Gira las imágenes de la tomografía en la pantalla y su expresión se vuelve seria.

Nuestras manos siguen sujetas, y creo que soltarla será una tarea titánica.

Después de verla en su estado más vulnerable, temblando llena de miedo, me sentí un inútil por no poder llegar a su psique y ayudarla.

Pero eso cambia hoy.

—No hay sangrado activo, eso es lo positivo —dice con un tono que pretende ser tranquilizador—. Pero aquí… y aquí… —señala dos áreas en el cerebro, los mismos lugares que ella mencionó el día que la conocí— se ven huellas de traumatismos pasados. Microhematomas e inflamación residual.

Mi mandíbula se tensa y me obligo a mantener la respiración constante. Esto se lo ocasionó mi hermano y nunca creí decirlo, pero desearía que volviera a levantarse de entre los muertos para volverlo a asesinar.

Molly está encogida en la silla a mi lado, tan frágil que parece tragarse sus propias costillas. Su voz sale asustada cuando habla:

—¿Voy a estar bien?

El doctor suspira, y esa pausa me desgarra los nervios.

—No puedo asegurarlo sin un seguimiento neurológico. Dos golpes de esta magnitud dejan secuelas. Los olvidos que describes, la confusión, la sensibilidad… son signos claros de síndrome posconmocional. Necesitas descanso absoluto y vigilancia. Podría ser peligroso llevar una vida completamente normal, por ahora.

El eco de sus palabras me golpea como un martillo.

Secuelas. Confusión. Vigilancia.

Todo lo que yo ya había percibido y que ella intentaba negar.

Me adelanto, incapaz de quedarme callado.

—¿Qué quiere decir con «peligroso»?

El médico me mira, molesto por mi tono, me importa poco y nada.

—Que una nueva lesión podría ser catastrófica. Un tercer traumatismo pondría en riesgo sus capacidades cognitivas, incluso su vida.

La sangre me hierve. Miro a Molly, y su palidez me arranca un dolor físico en el pecho.

No lo permitiré.

—No habrá un tercero —afirmo sujetando su mano con fuerza. Mi voz es grave, controlada, pero sé que suena como una amenaza.

El doctor abre la boca para replicar, pero se detiene, quizá por la forma en que lo estoy mirando. Vuelve a la pantalla, incómodo, y empieza a enumerar recomendaciones médicas.

Yo escucho mientras siento el temblor en las manos de Molly.

Ella no se cuida por alguna razón y no deja que nadie más lo haga.

El médico sigue hablando, pero yo ya no escucho. Solo siento el pulso débil de Molly en la palma.

Y entonces me golpea la verdad que me hace arder de culpa: no es Allana.

Ella está muerta y yo, un miserable, me aferro a la mano de otra.

Cada temblor de Molly me despierta un instinto feroz que no controlo. Y al mismo tiempo me destroza, porque siento que con cada respiración que dedico a protegerla estoy traicionando a la memoria de la única mujer que debería seguir ardiendo en mi pecho.

Me digo que es piedad, que es obligación, que cualquiera lo haría. Pero no, no es eso. Es deseo de salvarla.

Y no hay redención posible, porque cuanto más fuerte la sostengo, más crece el miedo de perder a Molly del mismo modo.

Soy un monstruo.

Un hombre que se aferra a una sombra para no caer en el vacío sofocante de la culpa y la traición.

Alejarme a esta altura es ilógico, ya estoy demasiado metido en su vida como para desaparecer.

Molly se levanta, decidida a terminar la conversación, y yo imito el movimiento.

Se despide cordialmente del doctor, como si no hubiese tenido un colapso nervioso momentos atrás.

Durante los pasillos laberínticos nos mantenemos en silencio, nuestras manos sujetas como si fuese algo normal.

Como si perteneciera allí.

Y esa revelación me angustia.

Me prometí a mí mismo que no iba a volverme a sentir así por nadie.

Tengo que aprender a controlarme.



Cierro su puerta y rodeo el coche para abrir la mía.

El viento se está volviendo más frío y me corta la piel antes de entrar. El estacionamiento del hospital está lleno; hay coches que esperan a que me marche, pero no pienso irme.

Tengo cosas que decirle.

Aún con la sensación de su piel contra la mía, giro para enfrentarla. Ella evita mis ojos como si negarse a mirarme la librara de lo que quiero exigirle.

—Tenemos que hablar y lo sabes, pequeña.

Suspira hondo y me encara. Sus ojos siguen rojos por las lágrimas que derramó antes.

—¿Podemos hacerlo en otro momento? Billie debe estar esperando.

—A la mierda Billie —digo—. Deja de poner a los demás por delante de ti. Dime: ¿es la primera vez que tienes un episodio de claustrofobia?

—Sí.

—¿Alguien más lo sabe?

—No.

Su mirada se escurre hacia abajo; la levanto desde la barbilla, obligándola a retomar el contacto.

—Dime qué ocurrió, Molly. —Ella niega; las palabras se le mueren en la garganta—. Me estoy volviendo loco. Necesito saberlo —susurro, intentando suavizar un tono que sale demasiado autoritario.

Apoya su mano sobre la mía.

La cercanía me envenena.

Mis ojos resbalan hacia sus labios rojos, pero vuelvo a sus pupilas. *No debo desearla*.

—Probablemente pienses que no fue para tanto… —murmura.

Acaricio su rostro, notando el temblor en su labio inferior.

—Dímelo.

La realidad es que no sé si estoy listo para escuchar lo que mi hermano fue capaz de hacerle, pero esto es algo que me ronda la mente desde aquel día, y hasta no saberlo puede que no deje de perseguirme.

Cierra los ojos, como si al hacerlo pudiera apartar el recuerdo. No sé cómo arrancarle ese peso, cómo protegerla de lo que la consume.

—Le llamaba «la prensa» —empieza con hilo de voz—. Yo creía que decía «la presa». Pero no…, su idea era otra. Me cubrió el cuerpo con rocas, una tras otra, hasta que ya no podía respirar.

La sangre se me hiela y borbotea al mismo tiempo.

—Rocas, no piedras —intento comprender.

—Eran de varios tamaños, pero las más grandes las dejó sobre mi pecho, durante horas… —Su voz se quiebra—. Al principio apenas podía respirar; después solo daba bocanadas cortas, rápidas. Empecé a ver borroso, se me dormían los brazos, las piernas…, y él, mientras tanto, me susurraba preguntas, burlas.

Impensado en mí, pero la sujeto de la nuca y la aprieto contra mi pecho, el movimiento es, quizá, inconsciente, pero es lo único que puedo hacer para reconfortarla. Mis ojos, perdidos, se clavan en el coche blanco estacionado frente a nosotros, luego en su bolsa de peluche abandonada a los pies. No tengo palabras para el espanto

que me atraviesa. No sé cómo contener el odio que me está incendiando por dentro.

La ira.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunto, con la voz rota.

—No lo sé… —responde contra mi pecho. Sus lágrimas empapan mi jersey. Acaricio su pelo rojo y rebelde con la suavidad que solo merece alguien tan maltratada y, aun así, tan increíblemente viva. —El ruido de hoy… —continúa, todavía enredada en el recuerdo—. Me dormí con el libro en el pecho y me desperté sintiendo que estaba allí —añade.

Molly restablece el espacio entre nosotros, como si la vergüenza la empujara a esconderse. Se seca las lágrimas con la manga y mira su bolso, a los pies.

Odio su ausencia, el espacio vacío donde estaba hace unos momentos.

—Molly…

—No pasa nada, Báron; es solo un recuerdo. Con el tiempo será menos potente.

«Un trauma no es un recuerdo», pienso.

La furia me carcome: imagino esas piedras sobre su cuerpo, aplastando cada bocanada de aire, su miedo, su voz ahogada.

En mi mente aparece la cara de Conor.

Y entonces… la verdad que no debo pronunciar me atraviesa como un cuchillo.

—No fue rápida —digo—. La muerte de Conor no fue rápida; me aseguré de que fuera lenta, tortuosa —confieso, sin apartar la mirada, sus ojos verdes y rojos llenos de dolor esperan por mi explicación—. Me gustaría decirte que lo hice por ti, pero lo hice por ella. Cada grito de dolor que soltó lo bebí como un veneno que me emborrachaba. Molly, mi hermano asesinó a mi novia y al hijo que llevaba en su vientre.

Cierro los ojos un instante. La memoria es una película que no puedo apagar, pero cuando los abro, Molly se lleva la mano a la boca, horrorizada.

Se retira un poco, aprieta los labios y mira hacia la ventanilla, buscando el mundo exterior como escapatoria.

—Báron…

—Y esta no fue la primera vez que le hacía pagar por sus actos, pero fue la primera vez que no fallé. Ahora me gustaría volver el tiempo atrás y aplastarlo hasta matarlo de nuevo —susurro, y la frase me deja vacío.

Porque mi venganza se partió en dos, porque Allana ya no es la única.

Arranco el coche.

El rugido del motor llena el silencio, pero no alcanza a ahogar el grito que llevo dentro. Conduzco hiperconsciente de su perfume impregnado en mí, y me repito que debo controlarme.

No debo desearla.

No puedo sentirme de esta manera.

Pero ya es tarde.



MOLLY

LOS REGALOS ATRAEN A LOS DEPREDADORES.

Llegamos a una tienda de ropa que nunca había visto en la ciudad.

Su nombre suena exclusivo y lujoso: Vanidad.

La fachada es sobria, casi intimidante: una puerta doble de vidrio bajo un toldo negro, el logo grabado en la pared como una firma que no admite réplica.

Agradezco no haberme maquillado esta mañana; después de tantas lágrimas, ahora mi rostro sería un desastre.

No veo a Billie por ningún lado, pero sí a un hombre de traje, de espaldas a nosotros. El pelo oscuro y corto, una mano apoyada en la pared, la otra en el bolsillo. Está inclinado hacia abajo, arrinconando a alguien.

O amenazando a alguien.

Miro a Báron, buscando una señal. ¿Debería llamar a la policía?

—No te preocupes, es solamente Thomas.

Sigo su mirada y apenas reconozco los ojos de Billie por encima del hombro de ese hombre. Sus pupilas clavadas en él, algo cargado y potente que me incomoda.

—No dejes que te espanten —agrega Báron con calma—, suelen comportarse así en público.

Thomas la sujeta de la barbilla con fuerza y la besa contra la pared, como si quisiera marcarla.

Aparto la vista, hundiéndome en el asiento del coche.

—Bajar ahora se siente intrusivo —susurro, mientras ellos no se detienen ni parecen avergonzarse por tanta exposición.

Báron desabrocha su cinturón, luego el mío.

—Vamos, pequeña, arruinémosle la tarde.

Antes de que pueda detenerlo, baja del coche y abre mi puerta.

Mientras me incorporo, Thomas gira la cabeza. Su cuerpo se yergue al vernos, finalmente separándose de su prometida. La amenaza que emana me clava en el suelo. Aprieto mi bolsa de peluche contra el pecho.

Báron se coloca a mi lado, erguido como un muro. Thomas nos observa con severidad: una cicatriz le atraviesa el rostro desde la frente hasta la mejilla, cortando su ojo en el camino.

—¡Molly! —Billie corre hacia mí esquivando peatones y, como cada vez que nos vimos desde que volvimos de ese infierno, me abraza con fuerza. Devuelvo el gesto con la misma intensidad, hasta que se aparta y señala al hombre que la acompaña—. Te presento a Thomas.

Él extiende la mano. Instintivamente miro a Báron. Solo cuando asiente, como dándome permiso, me atrevo a estrecharla.

—Un placer —murmuro.

Su agarre es firme y su mano parece gigante al lado de la mía, la bocina de un coche me sobresalta haciendo que lo suelte de golpe.

Espero que nadie lo haya notado.

—Gracias por acompañar a mi prometida esta tarde. Insiste en que no debo ver el vestido.

—¡Por supuesto que no, Thomas! Trae mala suerte —responde Billie, cruzándose de brazos. Ella está vestida con unos simples vaqueros negros y una chaqueta tipo béisbol, su pelo suelto, sus ojos despiertos y llenos de energía.

—Te casarás conmigo con buena o mala suerte, Diamante. —Sus palabras salen tan seguras y firmes que me hace encogerme sobre mí misma.

Báron carraspea.

—¿No me dijiste que debía vigilarlas?

Si no me equivoco, Thomas es su jefe. Jefe de qué, aún no lo tengo claro, ¿algo de seguridad?

—Sí. Estaba esperando que llegaras, tengo cosas que hacer —responde, estrechando la mano de Báron.

Los dos parecen torres frente a mí, y lucho contra el impulso de retroceder. Billie me observa de reojo, sorprendida por mi interés. Una sonrisa se dibuja en sus labios, pero Thomas la corta al besarla de nuevo con posesión.

—Te veo esta noche.

—Vale —responde ella, con un brillo extraño en los ojos.

¿Será que Billie ya superó lo que nos pasó… o solo aprendió a fingirlo mejor que yo?

Thomas se da la vuelta y en pocos pasos desaparece dentro de un coche lujoso que no reconozco, pero que grita dinero y poder.

—¿Estás listo, Báron, para una tarde de chicas? —bromea Billie.

Él pone los ojos en blanco.

—Estoy aquí para trabajar. Haced de cuenta de que no existo.

—Perfecto. —Ella enlaza su brazo con el mío—. Vamos, amiga.

Cruzamos la puerta y no resisto las ganas de mirar sobre mi hombro. Báron camina detrás de nosotras, sus ojos grises conectan con los míos, como si supiera exactamente en qué pienso.

Y me pregunto, con un nudo en la garganta, por qué necesitamos seguridad.



El lugar resulta ser, efectivamente, lujoso y exclusivo.

La luz es suave, difusa, diseñada para halagar la piel; las prendas, colgadas en perchas impecables, parecen piezas de museo más que ropa. Los sillones son esponjosos, delicados, demasiado perfectos para alguien como yo.

Un séquito de mujeres sonrientes se mueve alrededor, intentando hacernos sentir a gusto, trayendo bebida y algunas cosas en bandeja.

Me dejo caer en un sofá y permanezco rígida, como si cualquier movimiento fuera a dejar manchas en la tapicería.

Billie, en cambio, se adueña del espacio con naturalidad. Habla con una de las dependientas como si la conociera de toda la vida; sus gestos son decididos, firmes, sin dar margen a dudas. Me impresiona la seguridad con la que dicta lo que quiere: no busca un vestido blanco, sino negro, refinado, casi desafiante.

De golpe, Báron se sienta junto a mí. El sofá se hunde unos centímetros bajo su peso y mi cuerpo cae sobre él, pero me

acomodo rápidamente.

Nuestros ojos se encuentran y el tiempo se estira hasta parecer eterno.

Él lo sabe todo ahora, y siento que puede leer cada rincón de mi mente.

Carraspea, incómodo, y aparta la mirada. Sus dedos buscan pelusas inexistentes en su pantalón negro.

—Del uno al diez, ¿qué tan incómoda te sientes? —pregunta Billie acercándose, rompiendo el silencio.

Su mirada se desliza hacia Báron, evaluando la cercanía de nuestros cuerpos, pero no comenta nada, sonríe cuando me ve hacerlo a mí.

—Es la primera vez que entro a un lugar así —confieso.

Billie arrastra un taburete y se sienta justo delante. Ella debería ser la que recibe toda la atención, pero la escena parece invertida.

—Yo también. Thomas insistió en que viniera aquí, dice que no puedo casarme con vaqueros y camiseta.

—Por supuesto que no —interviene Báron, su voz grave atravesando la conversación—. Es tu boda.

Billie reprime una risa y yo escondo las manos bajo los muslos, como si así pudiera controlar mi incomodidad.

—Pero vestirme de blanco sería una gran mentira —replica ella, con una honestidad cruda.

—No necesito detalles —responde Báron en un murmullo seco. Sus ojos, sin embargo, se clavan en los de Billie con un matiz que no logro descifrar—. Hay muchas maneras de vestirse con elegancia sin dar mensajes equivocados.

Las dos reímos por lo bajo, pero la risa se siente hueca, como si no perteneciera del todo a nosotras.

Las dependientas se mueven como abejas diligentes, trayendo perchas con vestidos envueltos en fundas de satén. Billie desaparece detrás de un probador y yo me quedo con Báron en el sofá. Su hombro apenas roza el mío y me obliga a contener la respiración.

Durante unos segundos no habla, pero sé que me observa. Lo siento en la piel, como un calor invisible.

—No intentes entender lo que tienen Billie y Thomas, apenas yo lo entiendo —dice al fin, tan bajo que dudo de que no haya sido un pensamiento escapado en voz alta.

Lo miro de reojo.

—Parece ser algo intenso —contesto al mismo volumen.

Sus labios se tensan, pero no responde. Solo se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Las vivencias de ambos hicieron que, al encontrarse, se volvieran posesivos e inestables. Cuando Billie fue raptada moví cielo y tierra para encontrarla, no solo porque ella es mi amiga, sino porque temía qué podía ocurrirle a Thomas. Como habrás notado, no es un hombre corriente.

Un escalofrío me recorre entera. Trago saliva, sin saber si quiero seguir escuchando.

En ese instante, la cortina del probador se abre y Billie aparece.

El vestido negro se ajusta a su cuerpo como una sombra hecha de seda. El escote es atrevido, los hombros al descubierto. Ella sonríe, nerviosa pero deslumbrante.

Todos la miran. Las dependientas aplauden suavemente, como si asistieran a una coronación.

Yo no puedo apartar la vista.

—¿Qué opináis? —pregunta Billie, girando sobre sí misma con un brillo extraño en los ojos.

—Que pareces más una viuda que una novia —responde Báron, seco, clavando su mirada en ella.

La risa de Billie se rompe en el aire. Yo quiero decir algo para suavizar el golpe, pero las palabras se me atragantan. Porque, en el fondo, sé que tiene razón.

—¿Quizá algo más elegante? —sugiero—. Te ves increíble con ese vestido, pero…

—Entendido, menos dominatrix, más novia.

—Eso mismo —sonrío.

Billie vuelve a desaparecer detrás de la cortina, seguida por un ejército de telas y mujeres risueñas. El salón queda en silencio, solo el murmullo de música de ambiente de fondo.

Me muevo incómoda en el sofá, intento cruzar las piernas, luego me descruzo, y al final acabo apretando las manos contra los muslos y suspiro derrotada.

—Tienes razón, nunca sé dónde poner las manos —murmuro.

Báron gira la cabeza hacia mí. Sus ojos grises me recorren como si analizara la confesión con una seriedad absurda.

—¿Quieres que te enseñe? —pregunta al cabo de un instante.

—Te imploro.

La comisura de su boca se curva, apenas un segundo.

—Siéntate recta, los codos nunca contra el respaldo, la mano derecha descansando suavemente sobre la rodilla izquierda… —Se inclina hacia mí, sus dedos rozan mi muñeca y guían mi mano despacio hacia el lugar indicado—. Así.

El calor de su piel me quema incluso a través del jersey.

—¿Y la otra? —pregunto, con la voz más baja de lo que pretendía.

Su mirada se fija en la mía, intensa, inmóvil.

—La otra queda libre —responde, retirando la mano con deliberada lentitud—. Para reaccionar rápido si alguien intenta hacerte daño.

Mis labios se entreabren, pero no sé qué contestar.

No sé si me acaba de enseñar a comportarme como una dama… o a sobrevivir.

Me cubro la boca con la mano, intentando reírme como si todo fuese una broma, pero el calor en mis mejillas me delata.

Báron me observa sin decir nada, como si estuviera entretenido viéndome debatir conmigo misma.

Espero que la cortina del probador se mueva, que Billie vuelva y rescate esta situación absurda. Pero no ocurre.

El silencio se alarga.

Báron se reclina hacia atrás en el sofá, sus brazos extendidos sobre el respaldo, ocupando el espacio con un dominio natural. Sus dedos rozan con timidez mi hombro, y aunque sé que no es casualidad, no tengo valor para apartarme.

—No deberías regalársela a cualquiera —dice de pronto, como si continuara un pensamiento en voz alta.

—¿Qué cosa? —pregunto, confusa.

—Tu risa. —Su mirada se clava en la mía, firme, incisiva—. No deberías regalarla tan fácil.

No sé si me está regañando, protegiendo o provocando. Tal vez las tres cosas a la vez.

Trago saliva y bajo la vista, porque mirarlo de frente se siente como caminar sobre fuego.

—¿Sabes por qué? —susurra, tan cerca que su voz se mezcla con el aire que respiro.

Niego con la cabeza, aunque no sé si quiero conocer la respuesta.

—Porque tu risa no es cualquier cosa, es un regalo. —Sus ojos se endurecen, pero hay un destello que me enciende la piel—. Y los regalos atraen a los depredadores.

El corazón me late con tanta fuerza que temo que lo escuche.

—No te entiendo… —murmuro.

Su boca se curva, apenas.

—Claro que me entiendes, pequeña. Solo que no quieres admitirlo.

Me quedo congelada ante el extraño color que la conversación adquirió en segundos. *¿Eso último ha sido un coqueteo o me lo ha parecido?*

Y justo cuando quiero contestar, la risa de Billie resuena desde el probador, rompiendo la burbuja que nos envolvía.

Báron se recuesta hacia atrás como si nada hubiera pasado, sus dedos tamborilean con calma en el respaldo.

Yo, en cambio, necesito recordar cómo se respira.

Ella se presenta con un vestido negro que parece hecho a medida: la tela cae como agua sobre su piel. El escote justo, los hombros descubiertos, la falda larga, rozando el suelo… Es como si la oscuridad misma se hubiera vestido de novia.

Las dependientas la siguen con sonrisas triunfales, como si hubieran creado una obra de arte.

Billie gira sobre sí misma, dejando que el vestido ondee, y sus ojos brillan al buscar nuestra reacción.

—¿Y bien? —pregunta, con esa mezcla de nervios y confianza que solo ella puede sostener.

Me pongo de pie casi de un salto, agradecida por el respiro.

—Es perfecto, Billie. No necesitas probarte nada más.

Ella sonríe de oreja a oreja, mordiéndose el labio inferior como si quisiera creerme, pero busca confirmación.

Y entonces gira hacia Báron.

Él la observa sin pestañear, los ojos grises recorriendo cada detalle del vestido. Tarda tanto en hablar que el silencio pesa sobre mi pecho.

—Es… adecuado —sentencia al fin, con voz grave.

Billie se ríe, ligera, sin darle importancia, pero yo noto la tensión oculta en cada palabra.

Porque mientras ella se admira en el espejo, yo sigo sintiendo la sombra de lo que Báron me dijo segundos antes, como si sus ojos aún me tuvieran atrapada.

—Ahora es tu turno, Molly —dice Billie.

—¿El mío?



BÁRON

OLVIDARME DE MIS PRINCIPIOS.

Puedo sentir en ella el deseo de que la tierra se abra y la trague.

Yo, en cambio, admito que este era el momento del día que más ansiaba presenciar.

Billie se acerca con su nuevo vestido y extiende la mano hacia Molly.

—Tengo algo pensado para ti; quizá te parezca demasiado. Eres libre de elegir.

Molly se levanta y mira a su alrededor con inseguridad.

—Billie, todo esto… ¿no es un poco excesivo para…?

—No te preocupes por el dinero, es un regalo de Thomas, ¿sí? —murmura solo para que la escuche yo.

Una dependienta le indica el camino a los probadores y Molly avanza con pasos vacilantes, dejando su bolsa olvidada. La recojo y la coloco entre mis piernas.

Billie desaparece en el probador contiguo y sale poco después con energía, hasta que me ve.

—Esa bolsa te queda de maravilla —se ríe mientras se sienta a mi lado. Es la bolsa de borreguito con el rostro de un personaje adorable.

—Se la olvidó, lo mínimo que puedo hacer para no sentirme inservible es cuidarla —alego, sin apartar la vista de la cortina que danza con los movimientos de Molly.

—¿Crees que todo esto es mucho para ella?

Suspiro antes de responder, recordando el ataque de pánico que tuvo hace un rato.

—Creo que la estás empujando, sí, pero no lo veo necesariamente malo. Quizá esto sea justo lo que necesita.

Billie se acerca un poco más.

—¿Crees que soy una mala persona por estar haciendo esto? —La miro confundido, por lo que decide aclarar su punto—. Olympia

aún no está con su familia, según Atalar, su estado no es el mejor, supongo que siento culpa por estar festejando algo ahora.

—La vida continúa, Billie, no puedes quedarte en el pasado, lamentándote por lo que te ocurrió o le ocurrió a otros —digo mirando el probador—. En todo caso, festejar que sigues viva se siente apropiado, y qué mejor manera de hacerlo que con la persona con la que libremente eliges estar.

Billie me observa en silencio y añade:

—Quizá debas escuchar tu propio consejo, Báron.

Quiero decirle que no es lo mismo, que no fue su culpa lo que le ocurrió a Molly o a ella, pero entonces me percato de que está tardando mucho en salir del probador.

Las dependientas esperan fuera y me pregunto qué puede estar ocurriendo allí dentro.

Entonces caigo en la cuenta: la herida en su espalda.

Me levanto, ignorando la voz de Billie, y me acerco al probador. Bajo la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Necesitas ayuda, pequeña?

—¿Qué coño…? —oigo en la distancia a Billie. Levanto la mano en su dirección para que guarde silencio.

—Es que… el cierre… —balbucea.

—¿Quieres que venga alguien más o prefieres que lo haga yo?

La cortina se corre solo un poco. Sus ojos húmedos, brillantes por las lágrimas contenidas, me buscan con desesperación.

—Ayúdame.

—¿Puedo entrar? —pregunto, ya con la mano en la cortina.

—Sí.

Imagino que mostrar la herida de su espalda a desconocidos no debe ser fácil, y, teniendo en cuenta que yo ya la vi, puede que alivie su ansiedad.

El espacio se vuelve asfixiante con los dos dentro. Ella retrocede, nerviosa, y yo la observo con el hambre de quien lleva demasiado tiempo en abstinencia.

El vestido borgoña se ciñe a su cuerpo como un pecado a punto de confesarse. El cuello alto no logra restarle sensualidad: sus

hombros desnudos, la piel cremosa, la fragilidad de su respiración…, todo me incita a olvidarme de mis principios.

Da la espalda y aparta el cabello, dejando su nuca expuesta. El cierre espera, apenas abierto, revelando un destello de piel que no debería mirar con tanto anhelo.

Extiendo la mano y, en lugar de limitarme al vestido, dejo que mis dedos atrapen con suavidad el mechón que ella apartó. Lo retiro hacia un lado lentamente, como si lo hiciera a propósito. Mi mano roza la curva de su cuello y no me alejo de inmediato.

Permanezco allí, tocándola apenas, el pulso desbocado, como si mi piel me hubiese traicionado y se hubiese quedado pegada a la suya. Escucho cómo se le corta la respiración y, aunque debería retomar la tarea inicial, no lo hago enseguida.

Me concedo ese segundo robado, ese instante en el que podría inclinarme y hundirme en su fragancia.

Al fin cojo el cierre y lo subo despacio. Pero, a mitad de camino, mis nudillos se deslizan contra su espalda desnuda, no un roce accidental esta vez, sino un contacto que se prolonga más de lo necesario. La herida está expuesta y me pregunto: si hubiese llegado unos minutos antes, ¿estaría marcada su piel como lo hace ahora?

Su cuerpo se tensa, el mío también.

Podría apartarme, pero no lo hago. Me quedo detrás de ella, demasiado cerca, respirando lo que respira.

Cuando termino, no retrocedo de inmediato. El silencio se carga de electricidad. Quiero tocarla de nuevo, empujar más ese límite, pero sé que sería mi ruina. Solo entonces me obligo a dar un paso atrás.

—¿Algo más? —Mi voz sale áspera, más grave de lo que pretendía.

Ella gira, sus labios dibujan una sonrisa leve, peligrosa, como si hubiese sentido tanto como yo y aun así decidiera fingir inocencia.

—No. Gracias, Báron.

Y yo quedo con las manos ardiendo, maldiciendo el segundo en que decidí no dejar de tocarla.

Billie me observa anonadada.

Me siento a su lado y, antes de que diga algo, indico:

—Háblalo con ella, no conmigo.

—Báron…

Molly sale del probador, con una sonrisa tensa. Billie interrumpe lo que iba a decir cuando la ve.

—Molly…, no te reconozco —expresa Billie.

Mis ojos están clavados en ella, en sus curvas.

Es cierto que ese vestido le queda impecable, pero no es ella, Molly es demasiado inocente para ese vestido.

—Es raro… —dice mirándose en el espejo, nos da la espalda y Billie me atrapa mirando su…

—¿Qué piensas? —me pregunta con maldad.

Carraspeo antes de hablar.

—Impecable —digo, conectando mis ojos con ella, espero no asustarla—, pero creo que Molly no se siente del todo cómoda con él.

Una de las asistentas agrega.

—Tengo uno verde que creo que es más tu estilo, y seguro que combina hermosamente con tu pelo. Permíteme un momento mientras lo busco.

La dependienta vuelve con el vestido oculto bajo una funda roja, lo deja dentro del probador y se marcha rápidamente.

Me pregunto si necesita mi ayuda otra vez.

Estoy a punto de levantarme cuando la cortina se abre y mi mundo se quiebra.

No es solo un vestido verde; es un desafío, una trampa urdida contra mi voluntad.

La tela se adhiere a su cuerpo como si lo reclamara para sí misma, marcando cada curva, acentuando la fragilidad de su cintura, liberando la insolencia de su pierna a través de la abertura.

La pureza del color contrasta con lo obsceno de mis pensamientos.

No debería mirarla así, y sin embargo, no puedo apartar los ojos.

El escote revela apenas lo suficiente, la caída suave de las mangas oculta la delicadeza de su piel, la manera en que se

sostiene, tímida, como si no supiera que acaba de convertirse en mi perdición.

Me siento como un criminal frente a la evidencia.

Trago saliva, reprimo el instinto de acercarme, de hundir los dedos en esa tela para descubrir cuánto esconde.

Ella no lo sabe, o quizá sí, porque su mirada se cruza con la mía y en ese instante el aire se vuelve denso, irrespirable.

Billie se cubre la boca, expresando con más comodidad y menos perversión mis pensamientos.

—Oh, Dios mío, Molly, eres una diosa.

Ella pone los ojos en blanco, pero vuelven a mí, algo ansiosos por conocer mi veredicto.

—¿Báron? —pregunta Billie sabiendo que estoy absolutamente aturdido.

—Devastador.



Después del desfile interminable de zapatos y bolsos tan pequeños que ni siquiera imagino qué podría caber allí, la sesión concluye.

En el coche, Billie y Molly conversan animadamente sobre los planes para Las Vegas, mientras yo conduzco en silencio.

Con mal humor, debo admitirlo.

No dejo de preguntarme si es porque Molly invitó a Billie a ocupar el asiento delantero y relegó el suyo al fondo, o porque fui demasiado lejos antes y la espanté. Quizá sea lo mejor. Menos tentación para mí.

Menos culpa.

Miro por el retrovisor. Ella observa a Billie con esa mezcla de admiración y timidez. ¿Querrá ser como ella? ¿Más segura, más imponente? La aspereza de Billie se opone a la suavidad de Molly.

—Tengo hambre —anuncia Billie.

—Qué raro… —ironizo, y recibo un golpe en el hombro.

—Es tarde, ¡es la hora de comer! —replica indignada—. Molly, ¿tú no tienes hambre?

Vuelvo al espejo. Molly aprieta los labios, reprime una sonrisa, pero al final sus ojos se encuentran con los míos.

—Un poco… —susurra justo cuando su estómago gruñe con fuerza.

Joder.

Había olvidado que no desayunó.

Asiento y enciendo la luz de giro.

—Conozco un lugar al que podemos ir.

El coche avanza por una avenida arbolada. El otoño se derrama en los árboles con la belleza de las hojas que cambian de color. Giro hacia el centro y, minutos después, reduzco la velocidad frente a un edificio de fachada majestuosa. Lámparas de hierro forjado custodian la entrada, y el nombre del restaurante brilla en letras doradas sobre mármol negro.

El aparcacoches abre la puerta de Billie, que silba con aprobación.

—Vaya… ¿siempre almuerzas en sitios así?

Desciendo, abrochándome el traje, y rodeo el coche para abrirle la puerta a Molly. Extiendo la mano; ella la toma sin vacilar.

No la miro.

No me atrevo.

—No siempre —respondo, entregándole las llaves al muchacho—. Pero lo prefiero cuando busco silencio.

El interior es imponente: techos altos, lámparas de cristal que esparcen una luz dorada, mesas vestidas de blanco y un murmullo contenido que confiere al lugar un aire de conspiración elegante. El *maître* nos conduce hasta una mesa apartada, junto a un ventanal.

Billie se acomoda con entusiasmo, hojeando la carta como si buscara tesoros. Molly, en cambio, observa en silencio, absorbiendo cada detalle con esa quietud que la distingue.

Me siento a su lado, demasiado cerca. La tela blanca del mantel es lo único que impide que sus rodillas y las mías se toquen bajo la mesa.

Billie habla, ríe, planea el viaje a Las Vegas con una emoción desbordada. Yo apenas la escucho. Mi atención se centra en Molly: en cómo baja la mirada cada vez que atrapo sus ojos, en la tensión contenida en su respiración, en esa inocencia peligrosa que me mantiene en vilo.

El camarero se acerca para tomar la orden.

—¿Está mal pedir una hamburguesa? —susurra Billie, provocando la risa de Molly.

Pongo los ojos en blanco y les arrebato el menú de las manos.

—*Filet mignon* con verduras asadas.

El camarero oculta una sonrisa y anota en su libreta.

—¡Oye! Yo quería…

—Lo sé. Todos los días quieres comer lo mismo. Por eso estoy educando tu paladar.

Billie me saca la lengua como una niña malcriada. La ignoro, dejando que mi mirada se pierda hacia la entrada, como me es habitual.

Sé que la única razón por la que estoy aquí es para protegerlas a las dos.

A Billie, porque es mi trabajo.

A Molly, porque lo necesito.

Y esa necesidad me carcome. No sé si quiero protegerla del mundo o entregarle el mío, aunque esté en ruinas.

El murmullo del salón se mezcla con otro sonido más cercano: el roce inadvertido de su pierna contra la mía. Un contacto leve, tal vez casual, que me incendia por dentro. No me muevo. No me atrevo a apartarme.

Mientras tanto, repaso lo que le dije el día que nos conocimos, las verdades y las mentiras, lo que dejé ver de mí. Es una mujer demasiado inteligente. Y no puedo evitar preguntarme si, bajo esa inocencia peligrosa, ya sospecha la clase de hombre que soy… y el trabajo que hago para sobrevivir.



MOLLY

TRÁGAME, TIERRA, Y ESCÚPEME LEJOS DE AQUÍ.

Mi padre me observa desde el otro lado de la mesa con demasiada intensidad.

Cuando mi madre murió después de luchar contra una larga enfermedad, él se tomó todo el tiempo del mundo en sentir el duelo. Pasaron años hasta que aceptó los hechos y se recompuso, y cuando lo hizo, lo hizo decidido a comenzar su vida otra vez.

Me propuso abandonar esta ciudad que tanto nos recordaba a ella y a vivir en la excentricidad de Manhattan donde tenía una oferta de trabajo imposible de rechazar.

En ese momento estaba a punto de comenzar la universidad, y eso era lo único que me entusiasmaba. Poder alejar la mente de la falta de mi madre para aprender sobre nuevos universos.

No le dije que yo no estaba lista para dejar esta ciudad, irme significaba alejarme de la tumba de mi madre, de los recuerdos de la calle donde caminábamos juntas, como la puerta del colegio donde me esperaba todos los días, la tienda de ropa donde me llevaba de compras.

Yo todavía no había levantado cabeza y, honestamente, creo que sigo sin hacerlo.

Por eso, con la mejor sonrisa que encontré, le dije a mi padre que se fuera a Nueva York sin mí, que le diera una segunda oportunidad a su vida. Lo hizo a regañadientes. Al principio venía a visitarme una vez al mes, pero poco a poco dejó de venir; se limitó a pagar los pasajes para que viajara yo y me pasara una semana en un piso de vistas increíbles… sola, ya que él trabajaba todo el día.

Después de tres años de carrera, creo que apenas ahora se ha dado cuenta de que, en realidad, yo nunca pude pasar página.

Por eso me mira así, finalmente lo comprendió y no tengo dónde esconderme.

—Hija, tengo que ponerme firme, sé que es lo que tu madre querría que hiciera.

—¿Con respecto a qué? —Le doy un sorbo a la taza de té entre mis manos y él juega con la suya nerviosamente.

No me gusta verlo así.

—Creo que deberías venir conmigo, esta ciudad no te está haciendo bien.

No sé por qué pienso en Báron en este momento, su rostro hermoso me viene a la mente, luego el de Billie y la sensación gloriosa que fue pasar un día con ellos.

No somos un grupo de amigos, pero durante algunas horas pretendí que lo éramos y fue increíble.

Nunca me sentí así, con la sensación de pertenecer.

Nunca me sentí así, con un hombre que me mirara con la intensidad con que lo hace Báron.

—Papá…

—No estoy dándote opción, ven a vivir conmigo. Puedo encontrarte trabajo en el bufete, Gary me debe un favor de todas maneras. —La seguridad con la que me habla me alerta.

—Pero mi carrera… —digo apoyando la taza sobre la mesa.

El piso está en silencio, excepto por el segundero del reloj de la cocina.

—No estás estudiando nada, hija —me recuerda con crueldad—. Y si quieres en el futuro terminarla, puedes hacerlo en Manhattan.

—Mis amigos…

—¿Qué amigos? —*Auch*—. No tienes pareja tampoco. Lamento mucho si terminas odiándome, pero hago esto por tu futuro.

Su resolución me dispara un pico de ansiedad. La sensación de no tener opción comienza a arrastrarse por mi pecho, mi cuello.

Siento que no puedo respirar.

Respira conmigo… Escucho a Báron en mi cabeza, y cuento las respiraciones como me enseñó.

—Sé que no te gusta la ciudad, pero…

—Estoy conociendo a alguien —suelto de pronto. La mentira sale fácil. *Extrañamente fácil.*

Mi padre une sus cejas blancas y se echa hacia atrás, descansando la espalda en la silla, que se queja y cruje bajo su peso.

—¿Desde cuándo?

—Desde… desde antes del secuestro, solo que se interrumpió y, bueno, ahora estamos intentando conectar otra vez.

El silencio gobierna por un segundo. Me está analizando, sospechando de mi noticia casual. Sé que, para él, que encuentre pareja es un determinante para que la vida siga, por eso opté por esta mentira.

—¿Y quién es el muchacho? Es muchacho, ¿no?

No sabes mentir, Molly, ¿por qué te haces esto?

Me río con nervios.

—Sí, es un muchacho. —Me acomodo en la silla, desesperada por cambiar de tema—. Con respecto a…

—¿Y cómo se llama? ¿Cómo es su familia?

Trágame, Tierra, y escúpeme lejos de aquí.

—Se llama… —Mi padre espera ansiosamente la respuesta—. Se llama… Báron.

Me quedo helada apenas su nombre escapa de mis labios.

Báron. ¿En qué maldito rincón de mi subconsciente estaba escondido él para salir justo ahora, como si hubiese estado esperando para jugármela?

El gesto de mi padre se endurece, como si ese nombre fuese demasiado pesado para masticarlo.

—Báron… —repite, probándolo, intentando atar cabos que yo no quiero que ate.

Me muerdo la mejilla por dentro, incapaz de sostener su mirada. ¿Cómo explico algo que ni yo entiendo? ¿Cómo hago para que este error no me explote en la cara?

—¿Y quién es este Báron para ti? —pregunta con la calma de un abogado, esa calma que en realidad es pólvora a punto de encenderse.

Juego con la servilleta entre las manos, sintiéndome cada vez más pequeña en la silla.

—Es… complicado.

—¿Complicado cómo? —Arquea una ceja blanca, su voz grave retumbando en la cocina silenciosa.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede escucharlo.

—Es… alguien que me cuidó cuando más lo necesité. —La verdad disfrazada de mentira se enreda en mi garganta, y me sorprende que mi voz no tiemble.

Su silencio me desarma.

No es la desaprobación inmediata que esperaba, ni un sermón; es peor. Es ese silencio que significa que está analizando cada palabra, cada gesto, cada respiración.

—Molly… —finalmente suspira, frotándose la frente con dos dedos—. No quiero que confundas agradecimiento con otra cosa.

Me retuerzo en la silla. Quisiera decirle que no entiende, que yo tampoco entiendo, que Báron es una sombra que se ha vuelto demasiado real. Pero me callo, porque, si abro la boca, voy a hundirme más.

Y solo pienso en una cosa: ¿cómo demonios voy a salir de esta mentira que acabo de inventar?



—Bien, cuéntame más de él —dice finalmente, y su tono es tan sereno que me da más miedo que si hubiese gritado.

—¿Más? —repito, torpe, y mi garganta se seca.

—Sí. ¿Dónde lo conociste? ¿Qué edad tiene? ¿A qué se dedica?

Cada palabra es un dardo.

Me encojo en la silla, revolviendo la servilleta como si pudiera hacerla desaparecer.

—Lo conocí… en un momento difícil. —Eso no es mentira, pero tampoco es suficiente.

Mi padre entrecierra los ojos.

—Eso no responde a mis preguntas. ¿Qué edad tiene?

Dios, Molly, invéntate algo creíble.

—Treinta y… pocos —balbuceo, sabiendo que el margen es peligroso.

Él asiente lentamente, midiendo cada gesto mío.

—Es viejo para ti. ¿Y trabaja en qué?

Respiro hondo, dispuesta a decir cualquier cosa que no sea la verdad.

—Seguridad. —La palabra me sale antes de pensarlo demasiado.

Mi padre apoya los codos sobre la mesa y entrelaza las manos.

—¿Seguridad? ¿De qué tipo? ¿Privada, estatal? Dame un dato real, Molly.

Me muerdo el labio hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Sé que está olfateando mis contradicciones, como siempre lo hacía en los juicios.

—Privada… —susurro.

El silencio vuelve, pero esta vez es más pesado.

—¿Y su familia? —pregunta al fin, directo.

—¿Su… familia? —repito, tragando saliva.

—Sí, su padre, su madre. ¿A qué se dedican? ¿Dónde viven?

Ahí es cuando siento que la silla se convierte en una trampa, que no hay aire suficiente en la habitación.

—No… no hablé mucho de eso con él.

Mi padre cruza los brazos. La desconfianza se dibuja en cada arruga de su frente.

—Entonces quieres que confíe en un hombre del que no sabes nada.

Mi estómago se revuelve, porque sé que lo único que podría salvarme ahora sería una mentira mejor tejida… o una verdad que nunca debería salir de mi boca.

—Es que es todo muy reciente.

Asiente, aún sin convencer.

—¿Y por él te quedarás aquí? ¿O hay algo más?

Algo más, algo más.

—Quiero retomar los estudios, terminar la carrera, quizá necesite un poco de tu ayuda con el rector.

—No te preocupes, lo llamaré mañana y le pondré al corriente de tu situación.

—Gracias —asiento, aliviada, por un lado, por salir de la mentira de Báron; por el otro, preocupada porque acabo de comprometerme a algo que no estoy del todo segura.

Volver a estudiar.

—No pienses que te escapaste de mí, Molly, arregla una cita con el tipo ese, déjame conocerlo y solo entonces decidiré lo que es mejor para ti.



BÁRON

LA VERDAD APARECE CUANDO NO QUIERES VERLA.

Cuando entro al despacho de Thomas lo encuentro absorto, la mirada fija en el portátil. Sus dedos vuelan sobre el teclado con la misma disciplina de siempre, pero al alzar la vista y encontrarme, su gesto cambia.

—¿Abstinencia?

—Necesito algo que hacer o me volveré loco —respondo, dejándome caer en la silla frente a él.

El lugar, como siempre, está impecable: moderno, ordenado, cada cosa en su sitio. Difícil imaginar que, cuando Billie desapareció, este despacho parecía una escena del crimen en una biblioteca. Papeles pegados en las paredes, pilas de hojas desperdigadas por el suelo, una locura de tinta y desesperación.

Todo volvió a la normalidad.

Excepto yo.

Thomas suspira, cierra el portátil y me sostiene la mirada.

—No estoy aceptando casos. No por ahora.

Alzo las cejas, sorprendido.

—¿Por qué?

—Quiero concentrarme en Billie, Atalar anda jugando al gato y el ratón, Remi decidió desaparecer de golpe. Y porque tú… —me señala con un gesto breve— estás luchando contra tus fantasmas. No es el mejor momento para trabajar.

—¿Remi? —repito, con un nudo en el estómago. No tenía idea.

Thomas desvía la mirada hacia la ventana. Fuera, el cielo es de un azul esplendoroso, casi insultante para las temperaturas que estamos teniendo.

—Siento que al marcharse de aquí perdió el rumbo; volvió a viejos hábitos.

Niego con la cabeza, repasando en silencio el historial de Remi.

—¿Quieres que vaya a buscarle? —ofrezco, a modo de coartada.

—No —responde, tajante—. ¿Qué te ha dado?

—Nada. Estoy aburrido. —Las palabras salen sin fuerza.

—No me mientas, Lord, no a mí. —No suena a reproche íntimo; suena a amenaza contenida—. ¿Sigues lamentando la muerte de tu hermano?

Pienso la respuesta como quien examina una herida para saber si aún duele. Busco en mi interior qué marejada me empuja.

—No, no es por él —confieso pausadamente, atento a no traicionarme.

—Entonces es Molly —Thomas afirma, su tono es decidido, casi insolente.

Me atraviesa como un golpe certero.

Bajo la vista, avergonzado por los pensamientos que no logro domar.

—Bueno, es hora de que escuche más a Billie. Joder, la deseas… —susurra Thomas.

La palabra destella en la estancia y me repele.

Me da asco.

—No —declaro con brusquedad.

—No me mientas, Báron.

El aire se espesa; el silencio se alarga y se vuelve oscuro. Mi vieja compañera, la culpa, asoma de nuevo.

—Es momentáneo —me apresuro a añadir—. Si me das algo que hacer, si consigo distancia, enfriar la cabeza, quizá…

—¿Por qué te autoimpones esa restricción? —La sorpresa en su voz me desconcierta.

Extiendo la mano, palma abierta, como señalando lo evidente.

—No puedo estar con ella.

—¿Por qué no? —insiste, inmutable.

Me incorporo con una sensación pegajosa en la piel, sucia por dentro. Camino por su despacho como quien busca un desorden al que echar la culpa.

—Porque es una niña, para empezar. Le saco nueve años. Está traumada, es… frágil, pequeña y… —La voz se me quiebra en el último adjetivo.

—Y la deseas —termina él, sin ceder.

—No digas eso… —gruño, la violencia burbujeando.

Me detengo frente a él y agarro con tal fuerza el respaldo de la silla que los nudillos se me blanquean, la sangre ardiendo en los dedos.

Thomas se incorpora despacio; sus ojos no me sueltan. La cicatriz en su rostro parece sonreír ante mi descontrol. Rodea el escritorio y se planta frente a mí.

Me enderezo para enfrentarlo. La respiración se me entrecorta. Sus ojos examinan mi cara con la crueldad del que conoce al depredador y ahora duda de su presa.

—Sientes culpa —revela, simple.

—No —respondo, pero la palabra se me queda atrapada entre los dientes mientras algo dentro de mí se cierra como una trampa.

—Quieres tener algo por primera vez desde la muerte de Allana y no sabes cómo manejarlo.

—No, Thomas, no es eso. —Me controlo.

—Entonces no tendrás objeción si envío a Leo a encargarse de ella en vez de…

Sujeto con fuerza las solapas de su traje. Una risa burlona se escapa de su boca.

Leo pertenece al grupo B: sicarios inestables y desagradables que reserva para las misiones más sucias.

—Ni se te ocurra —advierto.

La risa de Thomas se quiebra de inmediato.

—Suéltame.

Obedezco su mandato, y me doy cuenta por primera vez de que he puesto las manos sobre él. *Mierda.*

—Billie me dijo que notó algo; no la creí, pero ahora lo confirmas tú. Gracias.

Me aparto unos pasos y voy hasta la ventana. Bajo la mirada sobre los transeúntes que viven su vida ajenos al desastre que contiene este despacho.

—Me hice una promesa —confieso—: no volvería a desear a una mujer ni a condenarla con mi maldición.

—¿Qué maldición? —pregunta él, frío.

Me vuelvo, con la indignación en la voz.

—Allana está muerta por mi culpa.

—No. Allana está muerta por tu hermano y por tu padre. —Su respuesta es cortante.

—Si no fuera porque me empeciné con ella… —empiezo, sin poder acabar.

—Báron —interrumpe con autoridad—, ¿crees que no sé la historia completa?

Adrenalina me recorre el cuerpo; intento no evidenciarla, pero nada se le escapa a Thomas.

—Un mes antes rompiste la relación con ella.

Preguntarme cómo lo sabe no tiene sentido; Thomas siempre obtiene información imposible de rastrear.

—¿Y qué importa eso? —replico, a la defensiva.

—Casualmente, ella te llamó para decirte que estaba embarazada.

—No entiendo a dónde vas, Thomas. —La voz me tiembla.

—¿Viste la prueba alguna vez? —insiste.

—No… —murmuro.

—¿Una ecografía? —aprieta él, sin contemplaciones.

—Thomas, lo que sea que insinúes… —trato de cortar.

—Lo que intento decirte es que no existe una maldición; la culpa que sientes la fabricas en tu cabeza. No tenías una historia de almas gemelas, Báron; por algo decidiste dejar la relación.

Quiero estallar en furia, golpear su rostro hasta deformarlo por exponer lo que yo no me atrevo a confesar.

—Eso no significa que su muerte no sea mi responsabilidad, que no duela. —La voz me sale rasgada.

—Pero eso no es lo mismo que sentirte una mierda por desear a otra mujer. Han pasado años. Es hora de cerrar el duelo.

—No puedo. —Mi voz se quiebra del todo; aparto la mirada.

Me desbordo.

No puedo mostrarme así ante él.

—Tienes un millón de excusas, y elegiste la más débil —dice mientras lo oigo volver a su silla y quedarse sentado, paciente como siempre.

—No es justo para ella; no se merece un hombre como yo. —Me vuelvo, intentando recomponerme—. Ella no es como Billie, Thomas.

No puedo exponerla a este mundo.

—Eso es verdad: no hay nadie como Billie —concede—. Quizá la solución no sea exponerla al mundo; quizá haya que alejarla de él.

Thomas entrelaza las manos sobre el escritorio, con esa calma suya que me resulta insufrible.

—No puedes seguir huyendo de lo que sientes —afirma en voz baja, intransigente.

—No estoy huyendo —respondo, aunque hasta a mí me suena falso.

—Báron… —me corta y se inclina hacia delante—. Tú no deseabas a Allana con este mismo fuego, puedo verlo en tus ojos.

Me quedo helado.

La frase es un cuchillo.

—Cállate —gruño.

—La querías, sí, pero eso en algún momento se perdió. —Su voz no tiembla—. Por eso la dejaste y por eso la culpa te resulta tan cómoda: porque es más fácil cargar con un cadáver que con una verdad.

Siento la sangre golpeando en mis sienes. Doy un paso hacia él, mis manos se crispan.

—No tienes idea de lo que dices.

—Sí la tengo —insiste—. Y tú también, solo que prefieres ahogarte en fantasmas antes que admitirlo.

La respiración me quema en la garganta. No puedo dejar de mirarlo a los ojos; me está desnudando con cada palabra.

—Si digo en voz alta lo que pienso, lo que siento, la destruiré —escupo, finalmente.

—¿A Molly? —pregunta, aunque ya conoce la respuesta.

Aprieto los puños.

El silencio es la única confesión que me queda.

Thomas se reclina despacio en la silla, como un verdugo que acaba de arrancar la verdad.

—Entonces tu maldición no es Allana, ni tu hermano, ni tu padre. La maldición eres tú.

Cierro los ojos un instante, tragando saliva como si fuera veneno.

—Y precisamente por eso… —digo entre dientes— no puedo tenerla.

Thomas no responde. Se limita a observarme con esa mirada analítica que desarma más que cualquier golpe.

El móvil vibra en mis pantalones y el alma se me cae del cuerpo cuando veo su nombre en la pantalla.



MOLLY

REGLAS.

—¿Qué ocurre? —Su voz sale nerviosa.

—Nada… estoy bien —digo, perdiendo toda la confianza que sembré para poder hacer esta llamada—. Tengo un favor que pedirte.

Escucho que una puerta se cierra del otro lado del móvil, luego sus pasos resonando sobre un suelo de madera. Por mi parte, estoy encerrada en mi habitación, susurrando a pesar de que mi padre está hablando a gritos por el móvil en la cocina.

—Dime, Molly.

Su tono autoritario me recuerda quién es. Qué tipo de hombre es y lo infantil que me siento en estos momentos por pedirle esto.

¿En qué estaba pensando?

—Eh… ¿sabes qué? No te preocupes, era una tontería, me las arreglaré.

—Molly… —demanda de nuevo, esta vez con menos paciencia—. Dime qué es o te saco la información a la fuerza.

No hay un gramo de gracia en su voz.

Escucho que mi padre termina su llamada y murmura algo cabreado. Me sobresalto.

—No puedo ahora —susurro, bajando aún más la voz.

—¿Por qué no? —insiste.

—Está mi padre, ¿puedes encontrarte conmigo en el parque? —oculto mi voz bajo la mano, con el corazón en la garganta.

—¿Cuándo?

Miro el reloj en la pared; el segundero parece burlarse de mí.

—En media hora.

—Está bien, en el banco del otro día.

La llamada se corta. Me quedo con el móvil en la mano, el pulso disparado y la sensación de que, con una sola frase mal medida, acabo de sellar algo que no voy a poder deshacer.



El aire de la tarde está cargado de humedad tras una lluvia ligera, el olor a cedro y tierra me envuelve apenas pongo un pie en el parque. El sol todavía se aferra al cielo, pero la brisa fría anuncia que pronto caerá la noche.

Camino deprisa, el corazón me late en los oídos, como si cada paso fuese demasiado ruidoso.

Llego al banco, el mismo de la otra vez. El respaldo frío me recibe cuando me dejo caer, y de inmediato me abrazo a mí misma, como si necesitara contener todos los nervios que tengo.

Miro alrededor: madres empujando carritos de bebé, un hombre paseando a un perro grande y mofletudo, dos adolescentes con monopatín que hacen demasiado ruido. El mundo sigue como si nada, pero para mí, todo se siente demasiado nítido, como si estuviera atrapada en un escenario y las personas a mi alrededor fueran solo extras.

Me inclino hacia delante, jugueteando con las mangas del jersey, incapaz de quedarme quieta. Una y otra vez repaso en mi mente lo que voy a decir, pero las palabras se disuelven antes de formarse.

¿Cómo se le pide un favor a alguien como él?

El segundero invisible del reloj de mi cabeza avanza lento, torturante. Cada sombra que se alarga sobre la vereda me hace contener la respiración, esperando que sea él.

Cuando levanto la vista hacia el sendero que atraviesa los árboles naranjas y amarillos, siento un nudo en el estómago.

Un crujido de hojas secas me hace girar la cabeza.

Lo veo.

Báron camina despacio por el sendero, como si el parque entero tuviera que adaptarse a su paso. Sus hombros parecen más anchos de lo normal por el abrigo pesado y largo que lleva. Hay algo en su andar, en la firmeza de sus pasos, que lo separa de todos los demás: no parece un hombre caminando por un parque común, parece una

figura que no pertenece a este escenario, demasiado grande para pasar inadvertido.

Mi pulso se descontrola.

Él me ve, claro que me ve, y aunque no hace ningún gesto evidente, sé que su atención me perfora en la distancia. Su mirada gris no necesita palabras, no necesita elevarse para que yo entienda que ya me está leyendo.

Cuando finalmente llega frente al banco, se detiene. Su sombra me cubre y el aire alrededor parece más denso.

—Molly, dime qué está pasando… —Su voz, grave y controlada, vibra en mi pecho.

Trago saliva, consciente de que me tiemblan las manos.

—Necesito tu ayuda… —Las palabras se escapan, apenas un hilo de voz.

Báron inclina un poco la cabeza, como si tratara de descifrar cuánto estoy dispuesta a contar.

—Habla, Molly —ordena con total seriedad. Y yo sé que ya no puedo dar marcha atrás.

Los dedos se me enredan con las mangas del jersey, pero no me atrevo a mirarlo a los ojos.

—Es complicado… —susurro.

Báron se inclina hacia delante, apoyando una mano en el respaldo del banco, demasiado cerca de mí. El aire se llena con su presencia, con esa mezcla de poder y peligro que me deja sin respiración.

—No digas «complicado», dime qué está ocurriendo. —Su tono no deja espacio para escapatorias.

—Yo… no sé si debería…

—Molly —interrumpe, mi nombre en su boca es casi una advertencia—. Habla.

Levanto los ojos y me encuentro con los suyos, hay impaciencia en ellos, pero también algo más: una sombra de preocupación que se esconde bajo la dureza.

—Es sobre mi padre.

Él ladea la cabeza, pero no rompe su mirada.

—¿Qué hizo? —pregunta, cada palabra se convierte en una punzada.

Mi respiración se acelera. Estoy al límite, y lo sabe. Y cada segundo que pasa, él aprieta más la soga invisible alrededor de mi cuello, hasta que la verdad amenaza con salir.

—Quiere que vaya a Nueva York con él.

Báron no parpadea, pero la tensión en su rostro se acentúa, como si cada músculo se preparara para algo.

—¿Quieres irte? —pregunta poniéndose de cuclillas delante de mí.

Mis ojos lo siguen a medida que baja.

—No, no quiero dejar la ciudad. —Me muerdo el labio inferior, guardándome las verdaderas razones por las que no quiero alejarme —. Y en el momento le mentí, le dije cosas que no son ciertas, cosas que sé que él valora por sobre todo lo demás.

—¿Qué cosas? —susurra, su mano descansa en mi rodilla.

—Le dije que… que iba a terminar la carrera, me prometió hablar con el decano y ayudarme a retomar el curso.

—Eso es bueno, es lo que te gusta.

—Sí, pero eso no es todo —digo mirando cómo su pulgar me acaricia la pierna lentamente—. Le dije que estaba comenzando una relación.

Su dedo se detiene.

Todo en él parece tensarse de golpe.

Cuando levanto la mirada, tengo que bajarla otra vez, la intensidad es abrumadora.

—¿Con quién…? —Su pregunta es lenta, medida.

Tomo aire profundamente y lo suelto. Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—Dije tu nombre.

Se pone de pie y se aleja un poco. Su reacción me asusta, por eso mis palabras salen rápidas y sin sentido.

—No sé por qué dije tu nombre, fue el primero que me vino a la mente, y luego él comenzó a hacer preguntas cada vez más incisivas, le di algunas respuestas, otras me las callé. Lo siento, no sé por qué te involucré, creí que iba a dejarlo pasar, pero luego

insistió en conocerte antes de irse. Lo siento, Báron, juro que no quería involucrarte, pero…

Levanta la mano, buscando silenciarme.

Se sienta a mi lado, tieso y mudo.

La ansiedad me impide guardar silencio.

—Será solo una vez, para que vea que tengo a alguien, que no estoy mintiendo, sé que es mucho pedir, pero si puedes pretender por una hora que somos pareja, solo para que deje de respirar en mi cuello, juro que te pagaré si lo quieres, tengo dinero, tú lo sabes, y…

—Molly —interrumpe—, necesito que te silencies un segundo.

Me cubro el rostro con las dos manos; estoy viviendo el momento más humillante.

Al cabo de unos segundos, me quita las manos del rostro.

—¿Por qué te angustias?

—Porque debes estar odiándome ahora mismo, yo no quería ser una carga en tu vida.

—No lo eres.

—Pero ahora te estoy pidiendo favores que se sienten… inmaduros, y tú eres lo opuesto a inmaduro.

Suelta una pequeña risa.

—¿Soy maduro? Pensé que se decía adulto mayor.

La risa sale de mí como el vapor de una olla a presión.

Sus ojos observan mis labios y se vuelven serios.

—No importa cuánto me esfuerce por alejarme de ti, Molly Brooks, el universo parece conspirar en mi contra.

Báron se inclina hacia atrás en el banco, su hombro rozando el mío, y yo apenas me atrevo a respirar.

—Si lo hago, será bajo mis condiciones.

Mi estómago se encoge.

—¿Condiciones?

Sus ojos grises me atraviesan, fríos, calculadores.

—Reglas. Escucha con atención, Molly, porque no las repetiré.

Asiento despacio, tragando saliva.

—Primero: nada de improvisar. Si hablo, tú confirmas. Si invento algo, lo sostienes. Una sola palabra fuera de lugar y tu padre notará la mentira.

Mi cabeza se mueve en un asentimiento automático. Puedo hacerlo. *Creo.*

—Segundo: contacto físico. Si él espera que seamos pareja, te voy a tocar. —Su voz baja un tono, casi un susurro—. No protestes, no retires la mano, no apartes la mirada. ¿Entendido?

Siento que las mejillas me arden y bajo la vista hacia el suelo. Asiento de nuevo, aunque las manos me tiemblen.

—Tercero: un tiempo límite. Será solo durante esa cena. Una hora, como dijiste. Después de eso, tu padre se llevará la impresión que quieras y todo volverá a lo que era antes.

—Está bien… —murmuro, aunque la palabra *volver* me golpea más fuerte de lo que debería.

—Cuarto: no mencionarás mi nombre frente a nadie más. No inventarás historias sin consultarme. —Se inclina un poco hacia mí, y mi respiración se corta—. Mi identidad es muy importante.

Mis labios se separan para contestar, pero no sale ningún sonido. Solo asiento.

—Quinto: quiero algo a cambio. Una promesa. Cuando llegue el momento y te pida lo que sea, no dudarás.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué clase de…?

—Eso no importa ahora —me interrumpe. Su tono no admite discusión.

Cierro los ojos un instante, sabiendo que acabo de entregarle un poder que no sé si podré recuperar.

—Sexto: nada de debilidad. Cuando estemos frente a él, no me mires como si fueras a romperte. Te sientas derecha, sonríes y haces que parezca que eres feliz conmigo. ¿Entendido?

La palabra *feliz* me muerde por dentro. Pero asiento.

—Y séptimo… —susurra más bajo, inclinándose hasta que su voz se vuelve un secreto entre los dos—: lo que pase en esa mesa se queda allí. Después, ni tú ni yo volveremos a hablar del tema.

Levanto la mirada hacia él, incapaz de ocultar el temblor en mis labios.

—Entendido…

Báron se incorpora, como si el pacto estuviera sellado. Y yo sé, con una certeza escalofriante, que lo que acabo de aceptar no se parece en nada a un simple favor.



BÁRON

THOMAS TENÍA RAZÓN.

Vuelvo a soñar con ella.

Por supuesto: después de repasar mentalmente las cosas que debo hacer. La cercanía que debo romper. La suavidad de su piel. Sus labios.

Se pregunta si esto es algo infantil; ojalá nunca llegara a enterarse de lo que pienso cuando la miro.

Inquieto, arrebato las sábanas de un tirón y me siento en la cama con el cuerpo todavía caliente, la respiración acelerada. Pienso que ella es demasiado inocente para este juego. No sé si podrá permanecer calmada, no sé si no se mostrará incómoda y tensa cuando la toque, porque así reaccionó cada vez que perdí el control y permití que nuestros cuerpos se rozaran.

La idea de acercarme me provoca vergüenza y hambre a la vez; dos fuerzas que me obligan a levantarme y caminar hacia la ventana, buscando que la ciudad, ajena, me calme con su indiferencia.

El reloj de la mesa de noche marca las cuatro de la madrugada. La hora maldita en la que ni la noche ni el día me quieren.

Me visto a ciegas, sin encender las luces. No necesito ver, necesito moverme, golpear. Sentir los músculos arder hasta que no quede espacio para nada más.

El gimnasio está vacío, como esperaba. El silencio absoluto me recibe con olor a hierro y sudor viejo. Enciendo solo una hilera de luces; no necesito más.

Me acerco al saco.

Envuelvo las manos con vendas, el ritual de siempre. La fricción de la tela contra la piel me calma, me concentra. Respiro hondo y lanzo el primer golpe.

La voz de Thomas regresa como un eco inevitable: «Quieres tener algo por primera vez desde la muerte de Allana y no sabes cómo manejarlo».

Golpe. Otro más.

«No es ella…, es Molly».

Mis nudillos arden. El sudor me baja por la frente. Aprieto la mandíbula y sigo.

«La deseas».

Detengo el puño en seco contra el saco, quedo con la frente apoyada en la lona áspera. Me da asco escucharlo en mi cabeza, pero más me asquea admitir que tenía razón.

Cierro los ojos. Veo a Allana, veo la sangre, mi mano manchada.

«Allana está muerta por tu hermano y por tu padre».

Eso dijo Thomas. Frío. Seguro. Como si bastara esa frase para arrancarme la condena.

Suelto un gruñido y sigo golpeando hasta que los brazos me duelen como si me desgarraran desde dentro. No basta. El dolor físico nunca basta.

Me siento en el banco de pesas, el pecho subiendo y bajando como si hubiese corrido kilómetros. Busco aire y no lo encuentro.

«Tu maldición no es ella. La maldición eres tú».

La frase se clava más que cualquier golpe recibido. Me la repito mientras levanto la barra, el hierro me aplasta contra el banco y mis brazos tiemblan para sostenerlo. No quiero pensar en Molly, pero cada vez que cierro los ojos está ahí. Sus labios, su piel, la manera en que baja la mirada cuando me descubre observándola.

Dejo caer la barra con violencia y el estruendo sacude el silencio. Me quedo sentado, sudado, exhausto. El cuerpo me tiembla, pero la mente sigue despierta.

Me inclino hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y me paso una mano por la cara. La culpa se asienta de nuevo, paciente, como un perro fiel. No importa cuánto corra, cuánto golpee o cuánto cargue: siempre vuelve a encontrarme.

Levanto la vista hacia el espejo del fondo. Un hombre me mira, con los ojos hundidos, el cabello empapado, los vendajes manchados.

Thomas tenía razón: no es una maldición heredada. Soy yo. Siempre he sido yo.

Y, aun así, lo único que pienso es cómo contenerme cuando vuelva a verla y finalmente pueda tocarla sin restricción.



Me sorprendo cuando Thomas me llama y me pide que suba a su piso.

Normalmente es territorio prohibido, más aún desde que Billie comenzó a vivir allí.

El ascensor se detiene en el ático y, al abrirse las puertas, lo encuentro esperándome. Manos en los bolsillos, vestido con ropa deportiva negra, levanta las cejas al verme sudado y exhausto tras dos horas de entrenamiento.

—Veo que me ganaste de mano. —Hace un gesto hacia la cocina —. Ven, haré el desayuno.

Avanzo con cautela, pensando en que Billie aún estará dormida arriba. Pero la descubro en la isla de la cocina, su cabeza apoyada en la mano, los ojos entrecerrados de sueño.

Thomas se coloca frente al horno, una sartén sisea con huevos que se fríen, y un plato con tiras de tocino ya espera sobre la encimera.

Me siento frente a Billie. Ella me observa en silencio hasta que, poco a poco, su boca dibuja una sonrisa diabólica.

Oh, no.

Miro a Thomas, buscando un punto de apoyo.

—¿Necesitabas algo? —pregunto, por encima del hombro de Billie.

Sin volverse, Thomas responde:

—Billie tenía algo que decirte.

Suspiro con irritación cuando ella arquea las cejas con gesto cómplice.

—Me contó Molly que quiere empezar la universidad otra vez.

—Ajá —respondo con cuidado.

¿Sabe algo del favor que me pidió?

Billie se inclina hacia delante, disfrutando del juego.

—Quería darte las gracias. Dice que eres alguien en quien se ha estado apoyando mucho últimamente. Yo también lo noto; está cambiando. Evoluciona.

Clavo la mirada en la mesa.

—No soy la razón. Es su padre el que la presiona.

Billie se endereza. Thomas se gira con los platos servidos y los deposita sobre la mesa con precisión.

—Eso no fue lo que ella me dio a entender ayer.

—Bueno, esa es la realidad —respondo seco, tensando la mandíbula.

Billie apoya el codo en la mesa y juega con el tenedor como si fuera un arma.

—De todas maneras, creo que es buena idea. —Su voz suena casual, pero la sonrisa que me lanza no tiene nada de inocente—. No todos los días alguien como Molly se anima a volver a empezar.

No respondo. Solo corto el trozo de huevo en mi plato y lo mastico.

—Supongo que no fue fácil para ella —continúa, dándole un sorbo a su café—. Estaba bastante perdida antes de que tú… —hace una pausa, se encoge de hombros— intervinieras.

Mis ojos se alzan lentamente hacia los suyos. Billie sostiene la mirada, desafiante.

—Yo no intervine —digo con frialdad—. Thomas me pidió que la prepare para Las Vegas, es un trabajo más.

Thomas rompe un pedazo de pan y lo moja en la yema del huevo, sin entrometerse. El silencio que deja es una invitación para que Billie siga cavando.

—Curioso —replica ella, ladeando la cabeza—. No parecía un trabajo más cuando te metiste en el probador con ella dentro.

La furia me late en la sien. Aprieto el cuchillo con tanta fuerza que los nudillos se me blanquean.

—No es asunto tuyo. —Mi voz es grave, casi un gruñido.

—Cuidado —advierte Thomas, mastica y me mira fijamente.

Billie sonríe, satisfecha con la reacción.

—Tienes razón, no lo es. Pero dime, ¿cuánto tiempo crees que tardará en ser evidente para todos?

Dejo los cubiertos sobre el plato con un golpe seco que resuena demasiado fuerte en la cocina. Thomas alza la vista entonces.

—Billie —advierte con tono cortante.

Ella levanta las manos en rendición, pero la sonrisa sigue ahí, cruel y divertida.

—Solo digo lo que veo.

La miro una última vez, deseando que entienda el peligro de jugar conmigo de esta forma.

El problema es que lo entiende perfectamente y lo disfruta.



MOLLY

CALIPSO.

El lugar es elegante.

La luz tenue cae sobre la mesa; la madera oscura tapiza las paredes, acompañada por algunos cuadros abstractos de cuerpos femeninos.

Mi padre reservó una mesa exclusiva en el restaurante, una más alejada del resto, para darnos privacidad.

Yo vine desabrigada, como siempre; no tengo mucha ropa de invierno elegante porque para ir a la universidad, que es lo único que hago —o hacía—, tampoco la necesito. Por eso me puse el vestido que más me cubre la espalda, tiene un estampado de flores rosas, lo acompañé con medias largas para darle un poco de calor a las piernas y una chaqueta marrón clarito sobre los hombros.

Mi padre, en cambio, lleva el mismo traje que usó durante sus llamadas hoy por la tarde y el móvil en la mano. Está leyendo un documento que tiene que firmar. Los anteojos reposan sobre su nariz.

Mis nervios están a flor de piel: en cualquier momento Báron entrará al lugar y debo pretender no sentir nada cuando me toque, cuando me sonría.

No sé si mi padre se va a creer el cuento, pero de eso depende que pueda quedarme aquí o no.

Así que esto tiene que funcionar.

El reloj marca las siete en punto cuando lo veo entrar y mi estómago se estruja.

Su traje es más informal que los que le suelo ver vestir. La chaqueta de terciopelo negro atrapa la luz tenue. Debajo, una camisa blanca sin ninguna arruga a la vista, con los tres primeros botones abiertos. Su pelo, peinado hacia atrás con precisión.

Su aura y belleza, letales como siempre.

No puedo quitarle los ojos de encima.

Mi padre levanta la vista del móvil justo cuando Báron se acerca. La expresión en su rostro cambia: de concentración legal a la mirada inquisitiva de un hombre que evalúa a otro.

Báron no titubea, camina hacia nosotros con la seguridad de quien pertenece a la misma familia.

Cuando llega a la mesa, posa una mano ligera sobre mi hombro y todo mi cuerpo reacciona al contacto.

—Papá, él es… Báron —presento con un hilo de voz.

Mi padre se pone de pie y le extiende la mano.

—Encantado.

Báron responde con firmeza, sin pestañear, con esa mirada que examina y amenaza al mismo tiempo.

—Lo mismo digo, señor Brooks.

Los dos hombres se sientan frente a frente, y yo quedo atrapada entre un padre que intenta descifrarlo todo y un hombre que parece capaz de sostener cualquier mentira con absoluta convicción.

—Gracias por venir, Báron —añade mi padre.

Báron me mira de reojo, sonríe y dice:

—Hola, Calipso —susurra antes de rozarme los labios con un beso rápido.

Me quedo atónita.

Su mano cae sobre mi pierna y le da un apretón rápido, forzándome a reaccionar. Le devuelvo una sonrisa temblorosa.

—Hola…, Bár…, cariño.

—Espero no haber llegado tarde —comenta, acomodándose la servilleta sobre las piernas.

—Oh, no. Llegamos temprano nosotros —respondo con una sonrisa, intentando alivianar el ambiente.

Mi padre nos observa.

—He notado que la llamas de una manera… peculiar. Calipso. ¿Por qué?

Báron no pestañea. Su voz baja, firme, me envuelve mientras me atrae hacia él con la mano en el respaldo de mi silla.

—Porque Calipso fue una ninfa que, en la Odisea, mantuvo a Ulises en su isla. —Sus ojos grises se suavizan al mirarme—. Es mi libro preferido. Quizá para algunos era cautiverio; para mí, salvación.

Molly es eso para mí, su presencia rompe el exilio en el que vivo, por eso la llamo así.

Calipso no solo fue luz para Ulises, también fue prisión. Una isla dorada que lo ataba sin cadenas. ¿Eso soy para él? ¿Un refugio o una celda disfrazada de refugio?

Trago saliva, forzando una sonrisa que no me pertenece, porque no puedo permitirme mostrar mis inseguridades.

Esto es todo un teatro.

Mi padre inspira lentamente, midiendo cada palabra. Yo siento las mejillas arder, como si él acabara de desnudar mi alma frente a quien menos quiero.

—¿Eres amante de la literatura? —pregunta, levantando la mano para llamar a la camarera.

—Tengo un máster en Literatura e Historia Clásica —responde sin pestañear. Yo frunzo el ceño con disimulo; nunca me dijo eso. *¿Será cierto?*—. Aunque lo único para lo que me sirvió fue para conquistar a Molly.

Se ríe con complicidad. Mi padre afloja un poco la tensión de sus hombros.

—¿Y cómo os conocisteis? —prosigue, esta vez mirándome.

La garganta se me seca.

—Ehh…

—En la universidad —interviene Báron con naturalidad—. Doy clases allí. No soy profesor de Molly, sin embargo, fue un colega quien me recomendó recurrir a su conocimiento para un trabajo inconcluso. Bastó con escucharla para no poder soltarla.

Sus ojos recorren mi rostro con un brillo extraño, entre anhelo y algo más oscuro. Yo le sonrío estúpidamente.

—Siempre dije que su inteligencia era superior —añade—. Creo que eligió la carrera equivocada, aunque ella parece disfrutarlo.

Pretende no poder apartar la mirada de mí, hasta que se obliga a girar hacia mi padre.

—La verdadera pasión de Molly se escucha cuando me habla de los misterios del universo.

En ese momento llega la camarera. Báron la mira con calma.

—Cabernet —dice, antes de señalar a mi padre—. ¿Coincides?

—Mi preferido —responde él, sorprendido.

—El mío también. —Báron sonríe, ligero, y algo me dice que se encargó de saber eso antes de llegar—. ¿Aún tienen botellas del viñedo Monticello?

—Sí, señor —responde la camarera con amabilidad.

Báron mira a mi padre antes de añadir, con esa seguridad que siempre me deja sin aire:

—¿Confías en mí? Los descubrí hace poco, sus vinos no decepcionan.

¿De dónde sale este hombre tan extrovertido y encantador? No es el mismo que me mira en silencio en mi piso, el que me obliga a contener el aire cuando me toca la piel.

—Claro, adelante —expresa mi padre, aflojando al fin los hombros.

Báron confirma a la camarera y, cuando se retira, continúa con la naturalidad de alguien que pertenece a todas partes:

—Son de Napa. Increíble lugar. ¿Has estado allí alguna vez?

—Por negocios, lamentablemente. Prometí darme un fin de semana allí.

—Lo haremos entonces. Estoy seguro de que ambos lo disfrutaréis muchísimo —responde llevando la copa de agua a sus labios. El modo en que sostiene el cristal, la pureza del gesto, casi demasiado refinado, delata su pasado.

—Molly me dijo que trabajas en seguridad.

—Sí, bueno. Es mi trabajo secundario. Estoy en una compañía de seguridad privada; nos especializamos en casos puntuales, celebridades y políticos, principalmente.

—Interesante. Claramente tienes el físico de alguien de seguridad, no de un profesor.

—Me lo dicen a menudo —señala, y me lanza una mirada cómplice antes de guiñarme un ojo.

Mis labios se sienten secos, los humedezco sin pensar. Él sigue el movimiento con los ojos.

—Papá, no lo interrogues —digo, solo para llenar el silencio y disimular lo perdida que estoy.

Báron coloca su mano sobre la mía, las entrelaza y las deposita en su pierna derecha.

—Calipso, un padre tiene un mismo papel durante toda su vida: cuidar de sus hijos, especialmente si es una mujer.

Mi padre asiente.

—Por eso imaginarás mi preocupación respecto a la diferencia de edad.

—¡Papá!

Báron me aprieta la mano con suavidad, pero es suficiente para callarme.

—Estoy de acuerdo contigo. Nos llevamos nueve años y confieso que al principio me preocupaba. Pero cuando hablo con ella no siento esa diferencia. Es como si estuviéramos en la misma página todo el tiempo, buscamos lo mismo, compartimos ideas y valores.

—¿Y qué visualizas con ella?

Dios mío. ¿Qué clase de interrogatorio es este?

—Papá, te dije que no llevamos tanto y que…

—Honestamente, señor Brooks, creo que ella es la indicada —me corta Báron, y el corazón se me detiene. Su voz no titubea ni un segundo—. Es la primera vez que me veo casado y formando una familia con alguien. Por eso le dije a Molly que debía tomarse todo el tiempo que necesitara para superar las cosas horrendas que vivió. Que cuenta conmigo y que acompañarla es mi privilegio y mi honor.

Mi padre asiente, devorándose el cuento como si fuese verdad escrita en piedra. Yo, en cambio, siento un nudo en el estómago. ¿Cómo puede mentir con tanta facilidad? ¿O será que no miente y yo soy la que no logra reconocer dónde empieza la verdad y dónde termina la farsa?

La camarera llega con la botella. El sonido del corcho al salir me sobresalta, sirve tres copas, luego toma nuestro pedido y se retira.

Báron levanta la copa recién servida y la hace girar con elegancia.

—Brindo por su fortaleza y la familia que has criado. —Me mira de reojo, sosteniendo aún la copa en el aire—. Y por su hija brillante que la vida me regaló la casualidad de conocer.

El cristal choca suavemente contra el de mi padre y después contra el mío. Yo doy un sorbo pequeño, intentando que no se note lo rápido que me late el corazón.

«Está actuando (me repito). Solo está actuando».

—Eres un hombre de discursos —dice mi padre con una sonrisa breve pero diabólica.

—Solo cuando la compañía lo inspira —contesta y su mano vuelve a mi pierna, esta vez acariciando despacio, como si ese gesto no fuese parte del teatro, como si hubiese olvidado por un momento la situación.

—Entonces Molly debe inspirarte bastante —responde él, arqueando las cejas.

—Más de lo que ella imagina. —Me mira con una intensidad que me quema, demasiado convincente, demasiado real—. Es la única persona capaz de hacerme bajar la guardia.

Mi padre suelta una risa seca, incrédulo pero fascinado.

—Eso es mucho decir viniendo de un hombre de seguridad.

—Y, sin embargo, aquí estoy, desarmado —replica Báron, llevándose mi mano a los labios para dejar un beso en ella.

Me arde el rostro.

No hay modo de que mi padre no note lo temblorosa que se ha vuelto mi respiración.

¿Esto todavía es teatro, Báron? ¿O estás disfrutando demasiado el papel?



BÁRON

EL DIABLO ESTÁ EN LOS DETALLES.

—Iré al baño antes de que lleguen los platos, si me disculpáis —dice Pierce, levantándose.

—Claro, adelante —respondo con una sonrisa cortés.

En cuanto lo perdemos de vista, Molly deja escapar un suspiro, como si la presión hubiera desaparecido.

—No, pequeña, no te relajes. —Acomodo el brazo sobre los hombros—. Tu padre lo único que hace es vigilarnos desde lejos, para ver cómo nos comportamos cuando creemos que no está.

Intenta girarse hacia la mesa, pero sujeto su barbilla y detengo el movimiento.

—Concéntrate en mí. Solo en mí —murmuro cerca de sus labios.

—Lo siento —dice tragando saliva con tensión—. Estoy muy nerviosa.

—Sonríe conmigo, Molly —ordeno.

Ella obedece inmediatamente y suelta una sonrisa tímida que acompaño con la mía.

Su respuesta a mi comando enciende hasta los rincones más oscuros de mi mente, rincones que no debería querer explorar.

—Nunca te había visto sonreír tanto —susurra—. Tienes una sonrisa muy bonita.

Mi cuerpo reacciona a su cumplido. No es la primera vez que lo escucho, pero algo de ella lo hace sonar doblemente especial. Quizá es porque entiendo cuánto le cuesta darlos.

—Tú no te quedas atrás, pequeña. —Le doy un toque en la nariz y bebo un sorbo de agua para ahogar la tensión en mi cuerpo—. Ya te lo dije una vez: tu sonrisa es peligrosa.

Avergonzada, baja la mirada. Yo la obligo a alzarla de nuevo, sintiendo que el control abandona mi cuerpo como perro sin bozal.

—Voy a besarte ahora, Molly. ¿Estás lista? —susurro, consciente de que Pierce está a punto de regresar.

Mis ojos se clavan en sus labios. El hambre me consume y no pienso, solo me hundo en ellos. El contacto es fuego inmediato, primitivo y ancestral. Un instinto prehistórico se adueña de mí y profundizo el beso hasta que nuestras lenguas se encuentran.

Joder.

Joder.

Ambos gemimos al unísono. Mi mano acaricia su mejilla, mientras la otra abandona su hombro para enredarse en su nuca, presionando, reclamándola.

Mía.

Mía.

Mí…

—Ejem… —carraspea Pierce, de pie junto a la mesa.

Me aparto a regañadientes, aún con el sabor de su boca en la mía.

—Lo siento, señor Brooks.

La mirada de su padre es puro juicio. Me enderezo y me separo de Molly, sintiendo la pérdida de su cuerpo como un abandono brutal.

—Estáis en público —advierte con frialdad.

—Tiene razón —respondo, con calma forzada—. Es que llevábamos días sin vernos y… me descuidé. Mis disculpas.

Los camareros llegan con los platos, interrumpiendo la tensión. Pierce finge olvidar lo ocurrido.

Yo no.

El único petrificado en esa mesa soy yo, ardiendo todavía con la necesidad de volver a probarla.

De tenerla entre mis brazos y encerrarla con mi calor.

Estoy jodido.

El resto de la cena transcurre con normalidad aparente, conversaciones triviales, sonrisas ensayadas. Mis toques quizá fueron excesivos, el beso definitivamente con tonos más oscuros de lo que tenía planeado.

Molly deja que yo maneje la situación, asiente y sonríe cuando yo lo hago. Simultáneamente, hago que Pierce Brooks sienta que

somos hombres cortados con la misma tela, mismas inclinaciones políticas, mismos gustos en deportes, en negocios, hasta en vinos.

Nada fue librado al azar, todo fue investigado, *estudiado*.

Cuando Molly me pidió este favor, debo admitir que sentí un poco de pánico y alivio al pensar que ella podría irse de mi radio.

Pánico, porque no estoy listo para dejarla ir; alivio, porque quizá sea lo que necesito para dejar de sentirme así.

Supongo que el hecho de que esté aquí, pretendiendo ser su pareja tan espectacularmente, dice más de lo que quiero admitir.

Cuando nos despedimos en la puerta del restaurante, Pierce me da la mano con firmeza excesiva y acerca su rostro al mío.

—Gracias por acompañarnos esta noche —expresa con cortesía impecable, pero su tono es hielo puro—. Espero que entiendas que Molly está pasando por un momento especial.

—Papá… —vuelve a quejarse ella, sintiendo vergüenza ajena.

Yo respeto al hombre, tiene una hija joven, hermosa y frágil. Claramente, yo sería igual de cuidadoso.

—Báron lo entiende, ¿no? —añade, aún estrechándome la mano.

—Claro que lo hago, Molly sabe que cuenta conmigo. —Finalmente, Pierce me suelta y coloca una mano en la espalda de su hija, obligándola a volver con él.

Dejarla ir es mucho más difícil de lo que advertí.

Molly levanta la mano nerviosa para saludarme, pero yo camino con descaro hacia ella y planto un beso sobre su frente.

—Hablamos luego, Calipso —susurro sobre su oído.

—Hasta más tarde… —dice ella con sus mejillas ardiendo.

Dan unos pasos hacia atrás, pero Pierce se detiene de golpe.

—Báron, una pregunta más…

—Adelante… —digo sonriendo tensamente.

Necesito que esta noche se acabe, necesito dejar de sentir sus labios sobre los míos.

—Si hubieses tenido al captor de Molly delante de ti, ¿qué hubieses hecho?

No dejo pasar ni un segundo para dar mi respuesta. Mi rostro se endurece, mi postura se vuelve rígida.

Pierce Brooks sabe algo.

—Lo hubiera matado y cortado en pedacitos para así meterlo en el horno.

Pierce me observa asombrado, pero luego suelta una sonrisa con complicidad.

—Yo hubiese hecho lo mismo, buenas noches.

Molly me mira aterrada hasta que voltea para seguir a su padre.

La verdad a veces incomoda.



Su mensaje llega un par de horas después de regresar a mi piso. Considerando que hice una parada técnica (me detuve en un bar a beber algo y a calmarme) y luego me duché y me ocupé de la presión que no cedía en mis pantalones, diría que Molly se tomó su tiempo para armarse de coraje y escribirme a altas horas de la noche.

Ahora, más relajado, respondo desde el sofá. Un libro descansa olvidado sobre mi pecho cuando vibra el móvil.

Molly:
Gracias, está satisfecho.

De nada, pequeña. ¿Dirías que se lo creyó?

Los puntos aparecen y desaparecen en la pantalla, me pregunto si esperaba que estuviera durmiendo y por eso se animó a enviar el mensaje.

Molly:
Fuiste muy convincente.

Así que ella también notó las libertades que me permití. Yo solo quería que sintiera que había ganado esa batalla.

¿Cuándo vuelve a Nueva York? ¿Quieres que nos veamos una vez más? Solo para asegurarte, claro.

¿Cuándo puedo volver a tener una excusa para besarte?

Molly:
No está muy cómodo marchándose, pero le recordé que la semana que viene tengo que viajar a Las Vegas. Eso pareció tranquilizarlo. Por cierto…, ¿profesor?

Río por lo bajo.

Tu padre valora el conocimiento por encima de casi todo. Me pareció apropiado darle eso y, si busca mi nombre en Internet, apareceré como profesor en varias universidades.

Recordé, mientras recopilaba información para la cena, y bajo la sospecha de que esa pregunta caería durante el interrogatorio de mi supuesto suegro, que Molly, el día del rescate, inventó algo rápido, algo mal armado y lleno de errores, ella dijo: «Un contacto de la universidad. Un profesor que conocía a alguien en seguridad privada… Ellos me ayudaron a salir, papá. No me preguntes cómo, apenas lo entiendo yo».

El diablo está en los detalles.

Definitivamente.

No compartiré la verdad con Molly, puede que la ponga más nerviosa y yo ya hago ese trabajo de forma natural.

Suspiro, consciente de que a veces la asusto más de lo que quiero.

Molly:
La respuesta que diste al final… ¿fue lo que ocurrió?

Sabía que esa pregunta llegaría tarde o temprano. No estoy tan borracho como para confesar.

Es lo que quería escuchar.

Molly:
Quizá no lo demuestre mucho, pero estoy más que agradecida por lo que hiciste ese día y por tenerte presente en mi vida.

Sé que no habrá sido fácil, sin embargo, te encargaste de mí todo el tiempo y lo sigues haciendo a día de hoy. Y no creo estar confundida cuando digo que muchas de las cosas que he logrado desde que regresé fueron porque tú estabas involucrado.

Lo de hoy fue una prueba para mí y, definitivamente, me demostré muchas cosas.

Freno en seco.
Parpadeo varias veces, leyendo la frase una y otra vez.

Explícate.

Tarda unos segundos en responder, como si buscara la forma de no sonar demasiado expuesta.

Molly:
Cuando me besaste… sabía que era parte del plan, que lo hacías porque él estaba mirando. Pero tenía mucho miedo de no poder soportarlo, de entrar en pánico y arruinarlo todo.

No fue así.

Siempre que te tengo cerca, todo es más fácil.

Joder.
Me paso una mano por la cara, luchando contra la urgencia de escribir lo que de verdad quiero. En cambio, marco las teclas con

una calma que no siento.

No deberías decirme eso, pequeña.

Molly:
¿Por qué no?

El aire me pesa en los pulmones. Me levanto, arrojando el libro sobre el sofá y me sirvo un trago, aunque juré no beber más esta noche.

Porque borrarte de mi vida se vuelve cada vez más difícil.

Me quedo con el vaso en la mano, la garganta ardiendo.

Ella no tiene ni idea de lo que acaba de encender, o tal vez sí…, y ese es el verdadero peligro.



MOLLY

PEQUEÑAS ÓRBITAS.

Observo el edificio antes de subir las escalinatas.

Es de estilo neoclásico, con cuatro columnas jónicas, tan altas que tengo que echar la cabeza lo más atrás que puedo para ver su fin. El tejado es de terracota, simple y clásico.

Los alumnos van y vienen activamente, algunos entran con ganas de aprender, otros resignados y con sueño.

Pasé tres años de mi vida aquí, conozco los rincones de la universidad mejor que los armarios llenos de tazas de mi piso, esas que sigo acumulando a pesar de no necesitar.

Mi padre movió cielo y tierra para que volviese, no sé si lo hizo porque de verdad quiere verme terminar los estudios o porque es una manera eficiente de no tener que ocuparse de mí.

Creí que no iba a reincorporarme, honestamente.

Casi me había hecho a la idea de que no iba a volver a pisar este espacio. Pero la vida siempre logra salirse con la suya. Bastó un poco de presión de mi padre para que tenga los pies plantados aquí.

Sin embargo, no los muevo.

Sostengo los tirantes de la mochila con fuerza; se siente extremadamente pesada.

Es que no puedo, no quiero.

Sabía que no estaba lista y me obligué a venir igual.

Doy un paso atrás y en ese momento es cuando siento un brazo enredarse con el mío, alguien me sostiene y me empuja hacia delante.

Sorprendida, miro a mi derecha y encuentro a Báron. Lleva unas gafas de marco negro, su pelo recogido en la nuca. Un traje verde oscuro, con unos vaqueros negros.

Comenzamos a subir la escalinata.

—Báron…

—Hola, pequeña.

—¿Qué haces aquí? —susurro mirando a mi alrededor.

Subimos los escalones con una decisión que no poseo.

—Bueno —dice acomodando sus gafas sobre el puente de la nariz—, tu padre contrató a alguien para que vigile tus pasos.

—¿Qué… qué significa eso? —murmuro, tragando saliva—. ¿Por qué alguien tendría que vigilarme?

No aparto la vista de sus dedos rodeándome el antebrazo. Es un agarre firme, nada doloroso, como si me hubiera encajado exactamente en el hueco de su mano.

Me contiene.

Me dicta.

—Porque el mundo no es un lugar amable, pequeña —susurra sin mirarme, como si estuviéramos hablando del clima—. Y porque tu padre no entiende que asignar a un desconocido tu vigilancia solo te pondría más nerviosa. Así que hice un intercambio.

—¿Un intercambio? —susurro, mis pies no pueden seguirle el ritmo.

—El hombre que te iba a seguir ahora está muy entretenido con un sobre lleno de dinero. Yo me quedé con el turno.

Podría reírme si no tuviera el estómago revuelto. Respiro por la nariz y cuento de memoria como si repasara una fórmula: cuatro tiempos para inhalar, cuatro para sostener, cuatro para exhalar.

Me sale a medias.

—No voy a dejarte sola —añade, y el peso de esa promesa me golpea.

Atravesamos el pórtico. La acústica del vestíbulo multiplica las voces y los portazos; huele a papel húmedo, a café quemado y el bullicio se siente nostálgico.

—No tengo claro si quiero estar aquí —confieso, bajito—. No sé si puedo.

—Puedes —afirma, levantando la mano hacia el de seguridad para saludarlo, el oficial le devuelve el saludo con naturalidad—. No tienes que quererlo hoy, solo tienes que entrar —dice—. Lo demás lo resolvemos en órbitas más pequeñas.

Órbitas más pequeñas, eso sí lo entiendo.

Ajusto los tirantes de la mochila, como si con eso pudiera corregir la trayectoria.

—¿Y si me quedo en blanco en la primera clase? —pregunto.

—Entonces te sientas en la tercera fila, extremo del pasillo, siempre con la salida en la mira. —Su voz baja se pega a mi oído, estricta y tranquilizadora—. Respiración en cuatro, ojos al frente. Si el corazón se acelera, buscas un punto fijo, como el reloj o una lámpara con la pantalla torcida. Siempre hay una asimetría que salva.

—Eso suena a protocolo.

—Lo es, y funciona, créeme.

Caminamos juntos hacia el corredor. Siento miradas, o creo sentirlas; no sé distinguir lo real de mis nervios. Él parece no notar nada, pero su cuerpo se coloca justo entre la multitud y yo, esquivando hombros, recibiendo empujones, abriéndome paso sin esfuerzo.

Algunos alumnos entran en el último minuto a sus respectivas aulas y, cuando me doy cuenta de que llego tarde, doy un paso adelante, pero Báron me sujeta la mano.

—Paso uno: entrar —dicta—. Paso dos: caminar hasta el final del pasillo. Paso tres: sentarte. Yo estaré cerca de la puerta, si me necesitas, haz esto.

Acaricia con los nudillos el interior de mi muñeca, un toque que dura menos que un latido, pero hace eco por mi cuerpo.

—¿Así? —pregunto torpe, repitiendo el gesto en mi propia piel.

—Así —asiente—. Señal de emergencia.

Muevo un pie, luego el otro. La mochila deja de ser una roca y pasa a ser parte de mí. Avanzo por el pasillo, siento su presencia quedarse atrás, justo donde prometió. No me mira, pero sé que me ve.

A mitad de trayecto, me detengo frente a una ventana alta, detrás, el campus se extiende como un mapa conocido y ajeno. Tres años aquí; estrellas dibujadas en cuadernos, ecuaciones corregidas al margen, cafés tibios a las tres de la mañana.

Podría salir corriendo. Podría, y sin embargo…

—Órbitas pequeñas —me recuerdo.

Cuando empujo la puerta del aula, las voces se apagan un segundo. El profesor levanta la vista y me da un gesto de

bienvenida, no hace preguntas, no dice mi nombre en voz alta. Me cuelo hacia la tercera fila, extremo del pasillo, tal como me dijo.

Me siento.

Apoyo las manos sobre la mesa, no tiemblan tanto como antes. Busco la asimetría: el reloj, dos minutos adelantados. Una sonrisa se me dibuja en la cara.

No me giro para comprobar si él sigue ahí. No hace falta.

Estoy dentro. Y hoy, eso es todo el universo que puedo abarcar.



Apoyo el cuaderno sobre la mesa; la hoja sigue en blanco, pero mi cabeza ya está llena de procedimientos. El profesor dibuja en la pizarra el diagrama de Hertzsprung–Russell, esas dos letras, H y R, que siempre me resultan un mapa del tiempo de las estrellas.

—Recuerden —dice, mirando por encima de sus gafas mientras traza la línea de la secuencia principal—, la masa dicta el destino. Una estrella diez veces más masiva que el Sol vivirá apenas unos millones de años.

Asiento sola.

Esto ya lo sé, lo entiendo como si nunca hubiese olvidado nada. Cuanto más rápido quemas tu combustible, antes te apagas.

Nos da un problema: calcular la vida de una estrella de diez masas solares. Hago cuentas rápidas con el lápiz y borro el error que encuentro. El resultado me da que apenas vive veinte millones de años: nada, un pestañeo cósmico.

Mientras el resto todavía discute sobre exponentes, yo escribo al margen: «Vivir intensamente significa morir pronto. Una metáfora que las estrellas comprenden mejor que nosotros».

Abandono el lápiz sobre el cuaderno y me dejo llevar por esa calma extraña: por un momento, sé que pertenezco aquí. Pertenezco a estos temas; me fascinan, y algo parece florecer en mí de golpe.

Me siento emocionada, aliviada por haber cruzado esa puerta y volver a empaparme de conocimiento.

Miro sobre mi hombro y Báron está sentado, escuchando atentamente al profesor. Definitivamente, se puso un disfraz para venir aquí: esas gafas lo hacen ver todavía más apuesto. ¿Sabrá lo atractivo que es?

Su mirada me encuentra de golpe y me guiña un ojo. Por un segundo, siento que puede escuchar mis pensamientos.

Cuando el profesor da por terminada la clase, me levanto y Báron ya no está allí.

Con curiosidad de saber dónde está, salgo del aula y lo busco en los corredores atestados de alumnos.

Báron está al otro lado del tumulto de gente, observándome con su espalda contra la pared y sus brazos cruzados.

Esquivando alumnos, camino hacia él, sintiendo algo en el estómago. Sus ojos grises no se separan de los míos.

—¿Cómo te sientes? —susurra.

Levanto los hombros y suelto todo el aire de los pulmones.

—Creo que bien, más que bien, entusiasmada. Gracias por estar aquí.

—¿Siguiente clase? —pregunta mientras me aleja de la marea de gente para que nadie me arrolle.

—Nucleosíntesis —respondo.

—Mismas órdenes, ¿sí? ¿Estás lista?

Asiento.

—Vamos.



BÁRON

TERMINA ANTES DE QUE EMPIECE.

Hace una semana que la espero a la entrada y a la salida.

No es una rutina, es una condena. Parte de una costumbre que me ahoga cada día más y de la que no sé escapar.

Nadie sabe lo que hago. *Ni siquiera Thomas.*

Salgo como un autómata y nadie me detiene, porque no pueden.

Verla es adictivo. Su cuerpo aprendiendo a respirar otra vez, su paso más firme, su risa más clara. La observo crecer un poco más cada día y me siento como un rarito contemplando una flor abrirse solo para mí.

Y *sé* que es enfermizo.

Sé que es patético, pero no puedo dejarlo.

Lo que le dije sobre su padre fue una media verdad. Descubrí que Pierce habló con el decano para que Molly continuara sus estudios en silencio y sin escándalo. Por supuesto, le prometió una gran donación y un par de billetes por debajo de la mesa; no lo juzgo, por ella hubiera hecho lo mismo. También supe que contrató a alguien para seguirla ese día y asegurarse de que realmente asistiera.

¿Cómo lo supe? Paso horas dentro de su portátil. Horas husmeando su vida y las decisiones que toma relacionadas con la mujer que vive gratis en mi cabeza.

Después de ese día la dejé asumir que debía estar ahí, como si fuese parte de un trabajo más, como si no estuviese desesperado por verla cada maldito día.

No sé por qué solo me permito respirar cuando ella está cerca, si nunca será mía.

Me miro en el espejo empañado del baño. Paso la mano y mi reflejo emerge como un monstruo entre la niebla: el pelo hacia atrás, los ojos llenos de aberración, llenos de decepción.

Me prometí que nunca más volvería a quebrarme.

Promesas rotas, una y otra vez.

—No puedo detenerme. —Las palabras me raspan la garganta—. No puedo escaparme de ella.

Es una presión constante, como un puño invisible apretándome el pecho cada vez que la imagino sonriendo.

En la calle soy el monstruo que todos temen, pero para ella… soy otra cosa. Ella me mira como si quedara algo digno en mí.

Y eso me asfixia, porque me hace sentir normal, como si pudiera ser un hombre simple.

Y yo sé que no lo soy, soy el antídoto de esta sociedad maldita.

El móvil olvidado sobre el lavabo comienza a vibrar.

A. J. parpadea en la pantalla, simultáneamente caen mensajes de Thomas, uno tras otro.

Mantengo el dedo sobre el botón derecho, listo para ignorarlo y responderle a mi jefe hasta que recuerdo quién es, quién fue para mí Albert Johnstone: mi tutor, mi maestro.

Llevo el teléfono al oído.

—A. J. —saludo con cautela.

—Lord… —Su voz tiembla débilmente—, lamento llamarlo a estas horas.

Aseguro la toalla en mi cadera y abro la puerta del baño. Camino hacia la habitación. El piso está demasiado quieto, hay solo una luz encendida, que deja un tono cálido sobre los muebles negros, las cortinas abiertas y la ciudad brillando detrás del cristal.

—¿Qué ocurre?

Albert guarda silencio. Ese vacío dispara mi ansiedad.

—Me tomó tiempo descifrarlo —al fin dice, con una calma que me hiela—. Los años no me han dado una vejez digna. Supongo que el alumno superó al maestro.

Me detengo en seco. Levanto la vista, clavándola en el espacio vacío frente a mí. Un escalofrío me atraviesa el pecho.

—No sé de qué hablas —respondo, sentándome en la orilla de la cama perfectamente tendida, como si el orden del lugar pudiera sostenerme.

—Aquel día en el pub… —continúa él—. Cuando te despediste, no podía sacarme la sensación de que tu rostro me resultaba familiar. Acabo de recordarlo. Fue un sueño lo que me lo reveló.

Trago saliva, el corazón golpeándome en los oídos.

—Albert…

Su voz se afila en la línea, sin titubeo alguno:

—Duque Belmont…, tengo malas noticias.



Alguien golpea la puerta con brusquedad al mismo tiempo que A. J. confiesa saber quién soy. En otra situación podría haber pensado que era Atalar volviendo, pero la urgencia me pone en pie y me lanzo hacia la puerta.

Abro de un empujón. Thomas entra sin pedir permiso, desordenado, la corbata torcida, la chaqueta sobre el brazo.

—Termina esa llamada —ordena Thomas, sus ojos parecen demoníacos.

—Tu nombre está en las listas —dice Albert en un susurro, demasiado tarde.

El corazón me estalla en el pecho.

—Gracias por hacérmelo saber, tengo que irme. —Escucho la voz de Albert diciendo que no corte, mi atención está puesta en Thomas.

—Hay un contrato abierto con tu nombre —suelta—. Se subió hace unos minutos y la cifra es… estrafalaria.

Mi respiración se acelera.

—¿Quién lo pide?

—Nadie lo sabe —responde él con frialdad—. Apareció de la nada, pero tiene una estipulación concreta. No eres el objetivo directo.

Miro las manos de Thomas moverse lentamente hacia los bolsillos de su pantalón e instintivamente doy un paso hacia atrás, provocando que Thomas ponga los ojos en blanco.

—Qué decepcionante que, después de tantos años, creas que el dinero puede lograr que te mate. —Camina lejos de mí e inspecciona mi piso.

Solo estuvo una vez aquí, el día que me trajo a la oficina central, donde alberga sus mejores asesinos.

—Lo siento, estoy confundido.

—Piden que un ser querido tuyo sea eliminado. —La frase me golpea al instante. — Alguien ha estado vigilándote mientras andabas distraído estos días.

Siento la cabeza dar vueltas, como si alguien moviera la habitación a mi alrededor. Espero que complete la idea. Thomas respira, midiendo cada palabra.

—Hay fotos tuyas con Molly. Ella es el objetivo.

Un frío que no pertenece al aire me atraviesa.

Fotos.

Un contrato.

Una oferta por su vida.

Una maldición.

Me viene un torrente de imágenes: la risa de Molly en el restaurante, la cámara del edificio, mis manos en su cintura, la noche en la que todo fue demasiado fácil entre los dos.

—Tengo que irme —digo, buscando mi ropa sobre la cama.

—Espera, piensa un segundo, Báron —ordena, sujetándome del hombro—. Mañana sale el avión a Las Vegas, es el mejor lugar donde puede estar.

—No puedo dejarla sola esta noche —devuelvo con rabia.

—Lo sé, déjame enviar a alguien, encárgate de encontrarlo.

Uno las cejas.

—¿Sabes quién aceptó el contrato?

Thomas asiente una vez.

—Demian.

Demian…

El mismo que Thomas rechazó por ser un desequilibrado.

—¿Y yo que le hice?

—Tu informe sobre la misión que compartisteis no fue nada bueno. Supongo que habrá pensado que tienes algo que ver con la decisión que tomé.

Asiento pensando en que debo salir de cacería.

Sabía que estar con ella en público era una mala idea.

—¿Alguna información más?

—Eso es todo lo que sé, el contrato se anunció hace quince minutos —indica.

Ahora que mi mente comienza a centrarse, me doy cuenta de lo desaliñado que se presentó en mi piso.

—¿Qué te paso? —pregunto caminando hacia el vestidor, busco unos pantalones rápido, para dejar de estar desnudo delante de mi jefe, lo siguiente es ir hasta el ordenador y encenderlo.

—Estaba… ocupado —responde arqueando una ceja.

Asiento sabiendo exactamente con qué o, más bien, con quién estaba ocupado.

—¿Billie sabe algo de esto? —continúo mientras abro ventanas y muevo el ratón por el escritorio.

—Nada, y no debe saberlo —decreta con el móvil en la mano, ya está marcando números, su voz abre puertas, paga favores y ordena movimientos.

—No permitiré que la toquen —murmuro, más para mí que para Thomas.

—Lo sé —contesta él—. No estarás solo en esto, yo no me olvido de lo que hiciste por Billie. Mañana me encargaré de ella, tú, búscalo, elimínalo y vuelve a tu vida normal.

Asiento y comienzo a rastrear a Demian por la ciudad. Y entre la rabia y la prudencia, percibo que algo se terminó de quebrar para siempre.



MOLLY

EMPUJAR UN MURO.

Billie vino a por mí esta mañana.

Me ayudó a cargar la maleta hasta el coche de Thomas y él se encargó de subirla al maletero.

Se siente extraño estar con ellos y sin Báron.

Cuando pregunté por él, Thomas respondió que tenía trabajo pendiente y que nos encontraría en el hotel. Así que ahora estamos en un avión privado, los tres.

En silencio.

Hundo las manos bajo los muslos. El vaquero me raspa los nudillos y, aunque intenté colocar las manos como Báron me enseñó que debía hacer según «el protocolo», me sentí ridícula bajo la mirada inquisitiva de Thomas. Quizá lo notó, porque al rato se disculpó diciendo que tenía trabajo que hacer y se trasladó al final del avión con su portátil. Silencioso, apartado. Supongo que fue su manera de alivianar la tensión del lugar.

Billie mira por la ventanilla y suspira.

¿Estarán peleados?

Apoyo una mano sobre su rodilla. Ella reacciona al contacto y me dedica una sonrisa cansada.

—Estaba pensando en Olympia… Thomas dice que hace tres días que no hay noticias sobre ella. Estoy preocupada.

—Lo sé… —Me muerdo el labio inferior, la inquietud se me instala en el pecho—. Báron dice que puede ser amnesia por trauma.

—Me pregunto qué le habrá pasado para estar así… —reflexiona en voz baja, hasta que despeja su mente y me sujeta la mano con fuerza—. ¿Cómo estás tú?

Sus ojos grandes me examinan con ansiedad, como si necesitara mi respuesta para poder respirar tranquila. Y sé que lo único que puede oír ahora es que estoy bien.

—Mejor. Báron me está ayudando mucho —respondo, esquivando los detalles de esas mañanas que compartimos en silencio—.

Comencé la universidad otra vez, no asisto a todas las clases como antes, pero al menos estoy allí.

—Paso a paso —dice Billie.

—Sí, órbitas pequeñas —murmuro por lo bajo.

La mirada de Billie se vuelve cómplice.

—¿Sabes que nadie le ha pedido eso? Todo lo que hace, lo hace por ti —Thomas carraspea y Billie se tapa la boca para agregar en un murmullo—: Quizá solo necesita un empujón.

—Billie… —La voz de Thomas suena seca—. ¿Cuántas copas de champán llevas?

—No las suficientes —contesta ella, sin volverse.

Él gruñe con fastidio.

Ella se ríe con malicia.

Yo, en cambio, me quedo atrapada en lo que acaba de insinuar.

Un empujón.

¿Quiero darle un empujón? ¿Estoy lista para lidiar con la intensidad de Báron?

El silencio se estira cuando Billie se queda dormida contra la ventanilla, la copa aún medio llena en el posavasos.

Thomas sigue al fondo del avión, tecleando sin levantar la vista. Solo se oye el zumbido constante de los motores.

La cabina tiembla brevemente y eso despierta un poco de la ansiedad que tengo contenida por estar en una cápsula voladora.

Cruzo los brazos sobre mi regazo y miro al frente.

De pronto, el aire se me queda atrapado en la garganta. No es real, lo sé, pero siento las paredes del avión cerrarse poco a poco, encogiéndose alrededor de mí. La cabina parece más baja, más estrecha. El cuero del asiento se me pega a la piel, áspero, sofocante.

Un temblor me recorre la pierna.

No…, ahora no.

Cierro los ojos y me aferro a lo que Báron me enseñó: respiración en cuatro tiempos. Inhalo contando despacio… Uno, dos, tres, cuatro. Mantengo el aire dentro, aunque la urgencia grite por soltarlo. Y exhalo, larga, larguísima, hasta que siento el pecho más liviano.

Repito, una y otra vez.

Busco un punto fijo.

El reloj digital sobre la puerta del avión parpadea en rojo. Imperfecto, asimétrico. Me aferro a esa pequeña anomalía como a una cuerda en medio del vacío.

El nudo en mi estómago cede poco a poco. El aire vuelve a entrar sin quemar. La cabina deja de cerrarse sobre mí.

Funciona.

Claro que funciona.

Abro los ojos y Thomas no se ha movido de su lugar, pero me observa.

—¿Estás bien? —pregunta con sospecha.

—Sí, gracias —respondo, sintiendo la frente fría cubierta de sudor.

En ese momento la tripulación anuncia el descenso. Corro la cortina de la ventanilla: la tierra se enciende abajo, un desierto infinito salpicado de luces como brasas. Las Vegas brilla, artificial y vibrante, como una supernova a punto de estallar.

No sé por qué me siento nerviosa, serán secuelas del pequeño intento de claustrofobia que tuve, o será que Báron está allí.



El coche se detiene frente al hotel y me quedo mirando hacia arriba, boquiabierta. La fachada es tan alta que parece una muralla de vidrio y luces doradas. Columnas falsas, cascadas de agua artificial iluminadas en azul eléctrico y un vestíbulo que resplandece como si lo hubieran bañado en oro líquido.

Es mi primera vez en Las Vegas.

Al entrar, me golpea una ráfaga de aire frío mezclado con perfume caro. El suelo de mármol refleja las lámparas de cristal colgantes. La gente va y viene con maletas, risas y el sonido metálico de las tragaperras filtrándose desde algún salón lateral.

Billie y Thomas caminan a mi lado con pasos seguros, como si esto fuese un escenario más y no un exceso desbordado. Thomas se acerca al mostrador de recepción y habla en voz baja con la recepcionista, entregando documentos y firmando papeles. Yo me quedo un poco atrás, aferrada a las correas de mi mochila, intentando que el ruido no me arrastre.

El ascensor nos espera, brillante y silencioso, otra cápsula metálica. Me obligo a entrar, aunque siento esa presión en el pecho, esa amenaza de que el espacio se cierre sobre mí.

Cuatro tiempos. Un punto fijo.

El panel con números dorados me salva; aprieto los labios y me concentro en la luz roja que parpadea mientras ascendemos.

Extraño el tiempo en el que entrar a lugares cotidianos no me generaba nada.

—Piso treinta y seis es el tuyo, Molly —anuncia Thomas, leyendo el número en la tarjeta magnética.

Las puertas se abren y un pasillo alfombrado se extiende frente a nosotros, demasiado largo, silencioso, iluminado con lámparas tenues que parecen guiar a un mundo diferente.

Billie avanza contando puertas, yo sigo su ritmo, cada paso hundiéndose en la alfombra mullida, hasta que se detiene frente a una habitación con números dorados.

—Esta es la tuya —indica.

Paso la tarjeta por el lector, un pitido suave confirma la apertura.

Me quedo en el umbral un instante, mirando hacia el interior: hay una cama enorme, ventanales que dejan entrar los destellos multicolores, y un minibar que parece una joyería.

Thomas entra e inspecciona la habitación, abriendo puertas, cajones y las vistas de la ventana.

Billie lo mira con una ceja arqueada.

—Quería verificar que fuera la habitación que pedí —explica con simplicidad y vuelve al pasillo.

—Gracias —digo mirándolos a los dos—, por acompañarme.

—No digas tonterías —dice Billie apoyando una mano sobre mi hombro—, luego te mando un mensaje para encontrarnos.

—Perfecto.

Los dos me saludan y regresan hacia el ascensor. Me pregunto en qué piso se quedarán ellos.

Cruzo finalmente la puerta. Dejo la mochila a los pies de la cama y me permito un respiro profundo.

Estoy aquí.

Y aunque no lo diga en voz alta, la pregunta me golpea inevitablemente: ¿estará Báron ya en este mismo hotel?



El mensaje de Billie dice que nos encontramos a la noche para cenar; eso se traduce en cuatro horas libres, aproximadamente.

Precavida de más, como siempre, traje un libro para preparar un examen largo y tedioso, así que me siento en el sofá de terciopelo, junto a la ventana, y comienzo a leer.

Después de dos capítulos y unas pocas anotaciones, levanto la vista. Desde aquí, la ciudad parece explotar.

Los carteles luminosos parpadean, llamando a entrar en hoteles gigantescos; la gente camina en grupos, riendo, dejándose arrastrar por el exceso. Yo, en cambio, estoy encerrada en esta habitación, estudiando.

Cierro el libro con un golpe seco que retumba demasiado fuerte en el silencio. Tomo la tarjeta magnética, mi mochila y salgo.

El pasillo alfombrado amortigua mis pasos. En los espejos dorados del ascensor me descubro distinta: despeinada, con la mochila floja y la ansiedad marcada en la cara. Bajo hasta el vestíbulo y el ruido me golpea de inmediato. Risas, copas, el sonido metálico de las tragaperras, la música de piano en vivo. Todo me rodea como un enjambre.

La garganta se me cierra, la presión sube por el pecho. No…, otra vez no.

Cierro los ojos un instante y sigo el protocolo: inhalo en cuatro tiempos, sostengo, exhalo lento. Busco un punto fijo, algo que me

ancle.

La lámpara central, gigantesca, con un cristal torcido en un extremo, me salva.

Salgo por las puertas de vidrio y me recibe el calor de la noche. Neones rojos, azules, verdes, taxis que frenan de golpe, la acera vibrante de gente. Cada paso me empuja más lejos de la seguridad del hotel y más cerca del cosquilleo incómodo que me recorre el estómago.

Estoy sola aquí, pero no me detengo.

Camino sin rumbo, tragada por la multitud. Saco un par de fotos a los lugares emblemáticos, las siete maravillas del mundo reproducidas a pequeña escala, pero a medida que el sol cae, el ambiente se pone denso.

Las personas pasean borrachas y ríen con una estridencia que me retumba en los oídos. Veo mujeres con poca ropa ofreciendo servicios, hombres que susurran cosas cuando paso a su lado.

Me detengo. Quizá sea el momento de volver.

—¿Quieres una foto? —pregunta alguien detrás de un disfraz de Mickey.

—No, gracias —respondo, aferrando con fuerza las tiras de mi mochila.

—¡Por ti lo hago gratis, muñeca! —Su voz suena amortiguada por la máscara, pero la intención es demasiado clara.

Me alejo, esquivando su enorme cabeza que se acerca en exceso a mi rostro. De repente, el disfrazado se aparta con brusquedad y cae al suelo.

—¡Eh! ¡¿Qué coño te pasa, hombre?!

—Dijo que no, ve a rogarle a otra, imbécil.

Lo escucho antes de verlo.

Unos metros más adelante, en medio del flujo incesante de turistas, está él.

Báron.

Traje oscuro, gafas todavía puestas, aunque es de noche, el pelo recogido con una precisión impecable. Su sola presencia arrasa con el caos de Las Vegas; de pronto, todo a mi alrededor parece un decorado barato.

Se acerca con calma.

—No duraste mucho con el libro, pequeña —dice, y la multitud se disuelve a mi alrededor como si nada más existiera.

Mi respiración, la que hace un momento se tambaleaba, ahora sigue su ritmo sin esfuerzo. Como si él fuera el único protocolo que necesito.

—¿Cómo…?

—Te conozco lo suficiente para adivinar tus movimientos. —La gente se mueve rápido a nuestro alrededor, pero cuando lo miro parece que el tiempo se vuelve un chicle—. Siento mucho no haber estado en el vuelo. Thomas me dijo que no fue fácil.

Las mejillas me arden.

—Hubo un intento de ataque, pero lo pude controlar —aclaro.

Báron ladea la boca, apenas un destello, y sus ojos brillan con algo cálido que me entibia el pecho.

—Lo sé. No hay nada que no puedas lograr, Molly.

«Excepto darte el "empujoncito"», pienso.

Coloca una mano cerca de mí, evitando que un muchacho distraído me lleve por delante.

—Lo siento —murmura el chico y sigue su camino.

—Vamos, que estamos en medio de un campo de batalla —advierte Báron con calma.

Nos sumamos al flujo de personas. Él, con las manos en los bolsillos. Yo, con las mías enganchadas a la mochila.

—¿Qué hacías por ahí? —pregunto, buscando conversación.

Sus ojos permanecen ocultos tras las gafas redondas.

—Te vi salir del hotel —dice, desviando la vista hacia el suelo—. Quería verificar que estabas segura.

Me detengo en seco.

—¿Me seguiste durante estas horas?

—«Seguir» es una palabra muy fuerte, pequeña. Solo estaba cumpliendo mi papel.

—¿Y cuál es, Báron? ¿Estoy en peligro?

Traga saliva y me toma del brazo, apartándome a un rincón más tranquilo de la calle, donde el ruido se atenúa.

—No estás en peligro —afirma con esa autoridad que no deja lugar a dudas—, pero no me gusta verte deambular sola por la ciudad del pecado.

—¿Por qué no?

—Porque no —concluye seco, como si eso bastara.

Yo entrecierro los ojos.

Antes me habría callado, habría aceptado esa respuesta como quien acepta una orden, pero ahora no. No después de todo lo que ha hecho por mí.

—Eso no es una explicación, Báron. —Mi voz tiembla, aunque lo disimulo apretando más fuerte las correas de la mochila.

Sus labios se tensan, un gesto casi imperceptible.

—Dime qué es lo que te inquieta. ¿Es la ciudad… o soy yo?

El silencio que sigue me oprime más que la multitud.

Él traga saliva, su mandíbula marcada bajo la luz de los neones.

—Eres tú —admite al fin, en un susurro que parece más una confesión arrancada a la fuerza.

Me quedo helada.

No sé si sentirme triunfante o asustada.

Un grupo de turistas pasa entre risas, pero yo solo escucho ese «eres tú» latiendo en mi cabeza.

Báron baja un poco la voz, inclinándose hacia mí.

—No entiendes lo que provocas, pequeña. Y si lo entendieras, no me estarías pidiendo respuestas.



BÁRON

MALDECIR SU EXISTENCIA.

Thomas y Billie ya nos esperan en la mesa del restaurante donde teníamos reserva. Los dos conversan demasiado cerca, con una intimidad natural que contrasta con la distancia helada que ahora existe entre Molly y yo.

La ahuyenté.

Y eso es exactamente lo que quería.

Pasé toda la noche sin dormir, esperando expectante por la aparición de ese malnacido, por su sed de dinero y poder.

Sujeto la silla para que Molly se siente.

Obligo este distanciamiento porque es lo mejor para los dos, aunque me destroce.

Thomas levanta la vista, me sostiene la mirada un segundo y, con un leve asentimiento, me da la bienvenida.

—¿Has visto la ciudad? —le pregunta a Molly.

—Es… increíble. Nunca había estado aquí. Mucha más gente de la que imaginaba.

—Un idiota intentó abalanzarse sobre ella —murmuro mientras acomodo la servilleta en mis piernas.

El comentario me traiciona. Levanto la vista justo a tiempo para ver cómo Billie se arquea de satisfacción.

—Y me imagino que la rescataste —lanza.

—Molly no necesita rescate —le devuelvo, clavándole los ojos.

—No, solo un empujoncito —replica, guiñándole un ojo a Molly. No entiendo a qué se refiere, pero la incomodidad de ella es evidente.

El resto de la cena pasa demasiado rápido, todos ansiosos por trasladarse al salón de juegos, ese mundo artificial de luces y ludopatía. Yo lo que menos quiero es estar aquí. Pero dejarla sola no es un lujo que me pueda permitir.

—¿Qué tal una mesa de póker, Báron? —sugiere Thomas al levantarse, como si diera por concluida la cena.

Asiento a regañadientes. Sé lo que quiere: información.

Billie se incorpora, toma a Molly de la muñeca y la señala con una sonrisa cómplice.

—Nosotras tenemos cosas que hacer. Nos encontramos luego.

—Billie… —llamo, sintiendo un golpe de ansiedad, pero Thomas me sostiene del brazo y asiente.

Él nunca dejaría a su futura esposa sin protección, por lo tanto, cambio lo que iba a decir por:

—No hagáis nada alocado.

Por supuesto que me ignora y las dos se alejan juntas. El vacío que dejan me oprime el pecho. Sé que Billie está jugando su propio juego. Y lo que más me aterra no es no entenderlo…, sino que Molly termine pagando el precio.



Las Vegas nunca duerme.

El salón del casino es un espectáculo de luces doradas, risas ebrias y el tintineo metálico de las fichas. El aire huele a whisky derramado.

Me siento junto a Thomas en una mesa de póker. Un crupier con sonrisa de estatua reparte las cartas: sus manos se mueven rápidas, mecánicas, sin saber que lo que se juega aquí no son fichas, sino mi condena.

—Su jugada —informa el crupier, voz neutra, como si fuera inmune al veneno que circula en esta mesa.

Levanto apenas las cartas y no veo nada. El naipe podría estar en blanco y sería lo mismo. Mi atención está fija en Thomas, que parece más cómodo aquí que en su propio despacho.

—Tengo diez hombres vigilándolas en este momento, respira. ¿Qué noticias tienes? —pregunta en voz baja, lo justo para que solo yo lo escuche mientras coloca un par de fichas sobre el tapete.

—Está en la ciudad, pero no se ha acercado al edificio de Molly —respondo, lanzando mis fichas como si pesaran toneladas.

El murmullo de los jugadores a nuestro alrededor cubre la conversación, pero siento que cada palabra mía se graba en piedra.

—Está tomándose su tiempo, probablemente sea un juego para él.

El crupier anuncia la apuesta. Thomas desliza sus fichas con elegancia.

—¿Qué has encontrado en Internet? —pregunto con naturalidad, como si hablara del clima.

Por primera vez, Thomas olvida el juego. Alza la mirada, fija, como si pudiera leer en mis ojos el recuerdo de esa sangre.

—Aparentemente, el contrato se anunció el día que tu hermano desapareció por segunda vez, lo más seguro es que tuviera activado lo que usualmente se llama *Action Post Mortem*: cuando deja de actualizar su existencia, se dispara lo que sea que hayas dejado programado.

—¿Y por qué no intentó algo antes?

—Porque antes no tenías a nadie, hace una semana aparecieron imágenes tuyas en un restaurante muy cómodo con Molly, hay otras en la universidad, en el parque —explica, cortante. Toma un sorbo de whisky, vuelve a dejar el vaso en la mesa sin mirarlo. Luego añade, casi en un susurro—: No has sido cuidadoso, Báron.

Respiro hondo.

Me avergüenza no haber caído en que este era un posible escenario, estuve tan metido en mi cabeza, tan desesperado por contener mis instintos que logré lo que tanto temía que pasara.

Maldecir su existencia.

El ruido del casino parece quedar a kilómetros de distancia. El juego continúa, las risas siguen, las luces parpadean, pero yo solo escucho la sentencia en la voz de Thomas.

Me obligo a mirar mis cartas otra vez.

No importa qué haya en ellas: ya estoy marcado.



MOLLY

UNA FIESTA DE DOS.

Billie juega con las máquinas.

El sonido metálico de los rodillos se repite sin pausa hasta que las imágenes quedan desiguales y ella chista por lo bajo.

—Esto no es para mí —bufa, apartándose con fastidio—. Es la peor despedida de soltera de la historia.

Me sobresalto.

—Espera… ¿eso quieres que sea esta noche? —digo, sujetándole el brazo.

—Era la idea.

—¡Billie! ¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos haber planeado algo mejor.

Ella se encoge de hombros, resignada.

—La realidad es que no sé qué hacer. ¿Qué hacen las mujeres la última noche antes de casarse?

—No tengo ni idea, nunca fui a una —confieso—. Pero olvídate de lo que hacen las demás. Piensa en lo que tú tienes ganas de hacer.

Abandonamos la máquina y Billie juega con una moneda entre sus dedos, haciéndola girar distraídamente. Me recuerda a mi moneda de la suerte, siempre acompañándome en un bolsillo. El casino no tiene ventanas ni relojes; podría ser de día o de noche y yo no lo sabría.

—Mmm… no lo sé —responde justo cuando una máquina a nuestro lado estalla en una lluvia de monedas, atrayendo a medio salón.

—¿Thomas y Báron estarán festejando? —pregunto, medio en broma.

—Esos dos no saben festejar ni aunque les pongas un globo en la mano —responde riendo, hasta que de pronto me agarra del brazo —. ¡Oh, Molly, mira!

Sobre la entrada del salón, una pantalla enorme anuncia un espectáculo en media hora. El nombre de un DJ famoso parpadea en luces violetas. Billie lo reconoce al instante; sus ojos se encienden.

—Tenemos que ir —decide.

Bajo la vista a mis vaqueros y suspiro.

—¿Crees que deberíamos cambiarnos de ropa?

Ella también observa su vestido sencillo y un brillo especial aparece en sus ojos.

—¿Cambiarse? No, mejor… vamos de compras y luego entramos allí.

Sonrío, contagiada de su entusiasmo.

La despedida de soltera más improvisada de la historia acaba de empezar.



El centro comercial está conectado al mismo hotel, un laberinto de tiendas con escaparates brillantes que parecen competir entre sí.

—Aquí —dice, empujando la puerta de una boutique con luces tenues y música electrónica suave—. Este lugar es perfecto.

Antes de que pueda protestar, ya tiene un par de vestidos colgando de su brazo. Los colores son intensos, telas que brillan bajo las lámparas y escotes que me dan vértigo solo de mirarlos.

—Billie, yo no puedo ponerme eso… —susurro, observando un vestido negro corto con tirantes finísimos que ella me pasa.

—Claro que puedes. Además, es tu deber en mi despedida de soltera, si yo te doy una diadema con dos pollas de plástico, debes ponértela —responde con una sonrisa cómplice, empujándome hacia el probador.

Dentro, el espejo me devuelve una imagen que no reconozco. El vestido se ajusta demasiado, como si revelara cada pensamiento oculto. Me acomodo el tirante nerviosa, intentando convencerme de

que puedo salir así. El cabello me oculta la cicatriz, que es lo que me interesa, solo debo preocuparme de que nadie me lo aparte.

—¿Cómo va eso? —pregunta Billie desde fuera.

—Me siento… desnuda.

Ella se ríe.

—Eso significa que funciona. Déjame ver.

Respiro hondo y corro la cortina. Sus ojos se iluminan.

—Perfecta. Báron va a… —se muerde la lengua y finge toser—, quiero decir, todos van a quedarse sin aire cuando entres.

Me sonrojo hasta las orejas, pero no protesto. Tal vez por una vez pueda dejar que la ciudad me transforme un poco.

Billie elige para ella un vestido rojo con lentejuelas que parece hecho para el escenario. Cuando nos miramos en el espejo de cuerpo entero de la tienda, no podemos evitar reír con nervios. Dos versiones irreconocibles de nosotras mismas, listas para una noche que no estaba planeada.

—Venga —dice tomándome del brazo—. Es hora de convertir esta despedida en algo que valga la pena.



El bajo se escucha desde la entrada, un golpe seco que resuena en el pecho y hace temblar el suelo. Billie camina a mi lado con paso firme, su vestido brilla como si fuese una de las luces del lugar.

Yo, en cambio, me aferro a la tira de mi pequeño bolso, uno que Billie insistió en que comprara para dejar de ir a todos lados con la mochila.

El guardia apenas nos mira; la pulsera que compramos en la entrada basta para que nos deje pasar.

Dentro, la música acapara toda la atención. Una ola de calor, perfume y humo artificial me envuelve de golpe. Luces violetas, azules y verdes se cruzan frenéticamente, tiñendo de colores extraños las caras de la multitud.

El DJ aparece en la tarima, los brazos en alto, y la gente estalla en gritos. Billie me sujeta la mano y me arrastra hacia delante, abriéndose paso entre cuerpos que saltan y se empujan como si fueran partículas sin órbita.

—¡Molly, esto es una locura! ¡Yo pongo su música cuando no quiero entrenar! —grita sobre la melodía, sus ojos brillando de emoción.

Yo asiento, aunque mi respiración se acelera demasiado rápido. El aire es denso, el espacio reducido, las luces me ciegan por momentos.

Cuatro tiempos. Un punto fijo.

Me concentro en la pantalla gigante que proyecta figuras geométricas repetitivas. Eso me salva, me centra.

Billie ya baila como si el mundo fuese suyo, los brazos en alto, el vestido rojo reflejando cada destello de luz. Me sonríe, me anima a unirme.

Por un segundo lo intento: dejo que la música me atraviese, que las luces me arranquen de la timidez. Siento la tela del vestido pegada a la piel, mis movimientos torpes al principio, pero míos.

No me resulta fácil, pero a Billie le debo todo y ella parece estar pasando un buen momento. Bailamos sin ritmo y robóticamente, pero sonreímos, y la realidad es que esta es una fiesta de dos, a pesar de estar rodeadas de gente.

Una celebración de que sobrevivimos, de que pasamos de estar encerradas en un contenedor a estar aquí, libres, vivas. Este es un momento que nos conecta y que nunca antes experimenté.

Pequeñas orbitas.

Y entonces lo noto.

Una mirada fija, constante, que me atraviesa desde algún punto del club. Mi corazón se desboca, no por la música.

Báron está aquí.

Thomas y Báron caminan entre la multitud como dos gigantes adueñándose de la aldea.

A Thomas no le gusta estar aquí, creo, tiene la misma cara todo el tiempo, pero a Báron no le gusta que *yo* esté aquí.

Thomas le dice algo a Billie y señala hacia la izquierda, ella asiente y lo ve marcharse, pero Báron está de pie frente a mí, sin decir nada.

Sus ojos me atraviesan y no sé qué hacer con mi cuerpo.

Billie se pone en medio de los dos y le dice algo al oído que hace que Báron cambie su semblante.

Lo agravia y lo único que escucho es:

—Esto no es un juego, Billie.

Nunca lo vi tan serio.

Se acerca a mi oído antes de irse y dice:

—Estaré allí si me necesitas.

Y se va.



BÁRON

TODOS TENEMOS UN LADO OSCURO.

Billie lo hace a propósito.

La trae a esta mierda de lugar, la viste como muñeca y la exhibe a todo el mundo para que yo pierda la cabeza.

Y lo está logrando.

Trago duramente el segundo vaso de whisky de la noche y lo apoyo sobre la mesa de la sección VIP que Thomas escogió.

Solo una mesa con dos sillones.

Solo para verlas.

Observarlas.

Vigilarlas.

No importa cuánto posea Thomas a Billie, no puede sacarse esa necesidad que tiene de acosarla con los ojos.

Confieso que el hipnotismo ya me está atrapando a mí también: verla sonreír, bailar, reírse con esa libertad que no tenía hace un mes… me sentencia.

Le doy otro sorbo.

No creí encontrarla aquí, disfrutando. Me alegra por ella, pero al mismo tiempo siento que estoy haciendo equilibrismo en el filo de un cuchillo, cada vez que veo que los hombres a su alrededor la siguen con la mirada, no sé si la desean o buscan matarla.

No puedo culparlos, yo no puedo quitarle los ojos de encima tampoco; y por más que continúe mintiéndome, repitiéndome que es porque la estoy custodiando, en el fondo sé que no puedo controlar lo que me pasa cuando la tengo cerca.

El problema no es que me provoque…, es que no sé cuánto tiempo más podré resistirme.

—¿Hace cuánto que sales con ella? —pregunta Thomas desde detrás de su vaso, sus ojos siguen puestos en Billie.

—¿Con Molly? —pregunto confundido.

Thomas aparta el vaso de sus labios y se enfoca en mí con irritación.

—¿Hay alguna otra mujer que mires como si quisieras comértela, Lord?

Suspiro, ignorando lo evidente.

—No pasa nada entre los dos.

—Entonces debes alejarla bajo un pretexto inofensivo. No más paseos públicos, nada que los demás puedan usar contra ti.

—Después de la escena que hice hoy, dudo que deba esforzarme —digo por lo bajo.

—Quizá sea para bien —responde seco—. Resuelve este problema que se presentó, luego plantéate qué quieres hacer con tu vida.

Asiento con desgano, buscando su silueta en medio de las luces, pero ya no está.

Thomas también lo nota. Su cuerpo entero se tensa; se pone de pie como un águila que avista una presa.

—Y una mierda… —dice entre dientes a medida que comienza a moverse entre la multitud con ira.

Cuando sigo la mirada, encuentro a Molly conversando con un tipo que le acerca una copa, Billie está distraída en la barra conversando con otro.

Bajo junto a Thomas rápidamente, sin perder a Molly de vista.

Le sonríe.

Le sonríe a ese imbécil con ternura y se guarda un mechón de pelo tras la oreja con inocencia.

Él comienza a acercarse para hablarle en el oído y puedo verla retroceder un poco, ofuscada con la cercanía.

Encuentro a Thomas haciéndole un gesto a dos hombres que se acercan a ellas, ambos dan media vuelta y se retiran.

Mi intención era detener cualquier locura, pero Molly y su «nuevo amigo» roban toda mi atención.

No pienso. Actúo.

Lo agarro del cuello y lo aparto con violencia, hasta que trastabilla y cae, empapado de lo que fuera que había pedido.

—¡Báron! —dice Molly cubriéndose la boca.

De reojo puedo ver a Thomas cargar a Billie sobre uno de sus hombros, tapándola el culo con la mano, mientras ella patalea.

No tengo que preguntarle a dónde van.

El tipo del suelo se levanta para intentar pelar, me interpongo empujándolo de vuelta.

—Quédate sentadito —ordeno con calma.

—¡Está loco! —grita—. ¡Seguridad!

Ignoro su voz.

Tomo la muñeca de Molly y la arrastro fuera del lugar, con la sangre latiéndome en las sienes.



La dejo libre únicamente porque estamos dentro del ascensor y solos. Su pecho sube y baja con rapidez. Sus ojos brillan de rabia… y algo más.

—¿Qué fue eso, Báron? —me enfrenta, con la voz quebrada por la mezcla de miedo y furia—. ¡Lo atacaste!

Camino hacia ella lento, dentro del ascensor, las paredes parecen achicarse.

—Se te estaba echando encima. No pienso quedarme quieto mirando cómo otro te toca.

—¡No era nada! —me replica, pero su voz titubea cuando me acerco más—. Estaba hablando conmigo, nada más…

—No —la interrumpo, mi voz grave y peligrosa, doy un paso más cerca, hasta que su espalda choca con la pared—. Le sonreíste como si él pudiera darte algo que yo no.

Se queda inmóvil. La rabia en sus ojos titila, pero no logra encubrir el temblor en su respiración.

—¿Estás… celoso? —pregunta al fin, incrédula.

Me río sin humor, apoyando la mano contra la pared detrás de ella, cerrándole el paso. Inclino el rostro hasta que mi aliento le roza la mejilla.

—Celos no, pequeña. Lo que siento es hambre, *es asfixia.*

Ella retrocede, aunque no hay más espacio, está atrapada entre mi cuerpo y la pared de espejo. No se me escapa el hecho de que no sienta claustrofobia ahora. Sus labios se entreabren, como si quisiera responder, pero no salen palabras.

Le acaricio el mentón con la yema de los dedos, obligándola a mirarme.

—Lo odio, Molly, *odio* que me mires con esa inocencia, *odio* que sonrías como si yo fuera un hombre normal. Tus ojos me devuelven la ilusión de que todavía soy humano.

—Eres un hombre normal —susurra, apenas audible.

—No lo soy. —Mi voz es un gruñido contenido—. Y deberías haberte dado cuenta, a estas alturas, de qué clase de persona es la que estás dejando entrar a tu vida.

El ascensor se abre, llegamos a su piso y vuelvo a sujetarla de la muñeca para llevarla a su habitación. Busco en su bolso la tarjeta y abro la puerta, empujándola con cuidado dentro.

Quisiera encerrarla hasta que nos vayamos.

Que nadie más ponga sus ojos libidinosos sobre ella.

El silencio se espesa entre los dos. Ella tiembla, pero no me aparta. La línea entre su miedo y su deseo es tan delgada que me enloquece.

Cierro la puerta y observo a nuestro alrededor cualquier indicio de movimiento ajeno, reviso su baño, debajo de la cama…

—Todos tenemos un lado oscuro, Báron —dice con su voz apenas audible.

Lo siguiente que hago es cerrar las cortinas de la habitación; el libro que imaginé que leía, abandonado en el sofá cuando decidió ser una mujer aventurera.

Volteo y respeto el espacio que impuse entre los dos.

—Si supieras lo que pienso cada vez que sonríes, correrías lejos de mí.

Ella se acerca con dedos temblorosos y los apoya sobre mi pecho.

—¿Cómo sabes que no tengo los mismos pensamientos? —susurra, haciendo que apriete los dientes.

—No hagas eso, no juegues a que esto es normal. ¿Sabes qué pienso cuando te tengo cerca? —Doy un paso más hacia ella—. Que tu cercanía me envenena, Molly. —Sus ojos se abren con dolor, su boca queda entreabierta y fijo la mirada allí—. Bastan unos centímetros para que quiera olvidarme de todo lo que juré y follarte como un animal en celo contra la pared hasta que pierdas la puta conciencia, ¿entiendes? Dime, ¿eso es lo que piensas? ¿Imaginas que poseo cada parte de tu cuerpo y tomo control de él? ¿Me escuchas ordenarte que me chupes la polla sin un ápice de suavidad en mi voz? —Ella traga saliva con fuerza, puedo ver sus miedos en la superficie de esos ojos verdes que me atormentan—. ¿No? ¿Te da miedo, pequeña? Pues eso es lo que imagino todas las noches, así que no confundas mi cercanía con bondad. Estoy hecho de culpa, sangre y tragedia, Molly, y no quiero arrastrarte conmigo.

La esquivo para salir de su habitación, no soporto ver la desilusión en sus ojos, esa imagen que ha creado de mí acaba de romperse en millones de pedazos.

No quiero ser testigo de eso.

Estoy a punto de alcanzar el picaporte cuando dice:

—Mi imaginación es más oscura que eso, Báron.

Me detengo.

—¿Qué? —Volteo y siento escalofríos correr por mis brazos.

Baja la mirada, sus puños están cerrados. El vestido tentador le queda fuera de lugar, no es su estilo, no es el reflejo de su personalidad. Ella usa chaquetas de punto y pijamas infantiles, eso es ella.

—Cuando cierro los ojos, imagino tus manos agarrándome con furia; tu voz, un comando que se impone en lo que tengo que hacer.

¿Qué dice?

¿Qué está pasando aquí?

—Detente —advierto, sintiendo todo mi cuerpo tenso, mi respiración fuera de control.

—Imagino tu mano agarrándome del pelo, exigiéndome que…

—Molly, cierra la boca —digo acercándome, ella no retrocede a pesar de mi intento de asustarla.

Dios me pone a prueba, lo sé.

—Te escucho gemir mi nombre entre dientes apretados, te siento… obligándome —levanta la mirada, es una que no vi antes, una decidida—, *forzándome.*

Detengo sus palabras cuando pongo una mano sobre su boca, la empujo hasta las cortinas y la presiono contra la ventana oculta detrás.

—No sabes lo que estás diciendo, cállate.

Me quita la mano.

—No soy todo lo que imaginas de mí, como tú no eres todo lo que imagino de ti. —Sus ojos navegan por mi boca.

—No me mires así… —ruego, sintiendo que pierdo el control—. No sabes quién soy, la oscuridad a la que puedo arrastrarte es infinita.

—Déjame probar —murmura, apoyando la mano en mi pecho como si quisiera escuchar mi latido. La noto diminuta y temblorosa; la acerco a mis labios y deposito un beso en sus nudillos, con la gravedad de un juramento.

—Cuando me tocas, la culpa arde menos… —susurro—. Casi puedo creer que todavía merezco respirar.

Su mano me acaricia el rostro y nuestros ojos conectan.

—Muéstrame —murmura—. Muéstrame quién eres, Báron.

Niego con la cabeza, cerrando los ojos y apoyando la frente contra la de ella. Nuestros dedos se unen y la suavidad de su piel es tan peligrosa como lo que me inunda el pecho.

—Molly…, me estás matando.

Casi puedo sentir el control otra vez, lo tengo serpenteando entre los dedos, pero lo tengo.

—Si te vas por esa puerta, volveré a buscarlo.

Frío me atraviesa la columna.

Abro los ojos: poseídos, violentos, como si algo dentro de mí despertara.

La agarro de la barbilla con mano dura y la atraigo hacia mí.

—No si lo mato primero —amenazo—. Prefiero condenarme mil veces antes que imaginarte con otro.

—Entonces dame lo que necesito.

Y lo pierdo.

El control se deshace en mi pecho como hielo caliente.

Mis labios se estampan contra los suyos y tomo posesión de su boca sin ceremonia.

Su espalda queda clavada contra las cortinas; mis manos la sujetan el rostro con dureza.

El beso del restaurante fue un juego de niños comparado con esto.

Ella gime cuando arrastro la lengua por la suya, y un rayo viaja directo a mi polla.

Alzo su cuerpo sin apenas esfuerzo, la instalo sobre mi cadera y la dejo caer contra la cama; la cubro con mi peso y la sujeto de las muñecas hasta que queda inmóvil.

—Quítate este maldito vestido —gruño bajándole los tirantes.

Desnudo su cuerpo con premura, exponiendo su ropa interior rosa bebé.

Es como un hachazo en medio del cráneo.

Su pelo rojo está desparramado sobre la cama, su cuello expuesto, sus ojos verdes me observan con prudencia.

Me analizan.

Clavo los codos hacia los lados de su rostro y la beso una vez más, sintiéndome adicto a su sabor, a su olor, la suavidad de su piel.

Me alejo solo un poco para mirarla, para recordarme que esto está pasando justo cuando no debería ocurrir, cuando podría estar poniéndola en riesgo real. Pero sus ojos pesados con lujuria piden más de mí, mientras su mano me acaricia el rostro.

—Todo mi autocontrol se convierte en cenizas cuando me miras así —susurro sobre sus labios, mi pulgar acaricia su mejilla.

Ella devuelve el beso con timidez al principio, hasta que toma confianza y reclama mi boca con intensidad. Sus labios no dicen nada, pero sus manos intentan arrancarme la camisa y cumplo con su demanda, haciéndola desparecer.

Estoy desnudo frente a ella y no solo físicamente.

Sus dedos pasan por la cicatriz rosa sobre mi pecho, la que dejó mi padre el día que lo maté, como un recuerdo perpetuo de que mi corazón nunca iba a ser el mismo.

Le sujeto los dedos para alejarla de la curiosidad y me los llevo a la boca.

Dejo que mi lengua pasee entre ellos y observo como está al borde del placer.

Lentamente quito su braga rosa, el triángulo que ocultaba se ve exquisito desde aquí.

—Sería una pena no probarlo —termino la frase en voz alta y me hundo entre sus piernas.

—Báron… —gime cubriéndose el rostro, le sujeto las manos y las clavo a los lados de su cuerpo, obligándola a enfrentar las vistas que tiene.

—Mírame.

Molly acata la orden con tanto deseo que pierdo la cabeza y me hundo entre sus pliegues, succionando todo de ella, marcándola.

—¿Así es como me imaginabas, pequeña? —digo mientras juego con la lengua por sus muslos internos.

Molly niega con la cabeza.

Me detengo.

—¿Y qué imaginabas?

—Más restricción —susurra.

Me muerdo los labios al ver cómo pelea su inocencia con su lado más oscuro.

No sé si puedo sobrevivir a esta noche.

Rápidamente busco mi cinturón y le envuelvo las muñecas para que queden enganchadas al marco de la cama.

—¿Estás segura?

Asiente mordiéndose el labio, y yo deshago ese gesto con un beso para aflojar la presión.

Sus piernas desnudas se cierran inconscientemente sobre la cama y las separo con brusquedad, hundiendo la cara allí abajo.

Ella busca dominación de mi parte. Aún no entiendo por qué, pero eso es lo que obtendrá si sigue mirándome así.

Sostengo su cadera y restrinjo todavía más sus movimientos, sus gemidos crecen a medida que me vuelvo más animal.

Más primitivo con mis lamidas.

Nunca estuve tan conectado con el deseo carnal como en estos momentos.

Puedo sentir la tensión, y lo que ocurre luego… Molly se contrae gimiendo mi nombre.

El mío, bajo mi lengua.

La observo como un depredador, esperando que termine para atacar.

En cuanto sus ojos satisfechos se abren y conectan conmigo, junto nuestras bocas.

—Así sabe tu excitación, pequeña —digo forzándola a sentirse.

Ella no parece espantarse, en absoluto.

Y eso me lleva al abismo.

Me abro hueco entre sus piernas, dejando que mi polla se coloque en su entrada, y lentamente empujo.

La tensión es demasiada.

Todos estos años de celibato terminan porque no pude controlarme.

Me detengo e intento volver en mí.

—Esta no es tu primera vez, ¿no?

Molly esconde los labios, nerviosa de golpe.

Me alejo.

—Molly…, ¿es tu primera vez?



MOLLY

LA FLOR EN EL CAOS.

De todas las preguntas que podían incomodarme, tuvo que elegir la peor.

—Sí —respondo, con la vergüenza atragantada.

Báron se pone de pie de inmediato, como si le hubieran dado una descarga. Pasa la mano por su rostro y el pánico de perderlo me golpea con violencia. Ahora que lo veo entero, mis ojos se pierden en su cuerpo enorme, en el movimiento de sus músculos al andar, en las cicatrices de su espalda que cuentan más que sus palabras.

—¡¿Por qué no me lo has dicho?! —protesta, deteniendo su caminar errático.

—Porque sabía que ibas a ser extracuidadoso.

Eso lo enfurece.

—¿¡Y qué pretendías que pasara, Molly?! ¿Que te follara hasta hacerte gritar de dolor?

Mis manos siguen atadas. Intento liberarme para poder enfrentar esta conversación de pie y con ropa, pero él sólo observa mi forcejeo, inmóvil a los pies de la cama.

Su cuerpo desnudo, poderoso e intimidante.

—Puedo soportar el dolor —respondo con calma, aunque él está más alterado que nunca, más incluso que cuando lo amenacé con irme con otro hombre.

—¡No se trata de eso, joder! —ruge, nunca lo escuché maldecir antes—. ¡Se trata de que es tu primera vez y debería ser especial! —Vuelve a caminar en círculos alrededor de la cama, desbordando frustración—. No puedo creer esto.

—Es mi decisión, Báron.

—Es de los dos. ¿Crees que podría vivir con mi conciencia sabiendo que pude haberte lastimado?

—Suéltame si vamos a tener esta conversación —exijo, forcejeando otra vez contra las ataduras.

Sus ojos grises cambian de tono; algo oscuro los invade, y su energía se altera como la de un depredador que se prepara para el salto.

—No.

Me detengo.

El aire se corta de inmediato.

—Báron… —Mi voz es más un ruego que una protesta—. No soy una niña.

—No entiendes nada —lanza, pero el temblor en sus manos lo traiciona.

—Entiendo que me deseas tanto como yo a ti. —La frase me arde en la lengua, pero la digo igual.

Él da un paso al frente.

Su sombra me cubre el cuerpo, su respiración me roza la mejilla, y por un instante creo que va a ceder. Pero se aparta con un gruñido, caminando de nuevo en círculos como un animal enjaulado.

—No puedo —murmura, más para sí mismo que para mí.

—No puedes… ¿o no quieres? —pregunto, apretando los dientes.

Eso lo detiene.

Sus ojos me buscan, furiosos, como si lo hubiera acorralado.

—¡No quiero lastimarte! —explota, y su voz quiebra—. No quiero ser el monstruo que te marque para siempre.

El silencio que sigue es insoportable.

Respiro hondo.

—Lo que me marcaría para siempre sería que me dejases así. —Sueno firme, aunque mis manos todavía tiemblan atadas—. Yo elijo que seas tú, Báron.

Sus facciones se tensan, un conflicto feroz desatado en su interior. Da un paso hacia mí, luego otro.

—No me hagas esto, pequeña… —susurra, y por primera vez suena derrotado, parece sufrir.

Yo le sostengo la mirada, sin pestañear.

—No soy yo quien te lo hace. Eres tú, negándote a lo único que los dos queremos.

Sus ojos grises se clavan en los míos, esa tormenta que siempre amenaza con arrasarlo todo. Levanta la mano, y por un segundo

pienso que va a apartarse de nuevo. Pero sus dedos se deslizan por mi mejilla, apenas un roce, como si tuviera miedo de quebrarme con el contacto.

—No sabes lo que me pides —murmura, y la voz se le rompe.

—Sí lo sé —respondo sin dudar, inclinándome hacia su palma—. Te estoy pidiendo que no huyas de mí.

Un gruñido bajo se le escapa, casi animal, y entonces sus labios están sobre los míos, bruscos, desesperados, como si en ese beso estuviera volcando todo lo que intenta contener.

Su cuerpo pesa sobre el mío.

El corazón me golpea las costillas, y, aún con las manos atadas, me arqueo hacia él buscando más.

Me devora, pero su control sigue ahí, como una cadena invisible que lo frena. Sus dedos se clavan en mi cintura, me sostienen con fuerza. Cuando se separa, lo hace con violencia, como si arrancarse de mí fuese la única forma de no perderse del todo.

—Si sigo, no podré parar —admite, la voz ronca, como si le costara pronunciar cada palabra.

Yo lo miro, el pecho agitado, y sonrío con picardía, a pesar del temblor en mis piernas.

—Entonces no pares.

Cierra los ojos con fuerza, como si mi petición fuera un golpe directo a su pecho. Pero no responde, se queda ahí, respirando sobre mi piel, suspendido entre la rendición y la resistencia.

De golpe y con una decisión clara, sus manos me recorren el cuerpo con una urgencia que ya no intenta disfrazar. Me toma del rostro, de la cintura, de los muslos, como si necesitara asegurarse de que estoy aquí, de que soy real.

—No hay vuelta atrás —gruñe, los ojos dilatados, su respiración entrecortada contra mi piel—. No voy a parar.

Y no lo hace.

Todo lo que venía conteniendo se desata de golpe, en un torbellino de besos, caricias y mordidas. El Báron que siempre me protege, que se aferra al protocolo y a la disciplina, desaparece, dejando salir al hombre que arde por mí sin reservas.

Yo lo recibo, lo busco, lo empujo a más, porque era esto lo que quería: que se rompiera, que me rompiera, que me eligiera aun con el dolor, con la culpa, con todo lo que teme ser.

En ese instante, no existen cadenas, ni límites, ni reglas. Solo nosotros, perdiéndonos en la misma locura.

Se desliza dentro de mí con extrema cautela, sus ojos obsesivamente sobre los míos, buscando la mínima molestia para detenerse.

—Juré que no iba a volver a estar con una mujer, juré que no iba a dejar a nadie entrar —susurra sobre mi oído, su aliento tibio me acaricia, está dentro de mí, pero no del todo—. Pero cuando llegaste, despertaste toda mi oscuridad, me llevaste al límite de la locura.

—Lo siento —digo, tomando consciencia total de la presión que siento entre las piernas, del peso de su cuerpo sobre el mío.

Báron sigue empujando con una leve risa que cuida muy bien.

—Estoy confesándome ¿y me pides perdón, Molly?

Gimo al sentir que empuja hasta el final.

Él me observa atentamente.

—¿Estás bien?

—Sí —devuelvo tragando saliva.

¿Este es el tamaño de todos los hombres?

Sus embestidas comienzan lentas.

—¿Puedes sentir lo resbaladiza que estás? ¿Lo empapada que te has puesto por mí? —susurra recuperando su seriedad, sus labios besan los míos y me lame el cuello con una lentitud que me vuelve loca—. Joder, tantas noches deseándote, sufriendo por querer tenerte; mírate ahora, ¿que he hecho contigo?

—Me has despertado —confieso.

Báron sale de mi cuello y me observa.

Algo cambia en él.

Las embestidas varían de velocidad, pasan a ser intensas.

Se deja ir por momentos y luego parece controlarse otra vez.

Apoya la frente sobre la mía y gime como un animal lastimado, siento su mano deslizarse entre los dos, hasta que comienza a jugar con mi clítoris.

Mis gemidos se vuelven profundos, inhumanos.

No los puedo ocultar.

—Eso es, pequeña, córrete.

El cuerpo se me paraliza de golpe, los músculos se bloquean y una ola de placer toma control absoluto de mí.

—Oh, joder —gime en la curva de mi cuello. Algo dentro de mí se derrama, calentándome. Sus músculos también se contraen y empuja hasta no entrar más—. Tu perfección va a arruinarme.

No se aparta.

Eso es lo que más me sorprende.

Báron no huye, no se viste deprisa ni se escuda detrás de su traje negro. Se queda ahí, hundido contra mi cuello, respirando como si estuviera a punto de romperse del todo.

En cuanto me libera las manos de su cinturón, mis dedos recorren su espalda, las marcas en su piel, las cicatrices que mantuvo ocultas hasta ahora. Él no se mueve, solo aprieta más la frente contra mi clavícula, como si necesitara esconderse.

—No sé cómo hacerlo —murmura con la voz rasgada—. No sé cómo *ser* contigo.

—Siendo tú —respondo, acariciando su cabello suelto y salvaje—. No necesito otra cosa.

Su risa es amarga, apenas un soplo.

—«Siendo yo» siempre ha sido sinónimo de destrucción en mis libros.

—Pues, entonces, destrózame —digo en voz baja, y sé que lo desconcierto, porque levanta la cabeza y me mira, de verdad me mira. Los ojos grises, húmedos, abiertos en una vulnerabilidad que jamás había mostrado.

Sus manos tiemblan cuando me enmarcan el rostro. Ya no hay depredador, ni guardaespaldas, ni un duque. Solo un hombre asustado, desnudo en su fragilidad.

—No entiendes lo que haces conmigo, pequeña… —susurra, y por primera vez no suena a advertencia, sino a confesión.

Y en ese instante, siento algo florecer en medio del caos: la certeza de que lo estoy viendo sin armaduras, de que lo tengo justo donde nunca se dejó tener.

Segundos después, se levanta y desaparece en el baño, vuelve con una toalla tibia y la coloca entre mis piernas.

La sensación es placentera, más aún cuando me envuelve entre sus brazos gigantes.

Apoyo la cabeza sobre su pecho y su mano me acaricia el pelo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta en voz baja, dejando un beso sobre mi frente.

—A gusto en mi pequeña órbita —respondo, sintiendo los ojos pesados.

Por un instante parece que las palabras no van a salir, pero lo hacen, en un susurro tan bajo que apenas lo escucho:

—Eres lo único que me hace querer quedarme en este mundo, aunque me aterre.

Los ojos se me llenan de lágrimas, porque sé que esas palabras le han costado más que cualquier batalla. Lo abrazo con fuerza, como si pudiera sellar esa confesión entre los dos, y dejo que la oscuridad de la habitación nos envuelva.

Por primera vez en mucho tiempo, no siento miedo.



BÁRON

HIPNÓTICA.

Thomas sospecha algo.

Se suponía que durante el día debía acompañarlo, ser su testigo, pero todo en él parece estar ocultando una bomba.

Una hora antes de la ceremonia estamos sentados en el bar del hotel. Thomas mira su vaso con fijeza. Yo miro la televisión frente a nosotros, pero siento que en cualquier momento va a abrir la boca y decir algo doloroso o, peor, cierto.

Pasé la noche con ella, *toda la noche*.

Me desperté de madrugada con sus curvas apoyadas sobre mi pierna y, antes de darme cuenta, la estaba tomando otra vez, mitad dormida, mitad perdida en el placer. Molly dejó que me apropiara de su cuerpo como si fuera mío.

Aún no la he poseído como quisiera, como ella fantasea, no iba a hacerle eso la primera vez.

Trago saliva con dureza al recordar lo que confesamos y lo que ocurrió: yo perdiendo el control, ella de algún modo tecleando mis intenciones como si fuera una marioneta.

—¿Sabías que Billie les pagó a esos dos? —dice por fin.

Un escalofrío me recorre la espalda; lo miro sin querer comprender.

—¿A los dos tipos de anoche? —pregunto.

Thomas asiente y suelta una risa resignada antes de llevarse el vaso a la boca.

—Les pagó para demostrarle a Molly que tú no tenías control sobre tus celos y que yo iba a comportarme como un jodido neandertal.

—Joder… —susurro, acabándome lo que me queda de copa—. La voy a matar.

Thomas me mira de reojo.

—Es una forma de hablar, King —aclaro al instante—. Es como si la hubieras entrenado tú.

Él ríe por lo bajo otra vez.

Creo que pocas veces lo vi reírse así, una mezcla de orgullo e incredulidad.

—La arrastré por todo el maldito hotel, la arrojé sobre la cama y le pregunté cómo se atrevía a flirtear con un hombre la noche antes de nuestra boda —relata con los ojos perdidos en el recuerdo—. Sentí que me volvía loco, que perdía el control, pero entonces empezó a reír y confesó que lo hizo a propósito.

—Debo admitir que yo también caí en la trampa como un imbécil.

—Todavía sigo pensando en lo que sentí al verla tan cómoda con otro tipo —dice, incrédulo—. ¿Perdiste el control?

Asiento, con vergüenza.

No solo perdí el control: follé con ella siendo una virgen, cuando lo correcto habría sido dejarla encerrada hasta la boda.

Sorprendentemente, Thomas apoya una mano pesada sobre mi hombro.

—No te martirices, Báron; ocúpate de cuidarla.

En un ataque de sinceridad lo miro.

—¿Cuidarla? Thomas, «cuidar» no describe lo que siento. No es lo que me dice el instinto. Si dependiera de mí, la encerraría, respiraría su piel como si fuera mi droga preferida y mataría a cualquiera que tan solo se atreviera a mirarla.

Mi jefe se ríe.

—Bienvenido, Lord —suelta con un tono jocoso.

—¿A qué? —pregunto, confuso.

—A esta tortura —responde Thomas, sereno—. La de estar enamorado.



El lugar de encuentro es un pequeño jardín diseñado en el hotel para bodas rápidas, de esas urgentes que parecen improvisadas, pero tiene su encanto.

Hay solo cuatro sillas blancas a pesar de que haya diez hombres custodiando el perímetro. Un altar sencillo, cubierto de flores rojas y rosas, con pequeñas luces colgantes que parpadean bajo la brisa del desierto de Nevada.

—Nada mal —admito sorprendido, recorriendo el espacio con la mirada.

Thomas arquea una ceja, cuestionando que alguna vez dudara de su gusto por la elegancia.

Por mi tradición, yo debería casarme en una iglesia, seguir reglas, liturgias y ceremonias interminables para colocar un anillo.

No es el caso de Thomas y Billie. Su historia, definitivamente, es menos ceremonial, más intensa. Thomas no cree en los votos bajo los ojos de Dios, cree en la posesión, en la protección y en las marcas que pueda dejar sobre ella para llamarla suya.

Quizá, en otro momento de mi vida, lo hubiese visto arcaico, superficial, pero ahora no estoy tan seguro, no después de lo que sentí ayer cuando Molly dio a entender que, si yo no la tomaba, ella se encargaría de que alguien más lo hiciera.

Todavía siento rabia por ese comentario. No me di cuenta cuán manipulador fue, hasta que ya era demasiado tarde.

Supongo que Billie y Thomas no son los únicos que viven en el lado oscuro. La diferencia es que nunca creí sentirme como me siento ahora. Por primera vez, experimento una sensación de descontrol absoluto, una tensión que se apodera de mí con solo tenerla cerca. Es como si la presencia de Molly me empujara a un terreno desconocido, donde mis propias reglas y certezas ya no sirven de nada.

Esta falta de control no es algo que haya buscado, pero tampoco puedo huir de ella. Me encuentro atrapado entre la rabia que aún siento por su comentario y la atracción irresistible que ejerce sobre mí. Es una mezcla de emociones intensas que me hace cuestionar lo que antes consideraba esencial y seguro. Ahora, todo parece tambalearse bajo el peso de lo que Molly provoca en mí.



Thomas se coloca frente a las sillas, impaciente e incapaz de ocultar la ansiedad de un hombre atrapado por una mujer que lo doblegó en tan poco tiempo.

—Hola, chicos —escucho de pronto, y mi cuerpo se tensa al reconocer su voz.

La impresión es fulminante, como un rayo en el pecho.

Avanza por el pasillo hacia el altar con el vestido verde que la envuelve como si hubiera sido creado para ella. Su cabello cae en cascada sobre el pecho, sus ojos delineados en tonos esmeralda que hacen brillar aún más el verde natural de sus iris.

Es hipnosis pura.

Abro la boca, pero nada sale hasta que Thomas me golpea en el hombro.

—Di algo —ordena.

—Te ves… —mi garganta está seca— hipnótica.

—Gracias. —Sonríe, complacida de haberme dejado sin habla, luego mira alrededor y une sus cejas al ver hombres literalmente armados.

—Ignóralos, Thomas es un poco paranoico —digo, ganándome una mirada fulminante de mi jefe.

—Entiendo —responde, aún confundida, luego se dirige a Thomas—. ¿Estás listo?

—Hace un siglo que lo estoy —replica él, acomodando su traje—. ¿Dónde está mi futura esposa?

Por primera vez noto que su tono con Molly no es tajante, y ella también lo percibe: sus hombros se relajan un poco, como si por fin la aceptara en su círculo.

—Llamaré al juez primero.

—Joder… —protesta Thomas, cada vez más impaciente.

—Yo me encargo —intervengo, apoyando sin pensarlo una mano posesiva en la espalda de Molly.

Al poco tiempo, el juez entra con todo lo necesario para preparar la ceremonia.

Molly se encarga de avisar a Billie de que Thomas y el juez la esperan. Segundos después, la puerta del jardín se abre y Billie aparece.

Avanza con serenidad, cada paso seguro y medido. El vestido que ha escogido no pasa desapercibido para Thomas; es evidente que encaja a la perfección con sus preferencias. Su reacción lo delata: la expresión de su rostro se transforma por completo y su postura se endurece, como si, de pronto, se encontrara frente a aquello que durante toda su vida consideró inalcanzable.

La contempla con una intensidad casi desafiante. En su mirada se percibe un deseo insaciable y una pizca de posesión, dispuesto a proteger, a cualquier coste, lo que finalmente ha logrado obtener tras años de espera y anhelos frustrados.

Yo me descubro desviando los ojos hacia Molly.

La imagino en ese pasillo. No de blanco, no entre flores, sino simplemente caminando hacia mí. Su sonrisa brillando como un juramento, su mano buscándome sin miedo.

El pensamiento me golpea con violencia.

Quisiera eso.

Quisiera un instante así con ella, sin miedos, sin culpa, sin un contrato que exija eliminarla del mundo.

Un anillo en su dedo, una promesa que no tenga que esconder.

Pero sé que es imposible. Mi mundo está hecho de secretos, de sangre, de pecados que no admiten testigos. Lo que Thomas está a punto de tener yo no puedo siquiera imaginarlo sin mancharlo.

Molly se ajusta el vestido verde, ignorante de lo que late en mi interior. La miro en silencio, como un condenado que contempla la libertad.

El juez pronuncia las primeras palabras. Thomas no aparta los ojos de Billie y ella lo sabe, por eso sonríe con un poco de picardía.

Yo, en cambio, no puedo apartar los míos de Molly. Porque, si la tomara como esposa, sería para encerrarla en mi oscuridad. Y eso no es amor.

Es mi maldición.

El juez les indica con voz solemne que se sitúen el uno frente al otro. Thomas cumple la orden de inmediato, adoptando una postura erguida y disciplinada, casi militar, sin dejar margen para la improvisación. Frente a él, Billie sostiene la mirada, pero lejos de mostrarse intimidada, su sonrisa revela una ligera burla, como si desafiara la gravedad del momento y se permitiera ridiculizar la solemnidad del rito. El contraste entre ambos es evidente: él encarna la rigidez de quien afronta un destino largamente esperado, mientras ella se permite jugar con las formas, restando dramatismo a la escena con su actitud irreverente.

El jardín queda en silencio. Las luces colgantes tiemblan con el viento.

—Thomas, ¿aceptas a Billie como tu esposa…?

Thomas no espera a que termine la fórmula.

—Acepto —enuncia con seguridad, como si de un juramento de guerra se tratara—. No solo como esposa. Como mi igual, mi cómplice. Juro que no habrá cadena, ni sangre, ni enemigo que pueda separarme de ti, Diamante.

El juez parpadea, incómodo. Billie ríe, ligera, y le toma la mano.

—¿Y tú, Billie, aceptas a Thomas…?

—Acepto —interrumpe con la misma irreverencia—. Y no solo lo acepto, lo reclamo. Porque nadie en este mundo tiene derecho sobre ti excepto yo. Juro que no importa cuán oscuro se vuelva tu camino, lo seguiré hasta el final. Aunque arda, aunque me consuma.

Sus palabras son cuchillas envueltas en terciopelo. Thomas inclina la cabeza, con esa sonrisa peligrosa que nunca había mostrado en público.

Los anillos en forma de serpiente brillan en las manos del juez, pero lo que intercambian no es un símbolo de pureza. Es un pacto sellado en sombras, en la certeza de que juntos serán más letales, más invencibles, más libres que separados.

—Los declaro marido y mujer.

El aplauso de cortesía se escucha débil, casi insignificante, comparado con lo que acaba de ocurrir entre ellos. Thomas se inclina y besa a Billie con una fuerza que no pide permiso ni

disimulo. Es posesión, promesa y amenaza en un solo gesto. Ella responde con la misma ferocidad.

Miro a Molly de reojo. Sus ojos brillan, fascinados y atemorizados al mismo tiempo. Thomas y Billie no se casan para pertenecer al otro. Se casan para conquistar al mundo juntos.

Y yo… yo solo puedo quedarme en la orilla, deseando lo imposible.



MOLLY

«ME VUELVES LOCO», DIJO.

Tras una pequeña celebración en el restaurante, Billie y Thomas se excusaron y se fueron, dejándonos solos por primera vez desde esta mañana, cuando Báron recogió sus pertenencias y se marchó creyendo que aún dormía.

Lo que más me dolió fue el beso en la frente. Un beso de despedida.

Sabía que anoche había sido la primera y la última vez que vería ese lado suyo, pero en el fondo quise creer que algo había cambiado. Que quizá, por un instante, habíamos conectado en otro nivel.

Acomodo los cubiertos sobre el plato con cierta incomodidad, los coloco en forma de cruz, igual que él. Siento su mirada fija sobre mí, esa energía pesada que siempre me rodea cuando está cerca.

—Bueno…, creo que me iré a mi habitación —murmuro, levantándome.

Su mano vuela hacia mi muñeca y me detiene.

—Quiero mostrarte algo —comenta con una calma que no sé si es real o fingida—. ¿Puedes regalarme un par de horas de tu día?

Asiento. Tal vez por miedo a lo que sería capaz de decir si me negara.

Nos retiramos del restaurante. Hay una distancia fría entre nosotros, pero él siempre está cerca: su mano roza la mía, el espacio entre ambos nunca es completo.

Fuera, el aire caliente de Las Vegas nos golpea con fuerza. El ruido, las luces, los coches, todo parece demasiado artificial. Báron señala un vehículo estacionado frente a la entrada del hotel y, como siempre, me abre la puerta.

Cuando abro la boca para agradecerle, se inclina y me ajusta el cinturón de seguridad. Su rostro queda peligrosamente cerca del mío. Puedo oler el leve aroma a menta de su aliento, sentir el roce de su antebrazo contra mis pechos. Por un instante, parece que el

mundo se detiene ahí, entre ese gesto cotidiano y todo lo que no decimos.

Luego da la vuelta, le da las gracias al aparcacoches y se coloca al volante.



El coche avanza entre las luces interminables de Las Vegas. Ninguno de los dos habla. Solo se oye el murmullo del tráfico y el leve sonido del aire acondicionado. La ciudad se estira como un espejismo luminoso, pero más allá, la noche es limpia, un cielo sin estrellas visibles.

Báron conduce con una calma tensa, los dedos largos sobre el volante, la mandíbula apretada. Parece querer decir algo, pero se contiene.

—¿A dónde vamos? —pregunto al fin, cuando el silencio empieza a pesarme.

—Ya verás, pequeña —responde sin mirarme.

El coche se detiene frente a un edificio de arquitectura moderna, casi todo de cristal. Un cartel luminoso anuncia: «Cosmos: una experiencia inmersiva».

Cuando entramos, el ruido de la ciudad desaparece. Nos envuelve una penumbra azulada y el aire huele a ozono, a metal y a algo antiguo, como si el universo respirara ahí dentro. Las paredes son pantallas que muestran nebulosas, cúmulos de estrellas y constelaciones en movimiento.

Me detengo en el centro del salón, rodeada de luces que giran lentamente sobre mí.

—Es como estar dentro de una galaxia —susurro.

Báron se queda a un paso, observándome.

—Cuando hablabas de tus noches en el observatorio dijiste que querías saber cómo se sentiría estar dentro del universo.

Sonrío, con la garganta apretada.

—Nunca pensé que lo recordarías.

—Recuerdo todo lo que haces —responde, y hay algo en su tono que me deja sin aire.

La proyección cambia. Ahora el techo entero se llena de estrellas que parpadean. Me acerco lentamente, extendiendo la mano como si pudiera tocarlas.

—Mira… esa es Betelgeuse. Es una supergigante roja, está muriendo. Cuando colapse, se convertirá en supernova y durante unos días brillará más que todo el cielo.

Báron levanta la vista, pero su mirada vuelve enseguida a mí.

—¿Y después? —pregunta con curiosidad real.

—Después solo quedará una nube de gas, y de ese gas nacerán nuevas estrellas —respondo, sin poder evitar la sonrisa—. Nada muere del todo allá fuera, solo cambia de forma.

Como dijo Billie.

Él se queda en silencio. No por indiferencia, sino porque parece procesar algo más profundo. La luz azulada de la proyección baña su rostro perfecto, y por un instante lo veo sin la dureza habitual, sin los muros.

—¿Cómo puedes hablar de destrucción con tanta calma? —pregunta.

—Porque no lo es —respondo—. Es solo transformación.

Báron asiente, un gesto breve. Su mano se mueve como por instinto hasta rozar la mía. No me toma, solo la deja cerca, tan cerca que siento el calor de su piel.

—Tú eres eso, Molly —dice con voz baja—. Me destruyes y al mismo tiempo me das sentido.

Lo miro, y en sus ojos grises veo algo que nunca creí posible: miedo. No el que siente un hombre en peligro, sino el de quien está cayendo sin remedio.

Yo levanto la mano y le toco la muñeca, el pulso firme bajo mis dedos.

—Siento mucho ser alguien que te cause tanto dolor, Báron.

Él sonríe, casi imperceptible, y no dice nada. Solo se queda ahí, bajo el universo proyectado, mirándome como si el infinito estuviera justo delante de él.

—Deja de pedirme perdón —demanda sosteniendo mi rostro entre sus manos—. Lo que has hecho conmigo no tiene precedente, has despertado algo que tenía oculto dentro de mí, una parte que creí muerta.

Sus labios se posan sobre los míos, tibios y suaves, y con lentitud explora cada centímetro de mi boca con delicadeza.

Creo que entiendo cuando dice que lo destruyo, porque en estos momentos siento que me rompo en mil pedazos.

Hundidos en el universo, colapsando entre los dos, viendo quién gana la batalla entre lo que deseamos y no podemos tener.

Cuando las luces del domo se encienden, el universo entero parece plegarse hasta quedar en silencio.

Báron se adelanta y me ofrece la mano para ayudarme a bajar del pequeño escalón de la sala. La acepto, y sujeta mis dedos más tiempo del necesario.

No dice nada, no tiene que hacerlo.

El aire cálido de Las Vegas nos recibe como una bofetada cuando salimos del edificio. La noche vibra con los sonidos de la ciudad, pero después de haber estado dentro de esa inmensidad, todo parece diminuto, banal.

Su mano no me suelta y caminamos en silencio. A nuestro alrededor, la gente pasa riendo, gritando, corriendo hacia los casinos; Báron, en cambio, se mueve despacio, como si aún estuviera allá dentro, flotando en el espacio.

—Gracias por traerme —murmuro al fin.

Él asiente, pero no me mira.

—No lo hice por cortesía —confiesa con voz baja—. Lo hice porque quería verte así.

—¿Así cómo?

—Mirando algo que amas, sin miedo. —Se detiene y se gira hacia mí—. Creo que nunca te vi tan viva, Molly.

Mi garganta se cierra.

—¿Y tú? ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste vivo?

La pregunta lo descoloca. Su mirada se oscurece apenas, como si me hubiese asomado a un rincón que trataba de mantener oculto.

En lugar de responder, abre la puerta del coche y me la sostiene.

—No lo sé —dice al fin—. Pero esta noche estuve cerca.



El coche se detiene en un mirador vacío. Desde allí, Las Vegas parece un tablero de luces que respira. No hay nadie más, solo el zumbido del motor que aún no se apaga.

Báron se queda mirando la ciudad sin hablar.

—¿Por qué me trajiste aquí? —pregunto al fin.

—Parece que no quiero volver al hotel —responde sin mirarme—. Como si estuviera aplazando algo.

Su tono me provoca un escalofrío.

—¿Algo como qué?

Apaga el motor, se gira para abrir la puerta y sale sin darme una respuesta. Segundos después, abre la mía y extiende su mano para que salga.

—Báron, si esto es sobre lo que pasó anoche, no necesitas explicarme nada —comento, siguiéndolo hasta el capó.

Se apoya sobre el coche y se cruza de brazos para observar el paisaje iluminado alejado de la oscuridad de este mirador.

Su pelo sigue recogido, el traje impecable y sus ojos, que alguna vez los percibí como dominantes, hoy los veo llenos de tragedia cuando me miran.

No responde y asumo que nunca voy a obtener una respuesta, así que me siento a su lado, cuidando que el vestido no se suba por encima de los muslos.

Observo la ciudad.

—Sí. Es sobre lo que pasó anoche —finalmente dice—. Todavía siento tu olor sobre mi piel, tu suavidad bajo mis dedos.

Su mirada me atrapa.

Mi pulso se acelera; el de él también.

—Quiero apartarte, pero mi cuerpo me traiciona cada vez que me miras así —susurra.

—¿Así cómo? —repito, apenas un hilo de voz.

—Como si rogaras que te follase aquí y ahora.

Trago saliva al recordar que estamos en un lugar público, solos, pero público, rodeados de la tierra seca y los arbustos tristes del desierto de Nevada.

El coche está apagado, el capó se siente tibio, no hay luces a nuestro alrededor excepto alguna casa alejada de la locura de la ciudad.

—Siempre supiste leerme muy bien.

Su mandíbula se tensa.

Durante un segundo parece decidir si alejarse o rendirse. La elección llega sola. Su mano encuentra la mía, arrastrándome cerca de su pecho. Siento el corazón latiendo con una fuerza casi violenta.

—Eso es peligroso —murmura.

—Lo sé.

El silencio que sigue arde.

Su proximidad, el temblor leve en mis dedos, la manera en que me mira, todo es un incendio contenido.

Báron se inclina, hasta que el mundo se reduce a su respiración y al roce de su voz en mi oído.

—Si me pides que pare, me convertiré en piedra, Molly, pero, si no, seré tu ruina, así que piensa bien tu siguiente movimiento.

No respondo.

Solo cierro los ojos, dejando que la distancia desaparezca cuando su boca toma posesión de la mía.

Su mano hábilmente baja hasta mi cintura, solo un instante, solo el peso de su palma que me ancla al capó.

Me separa las piernas y, sin permiso, deja que la mano se deslice por debajo del vestido hasta encontrar mi punto más sensible.

No es suave.

Es demandante y urgente.

Intento tomar aire, pero su boca vuelve a la mía, hambrienta mientras me acuesta y deja que sus dedos me den placer.

Sus labios se mantienen sobre los míos, entreabiertos y tibios, pero su mirada está clavada en mis gemidos.

No comprendo lo que siente, podría ser odio, podría ser rencor, también pasión y deseo. Y cuando escucha el sonido de excitación que sale de mis piernas, cierra los ojos y gruñe.

—¿Por qué fantaseas conmigo de esa manera? —Es una pregunta que suena como plegaria—. ¿Quieres que te ate? ¿Que te fuerce a recibirme?

Asiento sin decir nada, el pudor me gana.

—Joder, Molly, ¿por qué me haces esto? —En un movimiento rápido me baja del capó, solo para voltearme y levantarme el vestido hasta la cadera—. Me vuelves loco.

Su lengua se arrastra por la curva de mi trasero y, cuando gimo entre el placer y la aprensión, se quita la corbata negra para sujetarme las manos sobre la espalda y darme lo que preciso.

No comprendo por qué necesito sentirme restringida cuando se trata de Báron, no me había pasado en ninguna otra situación, pero cuando escucho que se baja la cremallera del pantalón y hace lo mismo con mis bragas, el corazón parece despertar con adrenalina.

Quiero sentirme así.

Quiero que él tome el control, quiero cederlo.

Y eso hace.

El peso de su cuerpo esta vez no se siente, solo el agarre de sus manos, inamovibles en mis caderas mientras embiste una vez hasta el final.

Los dos gruñimos al unísono.

Miro sobre mi hombro y lo que veo despierta nuevas sensaciones, su pelo ahora suelto, su traje olvidado en la tierra, su camisa arremangada hasta los antebrazos.

El control olvidado, su lado más oscuro.

—*Tú* eres el antídoto —dice entre dientes apretados, una ola de placer me recorre el cuerpo—, creí que yo lo era, pero tú eres mi antídoto y me negué a verlo, no quería aceptar que estaba perdiéndome en una mujer.

El sonido de sus embestidas no se compara con lo rápido que va mi corazón.

—Báron —gimo, sintiendo el calor del motor en las mejillas—. Dame más.

Esas palabras lo empujan un poco más, logrando que rasgue el vestido del todo, dejándolo en tiras inservibles.

Estoy completamente desnuda sobre el capó del coche, las manos atadas a la espalda, la cabeza absolutamente perdida en el placer. Báron es más animal que hombre en estos momentos, y no me disgusta.

Voltea mi cuerpo, sentándome sobre el coche, y sin perder un segundo vuelve a enterrarse en mí, me sujeta el pelo desde la nuca y con la mano libre me masajea los pechos, los besa, los lame.

—Si supieras lo que pienso cuando te tengo así, Molly, huirías. Y yo… te cazaría hasta que no pudieras esconderte de mí.

Sus palabras me llevan al borde, puedo sentir mi cuerpo reaccionando a todo lo que dice.

—¿Qué pasa si salgo corriendo ahora? —Mis palabras salen con dificultad entre mi agitación.

Su seriedad parece volver, me agarra la barbilla y suelta mis manos para dejarlas libres.

—No quieres saber lo que pasaría si te alejas de mí —advierte con ojos endemoniados—. Sujétate, Molly, quiero sentirte mientras te corres sobre mi polla.

Envuelvo los brazos en su cuello, Báron entierra el rostro en mi piel y gime sin control, obteniendo su placer paralizante.

Al mismo tiempo algo en mí despierta y reacciona a lo llena que me siento, lo satisfecha que estoy con tenerlo dentro de mí.

Nuestros cuerpos se tensan y nos sostenemos el uno del otro, hasta sentir que la gravedad nos golpea a ambos a la vez y nos dejamos caer sobre el capó.

Agitados y perdidos.

La voz de Báron susurra como si sintiera dolor físico.

—No puedo dejarte ir.



BÁRON

PONERLE UN PUNTO A LA ORACIÓN.

Molly me observa de reojo en el avión, de camino a Little Rock.

Mientras Thomas y Billie se devoran al fondo, Molly y yo jugamos a otro tipo de drama: la de dos personas que fingen no arder.

Estamos sentados uno al lado del otro. No hubo discusión por el asiento, simplemente ocurrió. Como si su cuerpo y el mío supieran dónde pertenecen.

Ella sostiene un libro entre las piernas, el mismo del hotel, y finge concentrarse. Yo sé que no lee.

Igual que yo no descanso.

A veces creo que la muerte de mi familia se llevó lo mejor de mí, y que lo que queda no es más que un eco vacío vestido de hombre. Pero entonces ella respira cerca, y todo lo que creí muerto despierta con violencia.

Su voz, su piel, el temblor apenas perceptible de su cuerpo cuando me acerco… Es como si el universo entero se redujera a eso: al calor que me recuerda que aún puedo sentir, aunque cada sensación me queme.

Me digo que debo apartarme, pero la verdad es que ya no quiero hacerlo. He probado su cercanía y el castigo se me ha vuelto insuficiente.

Podría morir en la curva de su cuello y sentir que la vida, por una vez, tuvo sentido.

Cada vez que cede a mis manos, pierdo una parte más del control que tanto defendí. Pero no hay monstruo que pueda resistirse a la idea de ser visto como un hombre, aunque sea por un instante.

Porque eso hace ella: me mira y no ve el asesino, ni la culpa, ni la sombra que me habita. Ve al mismo hombre que fui antes de que todo esto pasara. El que defendía su título con orgullo, el que buscaba llevar una vida plena, formar una familia.

Y esa simple visión me destruye.

Un suspiro me arranca de mis pensamientos. Molly ahora sostiene el móvil entre las manos.

—¿Qué ocurre, pequeña? —susurro al percibir su irritación.

Quiero sonreír, abrazarla y apretarla.

—Mi padre pide fotos. Ya le mandé las que saqué yo, pero dice que son genéricas, que no demuestran que estuve allí.

Le quito el móvil con calma y lo preparo para un *selfie*. Ella, sorprendida, me mira por la cámara, y mis ojos se quedan clavados en la pantalla.

—Tu padre quiere saber si estoy contigo. Sonríe y pretende estar pasando un gran momento —ordeno, sin suavizar mi tono.

Ella apoya la mejilla en mi hombro, adorable y pequeña a mi lado. Una leve sonrisa roba mi atención.

¿Cómo puede generarme tanto por dentro?

—¿Ya la sacaste? —pregunta.

—No —respondo, inclinando la cabeza sobre la suya. Una sonrisa tenue me cruza la boca y disparo varias fotos.

Selecciono una y le devuelvo el móvil.

—Envíala, seguro que queda satisfecho —murmuro, mirando hacia las filas de asientos vacíos para contener lo que siento.

Cuando vuelvo a ella, la encuentro examinando la imagen con detenimiento. Al sentirse descubierta, escribe un texto rápido a su padre y guarda el móvil.

Lo que ella no sabe es que acabo de enviarme la foto.

Es preferible que no lo sepa.



El avión toca tierra y trago saliva con esfuerzo.

La fantasía termina aquí; ahora toca limpiar el ruido: encontrar a Demian y hacerlo desaparecer. Librar a Molly de mi existencia es, a estas alturas, lo más sencillo y lo más justo.

Ella no merece a alguien como yo.

No merece vivir escoltada por una sombra.

Desconozco sus sueños y sus planes; pero sé, con absoluta certeza, que yo no puedo acompañarlos.

Viajamos en silencio después de despedirnos deprisa de Billie y Thomas. Al subir a su piso, mi gesto tiene la calma de quien cumple con su oficio. Lo que para ella es caballerosidad, para mí es trabajo.

Reviso el baño, el armario, compruebo rincones, puntos ciegos, posibles cámaras. No hay nada llamativo.

Aun así, reparo en cada detalle como si esperara una trampa. No me fío de las casualidades.

Molly me espera en el sofá del salón; abraza el peluche de Totoro como si fuera un talismán. (Me tomé el tiempo de googlear quien era el bicho ese que tanta atención obtiene) Su mirada está vacía; me revuelve el estómago.

—¿Estoy en peligro? —pregunta, con voz pequeña.

Me detengo frente a ella.

No me permito suavizar nada.

Su cuello se inclina buscando mis ojos; antes los esquivaba. Ahora los sostiene. No sé qué me incomoda más.

—Sí —digo con calma controlada.

Sus pupilas se dilatan; su respiración se acelera.

—Dijiste que tu hermano ya no… —tartamudea.

—No es mi hermano —la interrumpo.

Se queda inmóvil; el miedo le sube por la garganta como un sabor metálico. Aprieta el peluche contra el pecho como si eso pudiera separarnos.

—¿De qué crees que trabajo, Molly? —Mi voz es un filo—. ¿De qué crees que trabajan Thomas y Billie?

—Seguridad…, creo —susurra.

Cierro los ojos un segundo y, cuando los abro, todo es simple, inevitable.

—Piensa, Molly, no te vuelvas ciega solo porque no quieres ver la realidad —digo despacio—. No es trabajo de oficina, no es un pasatiempo, las decisiones que tomamos determinan el futuro de las personas.

La miro con absoluta neutralidad.

Aleja la mirada, dándose cuenta de a dónde voy con esto, algunas lágrimas se acumulan en sus ojos y, aunque sangro por dentro, continúo:

—¿Crees que alguien de seguridad habría eliminado a su hermano y, para cerciorarse de no dejar pruebas, lo habría desmembrado hasta dejarlo irreconocible? —lanzo la pregunta como quien enumera un hecho.

No hay dramatismo en mi tono; no lo necesita.

Ella se enrojece.

Sus manos aprietan el peluche hasta hundirle la tela. La pieza de Totoro se deforma como lo poco que sentirá ella por mí.

—No quiero saber más —murmura, pero la voz le tiembla.

—Debes saberlo. Porque debes saber que un sicario piensa en ti todo el maldito día —respondo, subiendo el tono de mi voz—. Que prometió no volverse a enamorar de una mujer porque por su culpa perdió a la familia que tenía y ahora se lamenta porque no puede soportar no tenerte.

Esquivo la mesa de café y me acerco, no lo suficiente para tocarla, sino lo justo para que lo vea.

El dolor en mis ojos.

—No quiero que estés conmigo, Molly. —Las palabras caen medidas, sin espacio para súplicas—. No por falta de deseo, por precaución, por culpa. Por lo que soy, por lo que puedo ser para ti. Mi hermano se encargó, incluso después de la muerte, de joderme la vida, publicó un contrato que pedía encontrar quién era importante para mí y, adivina qué, Molly.

Ella abre la boca, busca una respuesta que no encuentra. Se le quiebra la mirada y las lágrimas caen sin control.

—Borra la foto —digo de pronto, con voz neutra—. Bórrala y olvida esto, olvídate de lo que pasó entre los dos, no puede volver a ocurrir.

Camino hacia la puerta, aunque no me iré a ningún lado, simplemente vigilaré su edificio desde la calle.

—Hay una maldición en mí, Molly, y te amo demasiado como para dejar que te toque.

Se cubre el rostro para ocultar el llanto desesperado que sale de ella.

—Vete —dice entre lágrimas, mirando lejos.

—¿Recuerdas el favor que te pedí a cambio de ayudarte? Bueno, llegó el momento de devolvérmelo, haz de cuenta que no existo y, cuando me veas siguiéndote por la calle, pretende no conocerme.

Abro la puerta y me voy; su llanto me persigue hasta el final del pasillo, donde por fin me permito soltar todo lo que me estaba ahogando.



MOLLY

NECESITARLO PARA SENTIRME VIVA.

Su sombra me persigue por la ciudad.

No importa hacia dónde mire, siempre está ahí: un reflejo en los escaparates, una silueta al otro lado de la calle, un coche detenido que parece moverse a mi ritmo.

Báron me espera a las siete de la mañana, simplemente está. Me deja en la universidad y observa hasta que desaparezco por la puerta principal.

Por la tarde, cuando salgo del aula, lo encuentro en el mismo sitio, apoyado en su coche. Siempre en silencio.

Me abre la puerta, conduce, revisa mi piso con la mirada de quien podría desarmar una bomba y luego se marcha.

Al día siguiente, repite todo.

Excepto las noches en las que voy al observatorio. Entonces me espera cerca, bajo el cielo que tanto amo, oculto entre la oscuridad y el sonido de los coches lejanos. No importa si llueve o hace frío; su paciencia es inhumana.

Sé lo que es.

Sé que ha matado hombres.

Que la sangre forma parte de su historia del mismo modo en que las estrellas forman parte de la mía.

Y, aun así, cuando lo siento cerca, no tengo miedo. Lo que me asusta de verdad es la calma que me da su presencia. La seguridad que encuentro en un hombre que debería hacerme temblar.

A veces creo que mi cuerpo lo reconoce antes que mi mente, como si su sombra y la mía se hubieran entrelazado mucho antes de que yo lo supiera.

Porque cuando no lo veo, algo en mí se apaga.

Y eso es lo más oscuro de todo.

Que empiezo a necesitarlo para sentirme viva.



Billie intentó contactarme varias veces.

Supongo que Báron le contó el tipo de conversación que habíamos tenido y eso la empujó a darme explicaciones.

Nunca respondí sus llamadas; todavía me sentía traicionada por no haber sabido la verdad desde el principio.

Pero a mitad de la clase, cae un mensaje.

Billie:
Sé que estás enfadada. Siento muchísimo no haber sido honesta contigo. Pero, como imaginarás, no es algo que pueda ir contando por ahí. Es más, Thomas casi mata a Báron por haberte dicho esa información (es una forma de hablar).

Suelto una risa, aunque no quería hacerlo.

Billie:
Báron me dijo que está trabajando con varias personas para encontrar al hdp que intenta lastimarte. Créeme, estamos todos buscándolo. No te va a pasar nada, tienes a los más locos de la ciudad protegiéndote, amiga.

El profesor hace una pregunta; no escucho cuál. Intento volver a concentrarme, pero mi mente se dispersa en cada palabra del mensaje.

Escribo algo corto, automático:

Solo necesito tiempo. Gracias por escribirme.

Minutos después, otra notificación.

Billie:
Báron está absolutamente devastado. Intento obligarlo a que se tome algunos segundos del día para él, pero es imposible. No puede apartarse. Espero que no se te esté haciendo difícil convivir con él.

«Convivo con su sombra (pienso), con el sonido de sus pasos cuando se aleja».

Respondo con frialdad:

No estamos conviviendo. Está cerca, siempre, pero no son veinticuatro horas.

Tardo en recibir la última respuesta.

Billie:
Quizá debas mirar por la ventana de noche. Lo verás en el estacionamiento del edificio.

Levanto la vista, casi por inercia, hacia el cristal del aula.

Fuera, la tarde empieza a morir, y por un instante creo distinguir el contorno de un coche negro entre los árboles.

No sé si estoy imaginando cosas o si de verdad nunca dejo de estar bajo su mira.

Y lo peor es que no sé si quiero escapar de ella.



El cielo está cubierto de nubes dispersas, pero aún se alcanza a ver alguna estrella peleando por hacerse visible, y eso me emociona.

Camino con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, la bufanda cubriéndome hasta la nariz.

El observatorio se alza al final del sendero, su cúpula iluminada por una luz azulada que corta el cielo. Siempre me ha parecido un

lugar sagrado, donde el ruido del mundo se apaga y solo quedan las preguntas que nadie puede responder.

Intento mantener la mente ocupada, pero cada paso retumba con el eco de las palabras de Billie:

«Quizá debas mirar por la ventana de noche».

No necesito hacerlo. Sé que Báron está ahí, esperándome.

Lo que me duele es que no haya querido dormir en el sofá; me pregunto si lo hizo para mantener distancia entre los dos.

Más de la que ya hay.

Debo admitir que lo extraño.

Las charlas y la tensión que cargaba el aire cuando estábamos solos en la habitación.

Desde aquella conversación me pregunto si de verdad cree que tiene una maldición. Por lo poco que sé de su vida, puedo entender cómo llegó a esa conclusión, pero me duele que no se deje querer por nadie más.

Que se haya impuesto una vida solitaria por algo que él no pudo evitar.

Escucho sus pasos detrás de mí.

Esta vez volteo y encuentro sus ojos grises mirándome con pesadez.

Las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo negro levantado.

Me pregunto si se da cuenta de lo elegante que es sin esforzarse por serlo.

¿Extrañará su vida de noble?

Cuando llego al observatorio, algo me resulta extraño.

Dewey, el guardia y el hombre más curioso del mundo, no está.

En su lugar, hay un muchacho joven detrás del mostrador, el pelo oscuro y el uniforme azul perfectamente abotonado.

Levanta la vista y me dedica una sonrisa amable.

—Buenas noches —dice con voz profunda—. ¿Clase de observación?

—Sí —respondo, sacando mi acreditación.

La observa unos segundos mientras anota algo en el ordenador viejo que Dewey siempre odiaba, decía que todavía lo hacían

trabajar con Windows XP y le creo, la biblioteca de la universidad lo tiene también.

—¿Dewey está bien? —pregunto, mientras escucho a los otros alumnos prepararse.

El guardia me sonríe amablemente otra vez.

—Sí, solo tiene un resfriado. El viejo ya no está para este tipo de trabajos, ¿no? Insisto en que se jubile, pero no quiere escucharme.

—Oh, pobre. Sí, es un hombre mayor.

Me devuelve mi tarjeta.

—Adelante, señorita Brooks. El grupo ya está en la sala principal.

—Gracias.

Subo las escaleras, donde el resto de los alumnos ya está preparando el material.

La clase transcurre entre cálculos y alineaciones. Montamos el telescopio principal, calibramos el eje ecuatorial, ajustamos la exposición de la cámara y tomamos registros de las coordenadas.

El profesor explica la curva de luz de una estrella variable mientras, en la pantalla, aparece su parpadeo intermitente, casi hipnótico.

Intento concentrarme, pero la sensación rara que me dejó el mensaje de Billie parece no querer retirarse de mi cuerpo.

Por un segundo, creo sentir el reflejo de alguien detrás del vidrio de la puerta.

Probablemente es solo un estudiante rezagado.

Cuando la clase termina, la mayoría recoge sus cosas rápido y se escabulle por la escalera.

Yo no me quedo atrás y, tras despedirme del profesor, bajo hacia la planta baja.

Quiero salir, ver a Báron, sentir de nuevo esa protección que ahora empiezo a necesitar.

El nuevo recepcionista sigue allí, apoyado en el mostrador, mirándome con un interés que no disimula.

Su sonrisa es la misma, pero sus ojos no.

Ahora son fríos, calculadores.

—¿Terminaste pronto? —pregunta.

—Sí, fue una sesión corta —respondo, tanteando el tono.

—Lástima. Las noches despejadas como esta son perfectas para mirar el cielo… o para desaparecer bajo él.

Mi cuerpo se tensa de inmediato.

Algo en su voz me atraviesa, algo que no pertenece a este lugar.

—¿Perdón? —susurro.

Él se inclina un poco hacia delante, la sonrisa borrándose lentamente.

—No me hagas caso —responde—. Tiendo a ser un poco dramático, y mi jefe me recuerda que es más importante ser eficiente. —Parece hablar para sí mismo.

—Oh…, está bien. Buenas noches —digo, apurándome para irme.

—Molly… —llama. Su sonrisa vuelve—. Sabes para qué estoy aquí. Honestamente, estoy cansado de esconderme de él. ¿Por qué no me lo pones fácil?

El mundo se contrae.

Mi respiración se acelera y, por reflejo, doy un paso atrás.

El profesor baja por la escalera, con su maletín y su traje gastado.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta al verme acorralada.

El guardia levanta la mano y nos apunta con un arma.

Sin dudar un segundo, dispara.

El profesor cae, su cuerpo rueda por los escalones.

Antes de que pueda reaccionar, el guardia está delante de mí, bloqueando la salida.

—¡Bá…!

La puerta del observatorio se abre de golpe.

Su figura entra como una sombra viva, los ojos ardiendo, la mandíbula tensa.

El guardia coloca el arma bajo mi cuello.

—Aléjate de ella —gruñe.

El guardia sonríe, tranquilo, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Llegas justo a tiempo.



BÁRON

DEJA QUE EL OTRO CREA QUE TIENE EL CONTROL.

El sonido del disparo corta la noche.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi mente pueda formular un pensamiento.

La puerta del observatorio se abre con tal fuerza que el marco cede.

El aire huele a pólvora y miedo.

Dos segundos.

Eso es todo lo que necesito para entender la escena: el cuerpo del profesor tendido en las escaleras, la pistola bajo el mentón de Molly y el hombre frente a ella con una postura que reconozco demasiado bien.

Demian.

El muy cabrón decidió salir de su agujero.

Yo recorrí este lugar minutos antes de que Molly llegase, todo estaba en orden. El guardia amigo de Molly seguía en su puesto.

Todo cambia en segundos.

Mis ojos calculan la distancia, el ángulo de disparo, la fuerza de reacción del cuerpo de Molly si el gatillo se acciona.

Un movimiento en falso y la bala le atraviesa la garganta.

No puedo permitirme eso.

No con ella.

—Aléjate de ella —gruño.

Demian sonríe. Lo hace siempre que cree tener el control.

—Llegas justo a tiempo —dice, y su voz es la misma de siempre: serena, educada, pero con un borde de locura.

Da un paso hacia atrás, arrastrando a Molly con él.

Ella tiembla, y yo me obligo a no mirarla a los ojos, porque, si lo hago, pierdo la concentración.

El arma es una Beretta M9. Vieja, pero confiable.

—¿Creíste que este era tu momento para brillar? —comento, avanzando un paso.

Mi voz no tiembla, pero siento el pulso en las venas del cuello.

Demian inclina la cabeza, divertido.

—No iba a perderme esta oportunidad, Báron. Podría demostrarle a Thomas lo equivocado que estuvo al rechazarme.

La mano que sostiene el arma vacila levemente.

Falsa seguridad. Está nervioso.

Eso me da una ventaja.

—Suéltala y te daré el dinero que prometió el contrato.

—¿Crees que es por el dinero? —responde—. Esto es venganza por humillarme en King Security.

Molly hace un sonido débil, una exhalación entre miedo y súplica.

Demian la empuja un poco hacia delante, solo para ver mi reacción.

Siento el peso del cuchillo en mi cinturón.

Una de las primeras reglas que Thomas me enseñó: nunca apuntes primero, nunca hables de más.

Deja que el otro crea que tiene el control.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? —suelta Demian.

—Que tú disfrutas esto —respondo.

—No. Que tú *finges* que no lo disfrutas.

Dispara.



MOLLY

...



BÁRON

EL MONSTRUO APARECE.

Un fogonazo rasga la sombra y el mundo se reduce a luz y ruido. La bala silba junto a Molly, a un suspiro de su mejilla, y explota contra la pared detrás de mí: polvo, fragmentos de yeso cayendo como nieve sucia.

El olor a pólvora se pega a la lengua; el oído me zumba.

No fue un error. Fue una firma sobre la amenaza.

Molly grita; su alarido me atraviesa.

Demian, sobresaltado, deja al descubierto la tensión en sus manos. Me lanzo a la izquierda en un movimiento medido, calculando con rapidez cuánto tarda el arma en volver a hablar. Él apenas gira la muñeca; la pistola refleja un segundo de luz.

No llega a disparar.

Mi hombro choca contra su costado con la precisión de una ley universal. El arma vuela y cae. Ambos rodamos por el suelo: polvo, madera raspando, el latido de su corazón intentando imponerse sobre el mío.

No pienso.

Actúo.

Le bloqueo el brazo; tuerzo la muñeca. Se oye un crujido seco que no necesita explicaciones. El dolor le arranca un aullido y su cuerpo se quiebra, cae. Estoy encima de él antes de que la conciencia le permita reaccionar.

Los puños buscan la cara; uno, dos, tres, hasta que su sangre nubla la línea de sus rasgos y sus ojos dejan de ser amenaza para convertirse en algo roto. Cuando por fin se desploma, jadeante, lo sujeto del cuello y lo levanto contra la pared.

—¿Creíste que ibas a arrancarla de mi vida? —escupo, voz baja, afilada.

Sus ojos, hinchados, negros de rabia y sorpresa, me devuelven una respuesta que suena más a confesión que a desafío.

—Debo admitirlo, por un instante, sí.

La mano alcanza el cuchillo en la parte trasera de mi pantalón con la naturalidad de quien ha repetido el mismo gesto incontables veces. Lo encuentro; en un segundo, la hoja triple del Jagdkommando está en su estómago. No pienso en lo que hago; siento. Giro la hoja, la clavo, la saco; el sonido húmedo y contenido se pierde entre los latidos acelerados. Lo vuelvo a hundir. No busco torturarlo; busco terminar esto. Sus gárgaras se convierten en un murmullo que ya no puede articular palabras.

En el silencio que sigue, la habitación se vuelve pequeña; cada sonido se amplifica: el tintineo de algo metálico lejos, la respiración irregular de Molly, mi propia sangre caliente en la boca. Lo acerco a mí hasta notar su peso flaquear; sus manos buscan inútilmente un punto de apoyo en mi chaqueta.

—Prefiero ver arder el mundo entero antes que dejar que la toquen —susurro junto a su oído, sin suavidad.

Demian cae al suelo, inconsciente o vencido por el juego que él mismo abrió; su cuerpo tiembla, y luego no.

Y en el silencio que sigue, solo escucho a Molly respirando.

Estremecida.

Asustada.

Viva.



MOLLY

SILENCIO DESPUÉS DEL CAOS.

No siento las piernas.

Ni el aire.

Solo el silencio después del caos, un silencio tan espeso que parece alquitrán.

El supuesto guardia está en el suelo, muerto.

No, no muerto. Descuartizado.

El cuerpo entero me tiembla, como si apenas ahora hubiese comprendido que hace segundos una bala me rozó el rostro.

Báron recoge el arma del falso guardia y la descarga. Se la guarda en el cinturón, sin mirarla.

Finalmente, sus ojos caen sobre mí, se acerca lentamente. Su respiración es rápida, controlada, pero los ojos… los ojos no pertenecen a un hombre.

No hay humanidad en ellos.

El abrigo negro está salpicado de sangre, una gota de miles cae desde su mandíbula y se estrella contra el suelo.

Resultado de una matanza despiadada.

Trato de decir su nombre, pero no me sale la voz.

Es como si todo dentro de mí estuviera dividido entre dos impulsos: correr lejos de él o abrazarlo.

Cada movimiento suyo es un recordatorio de lo que acaba de hacer.

Del monstruo que pensó que yo nunca vería, y ahora está frente a mí, sin máscara, sin contención, pero con remordimiento.

—Molly —susurra, y mi nombre en su boca suena como una disculpa. Se pone de cuclillas frente a mí—, ¿estás bien?

Asiento, vacilante.

No es suficiente.

—Molly, mírame. —Lo hace sonar como una orden.

Una orden que proviene de alguien que acaba de quitar una vida y, sin embargo, no parece alterado lo más mínimo. No muestra

conmoción, ni miedo. Todo en su actitud revela una rutina mecánica, como si la muerte formara parte de un procedimiento habitual. Recuerdo, entonces, que esto es su trabajo.

Y él me advirtió sobre ello.

—Tenías razón —susurro sin pensarlo—. No deberías estar cerca de mí.

La frase sale de mis labios sin que yo la contenga, no sé por qué.

Su mandíbula se tensa. Parece dolerle más eso que todo lo demás. Toma aire, como si fuera a decir algo, pero no lo hace.

Fuera suenan sirenas.

Luces azules tiñen las paredes del observatorio.

—El profesor… —digo recordando cómo lo vi caer sin vida.

Niega con su cabeza, dándome a entender su final.

—¿Y Dewey?

—No lo sé, pero debemos irnos.

Él se pone de pie. Su mente ya está calculando salidas, rutas, testigos.

El asesino en él despierta otra vez.

Y yo… yo solo puedo mirar al hombre que acaba de matar para salvarme. El monstruo que tal vez siempre fue.

—Lo siento —dice tomando una decisión en sus ojos.

Carga mi cuerpo sobre sus hombros y desaparecemos en el mismo instante en que la policía llega a la escena del crimen.



En algún momento, mi cuerpo se apagó.

Cuando despierto, estoy siendo cargada por él; sus brazos me sostienen cerca de su pecho.

Sus ojos permanecen fijos en mí mientras avanzamos por el pasillo que conduce a mi piso. El pelo le cae sobre la frente, su rostro cubierto de sangre.

Ingresa la contraseña de la puerta como si lo hubiera hecho mil veces, la cierra con cuidado y camina hasta mi habitación.

Me deposita en la cama lentamente, como si temiera que pudiera romperme.

—Descansa, Molly —susurra—. Ya todo terminó.

Algo en esa palabra, «terminó», me sacude.

Me despierta de golpe.

Antes de que se aleje, le sujeto la mano con desesperación.

—No te vayas.

—Ya no estás en peligro —responde con la frialdad del primer día, cuando me dejó en una habitación de su castillo, para ir a asesinar a su hermano.

Su altura se impone; su postura, rígida, es la de un soldado que se obliga a no sentir.

—No es por eso por lo que quiero que te quedes.

Su expresión cambia.

No es sorpresa, es desconcierto.

Una grieta.

—Dijiste que no debía estar cerca de ti —murmura—, y tienes razón.

Los ojos se me cierran, los párpados pesan toneladas.

—Solo por hoy —ruego—. Solo por esta noche.

Asiente, aunque sé que no está de acuerdo.

Con ese gesto, todo en mí se afloja.

Después de escuchar el agua correr en el baño, siento el colchón hundirse a mi lado, su brazo posarse con cuidado sobre mi estómago.

El calor de su cuerpo me envuelve.

Y a partir de ahí, caigo en un sueño profundo, como si el universo entero se hubiera quedado quieto solo para dejarnos descansar.



Despierto antes de que suene el primer ruido de la ciudad.

La habitación está en penumbra y el aire huele a él.

Solo siento su respiración, lenta, constante, marcando un ritmo que no pertenece a este mundo.

No me atrevo a moverme.

Su brazo sigue sobre mi estómago, pesado, firme, como si pudiera volarme en cualquier momento.

Abro los ojos del todo.

La luz gris de la mañana se filtra entre las cortinas y cae sobre su rostro.

Tiene la mandíbula marcada por un pequeño corte, la comisura del labio abierta, una sombra de agotamiento bajo los ojos. Y, aun así, hay algo en él que me resulta insoportablemente hermoso.

No por su perfección, sino por su ruina.

Nada en él indica que ayer abrió el estómago de alguien que intentaba matarme y dejó que sus tripas se desparramaran por el suelo.

Respiro hondo, intentando no recordar con tanto detalle.

Su olor me rodea, esa mezcla de cedro, pólvora y algo indefinible que siempre lo acompaña.

—Estás despierta —murmura sin abrir los ojos.

Su voz suena más baja de lo habitual, como si también temiera romper el momento.

—Sí —respondo.

Abre los ojos despacio. Esos ojos grises que parecen ver demasiado.

No se mueve, no me suelta, solo me observa, como si necesitara confirmar que sigo viva.

—No suelo dormir así —dice al fin.

—¿Así cómo?

—Tan profundo.

No sé qué contestar.

Podría decirle que yo tampoco. Que nunca nadie me ha hecho sentir protegida, pero me quedo callada.

Se incorpora, el somier cruje bajo su peso. Toma aire, se pasa una mano por el rostro y vuelve a erguirse.

La distancia regresa con él. Su voz vuelve a ser la del hombre que da órdenes.

—Debo hablar con Thomas.

Camina hacia la puerta.

—Báron…

Se gira.

—Gracias —susurro.

Él sostiene la mirada, y, por primera vez, veo algo parecido a tristeza en su expresión.

—No me des las gracias, Molly —contesta, con esa voz que parece una despedida—.

Lo que hice anoche me aterra, porque no sé quién soy si te pierdo.

Y se va.



BÁRON

ALEJARSE DE LA OSCURIDAD.

Fue demasiado fácil perderme en ella cuando sus ojos todavía me deseaban, cuando Molly Brooks temblaba frente a mí, rogando que la tocara en una habitación de hotel.

Pero los ojos de rechazo…, eso fue lo que me quebró. Lo que me devolvió de golpe a la realidad que intento enterrar cada día.

Ha pasado una semana desde la última vez que la vi.

Siete días en los que he pensado en cruzar esa maldita puerta y arrodillarme ante ella, pedirle que vuelva, que me odie, lo que sea… con tal de escuchar su voz.

Pero en lugar de eso, recibo los informes de Billie, que canceló su luna de miel solo para no dejarla sola.

Dice que Molly está más callada que nunca, que apenas come, que se esconde en los libros y en los exámenes que se aproximan.

No soy tan egoísta como para irrumpir ahora.

Recuerdo lo que era estudiar sin dormir, cuando aún creía que mi mente era un refugio y no una condena.

Thomas me consiguió trabajos.

Dos casos. *Dos fracasos.*

Ya no me siento un antídoto contra el mal del mundo; al contrario, soy parte del veneno.

Un hombre que arruinó la vida de una mujer que confió en él.

Y, aun así, todo se derrumbó cuando me di cuenta de que ella, la misma que debería odiarme, era lo más parecido a una salvación que jamás tuve.

Alguien llama a la puerta dos veces.

El eco resuena en el piso silencioso, demasiado grande para un solo hombre.

Fuera, la lluvia empieza a golpear contra los ventanales, y un trueno distante retumba sobre la ciudad.

Me avergüenza saber que sigo tirado en la cama, mirando el techo a media tarde. El reloj marca las tres y el olor a café frío

impregna la habitación. Definitivamente, no es el comportamiento digno de un noble… ni de un hombre que alguna vez tuvo disciplina.

Antes de abrir, me detengo frente al espejo. El reflejo me devuelve una mirada vacía, el pelo revuelto, la barba crecida. La luz gris del día se cuela entre las cortinas y me corta el rostro en sombras.

Al abrir, Billie está del otro lado, con sus ojos grandes y cansados, el hombro apoyado en el marco de la puerta.

Trae consigo el olor de la calle mojada.

Me recuerda a cuando venía por las clases de cultura general que le daba.

—No tengo energía para enseñarte nada hoy —murmuro, cruzando los brazos.

Ella me examina de arriba abajo, arqueando una ceja con desdén.

—¿Sudadera y pantalones de chándal? Es peor de lo que pensé.

Pongo los ojos en blanco y camino hacia la cocina. Mis pasos descalzos apenas suenan sobre la madera encerada. Le doy espacio para entrar.

Dejo dos copas de agua en la isla, y el leve tintineo del cristal se pierde en el murmullo del aire acondicionado. Ninguno de los dos las toca.

Billie se sienta, cruza las piernas sobre la mesa, buscando provocarme.

No pienso darle el gusto.

—¿A qué has venido?

—A darte mi reporte —responde, jugando con la silla, que cruje levemente al balancearse. Me tienta empujarla, solo para callar su insolencia.

—Sueles hacerlo por mensaje. ¿Por qué ahora tengo el honor de verte la cara?

—Porque para el drama prefiero los llantos coreanos, Báron. Me cansé de veros miserables a los dos.

—Alejarme fue lo mejor que pude hacer. Ella lo sabe, por eso no me contacta.

Billie suspira con irritación. El sonido es breve, pero pesado, como si expulsara todo lo que no se atreve a decir. Se sienta correctamente, sus manos golpean la madera de la mesa.

—No te escribe porque cree que fuiste tú quien se alejó. Todo ese asunto de «la culpa», honestamente, ya aburre.

Bajo la mirada. Mis dedos giran la copa entre ellos, y el agua refleja la tenue luz de la tarde.

Le doy un sorbo, solo para aplazar lo inevitable.

—¿Crees que alguien como Molly se merece tener por pareja a un sicario? Molly es una mujer brillante, la espera un futuro increíble, universos que explorar, ¿y le deseas que termine con alguien como yo?

Billie me escucha y solo responde cuando sabe que las palabras que va a decir me van a llegar al pecho.

—Sufre, Báron, sufre todos los días.

—¡No lo hago con gusto, Billie! ¿Crees que disfruto esto? Siento que no puedo respirar si no estoy con ella. —Mi voz se eleva, y el eco golpea las paredes. El silencio posterior me parece insoportable.

—Si esto tiene que ver con lo que sentías por Allana…

Mis ojos se endurecen. Un trueno corta el aire.

—Esto ya no es sobre Allana, es sobre ella y el hecho de que le deseo lo mejor para su vida, inclusive si eso significa que yo no esté en el mapa. Aparte, lo que siento por Molly no lo sentí nunca —revelo en voz alta algo que tenía enredado en el pecho desde hace tiempo.

—¿Por qué crees que tú no te mereces estar con ella?

—¡No puedo ponerla en riesgo, Billie! —asevero, acercándome a ella, con la voz convertida en filo.

Ella se levanta, a la defensiva. La silla se desliza hacia atrás con un chirrido áspero—. ¿De verdad crees que podemos tener lo que Thomas y tú? Despierta de la fantasía, Billie. Molly no pertenece a este mundo, y exponerla a esta oscuridad es inmoral.

El silencio cae como una sentencia, roto solo por un trueno y el golpeteo constante de la lluvia contra las ventanas.

Hasta que ella vuelve a hablar:

—¿Por qué no sales de esa oscuridad, Báron?

Retrocedo, desconcertado.

—¿Qué?

¿De qué habla?

Sus ojos me siguen, inquisitivos.

—¿Por qué sigues aquí? No necesitas el dinero. Ni la adrenalina. Lo que necesitas es a ella.

Sería una mentira decir que no lo he pensado. Dejar King Security. Abandonar esta vida.

—Thomas no lo permitiría —susurro, mirando mis pies descalzos sobre el suelo de madera.

Billie sonríe apenas.

—No estés tan seguro, Lord. Quizá podáis llegar a un acuerdo. Thomas es muchas cosas, pero contigo… sabes que es diferente.

Me pregunto si toda esta charla fue porque ella ya conversó con Thomas al respecto.

Asiento lentamente. Sus palabras se clavan como una idea peligrosa.

Abandonar la oscuridad.

Volver a la normalidad o a lo más cercano a eso, ya que mi vida en Inglaterra quedó sepultada junto con los escombros del castillo Belmont.

No sé si podría.

No sé si estoy listo.

La lluvia arrecia fuera, y el sonido llena el silencio que deja Billie cuando se marcha.

La puerta se cierra con un clic suave.



MOLLY

Salgo del aula con las piernas entumecidas y la mente en blanco.

Tres horas de fórmulas, hipótesis, curvas de luz y preguntas sobre dinámica estelar… y, por primera vez en semanas, vuelvo a respirar.

Lo he hecho.

He terminado mi anteúltimo periodo de exámenes. Lo siguiente es la graduación.

No puedo creer que haya sobrevivido a las evaluaciones después de todo lo que ocurrió este año. Después de mi tiempo detenido. Después de Báron dejándome atrás.

Vuelvo a estar orgullosa de mí. Y esta vez no tuve que sobrevivir a un psicópata para sentirlo.

Me río sola, un sonido torpe que se mezcla con el murmullo de los demás estudiantes.

El aire está cargado de alivio colectivo, esa vibración que precede al descanso merecido.

Me acomodo la mochila al hombro y camino por el pasillo pensando en una ducha caliente, en dormir sin alarma.

Y entonces lo veo.

Báron.

Al principio creo que estoy alucinando.

Está allí, apoyado contra la pared, impecable como siempre, con un abrigo oscuro y un ramo de flores blancas entre las manos.

Mi paso se detiene.

El corazón me late tan fuerte que el sonido me retumba en los oídos.

Sus ojos se posan sobre mí: serios pero serenos.

No sé qué hacer con las manos, ni con los ojos, ni con la respiración.

Finalmente llego hasta él.

Miro hacia arriba, a su rostro perfecto, y la mano me arde por acariciarlo.

Dios…, te eché tanto de menos.

—Báron… —Mi voz suena más débil de lo que esperaba.

Por un segundo lo noto igual de nervioso que yo, aunque lo disimule.

Los demás pasan a nuestro alrededor, riendo, hablando, sin saber que están presenciando algo que parece inmune al tiempo.

—¿Qué haces aquí? —susurro.

—¿Prefieres que me vaya? —pregunta. Su tono es bajo, firme, pero hay algo contenido detrás, miedo.

Me acerco un poco. El perfume de las flores se mezcla con el suyo, y me da pavor mirarlo demasiado tiempo, temo que esa calma se rompa y el pasado vuelva a estallar entre nosotros.

—No, no. —Trago saliva.

Él sostiene el ramo con más fuerza, como si eso lo ayudara a mantenerse en pie.

—¿Podemos ir a hablar a un lugar privado?

Asiento, y los dos comenzamos el camino hacia la salida de la universidad. Las escalinatas parecen eternas bajo el peso de mi

ansiedad.

—¿Cómo te fue en el examen? —pregunta mientras bajamos los escalones que solíamos subir juntos todos los días.

El frío del invierno está aquí, me cierro la cazadora hasta el cuello.

—Bien, hoy fue el último examen.

—Te felicito, pequeña.

Con una mano indica el camino, apartándonos del resto, hasta detenernos bajo un árbol.

El campus aún arde de gente, pero por la forma en que me mira, nada importa, excepto él.

—Llegué a un acuerdo con Thomas.

Su frase me deja confundida.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Solo aceptaré las misiones en las que realmente sea necesaria mi implicación, hasta que te gradúes. Luego dejaré mi… profesión.

Bajo los ojos un instante, no quiero adelantarme a lo que quiere decir con esto. En su mundo, es casi una rendición.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto sin atreverme a mirarlo.

Respira hondo, juntando valentía. Nunca lo vi tan dubitativo.

—Quiere decir que, si me aceptas, quisiera acompañarte donde sea que la astrofísica te lleve. Si terminas en un observatorio en Hawái o en el proyecto James Webb…, si trabajas en el Centro Europeo de Astrofísica o en el Goddard de la NASA…, quiero estar allí. Quiero… *estar contigo*, Molly. Necesito esto.

Me quedo inmóvil.

Nunca imaginé oírlo decir algo así.

Mi mente intenta reaccionar con lógica, pero mi corazón no la deja.

—Yo… no te pedí que renunciaras a nada, Báron —murmuro—. Estaba dispuesta a vivir una vida diferente contigo. Sé que aquel día dije cosas que no sentía en realidad, pero no me diste tiempo a explicarme y…

Báron me interrumpe con delicadeza, acercándose para apartar un mechón rojo de mi rostro y sujetarlo tras mi oreja. Su gesto es tierno, lleno de una cercanía que me desarma.

—Lo sé —dice con suavidad—. Esto es algo que decidí yo. Es una propuesta que te estoy haciendo. Si me aceptas, quiero demostrarte lo que puedo ser. Lo que siempre quise ser para ti.

Siento que el aire se vuelve más denso entre nosotros. Él se detiene un instante, y la intensidad de su mirada me hace contener la respiración.

—¿Y eso es…?

—Tuyo, Molly —responde, dando un paso adelante. Su mano me acaricia el rostro suavemente, y toda mi resolución parece desmoronarse ante ese contacto.

Sin apartar la mirada, extiende un ramo de flores hacia mí.

—Esto es para ti. Enhorabuena por terminar tus exámenes.

Son lirios blancos, perfectos.

Los tomo, y mis dedos rozan los suyos.

El contacto me quema.

Él no se mueve.

Yo tampoco.

A lo lejos, alguien suelta una carcajada. Una puerta de coche se cierra con un golpe seco.

—No puedo prometerte un cielo diáfano —añade, casi en un susurro—. En mí hay una oscuridad que no desaparecerá de la noche a la mañana. Pero puedo prometerte que, si me dejas, mantendré a mis demonios a raya mientras tú me recuerdas que aún soy humano.

No sé por qué lloro.

Pero es como si algo dentro de mí se rompiera de golpe.

Báron también parece quebrarse, y enseguida me sostiene por los hombros.

—¿Por qué lloras? —susurra, limpiándome las lágrimas con el pulgar.

Mis pies permanecen clavados sobre el césped; encima de nuestras cabezas, el árbol sin hojas.

Mis manos, ocupadas en sostener el ramo con fuerza.

—Estas semanas fueron muy duras para mí —balbuceo—. La única razón por la que no te escribí ni te llamé fue porque tenía pánico de que no me respondieras. Y, a pesar de todo eso…, seguí

adelante. Pero, Báron… —alzo la mirada; sus ojos recorren mi rostro con una mezcla de angustia y devoción—, no creo poder hacerlo por segunda vez.

—No me iré a ningún lado. Nunca me fui, pequeña —responde, inclinándose hasta que quedamos a la misma altura—. Soy demasiado egoísta para hacerlo.

Asiento, sintiéndome como una niña que por fin puede llorar sin miedo.

—Molly, mírame.

Cuando lo hago, encuentro desesperación en sus ojos. En la forma en que sus manos encierran mi rostro, temblorosas, posesivas.

—Te amo, ¿me oyes? Es tu nombre el que mi alma repite cuando cierro los ojos. *Solo el tuyo*.

Sus labios colapsan sobre los míos.

Toda esa intensidad, toda la furia contenida de Báron, vuelve en un solo movimiento.

Las flores quedan entre los dos hasta que él las aparta con torpeza y las deja caer a nuestros pies para rodearme la cintura. Nuestros cuerpos se buscan como si el tiempo no hubiera pasado.

Extrañaba su perfume. Su pasión.

Mis manos se enredan en su cuello, y cuando un gemido se escapa de mí, recuerdo que estamos en público.

Él también lo recuerda, porque se separa de inmediato, respirando sobre mi boca, sus ojos aún fijos en mis labios con hambre.

—Báron…, yo también te amo. Creo que lo hago desde hace mucho.

Nuestras frentes se tocan.

Sus ojos permanecen cerrados, como si quisiera memorizar el momento antes de abrirlos otra vez. Luego me toma de la mano y, sin decir nada más, comienza a caminar conmigo por el césped del campus, rumbo a su coche.

—¡Espera! ¡Mis flores!



Cuando cierro la puerta de la nevera y le doy un trago a la botella de agua, mis ojos tropiezan con la foto pegada en el refrigerador: mamá señalando el cielo, yo en sus brazos, riendo. Al lado, la misma imagen, pero con nosotros tres en el Johnson Space Center, oficialmente mi lugar de trabajo desde hace un año. Detrás, el edificio de la NASA desplegando su poder, como un gigante que vela nuestros pasos.

Hace un año que nos mudamos a Houston, Texas.

Compramos una casa a veinte minutos del JSC. Una clásica casa tejana: grande, imponente, de esas que parecen respirar historia. En ella, mis gustos naíf conviven con los de Báron, más sobrios, más elegantes.

Escucho sus voces en el salón.

—Cuando tu madre vea lo que has hecho, hija, se volverá loca —le dice él.

Seren responde con un gorjeo, como si entendiera cada palabra.

Me detengo en el marco de la puerta. La sala está invadida por juguetes interactivos, algunos aún suenan, olvidados en un rincón. Báron levanta la vista y me dedica una sonrisa que todavía me desarma.

—Mira quién ha llegado, Seren —anuncia, señalándome.

Mi hija gira la cabeza, tambaleante, y grita de emoción. El sonido es tan agudo que ambos nos tapamos los oídos riendo. Corro hacia ellos, la levanto y la lleno de besos.

—¿Has estado jugando con papá? —pregunto, haciéndola reír entre mis cosquillas.

Tiene el pelo como una pelusa cobriza, igual que el mío, y mis mismos ojos. Es, sin exagerar, la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Y no lo digo solo porque soy su madre.

La sostengo en brazos mientras saludo a mi marido con un beso…, con varios, cortos, como una rutina que nunca cansa.

—Os he echado de menos —murmuro, igual que todos los días.

Báron aparta un mechón que Seren ha atrapado entre sus deditos y me besa la frente.

—Nosotros también.

Dentro de nuestra nueva rutina, Báron parece haber encontrado su lugar. Dice que lo único que quiere ahora es esto: cuidar de Seren, verla crecer, aprenderse cada gesto.

Dice que no necesita volver a trabajar, que tiene suficiente dinero para cuidar de nuestros nietos si algún día los tenemos.

He visto la cantidad de ceros, y no miente.

A veces me incomoda saber de dónde proviene parte de esa fortuna, pero juzgarlo ahora carece de sentido. Su pasado también es parte de él. El día que le dije que sí, le dije que sí a todo lo que es: a la oscuridad y a la luz.

—¿Tienes hambre? —pregunta levantándose.

—Muero de hambre —respondo, poniéndome en pie—. Pero antes tengo que bañarla.

Más tarde, cuando Seren cae rendida en su cuna, salgo de puntillas de su habitación y lo encuentro esperándome en la cocina, con dos copas de vino sobre la mesa.

No me siento frente a él; me acomodo sobre sus piernas. Báron hunde el rostro en mi cuello y respira hondo.

—Hola, pequeña —susurra—. ¿Cómo ha ido el proyecto?

—El equipo sigue motivado —digo, sin demasiadas ganas—. Pero no quiero hablar de trabajo, no esta noche.

Él sonríe, y su beso se pierde en mi clavícula, sabiendo perfectamente lo que quiero.

Le doy un sorbo a mi copa. Desde que estoy con él he aprendido a amar el vino, a saborearlo con la calma que él enseña.

—¿Qué quieres, Molly? —murmura arrastrando los labios por mi piel.

—Tú sabes lo que quiero.

Báron me quita la copa de las manos, la deja a un lado y me alza con facilidad.

Me lleva hacia nuestra habitación.

Y mientras me aferro a su cuello, pienso que, por fin, estamos exactamente donde siempre debimos estar.

Fin.

😈**No te acuerdas de la historia de Billie & Thomas?, aquí dejo el link.**

💕**También la historia de Simone & Yuri.**

Agradecimientos

Hola, amigas lectoras:

Ya saben cómo soy: no puedo empezar un libro sin agradecerle a medio mundo. Es parte del encanto… o del caos, no estoy segura.

Primero, a **Yensi, Glory y Danita**, que leyeron este libro a una velocidad que ni los superhéroes lograrían. Gracias por salvarme de los plazos imposibles y de mis propias decisiones cuestionables.

A las chicas de **Essensly Books**, el séquito más buena onda y fiel del universo literario. Si existiera una medalla a la paciencia por aguantarme, ya la tendrían.

A **Natalia Ortega**, editora, guardiana de comas y experta en decirme "esto no va así" con elegancia. Gracias por domar mis letras rebeldes una vez más.

A los chicos de **D Arte Oriel**, por una portada tan increíble que me dan ganas de colgarla y presumirla a todas mis visitas.

Y, por último pero nunca menos importante, a **todas ustedes**, lectoras que esperaron a Baron con la paciencia de un santo y la emoción de un estreno.

Gracias por estar aquí, por leerme y por hacer que cada historia valga la pena.

Las quiero!

Marcia.

PD:

Los escritores vivimos de café, drama… y reseñas.

Si el libro te hizo sentir *algo* (rabia, amor, ganas de gritarle a Báron), ¡cuéntamelo en Amazon!

Prometo apreciarlo eternamente.

📸👇



Acerca de la Autora

Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace 10 años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados 19 libros en español y 4 en inglés.



Marcia vive en la humedad de Florida, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas!

Otras Obras de Marcia DM

Romance Contemporaneo

Saga Hermano Walker

Amor y Odio en Manhattan.

Segunda Oportunidad en Miami

Rivales en Dallas.

San Francisco Inesperado

Walker Segunda Generación:

El Color del Anhelo

El Color del Pecado

El Color del Odio

El Color del Impulso

Titanes de San Francisco

Asunto Pendiente

Asunto Prohibido.

Saga El clan de los corazones fríos:

El hotel de los corazones perdidos

Romance oscuro

Saga Resiliente

Resiliencia

Stamina

Deber

Rage

Carter

Saga King Security:

Mentiras Robadas

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

Romance distopico:

La Marca Del Silver Wolf

Romance Paranormal:

Príncipe Oscuro